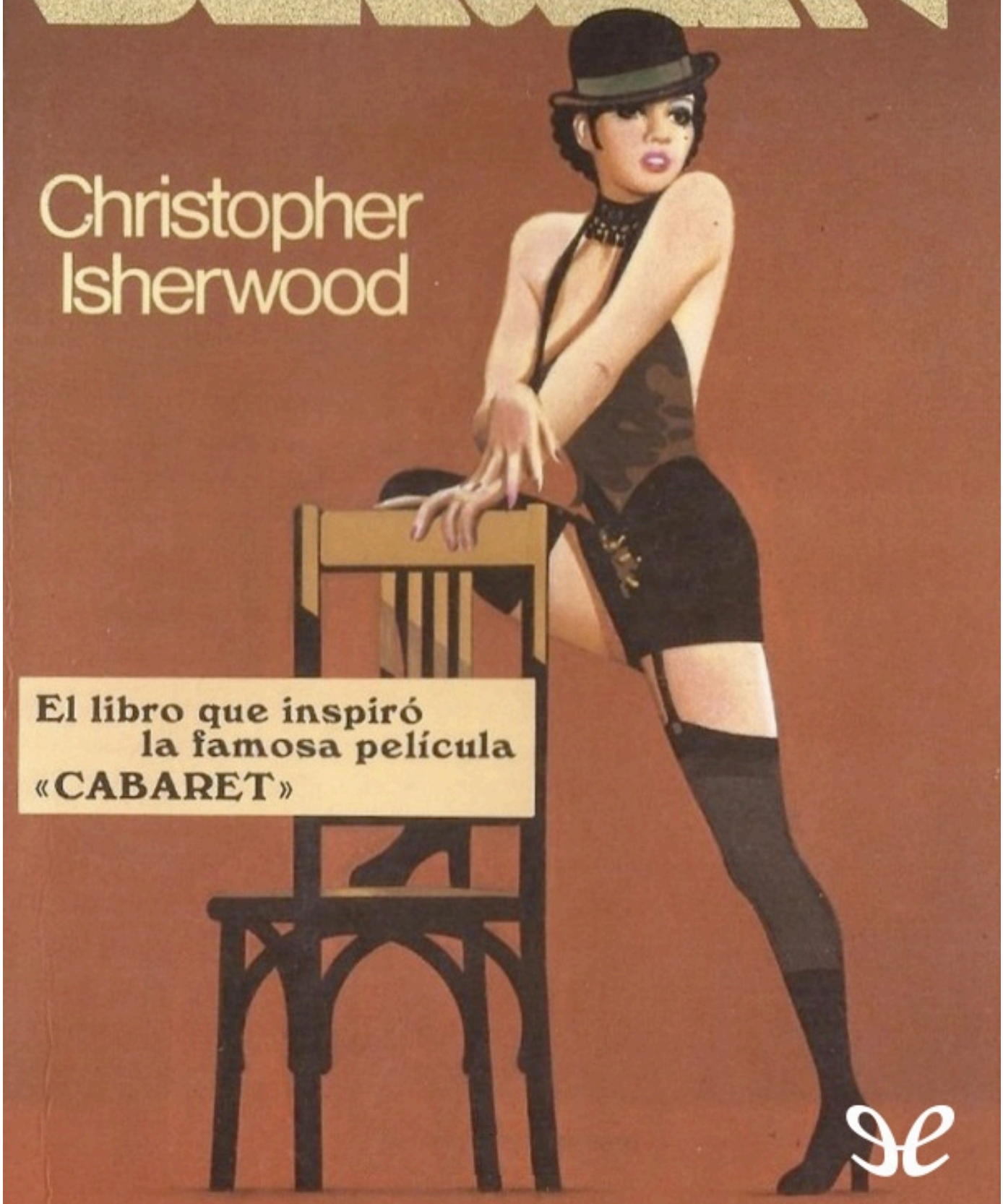
Adiós a BERLÍN

Christopher Isherwood



El libro que inspiró la famosa película «CABARET»

Christopher Isherwood alcanzó un gran éxito con dos novelas autobiográficas acerca de su estancia en el Berlín prenazi. Llevada al cine por Bob Fosse en la famosísima *Cabaret*, el ambiente berlinés, aquella mezcla de riqueza creativa, libertinaje desenfrenado y barbarie política, que destila *Adiós a Berlín* le proporciona un encanto sobre el que no ha pasado el tiempo. La novela es, en opinión del escritor Javier Alfaya, una obra maestra, uno de esos libros que se leen de un tirón tanto por su interés como por su perfección estructural.

Christopher Isherwood

Adiós a Berlín

ePub r1.2
Titivillus 29.12.17

Título original: *Goodbye to Berlin*
Christopher Isherwood, 1939
Traducción: Jaime Gil de Biedma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A John y Beatrix Lehmann

El reencuentro con Isherwood

Por Javier Alfaya

Christopher Isherwood escribió dos libros acerca de su estancia en Berlín en los años 30, una ciudad que abandonó al acceder al poder los nazis. Era entonces un escritor que empezaba a ser conocido en los medios literarios gracias a dos novelas tituladas *All the Conspirators* (1928) y *The Memorial* (1932). Pero los libros que le hicieron famoso e impusieron su nombre fueron las llamadas *Crónicas berlinesas* que están formadas por las novelas *Mr. Norris changes trains* (Mr. Morris cambia de trenes, 1935) y *Goodbye to Berlin* (Adiós a Berlín, 1939), de carácter autobiográfico y que formaban parte de una larga novela, *The Lost* (Los perdidos) que Isherwood nunca concluyó.

Isherwood, que nació como ciudadano británico en 1904 y murió en 1986 como ciudadano norteamericano, creció en Chesire, en el seno de una familia acomodada; su padre murió siendo capitán del Ejército durante la I Guerra Mundial. Isherwood tuvo una educación refinada. Estudió en la Universidad de Cambridge y en el King's College de Londres. Sus amigos de adolescencia, y que le duraron toda la vida, fueron el gran poeta W. H. Auden y Edward Falaise Upward, un escritor nada conocido en España, que fue militante comunista y autor de una serie de novelas muy interesantes.

Con Auden y con Upward, Isherwood escribió varias obras literarias en sus años juveniles. Izquierdista y ligeramente influido por el marxismo en los años 30, como tantos otros escritores británicos de la época —Isherwood tradujo algunas obras de Brecht— terminó haciéndose pacifista y adepto de las enseñanzas de un filósofo hindú, Swami Prabhavananda, cuya biografía escribió, y tradujo un texto indio clásico como el *Bhagavad-gita*.

Sally Bowles

En realidad Isherwood no volvió a repetir a lo largo de su carrera literaria el éxito de las *Crónicas berlinesas*. En su periodo norteamericano —vivió cerca de Hollywood y estuvo vinculado al mundo del cine — escribió varios libros, el más famoso de los cuales es posiblemente *Christopher and His Kind* (Christopher y su gente), donde cuenta sus experiencias homosexuales de juventud. Sobre las *Crónicas berlinesas* se hicieron dos películas, *I am a camera*, dramatizada en 1951 por John Van Druten y que provocó considerable escándalo, y la famosa comedia musical *Cabaret* (1972) de Bob Fosse, interpretada por Liza Minnelli y Michael York, un actor que tenía además un notable parecido con el Isherwood joven. Ambas películas están inspiradas fundamentalmente en la figura de Sally Bowles, que aparece en *Goodbye to Berlin* y que es sin duda, junto con Mr. Norris, el personaje literario mejor trazado por el escritor británico.

Para quien tenga la ortodoxa idea de la novela que se ha impuesto en estos años, con su consabido esquema de exposición del tema, desarrollo y desenlace, *Adiós a Berlín* no es propiamente una novela. Tampoco lo es, digamos, el *Ulises*, de James Joyce. El giro ultraconservador que ha dado la creación y composición literaria en los últimos 15 o 20 años, propiciada por la acción conjunta de agentes y editores comerciales, ha reducido tanto el campo del género que quizá *Adiós a Berlín* pasaría a ser una especie de libro de memorias según ese nuevo canon.

Lo es, sin duda, pero también y sobre todo es una novela. Se divide en seis secciones diferentes, que se pueden leer independientemente, pero que tienen una innegable unidad formal y ambiental. Lo que quiso Isherwood, más que contarnos su vida, fue reproducir el clima social y político de una ciudad tan enormemente compleja y sacudida por todas las contradicciones imaginables, como lo fue la capital

alemana en los últimos años de la República de Weimar. En ese sentido sería curioso compulsar el texto de Isherwood con otro, también extraordinario: las memorias tituladas *Historia de un alemán* de Sebastian Haffner, editado en España por Destino, donde un abogado y periodista que eligió el exilio de su país natal, Alemania, en 1935, nos ofrece una fascinante descripción de la vida en su país en los años republicanos.

Ambos, Isherwood y Haffner, son grandes escritores y a ambos les une el propósito de contar cómo fue posible que un país, con una cultura de fabuloso valor, se convirtiera en el escenario del más espantoso experimento social, político y cultural de los tiempos modernos. Ambos nos describen la complejidad de una decadencia cuyos signos se encuentran en la vida cotidiana más que en los grandes acontecimientos políticos. Y ambos, un liberal y un moderado filocomunista como lo era el Isherwood de entonces, muestran la misma lucidez ante el desarrollo inexorable de la catástrofe.

Obra maestra

Pero Isherwood hace sobre todo literatura, en el más noble sentido de esa palabra. Porque *Adiós a Berlín* es una obra maestra, que se beneficia además de una espléndida traducción debida a uno de los mayores poetas españoles contemporáneos: el inolvidable Jaime Gil de Biedma. La centralidad que tiene el personaje de Sally Bowles en el libro no es solo por su vistosidad —esa fantástica muchacha, cuya idea casi infantil del placer sexual se une a su incompetencia como actriz y cantante para formar un conjunto delicioso y explosivo— sino por lo que refleja de una mentalidad muy de su época —ese sentido bullicioso de la vida que en el fondo esconde, quizá sin saberlo, la fatalista consciencia de que el mundo va al desastre.

Todos los personajes del libro —en especial Landauer, el millonario judío, que se da cuenta de lo que se le viene encima pero que no quiere abandonar su país— están muy bien descritos, pero es sobre todo el ambiente berlinés, aquella mezcla de riqueza creativa, libertinaje desenfrendado y barbarie política lo que proporciona al libro un encanto sobre el que no ha pasado el tiempo.

Isherwood era un maestro en la construcción de la frase y del párrafo, con un infalible sentido del ritmo y del fraseo narrativo, que hace que *Adiós a Berlín* sea una de esas novelas que se leen de un tirón tanto por su interés como por su perfección estructural. Menos caricaturesca que *Mr. Norris cambia de trenes* en donde los aspectos más siniestros y caricaturescos de la ciudad ocupan un primer plano, *Adiós a Berlín* está elaborado de manera que su propósito elegíaco —la despedida un mundo que se hunde en la miseria y en la crueldad— queda parcialmente enmascarado por el sutil sentido del humor de Isherwood. Por eso también es tan oportuno el reencuentro con esta novela singularísima que vio la primera vez la luz en español en 1967 y que tuvo la virtud también de hacer que algunos lectores en nuestro país empezaran a descubrir la deslumbrante riqueza de la narrativa británica contemporánea.

Diario berlinés (Otoño, 1930)

En lo hondo la calle, pesada y pomposa, bajo mi ventana. Tiendas en semisótanos donde las luces están todo el día encendidas, a la sombra de fachadas cargadas de balcones, frontis de estuco sucios, realzados con volutas y emblemas heráldicos. El barrio entero es así; calles y más calles flanqueadas de casas destartaladas y monumentales como cajas fuertes, atestadas con las deslustradas joyas y el mobiliario de segunda mano de una clase media en bancarrota.

Yo soy como una cámara con el obturador abierto, pasiva, minuciosa, incapaz de pensar. Capto la imagen del hombre que se afeita en la ventana de enfrente y la de la mujer en quimono, lavándose la cabeza. Habrá que revelarlas algún día, fijarlas cuidadosamente en el papel.

A las ocho en punto de la noche cerrarán tiendas y portales. Los niños cenan. En el pequeño hotel de la esquina, donde alquilan cuartos por horas, se enciende una luz sobre el timbre de la puerta. Y en seguida empiezan los silbidos de los golfos, que llaman a sus chicas. Plantados en el frío de la calle, silban a las ventanas encendidas de los cuartos tibios, en donde las camas ya están preparadas para la noche. Quieren entrar. Sus llamadas resuenan en la hundida oquedad de la calle, voluptuosas, íntimas y tristes. Por eso no me gusta quedarme aquí a esas horas: los silbidos me recuerdan que estoy en una ciudad extraña, lejos de casa, solo. A menudo me he propuesto no escucharlos, he cogido un libro y he intentado leer. Pero es seguro que muy pronto se oirá una llamada tan penetrante, tan reiterada, tan desesperanzadoramente humana, que no tendré más remedio que levantarme y atisbar, a través de la persiana, para convencerme de que no es —y estoy convencido de que no puede ser— para mí.

El olor peculiar de este cuarto, cuando está encendida la estufa y cerrada la ventana; no del todo desagradable: una mezcla de incienso y bollos rancios. La voluminosa estufa de azulejos polícromos, como un altar. El palanganero, como un sagrario gótico. El armario, gótico también, catedralicio, con ventanas en ojiva: Bismarck y el rey de Prusia se miran frente a frente en los vitrales. La mejor silla podría servir de trono episcopal. En el rincón, tres falsas alabardas medievales (¿olvidadas por alguna compañía de teatro?) forman enlazadas un perchero. Fräulein Schroeder desenrosca de vez en cuando las puntas y les saca brillo. Son pesadas y lo bastante agudas como para matar.

Todo es así en este cuarto: innecesariamente sólido, anormalmente pesado, peligrosamente puntiagudo. Aquí, sobre la mesa de escribir, me amenaza un ejército de objetos metálicos: un par de candelabros en forma de serpientes entrelazadas, un cenicero del cual emerge una cabeza de cocodrilo, una plegadera que imita una daga florentina, un delfín de bronce cuya cola sirve de pedestal a un reloj estropeado. ¿Dónde van a parar finalmente estas cosas? No puedo imaginarme que alguna vez puedan dejar de existir. Probablemente permanecerán intactas durante miles de años y la gente las contemplará en los museos. O quizá, simplemente, las fundirán un día para servir de munición en una guerra. Cada mañana, Fräulein Schroeder las dispone con todo cuidado según un orden invariable. Y aquí están: incorruptibles símbolos de sus ideas acerca del Capital y de la Sociedad, la Religión y el Sexo.

Todo el día se afana en el piso, desvencijado y grande. Informe pero vivaz, merodea por los cuartos en zapatillas de fieltro y bata de flores —meticulosamente sujeta con imperdibles, sin dejar ver un centímetro de chambra ni de enaguas—, sacude el plumero, fisga, espía y mete la nariz —corta y puntiaguda— en los armarios y las maletas de sus huéspedes. Sus ojos oscuros, inquisitivos, brillan. Su bonito pelo castaño y ondulado la enorgullece. Debe tener unos cincuenta y cinco años.

Hace ya tiempo, antes de la guerra y la inflación, tuvo algún dinero, iba a veranear al Báltico y podía pagarse una criada que hiciera las faenas de la casa. Durante treinta años ha admitido huéspedes en el piso.

Empezó a hacerlo porque le gustaba tener compañía.

—«Lina», me decían mis amigas, «¿cómo puedes soportar desconocidos viviendo en tu casa, estropeándote los muebles, cuando tienes dinero para ser independiente…?» Y yo siempre contestaba igual: «*Mis* huéspedes no son huéspedes.» «Son mis invitados.»

»Ya ve usted, Herr Issyvoo, en aquellos tiempos yo podía permitirme el lujo de ser muy particular. Podía escoger mis huéspedes. Y solo admitía gente de educación, bien relacionados, verdaderos caballeros (como usted, Herr Issyvoo). Aquí he tenido un Freiherr, y un Rittmeister y un Professor. Y me hacían obsequios: una botella de coñac, o una caja de bombones, o flores. Y cuando se marchaban, para sus vacaciones, siempre me enviaban alguna postal: de Londres, y de París, y de Baden-Baden. Unas postales muy lindas…

Ahora Fräulein Schroeder ni siquiera tiene habitación propia. Duerme en el cuarto de estar, detrás de un biombo, en un sofá con los muelles rotos. Como en muchos viejos pisos berlineses, nuestro cuarto de estar comunica la parte delantera de la casa con la parte posterior. Para ir al baño, los huéspedes que viven del lado de la calle tienen que pasar por allí, así que Fräulein Schroeder se despierta muy a menudo por la noche.

—Pero vuelvo a dormirme en seguida, No me importa. Estoy demasiado cansada.

Tiene que hacer sola el trabajo de la casa, y eso le toma casi todo el día.

—Hace veinte años, si alguien me llega a decir que tendría que fregarme los suelos de mi casa… Pero una se acostumbra. Una se acostumbra a todo. Vaya si me acuerdo que en aquellos tiempos me habría cortado la mano antes de vaciar este orinal… Y ahora —dice Fräulein Schroeder, uniendo la acción a la palabra—, ¡bueno!, no me importa más que si estuviese vaciando una taza de té.

Le gusta enseñarme las huellas que mis predecesores han dejado en el cuarto:

—Sí, Herr Issyvoo, cada uno me ha dejado un recuerdo… Mire aquí, en la alfombrilla (la he llevado al tinte no sé cuántas veces, y no hay forma de quitarlo), ahí es donde Herr Noeske vomitó el día de su cumpleaños. ¿Qué es lo que habría estado comiendo para dejar una mancha así? Había venido a Berlín a estudiar, sabe usted. Sus padres vivían en Brandenburgo (una familia muy conocida, ¡se lo aseguro!). Tenían montañas de dinero. Su señor papá era cirujano y, claro, quería que el chico siguiese sus pasos… ¡Un joven encantador! «Herr Noeske», le decía yo, «usted me perdone, pero debería trabajar más, ¡con ese talento que tiene! Piense en su señor papá y en su señora mamá; no está bien que malgaste usted su dinero así. Vaya si sería mejor que los tirase usted al Spree. ¡Por lo menos haría ruido!» Yo era como una madre para él. Siempre que se metía en un aprieto (era muy despreocupado) se venía derecho a mí: «Schroederschen», me decía, «por favor, no te enfades conmigo… Anoche estuvimos jugando a las cartas y he perdido toda la asignación de este mes. No me atrevo a decírselo a padre…». Y se me quedaba mirando con aquellos ojazos. ¡Ya sabía yo adónde iba, el muy pícaro! Pero no tenía corazón para negárselo. Así que le escribía una carta a su señora mamá pidiéndole que le perdonase, solo por esa vez, y que le mandara más dinero. Y ella siempre… Claro, como mujer, yo sabía apelar al corazón de una madre, aunque nunca haya tenido hijos… ¿Se está usted sonriendo, Herr Issyvoo? ¡Bueno, bueno! Todos cometemos faltas, ¡ya sabe!

»Y ahí, en el papel de la pared, es donde siempre tiraba su taza de café Herr Rittmeister. Se sentaba en el confidente, con su prometida. «Herr Rittmeister», le decía yo, «haga el favor de beberse su café en la mesa. Usted perdonará que se lo diga, pero ya tendrá tiempo después para lo otro». Pero no, tenía que sentarse en el confidente. Y entonces, ya se sabía, en cuanto empezaba a excitarse, allá iban las tazas de café… ¡Un caballero tan arrogante! Su señora mamá y su hermana venían a visitarnos. Les gustaba venir a Berlín. «Fräulein Schroeder», me decían, «usted no sabe lo feliz que es, viviendo aquí en el centro de todo. Nosotras no somos más que unos parientes de provincias: ¡la envidiamos! Y ahora cuéntenos los últimos escándalos de la Corte». Claro que lo decían en broma. Tenían la casita más linda, cerca de Halberstadt, en el Harz. Solían enseñarme fotos. ¡Un verdadero sueño!

»¿Ve usted esas manchas de tinta en la alfombra? Ahí es donde Herr Professor Koch solía sacudir su estilográfica. Cien veces se lo dije. Al final acabé por ponerle papel secante alrededor de la silla. Era tan distraído… ¡Y qué viejecito más simpático! Tan sencillo. Yo le quería muchísimo. Cada vez que le remendaba una camisa o le zurcía unos calcetines venía a darme las gracias, con lágrimas en los ojos. Y bien que le gustaba divertirse. A veces, cuando me oía venir, apagaba la luz y se escondía detrás de la puerta, y cuando yo entraba se ponía a rugir como un león, para asustarme. Igual que un niño…

Fräulein Schroeder puede seguir durante horas, sin repetirse nunca. Después de haberla escuchado un rato me siento caer en un curioso estado de depresión, que es casi como un éxtasis. Empiezo a sentirme profundamente infeliz. ¿Dónde están ahora todos esos huéspedes? Dentro de otros diez años, ¿dónde estaré

yo? Aquí no, desde luego. ¿Qué mares y fronteras habré de trasponer para alcanzar esa fecha distante? ¿Hasta dónde habré de desplazarme, a pie, a caballo, en coches, bicicletas, aeroplanos, barcos, trenes, ascensores, escaleras automáticas y tranvías? ¿Cuánto dinero necesitaré para ese viaje inmenso? ¿Cuánta comida habré de ingerir gradualmente, fatigosamente, a lo largo del camino? ¿Cuántos pares de zapatos gastaré? ¿Cuántos miles de cigarrillos? ¿Cuántas tazas de té habré de beber, cuántas cervezas? ¡Qué espantosa incolora perspectiva! Y sin embargo morir… Un vago espasmo de aprensión me sacude repentinamente los intestinos y he de excusarme y marchar al lavabo.

Le he dicho que estudié Medicina y ella me ha confiado que le preocupan mucho las dimensiones de su busto. Sufre de palpitaciones y está convencida de que se deben al excesivo peso sobre el corazón; no sabe si debiera operarse. Algunas amigas se lo aconsejan, otras no.

—¡Demasiado peso para cargar con él todo el día! Imagínese usted, Herr Issyvoo: yo que era tan esbelta como usted…

—Estoy seguro de que ha tenido usted muchos admiradores, Fräulein Schroeder.

Los ha tenido a docenas. Pero solo un amigo: un hombre casado, separado de su mujer, que no quería darle el divorcio.

—Estuvimos juntos once años, hasta que murió de una pulmonía. A veces, en invierno, me despierto por la noche y todavía le echo de menos en la cama. Una no acaba nunca de entrar en calor, durmiendo sola.

Viven cuatro huéspedes más en el piso. En el cuarto grande de delante, junto al mío, está Fräulein Kost. En el de enfrente, que da al patio, Fräulein Mayr. Al otro lado del cuarto de estar, en la parte trasera de la casa, está Bobby. Y detrás de la habitación de Bobby, en lo alto de una escalerilla, encima del cuarto de baño, hay un altillo diminuto —Fräulein Schroeder lo llama, no se sabe por qué secretas razones, «el pabellón sueco»—, alquilado por veinte marcos al mes a un viajante de comercio que se pasa fuera todo el día y gran parte de la noche. Los domingos por la mañana me lo encuentro algunas veces, deambulando por la cocina, mientras con aire de pedir excusas busca una caja de cerillas.

Bobby trabaja de *barman* en un local del distrito oeste llamado Troika. No sé su verdadero nombre —los nombres ingleses están ahora de moda entre el *demi-monde* de Berlín—. Es un hombre joven y pálido, de expresión preocupada, el pelo negro y lacio, elegantemente vestido. A primera hora de la tarde, cuando acaba de levantarse, se le ve por el piso en mangas de camisa y con una redecilla en la cabeza.

Fräulein Schroeder y Bobby se tratan con mucha familiaridad. Él le da azotes en el trasero y la cosquillea; ella se defiende golpeándole con la sartén o con el estropajo. La primera vez que los sorprendí en una de sus escaramuzas se azararon un tanto; ahora ya no les importa.

Fräulein Kost es una muchacha sonrosada y rubia, de ojos azules, cándidos y grandes. Cuando nos cruzamos en bata, a la puerta del cuarto de baño, los baja modestamente. Es rolliza, pero tiene un buen cuerpo.

Un día se me ocurrió preguntarle a Fräulein Schroeder que cuál era la profesión de Fräulein Kost.

—¿Su profesión? ¡Ja, ja, muy bueno! ¡Esa es la palabra justa! ¡Buena profesión la que tiene! Así…

Con la expresión de quien hace algo muy cómico, Fräulein Schroeder se contoneó por la cocina como un pato, mientras sostenía el plumero estudiadamente entre el pulgar y el índice. Al llegar a la puerta giró en redondo, triunfante, y tras una ondulación del plumero me envió coquetamente un beso con los dedos.

—¡Ja, ja, Herr Issyvoo! ¡Así es como se hace!

—No acabo de entenderla, Fräulein Schroeder. ¿Quiere usted decir que es equilibrista?

—¡Je, je, je! ¡Muy bueno, Herr Issyvoo! ¡Es eso! ¡Es eso justamente! Se gana la vida en la cuerda floja. ¡Eso es lo que hace!

Una tarde, a los pocos días, me encontré en la escalera con Fräulein Kost, acompañada de un japonés. Fräulein Schroeder me explicó luego que era uno de los mejores clientes de Fräulein Kost. Le había preguntado cómo se las arreglaban para pasar el tiempo, cuando no estaban en la cama, porque el japonés apenas habla alemán.

—Pues —dijo Fräulein Kost— ponemos el gramófono, ya sabe, y comemos bombones, y además nos reímos mucho. Le gusta mucho reírse…

Fräulein Schroeder simpatiza con Fräulein Kost y no ve nada inconveniente en su género de comercio, pero cuando se enfada porque Fräulein Kost ha roto el pitorro de la tetera, o porque se ha olvidado de marcar sus llamadas telefónicas en el pizarrín del cuarto de estar, invariablemente exclama:

—¡Pero qué se puede esperar de una mujer de su clase, de una vulgar prostituta! ¡Si empezó de criada, Herr Issyvoo! ¿No lo sabe? Hasta que se lio con el amo y un buen día, claro, quedó embarazada… Después

de suprimir ese pequeño obstáculo tuvo que ponerse a hacer la carrera…

Fräulein Mayr es artista de variedades: una de las mejores cantantes tirolesas de toda Alemania, según asegura reverentemente Fräulein Schroeder, que no simpatiza con ella pero que la respeta mucho. Y con razón. Fräulein Mayr tiene morros de bulldog, brazos enormes, y su pelo es áspero y de color de cáñamo… Habla, con énfasis particularmente agresivo, en dialecto bávaro. Cuando está en casa se instala ante la mesa del cuarto de estar como un caballo de regimiento, y ayuda a Fräulein Schroeder a echar las cartas. Las dos son consumadas echadoras de cartas, incapaces de empezar el día sin consultarlas. Lo que ahora quieren sobre todo averiguar es la fecha del próximo contrato de Fräulein Mayr. A Fräulein Schroeder le interesa tanto como a ella, porque Fräulein Mayr está atrasada en el pago.

En la esquina de la Motzstrasse, cuando el tiempo es bueno, suele estar un hombrecillo desastrado, de ojos saltones, junto a una garita de lona de cuyos costados cuelgan cartas de clientes agradecidos y mapas astrológicos. Es un personaje importante en la vida de Fräulein Schroeder, que le consulta siempre que puede. En su trato con él hay, a la vez, zalamería y amenaza. Si las profecías se cumplen le comprará un reloj de oro, le invitará a cenar, le dará un beso; si no, ya puede contar con un tirón de orejas, o la denuncia a la policía, o la estrangulación. Entre otras cosas, el astrólogo le ha prometido un premio de la lotería prusiana. Hasta ahora no ha tenido suerte, pero el día se le pasa discutiendo lo que hará con el dinero. Naturalmente, todos tendremos nuestro regalo. Yo un sombrero, porque a Fräulein Schroeder no le parece bien que una persona de mi clase salga a la calle con la cabeza descubierta.

Cuando no está echando las cartas, Fräulein Mayr toma el té y alecciona a Fräulein Schroeder con la historia de sus pasados triunfos artísticos:

—Y el empresario me dijo: «¡Fritzi, el cielo te envía! Mi primera estrella está enferma. Tienes que salir para Copenhague esta misma noche». Y no aceptaba excusas: «Fritzi», dijo (siempre me llamaba así), «Fritzi, ¿no vas a abandonar a un viejo amigo?» Así es que fui.

Fräulein Mayr bebe un sorbo de té, nostálgicamente.

—Un hombre encantador. Y tan fino —después sonríe—. Atrevido…, pero un señor.

Fräulein Schroeder, que la está gozando, asiente ansiosamente, pendiente de la historia.

—¿Algunos de esos empresarios deben ser muy descarados? ¿Un poco más de salchicha, Fräulein Mayr?

—Muchas gracias, Fräulein Schroeder: solo una pizca. Sí, algunos… ¡usted no se imagina! Pero siempre he sabido defenderle. Cuando era una muchachita…

Por los brazos desnudos y carnosos de Fräulein Mayr repta una ondulación de bíceps, muy poco apetitosa. Y su barbilla avanza.

—Soy de Baviera, y en Baviera jamás olvidamos una ofensa.

Ayer tarde, al entrar en el cuarto de estar, encontré a Fräulein Schroeder y a Fräulein Mayr tumbadas en el suelo boca abajo, con la oreja pegada a la alfombra. De vez en cuando se sonreían la una a la otra con delicia, o se pellizcaban, pidiéndose silencio mutuamente.

—¡Atención! —susurró Fräulein Schroeder—. Le está destrozando los muebles.

—¡La está poniendo morada! —exclamaba Fräulein Mayr, en éxtasis.

—¡Escuche eso!

—¡Sss! ¡Sss!

—¡Sss!

Fräulein Schroeder estaba fuera de sí de excitación. Cuando pregunté qué pasaba se incorporó trabajosamente, vino hacia mí contoneándose, me cogió por la cintura y empezó a dar vueltas.

—¡Herr Issyvoo! ¡Herr Issyvoo! ¡Herr Issyvoo! —hasta quedarse sin aliento.

—¿Pero qué es lo que pasa?

—¡Sss! —exigió Fräulein Mayr desde el suelo—, ¡han empezado otra vez!

En el piso de abajo vive una tal Frau Glanterneck, una judía de Galitzia, y por tanto enemiga de Fräulein Mayr. Fräulein Mayr, no hace falta decirlo, es una nazi fervorosa. Aparte de eso, parece que una vez tuvieron ciertas palabras en la escalera a propósito de los gorgoritos tiroleses de Fräulein Mayr. Frau Glanterneck, quizá porque no es aria, dijo que prefería el maullido de los gatos, insultando así no solo a Fräulein Mayr sino a todas las mujeres de Baviera, a todas las mujeres alemanas, y poniendo a Fräulein Mayr en el agradable compromiso de vengarlas.

Hace dos semanas se supo en la vecindad que Frau Glanterneck, que tiene sesenta años y es fea como un demonio, había publicado un anuncio en los periódicos buscando marido y ya tenía un pretendiente, un carnicero viudo de Halle que, a pesar de haber visto a Frau Glanterneck, estaba dispuesto a casarse con ella.

Fräulein Mayr vio el cielo abierto. No se sabe por qué medios indirectos averiguó el nombre y las señas del carnicero y le envió un anónimo informándole de que Frau Glanterneck: *a)* tenía chinches en el piso, *b)* había sido procesada por fraude y absuelta por enfermedad mental, *c)* alquilaba su propia habitación para fines inmorales, y *d)* dormía después en la cama sin cambiar las sábanas. Ayer vino el carnicero, blandiendo la carta, a encararse con Frau Glanterneck. Uno distinguía las dos voces: el gruñido del prusiano furioso, y luego el falsete agudo de la judía. Y el redoble de puños sobre las mesas, y el ruido de cristales. La pelea duró más de una hora.

Esta mañana los vecinos se han quejado a la portera. Frau Glanterneck ha aparecido con un ojo morado. La boda se ha roto.

La gente de esta calle ya me conoce de vista y en la tienda los parroquianos no vuelven la cabeza al oír mi acento inglés, pidiendo medio kilo de manteca. Después de oscurecido, hace tiempo que las tres prostitutas de la esquina no me sisean con voz ronca: «*Komm, Süsser!*», al pasar.

Las tres tienen más de cincuenta años y no intentan ocultarlo. No se empolvan ni se pintan. Llevan faldas largas, sombreros matroniles, viejos abrigos de pieles ya sin forma. Bobby, con quien se me ocurrió hablar de ellas, dice que hay una cierta demanda de este tipo de mujer. Muchos hombres maduros las prefieren a las jóvenes, y también algunos chicos de menos de veinte. Los chicos, según Bobby, se sienten cortados ante una chica de su misma edad, pero no con una mujer lo bastante mayor para ser su madre. Como la mayoría de los *barmen*, Bobby es un experto en cuestiones sexuales.

La otra noche fui a verle durante sus horas de trabajo. Era aún muy temprano, alrededor de las nueve, y el local resultó ser más grande y más lujoso de lo que yo imaginaba. Al conserje, galoneado como un archiduque, le pareció sospechosa mi falta de sombrero hasta que le hablé en inglés. La chica del guardarropa insistió en quedarse con mi abrigo, con el que cubro las peores manchas de los pantalones, y el botones, sentado junto al mostrador, no se tomó el trabajo de abrirme la puerta. Para tranquilidad mía, Bobby estaba en su puesto detrás de la barra azul y plateada y me dirigí hacia él como hacia un viejo amigo. Estuvo muy amable.

—Buenas noches, señor Isherwood. Me alegra verle por aquí.

Pedí una cerveza y me instalé en un taburete del rincón. Apoyándome contra la pared podía ver el local entero.

—¿Cómo va el negocio?

Su rostro exangüe y empolvado de noctámbulo tomó una expresión grave. Luego se inclinó sobre la barra, con oficiosidad confidencial.

—Bastante mal, señor Isherwood. La clase de público que tenemos ahora… ¡no lo creería! Si hace un año no habrían pasado de la puerta… Piden una cerveza y se creen con derecho a estarse aquí toda la noche.

El tono de Bobby era amargo. Me sentí incómodo.

—¿Quiere tomar algo?

Me bebí la cerveza de un golpe, atragantándome, y para evitar confusiones añadí:

—Yo tomaré un whisky con soda.

Bobby se sirvió también uno.

El local estaba casi vacío. Miré a los escasos clientes intentando verlos con los ojos desilusionados de Bobby. Tres chicas atractivas y bien vestidas estaban en la barra. La de más cerca, muy elegante, tenía un cierto aire extranjero. En una pausa en nuestra conversación oí algunas palabras de la suya con el otro *barman*: hablaba en vulgar dialecto berlinés y estaba cansada y aburrida. El labio inferior le colgaba. Un hombre joven, un chico guapo y bien vestido de smoking que podría haber pasado por un estudiante inglés en vacaciones, vino a mezclarse en la conversación.

—*Nee, nee* —le oí decir—. *Bei mir nicht!*—y sonrió al hacer un gesto callejero, seco y brutal.

En el rincón, el botones vestido de chaquetilla blanca hablaba con la vieja encargada de los lavabos. El chico dijo algo, se rio y rompió de repente en un bostezo. Los tres músicos del estrado charlaban entre ellos, dispuestos a no empezar hasta que tuviesen un público que valiera la pena. En una de las mesas un hombretón con bigote me pareció un cliente auténtico; al cabo de un momento, sin embargo, cruzamos una mirada y me hizo una ligera inclinación. Era el encargado.

Se abrió la puerta y entraron dos parejas. Las mujeres, ya de edad, vestidas con trajes de noche caros, llevaban el pelo corto y tenían las piernas gruesas. Los dos hombres, probablemente holandeses, eran pálidos y parecían adormilados. Indiscutiblemente, aquí estaba el dinero: en un instante el Troika se

transformó. El encargado, el chico de los cigarrillos y la mujer de los lavabos se levantaron a la vez. La mujer de los lavabos desapareció. El encargado, en voz baja y furiosa, le dijo algo al chico de los cigarrillos, que desapareció también. Se adelantó entonces hasta la mesa, todo él sonrisa y reverencias, y dio la mano a los dos hombres. El chico volvió a aparecer, con su bandeja, seguido por un camarero con la lista de bebidas. La orquesta rompió a tocar. En la barra, las tres chicas se volvieron hacia la sala con una sonrisa discretamente invitadora. Los gigolós se acercaron como si no las conocieran, se cuadraron cortésmente y con voz educada las sacaron a bailar: Sonriente, peripuesto, cimbreante como una flor, el botones cruzó la sala con su bandeja de cigarrillos:

—*Zigarren! Zigaretten!*

La voz era jovial e impostada como la de un actor. Y en idéntico tono, aún más alto, más alegre, más jovial, para que todos oyéramos, el camarero gritó a Bobby:

—*Heidsick Monopol!*

Los bailarines evolucionaban con la gravedad absurda y solícita de quien toma parte en una representación. Y el saxofonista, con su instrumento colgando del cuello, avanzó hasta el borde del tablado:

Sie werden lachen,
Ich lieb'
Meine eigene Frau…

Cantaba en tono de sobrentendido, como incluyéndonos en una conspiración, la voz velada de insinuaciones, poniendo los ojos en blanco en una especie de pantomima epiléptica de la felicidad. Bobby, afable, vivaz, cinco años más joven, alargó la botella. Los dos lacios clientes hablaban entre ellos, probablemente de negocios, sin echar un vistazo a toda aquella animación por ellos suscitada, ni tampoco a sus mujeres, sentadas en silencio, azaradas, incómodas y mortalmente aburridas.

Fräulein Hippi Bernstein, mi primera alumna, vive en el Grünewald en una casa construida casi enteramente de cristal. La mayoría de las familias ricas de Berlín viven en el Grünewald, aunque es difícil entender por qué. Sus villas, que abarcan todas las variedades conocidas de la fealdad cara, desde la excéntrica folie rococó hasta el funcionalismo del cubo de acero y cristal, se apelotonan en ese pinar deprimente y húmedo. El precio del terreno es fabulosamente caro y muy pocas pueden permitirse el lujo de un jardín grande: la mayoría no tiene otra vista que el jardinillo trasero del vecino, cerrado por una alambrada y guardado por un perro de presa. El miedo a los ladrones y a la revolución tiene reducidos a estos desdichados a un verdadero estado de sitio. Viven sin sol y sin intimidad. El barrio es un auténtico suburbio de millonarios.

Llamé a la puerta del jardín y un criado con la llave salió de la casa, seguido de un enorme perro alsaciano que empezó a gruñir.

—No le morderá si no le dejo solo —me tranquilizó el criado sonriente.

El vestíbulo de los Bernstein tiene puertas con guarnición metálica y un reloj de barco sujeto a la pared con pernos de metal. Las lámparas son modernas, imitando manómetros, termómetros y cuadros de mandos. Pero los muebles se despegan de la casa y sus instalaciones: la habitación parece una central eléctrica en donde los ingenieros han intentado acomodarse con las sillas y las mesas de una casa de huéspedes respetable y pasada de moda. De las austeras paredes metálicas cuelgan gruesos marcos dorados con paisajes decimonónicos cuidadosamente barnizados. Probablemente Herr Bernstein encargó la villa a un famoso arquitecto de vanguardia en un momento de temeridad, le horrorizó el resultado y trató de arreglarlo en lo posible con los viejos muebles familiares.

Fräulein Hippi, que anda por los diecinueve años, es bonita, gruesa, con el pelo castaño y sedoso, dientes sanos y grandes ojos de ternera. Tiene una risa perezosa, satisfecha y cordial, y un busto bien formado. Habla, bastante bien, un inglés de colegiala con ligero acento americano, y no tiene la menor intención de trabajar. Tímidamente traté de proponerle un programa para nuestras lecciones, pero a cada instante me interrumpía para ofrecerme bombones, café o cigarrillos.

—Perdone un momento, por favor, no hay fruta: —sonrió luego, descolgando el teléfono interior—. Anna, traiga unas naranjas.

Trajeron las naranjas y a pesar de mis protestas me vi obligado a hacer una verdadera comida, con plato, cuchillo y tenedor. Toda tentativa de crear una relación de profesor y alumno resultó ya imposible. Me sentía como un guardia al que una cocinera guapa sirve de comer en la mesa de la cocina. Fräulein

Hippi me observaba con su sonrisa bondadosa y vaga:

—Dígame, por favor, ¿por qué viene a Alemania?

Es curiosa, un poco a la manera de una vaca que mete distraídamente la cabeza entre los postes de un cercado, sin excesivo deseo de entrar en él. Dije que el país me interesaba mucho.

—La situación política y económica en Alemania —empecé a decir, otra vez en tono de profesor— es más interesante que en los otros países europeos. Excepto Rusia, claro —aventuré.

Fräulein Hippi no reaccionó. Se limitó a sonreír vagamente otra vez.

—Creo que será aburrido para usted aquí. No tiene muchos amigos en Berlín, ¿verdad?

—No. No muchos.

Eso pareció divertirla.

—¿No conoce chicas bonitas?

Sonó el teléfono interior. Descolgó, todavía sonriendo, sin atender a la vocecilla del auricular. Podíamos oír claramente la voz de Frau Bernstein, la madre de Hippi, hablando desde el cuarto de al lado.

—¿Que si te has dejado aquí tu libro *rojo*? —repitió Fräulein Hippi, sonriéndome como si se tratase de una broma en la que yo debiera participar—. No. No lo veo. Debe estar en el despacho. Llama a papá. Sí, está trabajando —me ofreció con gestos otra naranja y yo moví la cabeza cortésmente—. Mami, ¿qué tenemos para almorzar? ¿De verdad? ¡Estupendo!

Colgó el teléfono y volvió a su interrogatorio:

—¿No conoce ningunas chicas bonitas?

—*Ninguna* chica bonita… —corregí evasivamente. Fräulein Hippi sonreía y seguía esperando una respuesta.

—Sí, una —tuve que decir por fin, pensando en Fräulein Kost.

—¿Solo una? —Enarcó las cejas en un gesto de cómica sorpresa—. Y dígame, por favor, ¿encuentra usted las chicas alemanas distintas de las inglesas?

Me ruboricé.

—Encuentra usted a las chicas alemanas… —empecé a corregirla y me quedé parado al darme cuenta de que no estaba seguro de si se dice *distinto a* o *distinto de*.

—¿Encuentra usted las chicas alemanas distintas a las inglesas? —volvió a repetir con la misma sonriente insistencia. Me ruboricé aún más.

—Sí, muy distintas —me decidí a decir.

—¿En qué son distintas?

Afortunadamente sonó el teléfono otra vez. Era alguien de la cocina para decir que se serviría el almuerzo una hora antes, porque Herr Bernstein tenía que ir a la ciudad por la tarde.

—Lo siento —dijo Fräulein Hippi levantándose—, pero tenemos que terminar. Vendrá el viernes, ¿verdad? Hasta entonces, señor Isherwood. Y muchas gracias.

Rebuscó en su bolso y me alargó un sobre que me metí en el bolsillo, algo azarado. No lo abrí hasta después de perder de vista la casa de los Bernstein: había una moneda de cinco marcos. La tiré al aire, no alcancé a recogerla, la encontré después de cinco minutos de búsqueda, enterrada en la arena, y bajé a todo correr hasta la parada del tranvía, cantando y pegando puntapiés a las piedras del camino. Me sentía intensamente eufórico y culpable, a la vez, como si acabase de cometer una afortunada ratería.

Intentar enseñarle algo a Fräulein Hippi es perder el tiempo. Si no sabe una palabra, la dice en alemán. La corrijo, vuelve a decirla en alemán. Por supuesto no me importa que sea una zángana, pero temo que Frau Bernstein llegue a darse cuenta de los escasos progresos que hace su hija. Aunque es bastante improbable. La mayoría de los ricos, una vez que se han decidido a admitir a alguien, le admiten casi todo. El único problema, para un profesor particular, está en pasar de la puerta.

Y Hippi parece contenta con mis clases. Sospecho, por algo que dijo el otro día, que presume con sus amigas del colegio de tener un profesor inglés. Nos llevamos muy bien. Yo me dejo sobornar con fruta y no me pongo pesado; ella les dice a sus padres que soy el mejor profesor que ha tenido. Charlamos en alemán de las cosas que a ella le interesan y, cada tres o cuatro minutos, nos interrumpimos para que participe en el juego familiar de dar recados completamente innecesarios por el teléfono interior.

El porvenir no le preocupa. Como todo el mundo en Berlín, alude continuamente a la situación política, pero de pasada, con cierta convencional melancolía como cuando uno habla de religión. No acaba de tener realidad para ella. Piensa ir a la universidad, viajar, pasarlo bien y algún día, por supuesto, casarse. Tiene varios amigos y nos pasamos gran parte del tiempo hablando de ellos. Uno tiene un coche maravilloso. Otro un aeroplano. Otro ha tenido siete duelos. Otro ha descubierto un truco para apagar las farolas de la calle dándoles un golpe seco en un sitio determinado. Una noche, de vuelta de un baile, Hippi y él apagaron

todas las farolas de la vecindad.

Hoy almorzaron temprano en casa de los Bernstein y, en vez de dar mi lección, me invitaron a acompañarles. Estaba toda la familia: Frau Bernstein, plácida y corpulenta; Herr Bernstein, bajo, inquieto y taimado; y la hermana pequeña, una colegiala gorda de doce años que devoraba, imperturbable a las bromas de Hippi, que le decía que iba a estallar. Todos parecen quererse mucho a su manera, un poco blanda y viscosa. Hubo un principio de discusión conyugal porque Herr Bernstein se negaba a que su mujer fuese de compras en el coche, por la tarde. Durante los últimos días los nazis han estado alborotando en las calles.

—Puedes ir en tranvía —dijo Herr Bernstein—. No estoy dispuesto a que esa gente me apedree el coche nuevo.

—¿Y si me apedrean a mí? —preguntó Frau Bernstein, en tono bienhumorado.

—Bueno, ¿no vas a creer que es lo mismo? Te pones unos esparadrapos en la cabeza y ya está. No cuestan más de cinco *groschen*. Las pedradas del coche pueden costarme quinientos marcos.

Y el asunto se dio por terminado. Herr Bernstein se volvió hacia mí.

—No dirá usted que no se le trata bien, ¿eh, joven? ¡Se le da una buena comida y además se le paga por comerla!

Me di cuenta por la expresión de Hippi de que, incluso para el sentido del humor de los Bernstein, su padre se había pasado un poco. Me reí.

¿Me pagará un marco extra por cada vez que repita?

A Herr Bernstein le hizo gracia; pero tuvo buen cuidado en demostrarme que sabía que yo lo decía en broma.

Durante la pasada semana se ha producido en casa una espantosa serie de peleas.

Todo empezó cuando Fräulein Kost le anunció a Fräulein Schroeder que le habían robado cincuenta marcos de su habitación. Estaba muy disgustada, sobre todo, según explicó, porque era el dinero que guardaba para pagar la pensión y el teléfono. El billete lo había dejado en el cajón de su armario, junto a la puerta.

La primera hipótesis de Fräulein Schroeder, bastante lógica, fue que el ladrón había sido uno de los clientes de Fräulein Kost. Fräulein Kost dijo que era imposible, que no había recibido ninguna visita en tres días. Además, añadió, sus amigos eran caballeros de buena posición, para quienes cincuenta miserables marcos eran una friolera. Fräulein Schroeder se molestó muchísimo.

—¡Supongo que está insinuando que ha sido alguien de casa! ¡Vaya descaro! ¡Créame usted, Herr Issyvoo, que la habría hecho pedazos!

—Estoy seguro, Fräulein Schroeder.

Luego ha expuesto la teoría de que no ha habido tal robo, que todo era un truco de Fräulein Kost para no pagar su cuenta. Se lo insinuó, y Fräulein Kost se puso furiosa. Dijo que reuniría ese dinero en pocos días (ya lo ha reunido) y dio aviso de que dejará su cuarto libre a fin de mes.

Entretanto, por una casualidad, yo me he enterado de que Fräulein Kost se acostaba con Bobby. Una noche, al entrar, me fijé en que la luz del cuarto de Fräulein Kost estaba apagada. Siempre puede saberse porque sobre su puerta hay un montante de cristal esmerilado que deja pasar la luz al recibidor. Ya en la cama, leyendo, oí la puerta abrirse y la voz de Bobby, entre risas, hablando en un murmullo. Después de varias risas apagadas y de algún crujido de madera, Bobby salió de puntillas del piso, cerrando la puerta lo más despacio posible. Al cabo de un momento volvió a entrar ruidosamente y se fue derecho al cuarto de estar, donde le oí dar las buenas noches a Fräulein Schroeder.

Si Fräulein Schroeder no está enterada creo que por lo menos lo sospecha. Así se explicaría su furia contra Fräulein Kost. La realidad es que está terriblemente celosa, y eso da lugar a los incidentes más azarantes y grotescos que pueden imaginarse. La otra mañana, al ir al cuarto de baño, me encontré con que estaba ocupado por Fräulein Kost. Antes de que pudiera evitarlo, Fräulein Schroeder se precipitó a la puerta y le ordenó que saliera inmediatamente. Y como Fräulein Kost no hizo caso, Fräulein Schroeder, a pesar de mis protestas, empezó a chillar y a dar puñetazos en la puerta:

—¡Salga de mi cuarto de baño! ¡Salga inmediatamente o llamo a la policía!

Rompió a llorar y el llanto le dio palpitaciones. Entre sollozos y ahogos, Bobby la llevó al sofá y todos nos quedamos alrededor, sin saber qué hacer. Fräulein Mayr apareció en el umbral y con cara de guardia y una voz terrible dijo a Fräulein Kost:

—Puede usted considerarse afortunada si no la ha asesinado.

Luego tomó el mando de la situación, nos echó a todos del cuarto y me envió a mí a la tienda por un frasco de Gotas de Baldrian. Al regreso la encontré sentada junto al sofá palmoteando la mano de Fräulein Schroeder, mientras murmuraba en su tono más trágico:

—Lina, mi pobre niña… ¿Qué te han hecho?

Sally Bowles

Una tarde, a principios de octubre, Fritz Wendel me invitó a tomar café puro en su piso. Fritz, que estaba muy orgulloso de su café, invitaba siempre a «café puro», poniendo en lo de «puro» un especial énfasis. La gente decía que en su casa se degustaba el café más fuerte de Berlín.

Le encontré vestido a su modo habitual en esas ocasiones: jersey marinero blanco muy grueso y pantalones de franela azul pálido. Su sonrisa, al saludar, le dibujaba los labios y era empalagosa.

—¡Hola, Chris!

—Hola, Fritz. ¿Cómo estás?

—Bien —se inclinó sobre la cafetera y el fino pelo negro se le despeinó sobre la frente en rizos espesamente perfumados—. Este maldito aparato no marcha —añadió.

—¿Cómo van los negocios?

—Desastrosamente mal —hizo una mueca—. O cierro alguna operación este mes o me dedico a gigoló.

—Si no… me… —le corregí por deformación profesional.

—Mi inglés es desastroso estos días —salmodió Fritz, muy satisfecho de sí mismo—. Sally dice que a lo mejor me da unas clases.

—¿Quién es Sally?

—Ah, se me olvidaba: no la conoces. Precisamente la espero esta tarde.

—¿Está bien?

Fritz puso en blanco los pícaros ojos negros y me alargó uno de sus cigarrillos perfumados con ron.

—Maravillosa —volvió a salmodiar—. En realidad creo que estoy loco por ella.

—¿Qué es? ¿Y qué hace?

—Es una chica inglesa, una actriz. Canta en el Lady Windermere. ¡Buena pieza, de veras!

—Nada de eso suena muy inglés, me parece.

—En realidad es medio francesa. Su madre era francesa.

Sally llegó a los pocos minutos.

—Fritz, guapo, ¿llego muy tarde?

—Creo que solo media hora —Fritz sonrió con orgullo de propietario—. Te voy a presentar al señor Isherwood… la señorita Bowles. Todo el mundo le llama Chris.

—No —dije yo—, Fritz es la única persona que me ha llamado Chris en toda mi vida.

Sally se rio. Llevaba un traje de seda negra con una especie de esclavina y una gorra como de botones puesta de lado.

—¿Puedo llamar por teléfono, mi vida?

—Claro. Ahí lo tienes —Fritz me miró—. Vamos al otro cuarto, Chris. Quiero enseñarte algo.

Se le notaba impaciente por saber qué me había parecido Sally, su última adquisición.

—¡Por el amor de Dios, no me dejéis sola con este hombre! Es terriblemente apasionado y me seduciría por teléfono.

Al marcar el número me di cuenta de que llevaba las uñas pintadas de esmeralda, un color muy mal escogido porque hacía fijarse en sus manos, que las tenía amarillentas de nicotina y tan sucias como las de una niña pequeña. Por lo morena podía haber sido hermana de Fritz y su cara, larga y delgada, estaba empolvada con polvos blancos. Los grandes ojos castaños eran demasiado claros para hacer juego con su pelo y con el lápiz de las cejas.

—*Hilloo* —ronroneó, frunciendo los labios pintados de cereza lo mismo que si fuese a besar el teléfono —. *Ist dass Du, mein Liebling?*—La sonrisa era empalagosamente tierna. Fritz y yo la mirábamos como si estuviéramos en el teatro.— *Was wollen wir machen, Morgen Abend? Oh, wie wunderbar… Nein, nein, ich*

werde bleiben Heute Abend zu Hause. Ja, ja, ich werde wirklich bleiben zu Hause… Auf Wiedersehen, mein Liebling…

Colgó y nos miró triunfante.

—Anoche dormí con él —anunció—. Hace el amor maravillosamente y es un genio de los negocios, fabulosamente rico —vino a sentarse en el sofá, al lado de Fritz, y se acurrucó sobre los almohadones suspirando—. Dame una taza de café, mi vida. Estoy sedienta.

Empezamos a hablar del tema favorito de Fritz, el Amor, como él decía.

—Por término medio —nos dijo—, tengo un gran Amor cada dos años.

—¿Cuándo fue el último? —preguntó Sally.

—Hace exactamente un año y once meses.

Y Fritz le dedicó una de sus miradas superlativas.

—¡Qué maravilla! —Sally arrugó la nariz y emitió una risita ligera y musical como si estuviera en escena —. Tienes que contarme cómo fue.

Fritz se enfrascó en una completa autobiografía. Escuchamos la historia de su seducción en París, detalles de un devaneo de vacaciones en Las Palmas, los cuatro principales idilios de Nueva York, una decepción en Chicago y una conquista en Boston; luego otra vez a París, para un poco de diversión, un episodio muy bonito en Viena, una estancia en Londres para consolarse y, por último, Berlín.

—¿Sabes una cosa, Fritz, guapo? —dijo Sally, mirándome de soslayo—. Yo creo que lo que a ti te pasa es que nunca has encontrado una mujer que de verdad te vaya.

—Puede que sea eso —a Fritz le gustaba la idea: los ojos negros eran ahora húmedos y sentimentales—. Puede que todavía esté buscando mi ideal.

—La encontrarás un día, estoy segura.

Una mirada de Sally me invitó a participar en el juego.

—¿Tú crees?

Fritz le dedicaba una sonrisa deslumbrante.

—¿Tú no lo crees? —me preguntó Sally.

—No lo sé. Nunca he conseguido descubrir cuál es el ideal de Fritz.

Por algún motivo mis palabras le halagaron y se apresuró a tomarme por testigo.

—Y Chris me conoce muy bien —salmodió—. Si Chris no lo sabe, seguro que nadie lo sabe.

Sally dijo que se marchaba.

—Estaba citada con un hombre en el Adlon a las cinco. ¡Y son ya las seis! Aunque me alegro de hacer esperar a ese cerdo. Quiere que me líe con él, pero ya le he dicho que no cuente conmigo mientras no se decida a pagar mis deudas. ¿Por qué los hombres serán tan guarros? —Abrió el bolso y se repintó los labios y las cejas—. Ah, por cierto, Fritz, guapo, ¿por qué no te portas como un ángel y me dejas diez marcos? No tengo ni un céntimo para el taxi.

—¡Pues claro!

Fritz, como un héroe, se llevó la mano al bolsillo sin vacilar. Sally se volvió hacia mí.

—¿Por qué no vienes a tomar el té conmigo un día de estos? Dame tu número de teléfono. Te llamaré.

Por lo visto se cree que tengo dinero, pensé. Bueno, así aprenderá. Apunté el número en su agenda y Fritz la acompañó a la puerta.

—¡Bueno! —Volvió a entrar de un brinco y cerró la puerta jubilosamente—. ¿Qué te parece, Chris? ¿No te dije que era una maravilla?

—¡Que si me lo dijiste!

—¡Cada vez que la veo me gusta más! —Exhaló un suspiro de felicidad y cogió un cigarrillo—. ¿Más café, Chris?

—No, muchas gracias.

—¿Sabes una cosa? Creo que le has gustado.

—¡Qué bobada!

—¡De verdad, seguro! —Fritz estaba feliz—. Creo que a partir de ahora vamos a verla muy a menudo.

Al llegar a casa me sentía tan mareado que tuve que tumbarme media hora. El café puro de Fritz me sentaba siempre como un veneno.

Unos días más tarde me llevó a oírla cantar.

El Lady Windermere (que según me han dicho ya no existe) era un bar bohemio y sofisticado, al lado de la Tauentzienstrasse, donde el propietario se había esforzado en crear una atmósfera de Montparnasse. Las paredes estaban adornadas con menús cubiertos de dibujos, caricaturas y fotografías dedicadas de actrices y actores («A la única y verdadera Lady Windermere». «Para Johnny de todo corazón»). Un abanico

gigantesco presidía la barra y en el centro del local, sobre un estrado, había un gran piano.

Sentía curiosidad por ver actuar a Sally. No sé por qué la había imaginado nerviosa, pero no lo era en absoluto. Tenía una voz sorprendentemente baja y bronca y cantaba mal, sin la menor expresión, con los brazos pegados al cuerpo, y sin embargo resultaba impresionante a su manera, debido a lo extraño de su aspecto y a su aire de no importarle un pito lo que el público opinase. Con las manos muertas y una sonrisa de indiferencia absoluta, cantó:

Ahora sé por qué mami
me educó tan bien:
lo hizo para alguien
que fuese como usted.

Hubo muchos aplausos. El pianista, un muchacho rubio con el pelo ondulado, muy guapo, se puso en pie y le besó rendidamente la mano. Sally cantó otras dos canciones, una en francés y otra en alemán. Gustaron menos.

Al final hubo un besamanos general y un éxodo hacia la barra. Sally, que parecía conocer a todo el mundo, a todos les tuteaba y llamaba guapos a todos. Para ser una *demi-mondaine* parecía tener escaso tacto y sentido del negocio: perdió un largo rato insinuándose a un señor de edad que claramente habría preferido charlar con el *barman*. Después todos bebimos bastante, Sally tuvo que dejarnos para ir a una cita y el encargado vino a sentarse con nosotros. Él y Fritz se pusieron a hablar de la aristocracia inglesa. Fritz estaba en su elemento. Como tantas otras veces, hice el firme propósito de no volver nunca a esa clase de sitios.

Tal como había prometido, Sally me llamó para invitarme a tomar el té.

Vivía Kurfürstendamm abajo, en la zona deprimente que sube ya hacia el lago Halensee. La patrona, una mujer gorda y sucia con una papada palpitante como un sapo, me hizo pasar a un cuarto grande y oscuro, medio amueblado con un sofá destripado en un rincón y una borrosa litografía de una batalla dieciochesca, en donde los heridos se reclinaban elegantemente sobre el codo admirando las corvetas del caballo del Gran Federico.

—¡Hola, Chris, guapo! —gritó Sally desde la puerta—. Eres un encanto por haber venido. Me sentía horriblemente sola y he estado llorando en el regazo de Frau Karpf. *Nicht wahr, Frau Karpf?* —Se volvió hacia la mujer sapo—. *Ich habe geweint auf Dein Brust*.

A Frau Karpf le palpitó el pecho en una especie de risotada de batracio.

—¿Quieres café o té, Chris? —continuó Sally—. Puedes tomar lo que prefieras, aunque no aconsejo mucho el té. No sé cómo lo hace Frau Karpf, pero parece como si hirviera el té en el agua sucia de los cazos de la cocina.

—Tomaré café, entonces.

—*Frau Karpf Liebling, willst Du sein ein Engel und bring zwei Tassen von Kaffee?*—El alemán de Sally no era meramente incorrecto: era una creación particular suya. Pronunciaba cada palabra como si la deletrease y, sin oírla, uno habría adivinado que hablaba un idioma extranjero solo por la expresión. —Chris, guapo, sé un ángel y corre las cortinas.

La obedecí, aunque afuera aún había luz, y ella encendió la lámpara de mesa. Mientras volvía yo del balcón se enroscó delicadamente en el sofá, como una gata, abrió el bolso y buscó un cigarrillo. Pero apenas había compuesto su postura cuando volvió a levantarse de un salto.

—¿Quieres criadillas?[1] —Sacó vasos, huevos y un frasco de salsa Worcester del estante de los zapatos, debajo del destartalado palanganero—. Es lo único que como —cascó los huevos habilidosamente, los vertió en los vasos, añadió salsa y batió la mezcla con una pluma estilográfica—. El dinero no me da para más —y volvió a enroscarse elegantemente sobre el sofá.

Llevaba el mismo vestido negro del primer día pero sin la esclavina, y lo había adornado con un cuello y unos puños blancos que le daban un aire de castidad teatral, como una monja en una ópera.

—¿De qué te ríes, Chris?

—No lo sé.

Pero no podía dejar de sonreír. Me parecía tan extraordinariamente cómico el aspecto de Sally en aquel momento… Era realmente bonita, con su cabeza pequeña y morena, con sus ojos grandes, con la nariz finamente arqueada, y tan absurdamente consciente de su atractivo, reclinada allí, tan complacidamente

femenina como una tórtola, con la cabeza deliberadamente erguida y las manos elegantemente colocadas.

—Chris, cerdo, dime de qué te ríes.

—No tengo la menor idea.

Rompió a reír ella también.

—¿Sabes que estás chiflado?

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —le pregunté, mientras echaba otro vistazo a aquel cuarto grande y deprimente.

—Desde que llegué a Berlín. O sea unos dos meses.

Le pregunté cómo se le había ocurrido venir a Alemania y si había venido sola. Me dijo que no, que vino con una chica amiga suya, una actriz, algo mayor que ella, que ya había estado otras veces en Berlín. Le dijo que seguramente encontrarían trabajo en la Ufa. Sally pidió prestadas diez libras a un amigo y la siguió, sin decir una palabra a sus padres hasta que estuvieron en Alemania.

—Me gustaría que hubieras conocido a Diana. No te puedes imaginar la mano tan maravillosa que tenía para sacar dinero. Y se quedaba con todos los hombres (aunque no supiese hablar su idioma). Yo la adoraba y me moría de risa con ella.

A las tres semanas de estar en Berlín sin encontrar trabajo, Diana le echó el gancho a un banquero que se la llevó con él a París.

—¿Y te dejó sola? Eso es una canallada.

—Bueno, tampoco… Cada cual va a lo suyo. Me figuro que yo en su lugar habría hecho lo mismo.

—Estoy seguro de que no.

—De todos modos estoy muy bien. Yo me arreglo sola.

—¿Cuántos años tienes, Sally?

—Diecinueve.

—¡Demonio! ¡Yo creía que tenías veinticinco!

—Sí. Todo el mundo se lo cree.

Frau Karpf entró renqueando, con las dos tazas de café sobre una bandeja deslustrada.

—¡Oh, Frau Karpf, *Liebling, wie wunderbar von Dich!*

—¿Por qué sigues en esta casa? —le pregunté en cuanto salió la patrona—. Podrías encontrar una habitación mucho mejor que esta.

—Sí. Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué no te mudas?

—Oh, no lo sé. Por pereza, supongo.

—¿Qué pagas aquí?

—Ochenta marcos al mes.

—¿Con desayuno incluido?

—No. Creo que no.

—¿Que *crees* que no? —exclamé severamente—. Pero si lo tienes que saber.

Sally aceptó mansamente mi regañina.

—Sí, ya sé que es estúpido. Veras, lo que pasa es que le doy dinero a la mujer cuando lo tengo. Así que resulta difícil saber lo que pago en conjunto.

—¡Pero por Dios, Sally! Yo pago cincuenta marcos al mes, con desayuno, y mi habitación es mucho mejor que esta.

Sally asintió con la cabeza, pero siguió en son de excusa.

—Hay otra cosa además, Christopher, sol, y es que no sé lo que sería de Frau Karpf si yo me marchase. Estoy segura de que nunca encontraría otro huésped. Nadie sería capaz de aguantar su cara y su olor, y todo. Y debe el alquiler de tres meses. La echarían en cuanto sepan que no tiene ningún huésped, y ella dice que si le hacen eso se matará.

—De todas maneras no veo por qué te tienes tú que sacrificar.

—Si no es sacrificio, de veras: me gusta el sitio. Y Frau Karpf y yo nos entendemos muy bien. Dentro de treinta años yo seré más o menos como ella. Una patrona respetable me echaría a la calle al cabo de una semana.

—La mía no te echaría.

Sally sonrió vagamente mientras se sonaba.

—¿Te gusta el café, Chris, mi vida?

—Lo prefiero al de Fritz —contesté evasivamente. Sally se rio.

—¿Verdad que Fritz es una maravilla? Le adoro. Me encanta cuando dice «me importa un pito».

—Me importa un pito —intenté imitar a Fritz.

Los dos nos reímos y Sally encendió otro cigarrillo (fumaba todo el tiempo). Me fijé en lo viejas que parecían sus manos a la luz de la lámpara. Delgadas, nerviosas y con las venas muy marcadas, eran las manos de una mujer madura. Las uñas verdes parecía que no fuesen suyas, sino que estuvieran allí de casualidad, igual que un enjambre de escarabajos, feos, duros y brillantes.

—Es una cosa rara —añadió pensativamente—. Fritz y yo nunca nos hemos acostado, ¿sabes? —Hizo una pausa y me preguntó con curiosidad—: ¿Tú creías que sí?

—Pues… sí. Supongo que lo creía.

—No nos hemos acostado. Ni una vez —bostezó—. Y me figuro que ya no nos acostaremos nunca.

Fumamos en silencio durante un largo rato, luego Sally me empezó a hablar de su familia. Era hija de un fabricante textil del Lancashire y de una señorita Bowles, heredera de una finca, que al casarse unieron sus apellidos.

—Papá es un *snob* terrible, aunque él diga que no. Mi verdadero apellido es Jackson-Bowles, claro que artísticamente no puedo llamarme así. Se creerían que soy tonta.

—Fritz me dijo que tu madre era francesa.

—No, ¡qué tontería! —Sally estaba un poco molesta—. Fritz es un idiota. Siempre está inventando historias.

Me habló de su hermana Betty.

—Es un ángel. La adoro. Tiene diecisiete años pero es de una inocencia bautismal. Mamá la educa al estilo antiguo. Si supiese la clase de puta que soy se moría seguro. No sabe absolutamente nada de los hombres.

—¿Y cómo es que tú no has salido al estilo antiguo, Sally?

—No lo sé. Supongo que me viene de la familia de papá. Papá te encantaría. No se toma a nadie en serio y es un hombre de negocios maravilloso. Por lo menos una vez al mes se emborracha completamente y horroriza a los amigos elegantes de mamá. Fue él quien me dio permiso para ir a Londres y estudiar teatro.

—Debiste salir muy pronto del colegio.

—Sí. No lo podía aguantar. Y me expulsaron.

—¿Cómo lo hiciste?

—Le dije a la directora que iba a tener un crío.

—¡Vamos, Sally!

—¡De veras! Organizaron un escándalo tremendo. Trajeron un médico a que me examinase y avisaron a mis padres. Y cuando se enteraron de que no había nada se llevaron una desilusión espantosa. La directora dijo que a una chica capaz de pensar cosas tan asquerosas no podía permitírsele que siguiera en el colegio y pervirtiese a sus compañeras. Así que me salí con la mía. Entonces le di la lata a papá hasta que me dijo que podía marcharme a Londres.

Sally se instaló en Londres, en una residencia, con otras estudiantes, y a pesar de la vigilancia consiguió pasar una apreciable cantidad de horas nocturnas en pisos de solteros.

—El primer hombre que fue conmigo no tenía ni idea de que yo fuese virgen hasta que se lo dije después. Era maravilloso, y un verdadero genio haciendo papeles de comedia. Estoy segura que algún día será muy famoso.

Al cabo de un tiempo consiguió trabajo de extra en las películas y luego entró de actriz secundaria en una compañía ambulante. Después conoció a Diana.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Berlín? —le pregunté.

—Ni idea. El contrato en el Lady Windermere solo me dura otra semana. Me lo dieron gracias a un tipo que conocí en el Eden Bar y que ahora está en Viena. Me figuro que tendré que telefonear a la Ufa. Y además hay un judío, un viejo asqueroso, que me saca algunas veces. Siempre dice que me va a conseguir un contrato, pero lo único que quiere, el muy cerdo, es acostarse conmigo. Los hombres en este país son horribles. No tienen un céntimo y todos quieren llevarte a la cama por una caja de bombones.

—¿Cómo demonios te las vas a arreglar cuando se te acabe este trabajo?

—Bueno, sabes que de casa me mandan algo de dinero. Aunque no va a durar mucho: mamá ya ha amenazado con dejarme en seco si no vuelvo en seguida a Inglaterra… Claro que ellos piensan que estoy aquí con una amiga. Si mamá supiese que estoy sola terminaba inmediatamente conmigo. De todas maneras pronto encontraré algún modo de ganar dinero. Y además no me gusta pedirles. El negocio de papá está muy mal ahora, con la depresión.

—Mira, Sally. Si alguna vez te encuentras en un lío me gustaría que me lo dijeses.

Se echó a reír.

—Eres un encanto, Chris. Pero no doy sablazos a los amigos.

—¿Es que Fritz no es amigo tuyo? —Se me escapó sin querer, pero a Sally no pareció importarle.

—Sí, claro, le quiero un horror. Pero tiene montones de dinero. Y no sé por qué, pero cuando la gente tiene dinero una les ve de otra manera.

—¿Y cómo sabes que yo no tengo también montones de dinero?

—¿Tú? —Sally soltó una carcajada—. ¡Pero si desde el momento que te vi me di cuenta de que no tienes un céntimo!

La tarde en que Sally vino a tomar el té conmigo Fräulein Schroeder estaba fuera de sí de excitación. Se había puesto su mejor vestido y se había ondulado el pelo. Sonó el timbre y abrió la puerta ceremoniosamente:

—Herr Issyvoo —anunció en tono estentóreo mientras me guiñaba un ojo—, ¡una señora desea verle!

Con la misma ceremonia presenté yo la una a la otra. Fräulein Schroeder era toda cortesía y se dirigió repetidamente a Sally llamándola *«Gnädiges Fräulein»*. Sally, con su gorro de botones inclinado sobre una oreja, le dedicó una risita argentina y se sentó elegantemente en el sofá, mientras Fräulein Schroeder, que nunca había conocido a nadie como Sally, asombrada, admirada, se afanaba a su alrededor. En lugar de las habituales, descoloridas y poco apetitosas rebanadas de bizcocho, nos trajo con el té una bandeja de pasteles con mermelada dispuestos en forma de estrella. Me fijé también en que nos había puesto dos diminutas servilletas de papel con los bordes calados imitando encaje. (Después, al felicitarla por esos detalles, me contó que siempre ponía esas servilletas cuando Herr Rittmeister invitaba a su prometida a tomar el té. «Sí, Herr Issyvoo. ¡Puede usted confiar en mí: sé muy bien cómo agradar a una señorita!»)

—¿Te molesta que me eche en el sofá, mi vida? —preguntó Sally en cuanto nos quedamos solos.

—Claro que no.

Se quitó la gorra, colocó sus zapatitos de terciopelo sobre la tapicería del sofá, abrió el bolso y empezó a empolvarse.

—Estoy rendida: anoche no pegué un ojo. Tengo un nuevo amante que es una maravilla.

Serví el té. Sally me miraba con el rabillo del ojo.

—¿Te molesta que hable así, Christopher, mi vida?

—Nada de eso.

—¿Pero no te gusta?

Le alargué el vaso de té.

—No es asunto mío.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Sally—. ¡No empieces a hacerte el inglés! ¡Claro que tu opinión es asunto tuyo!

—Bueno, si quieres que te lo diga, más bien me aburre.

La ofendí más de lo que pensaba. Cambió de tono y dijo fríamente:

—Creí que lo comprenderías —luego suspiró—. Me olvidaba de que eres hombre.

—Lo siento, Sally. Lo de ser hombre no puedo remediarlo, por supuesto… Pero no te enfades. Quería decir que cuando hablas así es en realidad una cosa nerviosa. Creo que por temperamento eres bastante tímida con los desconocidos, y en vista de eso has descubierto el truco de imponerte violentamente, obligándoles a aprobar o reprobar tu conducta. Lo sé, porque a veces yo también lo hago… Solo te pido que no lo hagas conmigo porque no sirve, y no consigues más que ponerme incómodo. Puedes acostarte con todos los hombres de Berlín, uno detrás de otro, y venir cada vez a contármelo, y no me convencerás de que eres *La Dame aux Camélias*. Porque la verdad, lo sabes muy bien, es que no lo eres.

—No…, supongo que no.

Su voz era deliberadamente impersonal. El tema la divertía: de alguna manera había conseguido halagarla.

—¿Entonces qué es lo que soy exactamente, Christopher, mi vida?

—Eres la hija de los señores Jackson-Bowles.

Tomó un sorbo de té.

—Sí…, ya sé lo que quieres decir… Puede que tengas razón… Entonces ¿tú crees que debería dejar de acostarme con hombres?

—De ningún modo. Lo único que digo es que tienes que estar segura de que de verdad te gusta.

—Claro —dijo Sally gravemente, después de una pausa— que nunca he dejado que el amor se interfiera en mi trabajo. El trabajo es lo primero. Pero no creo que se pueda ser una gran actriz si no se tiene

experiencia amorosa… —se interrumpió—. Chris, ¿de qué te estás riendo?

—Si no me río.

—Siempre estás riéndote de mí. ¿Piensas que soy una imbécil?

—No, Sally. No lo pienso en absoluto. Es verdad que me estaba riendo. No sé por qué, pero con las personas que me son simpáticas me entran a veces ganas de reírme de ellas.

—¿Entonces yo te soy simpática, Christopher?

—Claro que sí, Sally. ¿No lo sabías?

—Pero no estás enamorado de mí, ¿verdad?

—No. No estoy enamorado de ti.

—Me alegro muchísimo. Desde que nos vimos la primera vez quise serte simpática, pero me alegro que no te hayas enamorado de mí. Porque creo que no podría enamorarme de ti, así que si tú te enamoras, se hubiese estropeado todo.

—Hemos tenido mucha suerte, ¿no te parece?

—Sí, mucha… —Sally vaciló—. Hay algo que te quiero decir, Chris, mi vida… No sé si lo comprenderás.

—Recuerda que no soy más que un hombre.

Sally se rio.

—Es una tontería, pero me molestaría que te enterases sin decírtelo yo… ¿Sabes, el otro día, cuando dijiste que Fritz te había dicho que mi madre era francesa?

—Sí, ya me acuerdo.

—¿Y yo dije que se lo había inventado él? Bueno, pues no… Fui yo quien se lo dijo a él.

—¿Pero por qué demonios le contaste eso?

Los dos rompimos a reír.

—No lo sé —dijo Sally—, supongo que porque quería impresionarle.

—Pero ¿qué hay de impresionante en tener una madre francesa?

—Yo soy un poco así a veces, Chris. Tienes que tener paciencia conmigo.

—De acuerdo. Tendré paciencia.

—¿Me das tu palabra de honor que no se lo contarás a Fritz?

—Palabra de honor.

—¡Si se lo cuentas, cerdo! —gritó Sally riéndose y empuñando la daga-plegadera que estaba sobre mi mesa—, ¡te corto el cuello!

Después de marcharse Sally le pregunté a Fräulein Schroeder qué le había parecido. Estaba en éxtasis.

—¡Como un cromo, Herr Issyvoo! ¡Y tan elegante! ¡Unas manos y unos pies tan finos! Se ve que pertenece a la mejor sociedad… Sabe usted, Herr Issyvoo, nunca hubiera imaginado que tuviera una amistad así. ¡Usted, tan callado!

—Ya sabe usted, Fräulein Schroeder, que a veces el agua mansa…

Dio un chillido de risa mientras se balanceaba sobre sus cortas piernas:

—¡Tiene razón, Herr Issyvoo! ¡Tiene razón!

El día de nochevieja Sally se mudó a la pensión de Fräulein Schroeder.

Lo arreglamos todo a última hora. Sally, a quien mis repetidas advertencias habían hecho sospechar, sorprendió a Frau Karpf en una pillería demasiado evidente que la decidió a endurecer el corazón y marcharse. Ocuparía la antigua habitación de Fräulein Kost. Fräulein Schroeder estaba encantada.

Tuvimos cena de san Silvestre en casa: Fräulein Schroeder, Fräulein Mayr, Sally, Bobby, otro *barman* del Troika y yo. Fue un gran éxito. Bobby, reintegrado a su posición de favorito, coqueteó descaradamente con Fräulein Schroeder. Fräulein Mayr y Sally, de artista a artista, discutieron las posibilidades del teatro de variedades en Inglaterra y Sally soltó varias mentiras gordas, que por el momento casi creía ella misma, contando sus actuaciones en el Palladium y en el London Coliseum. Fräulein Mayr correspondió con la historia de un paseo suyo por las calles de Munich, en un coche tirado por un grupo de estudiantes entusiasmados. Llegadas a ese punto, Sally no tardó mucho en convencer a Fräulein Mayr para que cantase *Sennerin Abschied von der Alm*, que, después de unos vasos de clarete y de una botella de coñac barato, armonizaba tan bien con mi estado de ánimo que se me saltaron unas cuantas lágrimas. Todos coreamos el estribillo y el agudísimo *Juch-he!* del final. Luego Sally cantó *I've got those Little Boy Blues* con tanto sentimiento que el colega de Bobby lo tomó personalmente y le echó los brazos a la cintura. Tuvo que sujetarle Bobby, que le recordó que era hora de ir al trabajo.

Sally y yo fuimos con ellos al Troika. Allí estaba Fritz con Klaus Linke, el joven pianista que acompañaba

las canciones de Sally en el Lady Windermere. Luego Fritz y yo nos fuimos a otro sitio. Fritz parecía deprimido pero no quería decirme por qué. Unas muchachas hacían cuadros vivos detrás de un tul y había una inmensa sala de baile con teléfonos en las mesas. Tuvimos las habituales conversaciones: «Perdón, señora, pero su voz me hace sospechar que es usted una rubita fascinadora con largas pestañas oscuras (justamente mi tipo). ¿Que cómo lo sé? ¡Ajajá, ese es mi secreto! Sí. Exacto. Soy alto, moreno, ancho de hombros, con aspecto militar y una sombra de bigote… ¿Que no se lo cree? ¡Venga a verlo usted misma!» Las parejas bailaban abrazadas, hablándose a gritos, chorreando sudor. La orquesta, en traje tirolés, jaleaba, bebía y sudaba cerveza. El local apestaba como un parque zoológico. A la salida me despisté y durante horas y horas vagué por un bosque de banderitas de papel. A la mañana siguiente, al despertarme, la cama estaba cubierta de ellas.

Hacía tiempo que estaba levantado y vestido cuando Sally volvió a casa. Vino directamente a mi cuarto, cansada pero contenta.

—¡Hola, mi amor! ¿Qué hora es?

—Casi la de almorzar.

—¿De veras? ¡Qué maravilla! Estoy muerta de hambre: no he desayunado más que una taza de café…

Se quedó callada, como si esperase mi próxima pregunta.

—¿Dónde has estado?

—Pero mi vida —Sally abrió mucho los ojos afectando sorpresa—. ¡Si creí que lo sabías!

—No tengo la menor idea.

—¡Tonterías!

—De verdad que no lo sé, Sally.

—¡Pero Christopher, mi amor, cómo puedes ser tan mentiroso! ¡Si se veía que lo habías planeado todo! La forma en que te llevaste a Fritz: ¡estaba tan enfadado! Klaus y yo nos moríamos de risa.

Sin embargo se sentía insegura. Por primera vez la vi ruborizarse.

—¿Tienes un cigarrillo, Chris?

Le di uno y encendí una cerilla. Echó una bocanada de humo y se fue despacio hasta la ventana.

—Estoy locamente enamorada.

Se volvió hacia mí, frunciendo el ceño. Cruzó la habitación y se reclinó en el sofá, colocando manos y piernas cuidadosamente.

—Por lo menos, creo que lo estoy.

Dejé que hubiera una pausa respetuosa antes de preguntarle:

—¿Y Klaus está enamorado de ti?

—Me adora —Sally hablaba completamente en serio. Fumó en silencio un rato—. Dice que se enamoró de mí el día que nos conocimos, en el Lady Windermere, pero que como trabajábamos juntos no se atrevió a decirme nada. Tenía miedo de perjudicar mi trabajo… Dice que antes de conocerme no tenía idea de lo maravillosamente hermoso que es un cuerpo de mujer. Solo ha conocido a tres mujeres antes de mí, en toda su vida…

Encendí un cigarrillo.

—Ya lo sé, Chris, que no puedes acabar de entenderlo. Es horriblemente difícil de explicar…

—Ya me lo figuro.

—Hemos quedado en vernos otra vez a las cuatro —el tono era ligeramente retador.

—Lo mejor entonces es que te vayas a dormir. Le diré a Fräulein Schroeder que te haga unos huevos revueltos; o los haré yo mismo, si ella está aún demasiado borracha. Vete a la cama. Te los llevaré allí.

—Gracias, Chris, guapo. Eres un ángel —Sally bostezó—. No sé lo que haría sin ti.

A partir de entonces Sally y Klaus se vieron a diario. Generalmente se reunían en casa, y una vez Klaus se quedó toda la noche. Fräulein Schroeder no me dijo gran cosa, pero me di cuenta de que estaba un tanto desconcertada. No es que Klaus le pareciese mal: le encontraba muy atractivo. Pero consideraba a Sally propiedad mía, y le chocaba ver que yo me hacía a un lado tan dócilmente. Estoy seguro, sin embargo, de que si yo no hubiese estado enterado de la historia, y Sally hubiese estado de verdad engañándome, Fräulein Schroeder hubiera participado en la conspiración con muchísimo gusto.

Mientras tanto, Klaus y yo nos sentíamos un tanto incómodos el uno frente al otro. Cuando nos encontrábamos en la escalera nos saludábamos fríamente, como enemigos.

A mediados de enero Klaus se marchó a Inglaterra. Le habían ofrecido inesperadamente un empleo muy bueno, de sincronización de música para películas. La tarde en que vino a despedirse, el ambiente en la casa

era verdaderamente quirúrgico, como si Sally estuviera sometida a una peligrosa operación. Fräulein Schroeder y Fräulein Mayr se sentaron en el cuarto de estar a echar las cartas. Según me aseguró después Fräulein Schroeder, los resultados no podían haber sido mejores. El ocho de bastos salió tres veces en una conjunción favorable.

Sally pasó todo el día siguiente enroscada sobre el sofá de su cuarto, con un lápiz y unas cuartillas sobre el regazo. Escribía poemas, que no me quiso enseñar, y fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Se negó a comer más que unos bocados de la tortilla que le preparó Fräulein Schroeder y se alimentaba de criadillas.

—¿Puedo traerte algo, Sally?

—No, gracias, Chris, mi vida. No quiero comer nada. Me siento maravillosamente etérea, como si fuese una santa o algo así. No te puedes imaginar qué maravilla sentirse así. ¿Quieres un bombón, mi vida? Klaus me ha regalado tres cajas y si como más me voy a indigestar.

—Muchas gracias.

Creo que nunca nos casaremos. Arruinaría nuestras carreras. Sabes, Chris, me quiere tanto que no sería bueno para él tenerme siempre a su lado.

—Podéis casaros cuando los dos seáis famosos.

Sally lo pensó.

—No… Eso lo estropearía todo. Nos pasaríamos la vida intentando que todo fuese como antes, no sé si entenderás lo que quiero decir. Y los dos seríamos diferentes. Era tan maravillosamente primitivo. Igual que un fauno. Y me hacía sentir como si yo fuese una ninfa maravillosa, o algo así, lejos de todo, en medio de un bosque.

Llegó la primera carta de Klaus, que todos esperábamos ansiosamente. Por la mañana, Fräulein Schroeder me despertó para anunciármelo. Es posible que se temiese que no tendría ocasión de leerla y esperaba que yo se la contase. En todo caso, sus temores eran infundados. Sally no solo nos enseñó la carta a Fräulein Schroeder, a Fräulein Mayr, a Bobby y a mí, sino que leyó en alta voz varios fragmentos escogidos delante de la mujer del portero, que había subido a cobrar el alquiler.

La carta me dejó, desde el principio, un mal sabor de boca. El tono era petulante y un poco protector. Decía que no le gustaba Londres. Se sentía solo y la comida le sentaba mal. La gente en los estudios le trataba sin la menor consideración. Le habría gustado que Sally estuviese con él, para ayudarle. Sin embargo, ya que estaba en Inglaterra se esforzaría en sacar el mejor partido posible. Trabajaría mucho y ganaría dinero. Y Sally también tenía que trabajar: el trabajo le evitaría las depresiones y la animaría. Al final de la carta venían unas cuantas expresiones de cariño, más bien empalagosas. Leyéndolas, se daba uno cuenta de que las había escrito muchas veces.

Pero Sally estaba encantada. Las recomendaciones de Klaus le hicieron tanta impresión que llamó inmediatamente a varias compañías cinematográficas, a una agencia teatral y a media docena de sus amistades «de negocios». Es verdad que los resultados fueron nulos, pero durante veinticuatro horas se sintió muy optimista: me contó que había soñado con contratos y con cheques de cuatro cifras.

—Es una sensación maravillosa, Chris. Estoy segura de que ahora todo irá bien y me convertiré en una de las actrices más famosas del mundo.

Una semana después entré en el cuarto de Sally por la mañana y la encontré con una carta en la mano. En seguida reconocí la letra de Klaus.

—Buenos días, Chris, mi sol.

—Buenos días, Sally.

—¿Has dormido bien? —El tono era innecesariamente optimista y cordial.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bastante bien. Qué asco de tiempo, ¿verdad?

—Sí —fui a mirar a la ventana: el tiempo era efectivamente muy malo.

Sally sonreía convencionalmente.

—¿A que no sabes lo que ha hecho este cerdo?

—¿Qué cerdo? —No estaba dispuesto a que me cogiese desprevenido.

—¡Chris, por el amor de Dios, no seas tan burro!

—Lo siento, pero esta mañana estoy un poco espeso.

—No me siento con ganas de explicártelo —Sally me alargó la carta—. Léela, ¿quieres? ¡Qué carota! Léela en alta voz. Quiero oírla.

—«*Mein liebes, armes Kind*» —empezaba la carta.

Klaus llamaba a Sally su pobre niña querida, según decía, porque temía que lo que iba a decirle la hiciese muy desgraciada. Pero no tenía más remedio: tenía que decirle que había tomado una decisión. No debía creer que había sido fácil: había sido largo y penoso. Pero de todas maneras, sabía que estaba en lo cierto. En fin, que tenían que terminar.

—«Ahora comprendo —escribía Klaus— que he sido muy egoísta y que solo he pensado en mi propio gusto. Ahora me doy cuenta de que he sido una mala influencia para ti. Mi pobre pequeña, la verdad es que me adorabas y si siguiésemos juntos acabarías por abandonarlo todo —de ahí pasaba a aconsejar a Sally que viviese para su trabajo—. El trabajo es lo único que importa; yo mismo me he dado cuenta —le preocupaba mucho que Sally se entristeciese excesivamente—: Tienes que ser valiente, Sally, mi niña querida.»

Al final de la carta se explicaba todo.

—«Hace unas noches me invitaron a una fiesta en casa de lady Klein, una figura de la aristocracia inglesa. Allí conocí a la señorita Gore-Eckersley, una muchacha muy guapa y muy inteligente, emparentada con un lord cuyo nombre no pude oír (seguramente tú sabes de quién se trata). Nos hemos visto dos veces y hemos hablado de muchísimas cosas. Creo que nunca había encontrado una chica que entendiese mis ideas como ella.»

—Eso sí que es nuevo —interrumpió Sally amargamente con una risita—. No sospechaba que el muchacho tuviese ideas.

En ese momento nos interrumpió Fräulein Schroeder, que husmeaba algo y venía a preguntar a Sally si quería bañarse. Las dejé solas para que pudiesen sacar el mayor partido posible de la situación.

—El caso es que no puedo estar enfadada con ese idiota —decía Sally unas horas más tarde, paseándose por el cuarto y fumando furiosamente—. La verdad es que casi siento pena por él de un modo maternal. Lo que no sé es lo que va a ser de su trabajo si le da por echarse en los brazos de esas mujeres.

Dio otra vuelta a la habitación.

—Si hubiese tenido un asunto con otra mujer y solo me lo hubiese confesado al cabo de mucho tiempo, me habría importado más. ¡Pero con esa chica! Si me figuro que ni siquiera se han acostado…

—Desde luego que no. ¿Qué te parece si tomáramos unas criadillas?

—¡Eres una maravilla, Chris! Siempre se te ocurre la cosa justa. Me gustaría enamorarme de ti. Klaus no vale ni la mínima parte.

—Ya lo sé.

—El muy carota —exclamó Sally, sorbiendo salsa Worcester y relamiéndose—, ¡decir que yo le adoraba! ¡Y lo malo es que es verdad!

Al anochecer fui a su cuarto y la encontré sentada con pluma y papel.

—He empezado no sé cuántas cartas y las he roto todas.

—No vale la pena, Sally. Vámonos al cine.

—Tienes razón, mi vida —Sally se enjugó los ojos con una punta de su pañuelillo—. No sirve de nada, ¿verdad?

—Absolutamente de nada.

—Ahora seré una gran actriz, ¡para que vea!

—¡Así me gusta!

Fuimos a un cine pequeño de la Bülowstrasse, donde ponían una película de la historia de una muchacha que sacrificaba su carrera teatral para salvar su amor, su hogar y sus niños. Nos reímos tanto que tuvimos que salir antes del final.

—Me siento mucho mejor —dijo Sally a la salida.

—Me alegro.

—Después de todo, puede que no haya estado verdaderamente enamorada de él… ¿Tú qué crees?

—Es difícil decirlo.

—Muchas veces me he creído que estaba enamorada de un hombre y luego me he dado cuenta de que no. Pero esta vez… —su voz era melancólica— estaba segura de que sí… Y, sin embargo, ahora todo empieza a parecerme un poco confuso.

—Puede que sea de la impresión —sugerí.

A Sally le gustó la idea.

—¡Sí, creo que sí…! Sabes, Chris, entiendes a las mujeres maravillosamente: mejor que todos los hombres que he conocido… Estoy segura de que un día escribirás una novela maravillosa y venderás millones de ejemplares.

—¡Gracias por creer en mí, Sally!

—¿Y tú crees en mí, Chris?

—Claro que creo.

—No, de verdad.

—Bueno… Estoy seguro de que serás un gran éxito en algo, aunque no sé bien en qué… Quiero decir que hay muchas cosas que puedes hacer si te empeñas, ¿no crees?

—Supongo que sí —Sally se quedó pensativa—. Por lo menos, a veces lo pienso… Y otras veces me da la sensación de que no sirvo para nada. Fíjate, si ni siquiera soy capaz de que un hombre me sea fiel un mes…

—¡Sally, por favor, no empecemos otra vez!

—De acuerdo, Chris. No empezaremos. Vamos a tomar una copa.

Durante las semanas siguientes pasamos casi todo el tiempo juntos. Enroscada en el sofá de su cuarto, fumaba, comía criadillas y hablaba interminablemente del futuro. Cuando hacía buen tiempo y yo no tenía lecciones nos íbamos de paseo hasta la Wittenbergplatz y nos sentábamos en un banco al sol, a hablar de la gente que pasaba. Todos miraban a Sally, vestida con una boina amarillo canario y un abrigo de pieles traspillado como el pellejo de un perro sarnoso.

—Sabes una cosa —le gustaba decir—, qué diría toda esta gente si supiesen que estos dos vagos van a ser el novelista más maravilloso y la actriz más grande del mundo.

—Seguramente les sorprendería.

Cuando vayamos en nuestro Mercedes y recordemos esta época, creo que pensaremos que después de todo no lo pasábamos tan mal.

—Tampoco lo pasaríamos mal ahora si tuviésemos el Mercedes.

Hablábamos continuamente de dinero, de celebridad, de contratos fabulosos para Sally y de la increíble venta de las novelas que yo escribiría.

—Me parece —decía Sally— que debe ser maravilloso ser novelista. Uno es soñador, y poco práctico, y no entiende nada de negocios, y la gente piensa que le pueden engañar como les dé la gana, y un buen día va y escribe un libro diciéndoles lo cerdos que son todos y tiene un gran éxito y gana montones de dinero.

—Lo malo es que yo no soy lo bastante soñador.

—… y si yo encontrase un amigo verdaderamente rico. Mira… No quiero más que tres mil marcos al año, un piso y un coche decente. Haría cualquier cosa, ahora mismo, para ser rica. Si eres rica puedes esperar a que se te presente un contrato verdaderamente bueno, en vez de tener que conformarte con lo primero que te ofrecen… Por supuesto, que sería absolutamente fiel a mi protector.

Sally decía todo eso muy seriamente y además se lo creía. Se encontraba en un estado de ánimo curioso, enervada e inquieta. A menudo se ponía furiosa sin motivo. Hablaba todo el tiempo de encontrar trabajo, pero no lo buscaba. Su familia no le había suprimido aún la asignación, sin embargo, y vivíamos con muy poco gasto, puesto que Sally no quería ver gente ni salir por las noches. Una vez vino Fritz a tomar el té. Los dejé luego solos y me fui a mi cuarto a escribir una carta. Cuando volví, Fritz se había marchado y Sally lloraba.

—¡Me aburre tanto! —sollozó—. ¡Le odio! ¡Me gustaría matarle!

A los pocos minutos se había calmado. Empecé a preparar las inevitables criadillas. Sally, enroscada en el sofá, fumaba pensativamente.

—No sé si voy a tener un crío —dijo de repente.

—¡Dios mío! —Por poco dejo caer el vaso—. ¿De verdad?

—No lo sé. Conmigo es muy difícil saber: soy muy irregular… Es que a veces me siento mareada. Debe ser algo que he comido…

—¿No sería mejor que fueses a ver a un médico?

—Sí. Me figuro que sí —Sally bostezó nerviosamente—. Pero no corre prisa.

—¡Claro que corre! ¡Mañana mismo te vas a ver a un médico!

—Oye, Chris, ¿quién te has creído que eres para dar órdenes? ¡Me gustaría no haberte dicho nada!

Estaba a punto de romper a llorar otra vez.

—¡Bueno, de acuerdo! ¡De acuerdo! —me apresuré a calmarla—. Haz lo que te parezca. No es asunto mío.

—Lo siento, Chris. No quería ser tan antipática. Ya veremos cómo me siento mañana. Puede que vaya al médico, después de todo.

No fue, claro. Y la verdad es que al día siguiente estaba mucho más alegre.

—Salgamos esta noche, Chris. Estoy harta de este cuarto. ¡Vamos a ver gente!

—Estupendo, Sally. ¿Dónde te gustaría ir?

—Vamos al Troika a darle conversación a ese idiota de Bobby. A lo mejor nos invita a una copa. ¡Nunca se sabe!

Bobby no nos invitó, pero Sally había tenido una buena idea. Porque fue en la barra del Troika donde conocimos a Clive y le hablamos por primera vez.

A partir de aquella tarde estuvimos con él constantemente, juntos o por separado. Y jamás le vi sereno. Nos contó —y no hay razón para no creerle— que se bebía media botella de whisky antes del desayuno. A menudo intentaba explicarnos por qué bebía tanto. Era muy desgraciado. Pero nunca conseguí averiguar por qué era tan desgraciado, porque Sally interrumpía siempre para decir que era hora de marcharse, o de ir a otro sitio, o de fumar un cigarrillo, o de tomar otra copa. Bebía casi tanto whisky como Clive y nunca parecía estar del todo borracha, aunque a veces sus ojos tenían un aspecto horrible, como si se los hubiesen hervido. La capa de maquillaje en su cara era cada día más gruesa.

Clive era un hombre muy alto, con un tipo un poco pesado de hermosura romana, y empezaba a engordar. Tenía ese aire de triste vaguedad tan norteamericano que siempre resulta atractivo, especialmente cuando se tiene mucho dinero. Indeciso, impaciente, un poco despistado, con el ansia confusa de pasarlo bien y la incertidumbre acerca de cómo conseguirlo, nunca estaba por completo seguro de que se divertía, de que lo que estábamos haciendo en aquel momento fuese de verdad divertido, y había que tranquilizarle constantemente. «¿Os parece animado este sitio? ¿Creéis que realmente lo estamos pasando bien? ¿De verdad?» «¡Sí, sí, claro: maravilloso! ¡Estupendo!» Y prorrumpía en una resonante risotada de colegial que se prolongaba hasta resultar forzada, para luego apagarse abruptamente en el mismo tono de desconcertada interrogación. No daba un paso sin asistencia nuestra. Y, sin embargo, en los momentos en que recurría a nosotros, me pareció a veces adivinar en él ciertos raros destellos de ironía. ¿Qué pensaría en el fondo de Sally y de mí?

Cada mañana enviaba un coche alquilado para recogernos y llevarnos al hotel. El chófer subía siempre con un ramo de flores espléndido, encargado en la floristería más cara del Linden. Un día que tenía que dar una clase, quedé con Sally en reunirme con ellos después. Al llegar al hotel me encontré con que Sally y él habían salido para Dresde, en avión. Clive había dejado una esquela en la que se excusaba profusamente y me invitaba a quedarme a almorzar en el restaurante del hotel, como huésped suyo. No lo hice. Las miradas del *maître* me azaraban. Volvieron por la noche y Clive me traía un regalo: media docena de camisas de seda.

—Quería comprarte una petaca de oro —me susurró Sally—, pero yo le dije que las camisas te vendrían mejor. Las tuyas están muy mal… Además, tenemos que ir despacio. No quiero que se crea que somos unos gorrones…

Las acepté agradecido. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Clive nos había corrompido completamente. Se daba por supuesto que iba a financiar la carrera artística de Sally y a menudo hablaba de ello, muy gentilmente, como si se tratase de un asunto trivial que se arregla entre amigos, sin necesidad de discutir. Pero apenas acababa de aludir a ello ya sus ideas habían tomado otra dirección: su conversación era tan inconsecuente como la de un chiquillo. A veces Sally tenía que hacer esfuerzos para disimular su impaciencia.

—Déjanos un ratito solos, mi vida —cuchicheaba—. Clive y yo tenemos que hablar de negocios.

Pero por mucho tacto que pusiese Sally en plantear la cuestión, nunca lo conseguía del todo. Al volver, al cabo de media hora, me encontraba a Clive bebiendo whisky, sonriente, y a Sally sonriendo también para ocultar su irritación.

—Le adoro —me repetía Sally solemnemente cada vez que nos quedábamos solos.

En creerlo ponía una intensa seriedad. Era como el dogma de una religión a la cual acabara de convertirse: Sally adora a Clive. Adorar a un millonario es suscribir un solemne compromiso. Cada vez con mayor frecuencia, el rostro de Sally empezó a reflejar la expresión estática de una monja de teatro. Y es verdad que cuando Clive, con su vaguedad encantadora, le soltaba un billete de veinte marcos a cualquier descarado profesional de la mendicidad, ella y yo nos sorprendíamos mirándole con verdadera reverencia. El despilfarro de tanto dinero contante y sonante nos sobrecogía como un signo inspirado, como una especie de milagro.

Una tarde en que parecía un poco más sereno que de costumbre, Clive empezó a hacer planes. Dentro de pocos días los tres nos marcharíamos de Berlín. El Oriente Express nos llevaría a Atenas. De allí volaríamos

a Egipto. De Egipto iríamos a Marsella. De Marsella, en barco, a Sudamérica. Luego a Tahití, a Singapur, al Japón. Clive decía esos nombres como si fuesen los de las estaciones del ferrocarril de Wannsee: había estado ya en esos sitios. Lo conocía todo. Y su experimentada displicencia gradualmente infundía realidad a aquella conversación absurda. Después de todo, podía llevarnos con él, así que empecé a pensar seriamente que había decidido hacerlo. Con lo que para su fortuna era un mero capricho, podía alterar el curso entero de nuestras vidas.

¿Qué sería de nosotros? Una vez en camino no podríamos volver atrás. Nunca podríamos abandonarle. Se casaría con Sally, por supuesto. Y yo desempeñaría un empleo indefinido: sería una especie de secretario particular sin obligaciones de ninguna clase. Durante unos segundos me vi a mí mismo diez años después, en pantalones de franela y con unos zapatos blancos y negros, redondeada la barbilla, un poco congestionado, sirviéndome una copa en la terraza de un hotel de California.

—Venid a ver el entierro —decía Clive en aquel momento.

—¿Qué entierro, mi amor? —preguntó Sally pacientemente. Aquella forma de interrupción era nueva.

—¿Pero no os habéis fijado? —Clive se rio—. Es un entierro importantísimo. Llevan una hora pasando.

Los tres nos asomamos al balcón del cuarto: abajo la calle estaba llena de gente. Era el entierro de Hermann Müller. Filas de pálidos y disciplinados oficinistas, funcionarios del gobierno, secretarios de sindicatos —toda la deslucida y fatigada pompa de la socialdemocracia prusiana— desfilaban arrastrando los pies, bajo los estandartes, hacia los arcos de la Brandenburger Tor silueteados en la distancia, donde la brisa del atardecer hacía ondear lentamente los largos gallardetes negros.

—¿Sabéis quién era ese tipo? —preguntó Clive, mirando hacia abajo—. Supongo que debía ser un jefazo.

—Vete a saber —bostezó Sally—. Mira, Clive, amor mío, ¿verdad que la puesta de sol es una maravilla?

Tenía razón. Nada teníamos que ver nosotros con aquellos alemanes que pasaban a pie, allá abajo, con el muerto en su ataúd, ni con los lemas escritos en sus estandartes. Dentro de pocos días, pensé, habremos perdido toda afinidad con el noventa y nueve por ciento de la población mundial, con los hombres y las mujeres que se ganan el pan, que aseguran sus vidas y se preocupan por el porvenir de sus hijos. Es posible que en la Edad Media las gentes sintiesen algo así cuando creían haber vendido su alma al diablo. Era una curiosa sensación estimulante, y no desagradable, pero al mismo tiempo me sentía ligeramente asustado. Sí, me dije, ya está hecho. Me he perdido.

A la mañana siguiente fuimos al hotel a la hora de costumbre. Me pareció que el portero nos miraba de un modo un tanto extraño.

—¿A quién desea usted ver, señora?

La pregunta resultaba tan extraordinaria que los dos nos echamos a reír.

—Al número 365, claro está —contestó Sally—. ¿A quién se creía usted? ¿Es que todavía no nos conoce?

—Mucho me temo que no será posible, señora. El caballero del 365 se marchó esta mañana temprano.

—¿Que se marchó? ¿Quiere usted decir que se ha ido a pasar el día fuera? ¡Tiene gracia! ¿A qué hora volverá?

—No habló para nada de volver, señora. Ha salido para Budapest.

Mientras le mirábamos con la boca abierta un camarero vino corriendo con una nota.

«Queridos Sally y Chris —decía—, no puedo aguantar más esta maldita ciudad, así que me marcho. Espero que nos volvamos a ver alguna vez. Clive.

»(Por si acaso he olvidado algo os dejo esto).»

El sobre contenía trescientos marcos en billetes. Junto con las flores marchitas, los cuatro pares de zapatos y los dos sombreros de Sally (comprados en Dresde) y las seis camisas mías eran todo el botín que nos había dejado la visita de Clive. Al principio Sally se puso furiosa. Luego empezamos a reír.

—Bueno, Chris, me temo que no servimos para el oficio. ¿No te parece, mi vida?

Nos pasamos la mayor parte del día discutiendo si la huida de Clive era una astucia premeditada. Yo me inclinaba a creer que no. Me lo imaginaba dejando cada ciudad y cada grupo de nuevos amigos de un modo similar. Y le comprendía muy bien.

Después discutimos qué hacer con el dinero. Sally decidió que lo mejor era guardar doscientos cincuenta marcos para comprarse ropa nueva y dar aire aquella tarde a los otros cincuenta.

Dar aire a los cincuenta marcos no resultó tan divertido como pensábamos. Sally se sentía mal y no pudo comer nada de la estupenda cena que pedimos. Los dos estábamos deprimidos.

—Sabes, Chris, estoy empezando a pensar que los hombres me dejarán siempre. Cuanto más lo pienso me acuerdo de más hombres que lo han hecho. Es realmente horrible.

—Yo no te dejaré nunca, Sally.

—¿De verdad, mi vida?… En serio, creo que soy algo así como la mujer soñada, si entiendes lo que quiero decir. Soy el tipo de mujer que quita los maridos a sus mujeres pero que nunca retiene a ninguno por mucho tiempo. Y es que soy el tipo que todos los hombres se creen que les gusta, hasta que me consiguen; y entonces se dan cuenta que en realidad no.

—Bueno, supongo que prefieres eso a ser el patito feo con un corazón de oro, ¿no crees?

—… Me daría de golpes por haberme portado así con Clive. No tendría que haberle dado nunca la lata con el dinero, como lo hice. Me figuro que se creyó que no era más que una putilla como todas. Y en realidad le adoraba en cierto modo. Si me hubiera casado con él le habría hecho un hombre. Le habría obligado a dejar la bebida.

—Le dabas tan buen ejemplo…

Los dos nos reímos.

—Por lo menos el muy cerdo podía haberme dejado con un cheque decente.

—No te preocupes, mi vida. Hay muchos más en la tienda.

—No me importa —dijo Sally—. Estoy harta de hacer de puta. No pienso volver a mirar a la cara a un hombre con dinero.

A la mañana siguiente se sentía muy mal, pero creímos que era resaca. Se quedó en la cama toda la mañana y al levantarse se desmayó. Quise que fuese a ver a un médico inmediatamente, pero se negó. A la hora del té volvió a desmayarse y después tenía tan mala cara que Fräulein Schroeder y yo llamamos a un médico sin consultarla.

La visita del médico duró largo rato. Sentados en el cuarto de estar, Fräulein Schroeder y yo aguardamos a que saliese para oír su diagnóstico. Con gran sorpresa nuestra, salió de pronto y dejó el piso apresuradamente, sin mirarnos ni decirnos buenas tardes. Fui al cuarto de Sally y la encontré sentada en la cama, con una sonrisa estereotipada en el rostro.

—Bueno, Christopher, mi vida. Me han dado la inocentada.

—¿Cómo?

Sally intentó reírse.

—Dice que voy a tener un crío.

—¡Oh, Dios mío!

—¡No pongas esa cara de susto, mi vida! Más o menos, me lo esperaba, sabes.

—¿Supongo que es de Klaus?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No tenerlo, por supuesto.

Sally cogió un cigarrillo. Yo estaba sentado y me miraba estúpidamente las puntas de los zapatos.

—¿Y el doctor…?

—No; no lo hará. Se lo pregunté a las claras y se ofendió terriblemente. Yo le dije: «Muy señor mío, ¿se imagina usted lo que va a ser de ese pobre niño si nace? ¿Es que tengo yo cara de ser una buena madre?»

—¿Y qué contestó?

—Me parece que pensaba que ese era otro asunto. Lo único que le importaba era su reputación profesional.

—Bueno, pues tendremos que buscar a alguien sin reputación profesional. Eso es todo.

—Creo —dijo Sally— que lo mejor sería preguntarle a Fräulein Schroeder.

Así que consultamos a Fräulein Schroeder, que lo tomó muy bien y, aunque alarmada, se mostró muy práctica. Sí, sabía de alguien. Una amiga de una amiga de una amiga, que había tenido una vez dificultades. Y el doctor era un hombre muy competente, muy listo. Lo único malo es que debía de ser muy caro.

—¡Menos mal —exclamó Sally— que no nos hemos gastado todo el dinero de ese cerdo de Clive!

—Si quieres que te lo diga, creo que Klaus…

—Oye, Chris. Te lo digo de una vez por todas: ¡si te cojo escribiendo a Klaus a propósito de esto, no te lo perdonaré nunca y no te volveré a hablar!

—Bueno, muy bien… Claro que no lo haré. Era una idea, nada más.

El médico no me gustó. Se pasó todo el tiempo palmoteando y pellizcándole el brazo a Sally y acariciándole la mano. Pero parecía el hombre más indicado. Sally iría a su clínica particular en cuanto hubiese una vacante. Todo era perfectamente normal y legal. En unas cuantas frases pulidas, el peripuesto galeno disipó cualquier posible sombra de clandestinidad siniestra: el estado de salud de Sally, nos explicó,

hacía por completo desaconsejable el parto; se extendería una certificación haciéndolo constar. Por supuesto, la certificación costaría bastante dinero. Y lo mismo la clínica, y la operación. Pidió un pago inmediato de doscientos cincuenta marcos antes de tomar ninguna disposición, pero finalmente le rebajamos a doscientos. Sally necesitaba los restantes cincuenta, según me explicó más tarde, para comprarse unos camisones.

La primavera por fin había llegado. Los cafés instalaban veladores en las aceras y los puestos de helados, con sus ruedas de colores, empezaban a abrirse. Fuimos a la clínica en un taxi abierto. Gracias al buen tiempo, Sally estaba mucho más animada de lo que la había visto en varias semanas. A Fräulein Schroeder, aunque valientemente intentaba sonreír, estaban a punto de saltarle las lágrimas.

—Espero que el médico no será judío —me preguntó severamente Fräulein Mayr—. No permita usted que la toque ninguno de esos sucios judíos. ¡Siempre buscan esta clase de operaciones, los muy guarros!

Le dieron un bonito cuarto, limpio y alegre, con un balcón. Volví a verla por la tarde. Metida en la cama, sin maquillaje, parecía años más joven, casi una niña pequeña.

—Hola, mi vida… Todavía no me han matado, ya ves. Aunque han estado haciendo todo lo posible… ¿Verdad que este es un sitio divertido?… Me gustaría que el cerdo de Klaus pudiera verme… Esto es lo que me pasa por no comprender sus ideas…

Estaba un poco febril y se reía mucho. Una de las enfermeras se asomó un momento, como si buscase algo, y volvió a salir casi inmediatamente.

—Se moría de ganas de echarte un vistazo —me explicó Sally—. Sabes, le dije que tú eras el padre. No te importará, verdad, mi vida…

—Ni lo más mínimo. Es un cumplido.

—Así es mucho más sencillo. Si no, si no hubiera nadie, les parecería muy raro. Y no quiero que me miren protectoramente, como si fuese la pobre muchachita engañada, abandonada por el novio. No resulta muy halagador, ¿verdad? Así que le conté que estábamos locamente enamorados pero que no teníamos un céntimo, así que no podíamos casarnos, y que siempre soñábamos con llegar a ser ricos y famosos y tener diez hijos, para compensar este. La pobre se emocionó mucho. De verdad, lloró. Esta noche, cuando esté de turno, va a venir a enseñarme fotos de su novio. ¿Verdad que es un encanto?

Al día siguiente, Fräulein Schroeder y yo fuimos juntos a la clínica. La encontramos en la cama, boca arriba, con las sábanas subidas hasta la barbilla.

—¡Hola, cómo estáis! ¿Queréis sentaros? ¿Qué hora es? —Se revolvió trabajosamente en la cama y se restregó los ojos—. ¿De dónde han salido todas esas flores?

—Las hemos traído nosotros.

—¡Sois un encanto! —Sally sonrió vagamente—. Siento estar hoy tan atontada… Es el maldito cloroformo… Tengo la cabeza perdida.

Estuvimos solo unos minutos. A la vuelta, Fräulein Schroeder estaba enormemente impresionada.

—Créame, Herr Issyvoo, hubiese sido mi propia hija y no lo habría tomado más a pecho. ¡Ver a esa pobre criatura sufrir así! Habría preferido estar yo en su lugar, ¡se lo aseguro!

Al día siguiente se encontraba mucho mejor. Fuimos todos a visitarla: Fräulein Schroeder, Fräulein Mayr, Bobby y Fritz. Fritz, claro está, no tenía idea de la verdadera historia. Le habíamos dicho que a Sally la habían operado de una pequeña úlcera. Como siempre ocurre cuando alguien no está en el secreto, hizo toda clase de alusiones involuntarias y embarazosamente oportunas a París, a la cigüeña, a los cochecitos de niño y a los críos en general. Incluso nos contó un escándalo nuevo y muy confidencial, a propósito de una señora de la sociedad de Berlín, muy conocida, de la que se murmuraba que recientemente se había sometido a una operación ilegal. Sally y yo procuramos no mirarnos.

A la otra tarde fui a verla por última vez en la clínica. Se marchaba a la mañana siguiente. Estaba sola y fuimos a sentarnos al balcón. Parecía encontrarse bastante bien y podía pasearse por el cuarto.

—Le he dicho a la enfermera que no quería ver a nadie más que a ti —Sally bostezó lánguidamente—. La gente me cansa mucho.

—¿Quieres que yo me vaya también?

—Oh, no —dijo sin demasiado entusiasmo—. Si te marchas vendrá alguna de las enfermeras a darme conversación; y si no estoy animada y divertida con ella dirán que me tengo que quedar un par de días más en este horror de sitio. Y no podría soportarlo.

Sally miraba melancólicamente la calle apacible.

—Sabes, Chris, en cierto modo me gustaría haber tenido el crío… Habría sido maravilloso tenerlo. Estos dos últimos días he pensado mucho en cómo se debe una sentir cuando es madre. Sabes, ayer noche estuve aquí sentada mucho tiempo con este almohadón en los brazos, pensando que era mi niño. Y me sentía como maravillosamente aislada del resto del mundo. Estuve pensando en cómo crecería y en cómo yo trabajaría para él, y después de acostarle por las noches saldría a la calle para hacer el amor con algún viejo guarro y sacarle dinero para su comida y sus vestidos… No me importa que te sonrías así, Chris… ¡De verdad lo pensaba!

—Bien, ¿por qué no te casas entonces, y tienes uno?

—No lo sé… Creo que he perdido la fe en los hombres. No los quiero para nada… Incluso tú, Christopher…, si salieses ahora a la calle y te atropellase un taxi lo sentiría, claro, pero en realidad no me importaría absolutamente nada.

—Gracias, Sally.

Los dos nos reímos.

—Claro que no quería decir eso, mi vida, no es nada personal. No te enfades por lo que diga mientras esté así. Me pasan por la cabeza toda clase de ideas fantásticas. Tener niños le hace sentirse a una espantosamente primitiva, como un animal salvaje que defiende sus crías, o algo parecido. Lo malo es que yo no tengo ninguna cría que defender… Creo que es eso lo que me pone de tan mal humor con todo el mundo.

En parte como consecuencia de esa conversación, aquella tarde decidí suspender todas mis clases, marcharme de Berlín lo antes posible, a algún sitio en el Báltico, y ponerme a trabajar. Casi no había escrito nada desde Navidades.

Creo que cuando le comuniqué mi idea sintió un cierto alivio. Los dos necesitábamos cambiar de aires.

Vagamente hablamos de que ella vendría después a reunirse conmigo, pero sospeché que no lo haría. Sus planes eran bastante indefinidos. Dijo que si encontraba el dinero quizá se fuera a París, a los Alpes, o al sur de Francia.

—Pero seguramente —añadió— me quedaré aquí. Lo pasaré bien. Creo que me he acostumbrado a este sitio.

Volví a Berlín a mediados de julio.

En todo aquel tiempo no había sabido nada de Sally, aparte de media docena de postales que nos enviamos el uno a la otra durante el primer mes de mi ausencia. Al enterarme de que había dejado nuestra pensión no me sorprendí demasiado.

—Por supuesto que lo comprendo muy bien. Aquí no podía ofrecerle todas las comodidades a que ella está acostumbrada —la pobre Fräulein Schroeder tenía los ojos llenos de lágrimas—. Pero de todos modos, para mí ha sido un disgusto terrible… Fräulein Bowles se portó muy elegantemente, no me puedo quejar. Se empeñó en pagar la habitación hasta fin de julio. Claro que yo tenía derecho, porque no me dio aviso hasta el día veintiuno, pero nunca se lo hubiera dicho… Una señorita tan simpática…

—¿Tiene usted sus señas?

—Sí, y el número de teléfono. La llamará, claro. Ella estará encantada de verle… Los otros caballeros vienen y se van, pero usted es su verdadero amigo, Herr Issyvoo. Sabe usted, siempre pensaba que acabarían casándose. Harían ustedes una pareja ideal. Usted era siempre una influencia buena, y ella le alegraba un poco cuando usted se metía demasiado en sus libros y sus estudios… ¡Sí, sí, Herr Issyvoo, ríase usted: nunca se puede decir! ¡A lo mejor todavía está a tiempo!

A la mañana siguiente, Fräulein Schroeder me despertó muy excitada:

—¡Herr Issyvoo, qué le parece a usted! ¡El Darmstädter und National ha cerrado! ¡No me extrañaría que hubiera miles de personas arruinadas! ¡El lechero dice que habrá guerra civil dentro de quince días! ¿Qué opina usted?

Me vestí y salí a la calle. Efectivamente, a la puerta de la sucursal, en la esquina de la Nollendorfplatz, había una multitud de gentes: hombres con sacos de cuero y mujeres con bolsas de malla, que podían haber sido la misma Fräulein Schroeder. Las ventanas del banco tenían las rejas bajadas. La mayoría de la gente contemplaba la puerta cerrada con una intensidad casi estúpida: en mitad de ella habían colgado un pequeño aviso, elegantemente impreso en letras góticas, como si fuese una página de un clásico. El aviso

decía que el presidente del Reich había garantizado los depósitos. Que todo estaba en orden. Únicamente, el banco no abriría.

Un chiquillo jugaba al aro entre la multitud. El aro fue a dar contra las piernas de una mujer que arremetió inmediatamente contra él: «*Du, sei bloss nicht so frech*. ¡Mocoso descarado! ¡Qué haces aquí!» Otra mujer se sumó al ataque contra el crío asustado: «¡Fuera de aquí! ¡Tú no entiendes nada!» Y una tercera le preguntó, con furioso sarcasmo: «¿Es que tú también tienes tu dinero en el banco?» Ante aquella rabia reprimida y a punto de estallar, el chiquillo salió huyendo.

Por la tarde hizo mucho calor. Los primeros periódicos de la noche traían el texto de los decretos de emergencia, redactados en terso estilo ministerial. Un titular alarmista se destacaba tajante, subrayado en tinta roja: «¡Colapso General!» Un articulista nazi recordaba a sus lectores que el día siguiente, catorce de julio, era fiesta nacional en Francia. Sin duda, agregaba, este año los franceses la celebrarían con especial entusiasmo, ante la perspectiva del derrumbamiento de Alemania. Entré en una tienda de confección y me compré unos pantalones de franela por doce marcos cincuenta (un gesto de confianza en Inglaterra). Luego me metí en el metro y fui a visitar a Sally.

Vivía en un bloque de viviendas de tres habitaciones, construido para colonia de artistas, no lejos de la Breitenbachplatz. Llamé al timbre y me abrió ella misma la puerta:

—¡Hola, Chris, cerdo!

—¡Hola, Sally, mi vida!

—¿Cómo estás…? Ten cuidado, amor mío, no me manches. Tengo que salir dentro de un momento.

Nunca la había visto de blanco: la favorecía. Pero tenía la cara más delgada y había envejecido. Llevaba el pelo cortado de una manera nueva y cuidadosamente ondulado.

—Estás muy elegante.

—¿De verdad?

Sally me dedicó una de sus sonrisas de satisfacción, soñadora y deliberada. La seguí al saloncito. Una gran ventana ocupaba toda una pared. El mobiliario de madera estaba pintado de color cereza y había un diván muy bajo con almohadones de colores vivos. Un perrillo enano y peludo dio un brinco y empezó a ladrar. Sally lo cogió en brazos y empezó a darle besos, sin rozarle con los labios:

—*Freddi, mein Liebling, Du bist soo süss*.

—¿Es tuyo? —le pregunté—. Su acento alemán había mejorado.

—No. Es de Gerda, la chica que vive conmigo.

—¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Solo una semana o dos.

—¿Qué tal es?

—No está mal. Más agarrada que un puño. Tengo que pagarlo yo todo.

—Está muy bien este sitio.

—¿Te gusta? Sí, me parece que está muy bien. Por lo menos mejor que el agujero aquel en la Nollendorfstrasse.

—¿Por qué te marchaste? ¿Tuviste una pelea con Fräulein Schroeder?

—No, no fue eso exactamente. Pero me harté de oírla hablar. Era para volverse loca. La verdad es que es una pelma espantosa.

—Te quiere mucho.

Sally se encogió de hombros, con un leve movimiento de indiferencia impaciente. Me di cuenta de que durante todo el tiempo de nuestra conversación había estado evitando mirarme a los ojos. Hubo una larga pausa. Me sentía desconcertado y vagamente incómodo. Empecé a esperar el momento de inventar una excusa y marcharme.

Sonó el teléfono. Sally bostezó, cogió el aparato y lo puso en su regazo.

—Al habla, ¿quién es? Sí, soy yo… No… No… No tengo ni idea… ¿Que si de verdad no la tengo? ¿Que lo adivine? —Arrugó la nariz—: ¿Eres Erwin? ¿No? ¿Paul? ¿No? Espera un minuto… Déjame ver…

—Tengo que salir ahora mismo corriendo, mi vida —gritó Sally, cuando por fin colgó el teléfono—. ¡Llevo ya casi dos horas de retraso!

—¿Tienes un nuevo amigo?

Sally ignoró mi sonrisa. Encendió un cigarrillo con una ligera expresión de desagrado.

—Tengo que ver a un individuo para un asunto de negocios —dijo escuetamente.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

—No lo sé, vida mía… Tengo una porción de cosas estos días. Mañana estaré todo el día en el campo, y puede que el otro también… Ya te lo diré… A lo mejor me marcho a Frankfurt dentro de poco.

—¿Te han ofrecido trabajo allí?

—No, no es eso —hablaba con cierta impaciencia, como si quisiera terminar con aquel tema—. De todos modos, he decidido no hacer ninguna película hasta este otoño. Quiero tomarme un descanso completo.

—Por lo visto has hecho cantidad de amigos nuevos.

Sally adoptó otra vez una actitud vaga, cuidadosamente casual.

—Sí, me figuro que sí. Probablemente es una reacción después de todos esos meses sin ver un alma, en la pensión de Fräulein Schroeder.

—Bueno —no pude evitar una sonrisa maliciosa—, espero por tu bien que ninguno de tus amigos tuviese el dinero en el Darmstädter und National.

—¿Por qué? —Se interesó inmediatamente—. ¿Qué ocurre?

—¿De verdad no estás enterada?

—Claro que no. Nunca leo los periódicos y hoy no he salido de casa todavía.

Le conté las noticias de la crisis. Cuando terminé, estaba bastante asustada.

—¿Pero por qué demonios —exclamó impaciente— no me lo has dicho antes? Puede ser serio.

—Lo siento, Sally. Creí que ya lo sabrías…, sobre todo como ahora parece que te mueves en los círculos financieros…

Pero no hizo caso de mi broma. Tenía el ceño fruncido, como absorta en sus pensamientos.

—Si fuese verdaderamente serio, Leo habría llamado para decirlo.

La idea pareció tranquilizarla.

Bajamos juntos hasta la esquina y allí Sally cogió un taxi.

—Es un incordio vivir tan lejos —dijo—. Probablemente un día de estos me compraré un coche. Por cierto —añadió en el momento de despedirnos— ¿qué tal lo has pasado en Rügen?

—Me he bañado mucho.

—Bueno, mi vida, adiós. Ya nos veremos.

—Adiós, Sally. Que te diviertas.

Una semana después me llamó por teléfono.

—¿Podrías venir a verme en seguida, Chris? Es muy importante. Quiero que me hagas un favor.

Lo mismo que la otra vez, encontré a Sally sola en el piso.

—¿Quieres ganar algo de dinero, mi vida? —me dijo nada más saludarme.

—Claro.

—¡Estupendo! Verás, se trata de lo siguiente… —Llevaba una vaporosa bata encarnada y tenía una tendencia a quedarse sin aliento—. Un individuo que conozco va a lanzar una revista. Algo terriblemente intelectual y artístico, con cantidades de fotografías modernas maravillosas, tinteros y muchachas cabeza abajo, ya conoces el estilo… La cuestión es que cada número piensan dedicarlo a un país, con artículos acerca de las costumbres, y todo eso… Bueno, el primer país va a ser Inglaterra y quieren que yo escriba un artículo sobre la muchacha inglesa… Claro, como yo no tengo la mínima idea de lo que hay que decir, pensé que tú podrías escribir el artículo en nombre mío y quedarte con el dinero; lo único que quiero es quedar bien con el tipo que dirige la revista: me puede ser enormemente útil en otras ocasiones, en el futuro…

—De acuerdo. Lo intentaré.

—¡Eres una maravilla!

—¿Cuándo quieres tenerlo?

—Verás, mi vida, ese es el problema. Tiene que ser ahora mismo… Si no, no sirve de nada, porque se lo prometí hace cuatro días y no tengo más remedio que dárselo esta tarde… No hace falta que sea muy largo. Unas quinientas palabras.

—Bien, haré lo que pueda.

—Estupendo… Siéntate donde quieras. Aquí hay papel. ¿Llevas pluma? Oh, y aquí tienes un diccionario, por si quieres mirar alguna palabra… Yo me voy a bañar.

Cuando volvió ya vestida, tres cuartos de hora más tarde, el artículo estaba terminado. Francamente, me sentía bastante satisfecho de mi trabajo.

Lo leyó con toda atención, frunciendo las cejas cuidadosamente dibujadas. Al terminar, lo dejó a un lado con un suspiro:

—Lo siento, Chris, pero no sirve.

—¿Que no sirve?

Me quedé sinceramente sorprendido.

—Claro, me figuro que es muy bueno desde el punto de vista literario, y todo eso…

—¿Qué es lo que está mal entonces?

—No es lo bastante brillante —su tono era inapelable—. No es en absoluto lo que ellos quieren.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, Sally. Lo hice lo mejor que pude, pero ya sabes que el periodismo no es lo mío.

Hubo una pausa enfadada. Mi vanidad estaba herida.

—Dios mío, ya sé quién me lo hará si se lo pido —gritó Sally de pronto, y se levantó de un salto—. ¿Cómo demonio no se me ocurrió antes? —Cogió el teléfono y marcó un número—. ¿Eres tú, Kurt, mi vida…?

En tres minutos explicó la historia del artículo. Cogió el teléfono y me anunció triunfante:

—¡Es una maravilla! Lo va a hacer ahora mismo… —Y después de un silencio deliberado añadió:

— Era Kurt Rosenthal.

—¿Quién es ese?

—¿No sabes quién es? —Molesta, aparentó una profunda sorpresa—. Creí que el cine te interesaba. Es el mejor guionista que hay, con gran diferencia. Gana cantidades de dinero. Me lo hace como un favor, claro. Dice que se lo dictará a su secretaria mientras se afeita y que él mismo se ocupará de enviarlo… ¡Es maravilloso!

—¿Estás segura de que esta vez saldrá como tu revista lo quiere?

—¡Claro que sí! Kurt es un verdadero genio. Sabe hacerlo todo. Ahora está escribiendo una novela en sus horas libres. Está siempre tan espantosamente ocupado que la tiene que dictar mientras desayuna. El otro día me enseñó los primeros capítulos. Es la mejor novela que he leído en mi vida, de veras.

—¿De veras?

—Es la clase de escritor que admiro —prosiguió Sally sin mirarme—. Terriblemente ambicioso. Trabaja todo el tiempo. Y puede escribir de todo: guiones, novelas, teatro, poesías, anuncios… Y no presume. No es como esa gente joven que porque han escrito un libro se pasan la vida hablando de arte y se creen que son los escritores más maravillosos del mundo… No los puedo aguantar…

A pesar de que estaba irritado, me reí.

—¿Desde cuándo tienes tan mala opinión de mí, Sally?

—No es mala opinión de ti —pero seguía sin mirarme—. No es eso exactamente.

—Pero no me puedes aguantar.

—No sé lo que es… Creo que has cambiado…

—¿En qué he cambiado?

—Es difícil de explicar… No pareces tener ninguna energía ni ganas de llegar a nada. Eres tan *dilettante*… Me molesta.

—Lo siento.

El tono irónico de mi voz sonaba un tanto forzado. Sally fruncía las cejas y se miraba sus diminutos zapatos negros.

—Tienes que pensar que soy una mujer, Christopher. A las mujeres les gusta que los hombres sean fuertes y decididos y que quieran hacer carrera. A una mujer le gusta ser maternal con un hombre y proteger su lado débil, pero tiene que tener también un lado fuerte, para poderle respetar… Te aconsejo que si alguna vez te enamoras de una mujer no la dejes darse cuenta de que no tienes ambiciones. Acabaría despreciándote.

—Sí, ya lo veo… Y según ese criterio escoges tus amigos, tus *nuevos* amigos.

Se puso furiosa.

—Te es muy fácil burlarte de mis amigos porque tienen talento para los negocios. Si tienen dinero es porque han trabajado para tenerlo… ¿Me figuro que te crees mucho mejor que ellos?

—Sí, Sally, ya que me lo preguntas. Y si son como me los imagino, creo que lo soy.

—¡Ya lo veo, Christopher! Eso es típico tuyo. Y es lo que me molesta en ti: eres un perezoso y un pretencioso. Si dices una cosa así tendrías que demostrar que es verdad.

—¿Cómo va uno a demostrar que es mejor que otra persona? Además, yo no he dicho eso. Dije que creía que yo era mejor: es una cuestión de gustos.

No contestó. Encendió un cigarrillo y frunció el entrecejo.

—Dices que yo he cambiado —proseguí—. Para ser franco, yo estaba pensando lo mismo *de ti*.

No pareció sorprenderse.

—¿Ah, sí, Christopher? Puede que tengas razón. No lo sé… O quizá ninguno de los dos hemos cambiado,

y ahora nos vemos tal como somos. Muy diferentes en muchas cosas, sabes.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Creo —dijo Sally, fumando pensativamente mientras se miraba los zapatos—, que a lo mejor nuestra amistad era una fase y los dos la hemos superado un poco.

—Puede que sí… —sonreí. Lo que Sally estaba pensando era demasiado evidente—. De todas maneras, no necesitamos pelearnos por eso, ¿no crees?

—Claro que no, mi vida.

Hubo un silencio. Yo dije que tenía que marcharme. Los dos estábamos violentos y excesivamente corteses.

—¿Estás seguro de que no quieres una taza de café?

—No, un millón de gracias.

—¿Y un poco de té? Es muy bueno. Me lo han regalado.

—No, Sally, de verdad, muchas gracias. Realmente tengo que marcharme.

—¿De veras? —Aquello pareció aliviarla bastante—. No dejes de llamarme un día de estos, por favor.

—Sí, seguro.

Hasta que no estuve en la calle no me di cuenta de lo rabioso y quemado que estaba. Es una completa zorra, pensé. Y después de todo, siempre lo he sabido, desde el principio. Pero no era verdad: no lo sabía. Me halagaba la idea, ¿por qué no confesarlo?, de que me tenía afecto. Bien, me había equivocado, por lo visto, y no tenía por qué echarle la culpa a ella. Y le echaba la culpa, no obstante. Estaba furioso. En aquel momento me habría gustado verla dándole latigazos. La verdad es que estaba tan trastornado que acabé por preguntarme si, a mi manera, no habría estado enamorado de Sally durante todo aquel tiempo.

Pero no era que estuviese enamorado. Era la más barata y más infantil reacción de vanidad herida. No es que me importase en absoluto su opinión sobre mi artículo —un poco sí, pero muy poco—, mis pretensiones literarias estaban por encima de todo lo que ella pudiera decir. Era su opinión sobre mí.

¡Ese temible instinto de las mujeres para calar por bajo de la comedia masculina! De nada servía decirme que la mentalidad y el vocabulario de Sally eran los de una colegiala de doce años, que a fin de cuentas no era más que un personaje cómico y disparatado. De nada servía —de algún modo me daba cuenta de que yo había quedado como un boceras—. ¿Y no era yo en realidad un poco boceras —aunque no en el sentido ridículo en que ella creía— con mi flamante socialismo de salón y mis conversaciones literarias con mis alumnas? Sí, lo era. Pero ella nada sabía de aquello. Y lo más humillante de todo es que podía haberla impresionado fácilmente. Me había equivocado de actitud desde el principio de nuestra conversación. En lugar de mostrarme maravilloso, convincente, superior, paternal, maduro, me había ruborizado y había discutido. Había intentado competir con aquella bestezuela de Kurt en su propio terreno; ¡precisamente, claro está, lo que Sally deseaba y esperaba que hiciese! Al cabo de tantos meses había venido a cometer la equivocación más imperdonable: me había mostrado incompetente y, además, celoso. Sí, vulgarmente celoso. Me habría dado de bofetadas. Solo de pensar en ello me sentía escocido de vergüenza.

Bien, el mal ya estaba hecho. No quedaba otra cosa que hacer sino olvidar el asunto. Y, desde luego, ni pensar en ver a Sally otra vez.

Una mañana, alrededor de diez días después, recibí la visita de un hombre joven, tez pálida y pelo negro, que hablaba corrientemente en americano, con un ligero acento extranjero. Se llamaba, según dijo, George P. Sandars, y había visto mi anuncio de clases de inglés en el *Berliner Zeitung am Mittag*.

—¿Cuándo desea usted empezar? —le pregunté.

El joven meneó la cabeza apresuradamente y dijo que no, que no venía a eso. Un tanto decepcionado, me dispuse a escuchar cortésmente el motivo de su visita, pero no parecía tener prisa en explicármelo. En lugar de ello aceptó un cigarrillo, se instaló en una silla y empezó a hablarme calmosamente de Estados Unidos. Me preguntó si conocía Chicago. Le dije que no. ¿Pero conocería de oídas a James L. Schraube? ¿Tampoco? Mi joven visitante exhaló un apagado suspiro. Daba la impresión de ser muy paciente conmigo y con el mundo en general. Seguramente había sostenido ya aquella conversación con muchas otras personas. James L. Schraube, según explicó, era un tipo muy importante en Chicago, propietario de una cadena de restaurantes y de varios cines, de dos casas de campo y de un yate en el lago Michigan. Y además tenía nada menos que cuatro automóviles. Al llegar a este punto empecé a tamborilear con los dedos en el tablero de la mesa. El rostro de mi visitante adquirió una expresión apenada. Se excusó por robar mi valioso tiempo. Me había hablado de Mr. Schraube, según dijo, porque había pensado que me podía interesar —su

tono era de cortés reproche— y porque Mr. Schraube, de conocerle yo, con toda certeza me habría garantizado la honorabilidad de su amigo Sandars. Bien, de todas maneras…, ¿no podría yo prestarle doscientos marcos? Necesitaba el dinero para montar un negocio: una oportunidad única, que se perdería si no encontraba ese dinero antes de mañana por la mañana. Si le daba el dinero volvería aquella misma tarde con documentos para demostrarme que se trataba de un proyecto serio. Y me lo pagaría al cabo de tres días.

¿No? Bueno… No pareció sorprenderse en exceso. Se levantó inmediatamente, como un comerciante que ha malgastado veinte valiosos minutos con un posible cliente: quien salía perdiendo era yo y no él, parecía insinuarme cortésmente. En la puerta ya, se detuvo todavía un momento: ¿Por casualidad no conocería yo a alguna actriz de cine? Me dijo que para ayudarse viajaba con una nueva crema facial, especialmente preparada para combatir la sequedad del cutis producida por los focos de los estudios. La utilizaban ya todas las estrellas de Hollywood, pero en Europa era desconocida. Si pudiese encontrar media docena de actrices que la recomendaran, se les haría un suministro permanente con un cincuenta por ciento de bonificación.

Vacilé un momento y luego le di las señas de Sally. No sé bien por qué lo hice. En parte, claro está, para quitármelo de encima, pues parecía deseoso de sentarse otra vez y seguir con la conversación. Quizá, también, por malicia. A Sally no le sentaría mal tener que aguantar una o dos horas de charla: ¿no me había dicho que le gustaban los hombres con ambición? Puede que incluso le regalase unos tarros de crema facial —si es que existían—. Y si le pedía los doscientos marcos, tampoco importaba mucho. El tipo era incapaz de engañar a un niño.

—De todos modos —le advertí—, no diga que va de mi parte.

Asintió inmediatamente con una leve sonrisa. Sin duda tenía alguna explicación particular suya para mi petición, porque no pareció extrañarle en lo más mínimo. Se despidió con un cortés sombrerazo desde la escalera. A la mañana siguiente me había olvidado por completo de su visita.

Unos pocos días más tarde me llamó Sally. Tuve que interrumpir la clase que estaba dando para acudir al teléfono y estuve muy poco amable.

—¿Eres tú, Christopher, mi vida?

—Sí.

—¿Puedes venir a verme ahora mismo?

—No.

—Oh… —mi negativa la había desconcertado. Hubo una pausa antes de que prosiguiera, con forzada humildad—. ¿Supongo que estarás muy ocupado?

—Sí. Mucho.

—Bueno… ¿Te importaría que fuese a verte ahora?

—¿Para qué?

—Chris —la voz de Sally era desesperada—, no puedo explicártelo por teléfono… Es una cosa muy seria, de verdad.

—Ah, ya comprendo —me esforcé en decirlo con todo el retintín posible—, otro artículo para una revista, me figuro.

Pero en cuanto lo hube dicho los dos rompimos a reír.

—¡Chris, eres un canalla! —La voz de Sally tintineó alegremente en el receptor; pero en seguida se reprimió—. No, mi vida, te lo prometo. Esta vez es algo terriblemente serio, muy serio de verdad —y al cabo de un momento añadió dramáticamente—: Y tú eres la única persona que puede ayudarme.

—Bueno. Está bien… —Me di por vencido—. Ven dentro de una hora.

—Verás, mi vida, empezaré por el principio, ¿no crees?… Ayer por la mañana me llamó un tipo para preguntar si podía venir a verme. Dijo que era para un negocio muy importante, y como sabía mi nombre, y todo, le contesté que *sí*, que viniera en seguida… Así que vino. Dijo que se llamaba Rakowski, Paul Rakowski, que era agente en Europa de Metro-Goldwin-Mayer y que venía a hacerme una oferta. Me contó que estaban buscando una actriz inglesa que hablara alemán, para trabajar en una comedia que iban a empezar a rodar en la Riviera italiana. Todo parecía completamente verdad, porque me dijo quiénes eran el director y el *cameraman*, y el director artístico y quién había escrito el guión. Claro que era la primera vez que yo oía sus nombres. Pero eso no es tan raro; en realidad, así sonaba mucho más verdadero, porque la mayoría de la gente habría dicho algún nombre de los que salen en los periódicos… Bueno, me dijo que después de verme estaba convencido de que yo era el tipo justo para ese papel, y que de hecho me lo daba ya si las pruebas salían bien… Así que yo estaba encantada y le pregunté que cuándo podríamos hacerlas y

él me dijo que dentro de un día o dos, porque tenía que ponerse de acuerdo con la gente de Ufa… Entonces empezamos a hablar de Hollywood y me contó muchísimas historias (supongo que *podían* ser cosas que había leído en revistas de cine, pero estoy segura de que no) y me explicó cómo hacen la sonorización y los efectos especiales. En realidad fue de lo más interesante y tiene que haber estado en muchísimos estudios. Y cuando terminamos con Hollywood empezó a contarme cosas del resto de América, y de la gente que conocía, y de los gángsters y de Nueva York. Me dijo que acababa de llegar de allí y que su equipaje estaba todavía en Hamburgo, en la aduana. La verdad es que yo había estado pensando que era un poco raro que fuese tan mal arreglado, pero cuando me dijo eso, claro, me pareció lo más natural… Bueno, me tienes que prometer que no te vas a reír, Chris, porque si no no podré contarte lo que viene ahora. Verás, luego empezó a hacerme el amor de un modo apasionadísimo. Al principio me incomodé con él, por mezclar los negocios con la vida privada. Pero al cabo de un rato ya no me importó: era bastante atractivo, un poco al estilo eslavo… Acabó por invitarme a cenar con él, así que fuimos a Horcher donde nos dieron maravillosamente de cenar (ese es el único consuelo). Y cuando nos traen la cuenta va y dice: «Por cierto, amor mío, ¿podrías dejarme trescientos marcos hasta mañana? Solo llevo dólares y tengo que cambiarlos en el banco». Y claro, se los dejé: para colmo de mala pata yo llevaba aquella noche mucho dinero… Y entonces dijo: «Vamos a pedir una botella de champaña para celebrar tu contrato». Dije que bueno, y me figuro que en aquel momento ya debía de estar bastante colocada, porque cuando me pidió que pasara la noche con él le dije que sí. Fuimos a uno de los hotelitos de la Augsburgerstrasse…, he olvidado el nombre, pero es muy fácil saber cuál era… Un sitio de lo más sórdido… De todos modos, casi no recuerdo lo que pasó después. Fue esta mañana temprano cuando empecé a darme cuenta de las cosas, mientras él seguía durmiendo, y a pensar si todo aquello no era un poco raro… No me había fijado antes en su ropa interior, pero era de lo más chocante. Una se figura que un hombre de cine importante lleva calzoncillos de seda, ¿no te parece? Bueno, los suyos eran la cosa más extraordinaria, como de pelo de camello o así; podían haber sido los de san Juan Bautista. Y llevaba un alfiler de corbata de esos de Woolworth. No es que sus cosas fuesen viejas: se veía que de nuevas tampoco habían valido mucho… Estaba pensando en saltar de la cama y echarle un vistazo a los bolsillos, pero se despertó y ya no pude. Pedimos el desayuno… No sé si se creía que yo estaba locamente enamorada de él después de aquella noche, o si ya no tenía ganas de molestarse en disimular, pero por la mañana era una persona completamente distinta, un golfo de lo más vulgar. Tomaba la mermelada con cuchillo, y naturalmente la mayor parte se le fue a las sábanas. Y al sorber los huevos hacía un ruido tan terrorífico que me eché a reír, y él se enfadó… Luego dijo que quería cerveza. Bueno, le dije yo, llama abajo y pídela. La verdad es que empezaba a estar un poco asustada, porque se había puesto a dar unos berridos completamente primitivos. Estaba segura de que era un loco. Así que pensé que lo mejor era seguirle la corriente… El caso es que le pareció una buena idea y descolgó el teléfono y estuvo hablando no sé cuánto tiempo y se puso hecho una fiera, y me dijo que se negaban a subir cerveza a las habitaciones. Ahora me doy cuenta que seguramente todo aquello era teatro y que tenía bajada la palanca. Pero lo hizo muy bien, y además yo estaba demasiado asustada para darme mucha cuenta. Estaba viendo que igual me asesinaba si no le daban su cerveza. Por fin se calmó y dijo que iba a vestirse para bajar a buscarla. Le dije que muy bien… Así que estuve esperando, esperando, pero no volvía. Hasta que al final llamé al timbre y pregunté a la camarera si le había visto salir. «Oh, sí, el señor pagó la cuenta y se marchó hace una hora… Dijo que no la molestáramos.» Me cogió tan de sorpresa que no pude decir más que muy bien, que muchas gracias… Lo más gracioso es que estaba tan convencida ya de que estaba loco que no se me había vuelto a pasar por la cabeza que se trataba de un timo. A lo mejor eso es lo que él quería… En fin, de loco no tenía un pelo, porque miré en el bolso y me encontré que se había llevado todos los billetes, y además el cambio de los trescientos marcos que le presté la noche anterior… Lo que me pone más furiosa de toda la historia es que él haya pensado que no le denunciaría, por vergüenza. Le voy a demostrar que se equivoca.

—Oye, Sally, ¿qué aspecto tenía ese tipo?

—Más o menos tu estatura. Pálido. Moreno. Se veía que no había nacido en América porque hablaba con acento extranjero.

—¿Te acuerdas si te habló de un tal Schraube, que vive en Chicago?

—Espera… ¡Sí, claro que me habló! Me contó una porción de cosas… ¿Pero cómo demonios lo sabes?

—Verás, es que… Mira, Sally, tengo que confesarte algo horrible… No sé si podrás perdonarme…

Aquella misma tarde fuimos a la Alexanderplatz.

La entrevista resultó aún más embarazosa de lo que yo pensara. Para mí, al menos. Si Sally se sentía

incómoda no lo demostró en lo más mínimo. Frente a los dos funcionarios de la policía —ambos con lentes — hizo historia de las circunstancias del caso con la misma vivaz impersonalidad con que hubiera podido denunciar un perro perdido o un paraguas extraviado en el autobús. Los funcionarios, que eran evidentemente dos padres de familia, parecían más bien desconcertados. Cada vez que tenían que escribir mojaban y remojaban las plumas en la tinta morada, hacían nerviosos movimientos circulares con los codos y su actitud era seca y ceñuda.

—En lo que respecta al hotel —dijo muy seriamente el de más edad—, ¿supongo que usted sabía, antes de entrar, la clase de hotel de que se trataba?

—No íbamos a ir al Bristol, ¿no le parece? —El tono de Sally era comedido y razonable—. Además, no nos habrían dejado entrar sin equipaje.

—Ah, ¿conque no llevaban ustedes equipaje? —el más joven preguntó con un énfasis triunfal, como si el detalle fuese de decisiva importancia.

La bocamanga con insignias policiales comenzó a deslizarse regularmente sobre el pliego de papel de barba. Urgido por la inspiración, no prestó oído a la respuesta de Sally.

—No acostumbro a llevar maleta cuando un hombre me invita a cenar.

Pero el más viejo se hizo cargo inmediatamente.

—¿De modo que fue en el restaurante donde ese individuo la invitó a… ejem… a ir al hotel?

—No me lo propuso hasta después de cenar.

—Jovencita —el policía de más edad se retrepó en la silla, paternal y sarcástico—, ¿puedo preguntarle si tiene usted por costumbre aceptar invitaciones de esa especie hechas por desconocidos?

Sally sonrió dulcemente. Era el candor y la inocencia mismos.

—Verá usted, Herr Kommissar, no era un desconocido. Era mi novio.

Aquello les hizo a los dos botar sobre sus asientos. El más joven incluso dejó caer un manchón de tinta sobre la página virgen, posiblemente el único manchón que pueda jamás encontrarse en los inmaculados expedientes del Polizeipräsidium.

—No va usted a decirme, Fräulein Bowles —a despecho de lo seco del tono, los ojos del viejo chispeaban —, ¿no irá usted a decirme que se puso usted en relaciones con un hombre al que había conocido aquella misma tarde?

—Exactamente.

—¿No le parece… ejem… un tanto insólito?

—Supongo que sí —asintió Sally seriamente—. Pero sabe usted, hoy en día una chica no puede permitirse el lujo de tener a un hombre esperando. Si se le declara y ella dice que no, igual prueba con otra. Con este exceso de mujeres…

Al llegar aquí, el viejo estalló en una carcajada. Echó la silla hacia atrás y se rio hasta ponerse al borde de la congestión. Tardó un minuto en poder hablar. El joven se comportó mucho más decorosamente, sacó un pañuelo y pretendió sonarse; pero los resoplidos pronto se cambiaron en algo parecido a un estornudo que resultó ser una risotada, y muy pronto renunció él también a todo intento de tomar a Sally en serio. El resto de la entrevista se desarrolló con una informalidad de ópera cómica, acompañada de aparatosas demostraciones de galantería. El viejo, sobre todo, estuvo bastante atrevido. Creo que a los dos les molestaba mi presencia. La querían para ellos.

—Y no se preocupe, Fräulein Bowles —le dijeron al despedirnos—, nosotros se lo encontraremos, aunque tengamos que remover Berlín de arriba abajo.

—¡Bueno —exclamé admirativamente en cuanto estuvimos a solas—, la verdad es que sabes manejarlos!

Sally se sentía muy satisfecha de sí misma y sonrió soñadoramente.

—¿Por qué lo dices, mi vida?

—Lo sabes tan bien como yo… ¡conseguir que soltasen la carcajada: contarles que era tu novio! ¡Fue una idea genial!

Sally no se rio, sino que se puso un poco colorada y bajó los ojos. Su rostro adquirió una expresión infantil, cómicamente culpable.

—Sabes, Chris, en realidad era verdad.

—¡Que era verdad!

—Sí, amor mío.

Ahora, por primera vez Sally estaba de veras azarada y empezó a hablar muy de prisa.

—Es que no podía contártelo esta mañana después de todo lo que había pasado, habría parecido tan

idiota… Cuando estábamos en el restaurante me pidió que me casase con él y yo le dije que sí… Sabes, como trabajaba en el cine, pensé que estaba acostumbrado a los noviazgos rápidos: después de todo, en Hollywood lo hacen así… Y como era americano nos habríamos podido divorciar fácilmente, en cuanto quisiéramos… Y habría sido muy bueno para mi carrera (si hubiese sido verdad, claro), ¿no te parece?… Teníamos que casarnos hoy, si podíamos arreglarlo… Parece tan absurdo al pensarlo ahora…

—¡Pero, Sally! —Me paré y me quedé mirándola. Y no tuve más remedio que reír—. Bueno, verdaderamente… ¡Eres el ser más extraordinario que he conocido en mi vida!

Sally se rio como un niño travieso que descubre que ha hecho gracia a los mayores.

—¿Verdad que siempre te había dicho que estaba un poco chiflada? Me figuro que ahora te convencerás.

Pasó más de una semana antes de que tuviésemos noticias de la policía. Por fin, una mañana vinieron dos detectives a verme. Habían localizado y tenían bajo vigilancia a un hombre joven que respondía a nuestra descripción. Conocían sus señas pero deseaban que lo identificase yo antes de detenerle. ¿Querría hacerles el favor de acompañarles a una cafetería de la Kleiststrasse? Solía ir allí casi todos los días a esta hora. Yo se lo señalaría y me marcharía inmediatamente, sin ningún escándalo ni molestia.

La idea no me gustaba, pero no había modo de escapar. Fuimos al sitio, que estaba lleno, porque era la hora del almuerzo, y le descubrí casi inmediatamente: estaba en la barra, junto a la bandeja del té, con una taza en la mano. Visto así, solo y desprevenido, me pareció patético, peor vestido y más joven, casi un muchacho. A punto estuve de decir que no estaba, ¿pero de qué habría servido? Le cogerían de todas maneras.

—Sí, es aquel —dije a los detectives—. Allí.

Asintieron. Di la vuelta y salí corriendo a la calle, lleno de vergüenza y diciéndome que nunca en mi vida volvería a colaborar con la policía.

Sally vino a verme pocos días después y me contó el resto de la historia:

—Tuve que ir a verle, claro… Tenía el aspecto de un desgraciado y me hizo pensar que yo era una bestia. Lo único que me dijo fue: «Creí que éramos amigos». Le habría dicho que se quedase con el dinero, pero se lo había gastado todo. La policía dice que no ha estado nunca en Estados Unidos y que no es americano, que es polaco… Menos mal que no le procesarán. Le ha reconocido el médico y le van a enviar al psiquiátrico. Espero que allí le traten bien…

—¿Así que estaba loco, después de todo?

—Supongo que sí. Una especie de loco tranquilo… —Sally sonrió—. No resulta muy halagador para mí, ¿verdad? ¡Oh, Chris! ¿Y sabes qué edad tenía? ¡No te lo puedes figurar!

—Unos veinte años, supongo.

—¡Dieciséis!

—¡Qué tontería!

—Sí, de veras… El caso habría tenido que ir al tribunal de menores.

Los dos nos reímos.

—Sabes, Sally —dije yo—, lo que en el fondo me gusta de ti es que siempre es tan fácil darte el timo. Las gentes que nunca se dejan engañar son deprimentes.

—¿Entonces me sigues queriendo, Chris?

—Sí, Sally. Te sigo queriendo.

—Tenía miedo que estuvieses molesto conmigo, por lo del otro día.

—Y lo estaba. Mucho.

—¿Pero ya no lo estás?

—No… Creo que no.

—Buscar excusas, o explicártelo, o pedirte perdón, no serviría de mucho… A veces me pongo así… Tú lo comprendes, ¿verdad, Chris?

—Sí —dije—. Creo que sí.

No nos volvimos a ver. Quince días más tarde, cuando estaba pensando en telefonearla, me llegó una postal de París: «Llegué anoche. Escribiré mañana. Muchos besos». La carta no vino. Un mes después recibí otra postal de Roma, sin remite: «Te escribiré dentro de uno o dos días», ponía. Eso fue hace seis años.

Ahora le escribo yo a ella.

Cuando leas esto, Sally —si alguna vez lo lees—, piensa que es un homenaje, mi más sincero homenaje, a ti y a nuestra amistad. Y mándame otra postal.

En la isla de Rügen

Me despierto temprano y salgo en pijama a sentarme en la baranda. Los árboles del bosque proyectan largas sombras sobre el suelo. Los pájaros pían con una súbita y misteriosa violencia, como despertadores. Las ramas de los abedules penden vencidas sobre el arenoso camino campesino, surcado de rodaduras. Una nube suave y alargada va ascendiendo sobre la hilera de árboles que bordean el lago. Un hombre con una bicicleta mira pacer su caballo en un pradillo junto al camino y va a desenredar la soga que se le ha enrollado en un casco. Empuja al animal con ambas manos, pero este no se mueve. Y ahora pasa una vieja envuelta en un chal a cuyo lado camina un chiquillo. El chiquillo viste una marinera oscura, está muy pálido y lleva el cuello vendado. Pronto pasan de vuelta. Llega un hombre en bicicleta y grita algo al del caballo. En la quietud de la mañana la voz tintinea, distinta e inteligible. Canta un gallo. Se aleja el chirrido de la bicicleta. El rocío tiembla sobre las sillas y la mesa blanca, en la arboleda del jardín, y las lilas gotean pesadamente. Suena el canto de otro gallo, mucho más fuerte y más próximo. Y me parece oír el mar, o unas campanas muy distantes.

Arriba, a mano izquierda, el pueblo queda oculto en el bosque. Se compone casi exclusivamente de pensiones y hoteles, en los varios estilos de arquitectura veraniega —morisco, bávaro, Taj Mahal, y casitas rococó con historiados balcones pintados de blanco—. Detrás del bosque está el mar. Se puede ir sin atravesar el pueblo, por un sendero en zigzag que desemboca bruscamente al borde de unas escarpaduras arenosas, con la playa abajo y el Báltico tibio y poco profundo tendido casi a los pies de uno. Este extremo de la playa está bastante desierto: los baños están del otro lado del promontorio. Las cúpulas de cebolla del Strand Restaurant de Baabe ondean en la calina, a un kilómetro de distancia.

El bosque pulula de conejos, culebras y ciervos. Ayer por la mañana vi a un borzoi persiguiendo a un corzo por los campos y luego entre los árboles. El perro no consiguió alcanzarlo, aunque parecía avanzar mucho más de prisa, en largos brincos elegantes, mientras el corzo corría dando botes rígidos y montaraces que hacían retemblar el suelo, lo mismo que un piano de cola embrujado.

En la casa hay dos huéspedes más. Uno es un inglés, Peter Wilkinson, de mi edad más o menos. El otro es un chico obrero alemán, de Berlín, y se llama Otto Nowak. Tiene dieciséis o diecisiete años.

Peter —le llamo ya por su nombre de pila: la primera noche nos emborrachamos juntos y pronto fuimos amigos— es flaco, moreno y nervioso. Lleva gafas con montura de concha. Cuando se excita mete las manos entre las rodillas y aprieta una contra otra y se le marcan las venas en las sienes. Todo él tirita de risa nerviosa contenida, hasta que Otto exclama, irritado: *«Mensch, reg'Dich bloss nicht so auf.»*

La cara de Otto es como un melocotón muy maduro. Tiene el pelo rubio y espeso, que le nace muy abajo, unos ojillos chispeantes de malicia y una gran sonrisa encantadora, demasiado inocente para ser verdad. Cuando sonríe se le marcan dos grandes hoyuelos en el melocotón de los carrillos. Estos días me ha cortejado asiduamente, halagándome, riéndome los chistes, y no pierde ocasión de dedicarme un guiño de cazurra complicidad. Creo que me considera como un posible aliado en sus tratos con Peter.

Esta mañana fuimos los tres a la playa juntos. Mientras Peter y Otto se entretenían en construir un castillo de arena, yo estaba tumbado y miraba a Peter trabajar furiosamente, borracho de sol, arrojando la arena afanosamente con su palita de niño, igual que si estuviera en una brigada de trabajos forzados, bajo la vigilancia de un capataz armado. En toda la mañana larga y calurosa no ha parado un momento. Otto y él han nadado, han cavado, han luchado, han hecho carreras y han jugado con un balón de goma de un lado al otro de la playa. Peter es escuálido pero tiene nervio. En sus juegos con Otto parece que solo le sostuviera un inmenso y furioso esfuerzo de la voluntad. La voluntad de Peter contra el cuerpo de Otto. Otto es su cuerpo entero; Peter es nada más que una cabeza. Los movimientos de Otto son fáciles, fluidos, sus gestos tienen la inconsciente gracia salvaje de un animal elegante y rapaz. Peter va uncido a sí mismo y

hostiga su cuerpo rígido y sin gracia con el látigo de su despiadada voluntad.

Otto es descaradamente presumido. Peter le ha comprado un extensor y se ejercita solemnemente a todas horas. Al entrar en su cuarto después del almuerzo, en busca de Peter, me he encontrado a Otto solo, delante del espejo, debatiéndose con el extensor, como una especie de Laocoonte:

—¡Fíjate, Christoph! —me ha gritado jadeante—. ¡Fíjate, ya puedo! ¡Con los cinco cables!

Es verdad que las espaldas y el tórax de Otto son soberbios para un chico de sus años, pero su cuerpo resulta sin embargo un poco grotesco. Las bellas y firmes líneas del torso se adelgazan demasiado súbitamente en unas nalgas desproporcionadamente pequeñas y en unas piernas delgadas e inmaduras. Y sus ejercicios con el extensor le hacen de día en día más chaparro.

Otto tenía esta tarde un principio de insolación y se fue temprano a la cama, con dolor de cabeza. Peter y yo hemos subido al pueblo, los dos solos. En el café Baviera, entre el estrépito infernal de la orquesta, me ha contado al oído, a voces, la historia de su vida.

Peter es el menor de cuatro hijos. Tiene dos hermanas, las dos casadas. Una de ellas vive en el campo y le gusta cazar. La otra es lo que los periódicos llaman «una conocida figura de nuestra sociedad». Su hermano mayor es hombre de ciencia y explorador, ha participado en expediciones al Congo, a las Nuevas Hébridas, y a la Gran Barrera de Coral. Juega al ajedrez, habla como un hombre de sesenta años y Peter está convencido de que es virgen. El único miembro de la familia con quien Peter se trata en la actualidad es su hermana la cazadora, pero se ven poco, porque Peter detesta a su cuñado.

Peter fue un niño delicado y se educó en casa. A los trece años su padre le mandó al colegio. Padre y madre estuvieron peleados por ello, hasta que Peter, con el concurso de su madre, consiguió estar mal del corazón y tuvo que volver a casa al final del segundo trimestre. Una vez libre, Peter empezó a odiar a su madre, que con sus mimos le había convertido en un débil. Ella comprendió que nunca se lo perdonaría y, como Peter era el único hijo a quien quería, acabó por enfermar y murió al poco tiempo.

Era demasiado tarde para enviar otra vez a Peter al colegio, así que el señor Wilkinson le tomó un preceptor, un joven y fervoroso anglicano que quería ser sacerdote, se bañaba en invierno en agua fría y tenía el pelo crespo y las facciones helénicas. Como a su padre le fue antipático desde el primer momento y su hermano mayor se reía de él, Peter tomó apasionadamente el partido del preceptor. Los dos juntos fueron a la región de los lagos y, en el austero escenario de los páramos, discutían durante sus caminatas el significado de los sacramentos. Inevitablemente, esa clase de conversaciones dio lugar a una complicada amistad sentimental que terminó bruscamente, un atardecer, con una espantosa bronca en un pajar. El preceptor marchó a la mañana siguiente, dejando tras sí una carta de diez páginas, y Peter pensó en suicidarse. Más tarde supo que se había dejado el bigote y había emigrado a Australia… Peter tuvo otro preceptor y luego fue a Oxford.

Su padre le había hecho detestar los negocios y su hermano la ciencia; la música y la literatura fueron para él una especie de religión. Oxford le gustó mucho el primer año. Iba a *parties* y se atrevía a hablar. Descubrió, con sorpresa y agrado, que la gente le escuchaba, y solo más tarde se dio cuenta del aire azarado con que lo hacían.

—De una manera o de otra —comentó Peter—, siempre tenía que meter la pata.

Mientras tanto, en la gran casa de Mayfair, con sus cuatro cuartos de baño y su garaje para tres automóviles, con sus comidas de interminable abundancia, la familia Wilkinson se deshacía poco a poco, igual que algo podrido. El viejo, con sus riñones enfermos, su whisky y su experiencia en el «manejo de los hombres», se sentía malhumorado y confuso y resultaba ligeramente patético. Cuando sus hijos estaban cerca, gruñía y se removía lo mismo que un mastín envejecido. Nadie hablaba en la mesa. Cada cual esquivaba los ojos de los demás y corría luego al piso de arriba, a escribir cartas exasperadas y sarcásticas a sus íntimos amigos. Solo Peter no tenía amigo a quien escribir. Encerrado en su cuarto lujoso y vulgar, pasaba las horas leyendo.

Después en Oxford fue lo mismo. Ya no iba a *parties*. Trabajaba todo el día y, justamente antes de los exámenes, tuvo una depresión nerviosa. El médico aconsejó un cambio de aires y de trabajo. Su padre le dejó jugar a granjero durante seis meses en Devonshire y luego empezó a hablarle del negocio. El señor Wilkinson había sido incapaz de conseguir que sus otros hijos demostrasen un mínimo interés por el origen de sus rentas. Encastillados en sus mundos respectivos, todos eran inabordables. Una de sus hijas iba a casarse con un título, la otra cazaba con el príncipe de Gales. El hijo mayor enviaba comunicaciones a la Real Sociedad Geográfica. Únicamente Peter parecía carecer de justificación. Los otros hijos eran egoístas pero sabían lo que querían. Peter, egoísta también, no lo sabía.

En ese crítico momento murió un tío de Peter, hermano de su madre, que vivía en Canadá. Había visto una vez a Peter de chiquillo, se había encaprichado con él, y le dejó todo su dinero. No mucho, pero lo bastante para poder vivir agradablemente.

Peter se fue a París, a estudiar música. Su profesor le dijo que no pasaría nunca de ser un competente aficionado, pero eso no le sirvió más que para esforzarse aún con más ahínco. Estudiaba para no pensar y enseguida tuvo otra depresión nerviosa, menos grave que la primera. Por aquel entonces estaba convencido de que pronto se iba a volver loco. Volvió a Londres y encontró a su padre solo en la casa. La primera noche tuvieron una bronca y dejaron de hablarse. Al cabo de una semana de mutismo y suntuosas comidas, Peter sufrió un ligero ataque de obsesión homicida. Durante el desayuno no pudo apartar los ojos de un grano que tenía su padre en la garganta. Continuamente manoseaba el cuchillo. De repente, empezó a crispársele el lado izquierdo de la cara. Una crispación tan irreprimible que le obligó a taparse la mejilla con la mano. Estaba seguro de que su padre lo había notado y de que deliberadamente se negaba a darse por enterado —para torturarle—. Al fin, Peter no pudo aguantar más. Se levantó de un salto, huyó del cuarto, y de la casa, al jardín, donde se tiró boca abajo sobre la hierba húmeda. Allí se estuvo, demasiado aterrorizado para moverse. Al cuarto de hora, la crispación cesó.

Aquella noche Peter paró a una puta en Regent Street. Fueron a la habitación de la chica y hablaron durante horas. Le contó la historia de su vida en casa, le dio diez libras y se marchó sin haberla tocado. A la mañana siguiente se vio en el muslo izquierdo un misterioso sarpullido. El médico no supo explicarle de qué era y le recetó una pomada. El sarpullido se hizo menos visible, pero no desapareció hasta hace un mes. Poco después del episodio en Regent Street, Peter empezó a tener molestias en el ojo izquierdo.

Llevaba ya algún tiempo dándole vueltas a la idea de consultar a un psicoanalista. Finalmente se decidió por un freudiano ortodoxo, con una voz soñolienta y malhumorada y unos pies inmensos. A Peter le fue inmediatamente antipático, y se lo dijo. El freudiano tomó notas en una cuartilla y no pareció ofenderse. Más tarde, Peter descubrió que, fuera del arte chino, no le interesaba nada. Iba a verle tres veces por semana y cada visita le costaba dos guineas.

A los seis meses Peter abandonó al discípulo de Freud para pasarse a otro analista, una doctora finlandesa con el pelo blanco y una jovial disposición conversadora. A Peter le resultaba fácil hablar con ella. Le contó, lo mejor que pudo, su vida, sus pensamientos y sus sueños. A veces, en los momentos de desánimo, le contaba historias por completo falsas, o anécdotas leídas en manuales clínicos. Luego le confesaba que había mentido y discutían los motivos que le impulsaron a ello y llegaban a la conclusión de que eran muy interesantes. Algunas noches capitales, Peter tenía un sueño y eso les daba tema de conversación para las siguientes semanas. El análisis duró dos años y no terminaba nunca.

Este año Peter se hartó de la finlandesa. Había oído hablar de un tipo en Berlín. ¿Por qué no? Sería un cambio, por lo menos. Y un ahorro también. El tipo de Berlín solo cobraba quince marcos por visita.

—¿Y todavía estás con él? —pregunté.

—No… —dijo Peter sonriendo—. Ahora me resulta demasiado caro, sabes.

El mes pasado, a los dos días de llegar, Peter fue a bañarse al lago Wannsee. El agua aún estaba fría y había poca gente. Se fijó en un chico que estaba dando volteretas en la arena. Luego el chico se acercó y empezaron a hablar. Era Otto Nowak.

—Otto se horrorizó cuando le hablé del analista.

—¡Qué! ¡Que le das a un tipo quince marcos al día para que te deje hablar con él! ¡Dame diez a mí y yo te hablaré todo el día, y toda la noche si hace falta!

Peter empezó a reír convulsivamente, se puso rojo y se restregaba las manos.

Lo curioso es que la propuesta de Otto de sustituir al analista no era demasiado absurda. Como todos los seres intensamente animales, tiene, cuando quiere usarlo, un instintivo poder saludador. En esos momentos, su manera de tratar a Peter es infaliblemente la justa. Peter puede estar sentado a la mesa, encorvado, con los labios curvados hacia abajo y todavía crispados por terrores infantiles. Entra Otto, todo sonrisa y hoyuelos, tira una silla, le da una palmada a Peter en la espalda, se frota las manos y exclama satisfecho: *«Ja, ja… so ist die Sache!»* Y Peter cambia inmediatamente. La tensión se relaja, su actitud se hace natural, desaparece la crispación de los labios y los ojos pierden su expresión acosada. Mientras dura el efecto, es una persona como todas.

Peter me ha contado que antes de conocer a Otto le aterrorizaban tanto las infecciones que se lavaba las manos con fenol después de haber tocado a un gato. Ahora bebe a menudo en el vaso de Otto, come de su plato y usa su esponja.

En el Kurhaus y en el café del lago ha empezado el baile. Vimos los anuncios hace dos días, durante nuestro paseo al anochecer, cuando íbamos por la calle mayor del pueblo. Vi que Otto miraba interesado el cartel y que Peter se daba cuenta, pero ninguno de los dos dijo nada.

Ayer hizo un día húmedo y frío. Otto propuso que alquilásemos una barca en el lago y saliéramos a pescar. A Peter le gustó la idea y a mí también. Pero a los tres cuartos de hora de plantón bajo la llovizna, sin que nada picase, empezó a impacientarse. Bogamos en dirección a la orilla y Otto hacía chapotear sus remos —al principio porque no sabía remar, después para fastidiar a Peter—. Peter se molestó y le dio un gritó a Otto, que se puso de morros.

Después de la cena, Otto nos participó que se iba a bailar al Kurhaus. Peter escuchó esto sin decir palabra, en ominoso silencio, mientras las comisuras de los labios empezaban a curvársele hacia abajo, y Otto, sin darse cuenta de su disgusto o sin querer darse cuenta, dio el asunto por sentado.

Después que se hubo ido, Peter y yo subimos arriba y nos instalamos en mi cuarto. Hacia frío y la lluvia tamborileaba en la ventana.

—Sabía que no podía durar —dijo Peter sombríamente—. Esto es el principio. Ya verás.

—Tonterías, Peter. ¿El principio de qué? Es natural que a Otto le apetezca ir a bailar de vez en cuando. No tienes que ser tan absorbente.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. No soy razonable. Como siempre… De todas maneras, esto es el principio…

Con gran sorpresa mía, los hechos me dieron la razón. Antes de las diez, Otto estaba de vuelta del Kurhaus. Se había aburrido. Había muy poca gente y la orquesta era mala.

—No pienso ir más —añadió, sonriéndome lánguidamente—. Desde ahora me quedaré todas las noches contigo y con Christoph. Es mucho más divertido cuando estamos los tres juntos, ¿verdad?

Ayer por la mañana, en la playa, mientras tomábamos el sol en nuestro castillo de arena, un hombrecillo rubio con ojos azules e inquisitivos y con un bigotito se acercó a proponernos que jugásemos con él. Otto, a quien los desconocidos siempre entusiasman, aceptó inmediatamente; así que Peter y yo no tuvimos más remedio que seguirle para no parecer descorteses.

El hombrecillo nos participó que era cirujano en un hospital de Berlín y tomó en seguida el mando, colocándonos a cada uno en un sitio. Era inflexible. Cuando intenté ganar un poco de terreno, para no tener que tirar el balón desde tanta distancia, inmediatamente me llamó al orden. Luego resultó que Peter tiraba mal: el hombrecillo paró el juego para demostrárselo. A Peter le hizo gracia al principio, luego se molestó. Replicó con una impertinencia punzante, pero la epidermis del doctor era impenetrable.

—Se mantiene usted demasiado rígido —explicó sonriente—. Es un error. Pruebe otra vez y yo le pondré la mano en la paletilla, para ver si relaja los músculos… No. ¡Lo ha hecho mal otra vez!

Parecía feliz, como si la torpeza de Peter ofreciera una especial oportunidad a sus métodos de enseñanza. Sus ojos se encontraron con los de Otto, que sonrió comprensivamente.

El encuentro dejó a Peter de mal humor por todo el resto del día. Para pincharle, Otto pretendió que el doctor le había sido simpático.

—Es la clase de tipo que me gustaría que fuese mi amigo —dijo con una sonrisa maligna—. ¡Un auténtico deportista! ¡Deberías hacer deporte, Peter! ¡Entonces tendrías un cuerpo como el suyo!

Si Peter hubiese estado de otro humor, la observación le hubiera hecho sonreír. En aquel momento se puso furioso:

—¡Vete con tu doctor, si tanto te gusta!

Otto sonrió exasperantemente.

—No me lo ha pedido, todavía…

Ayer por la noche fue a bailar al Kurhaus y volvió tarde.

En el pueblo hay ya muchos veraneantes. La playa de los baños, junto al malecón, con su despliegue de gallardetes, empieza a tener el aspecto de un campamento medieval. Cada familia posee una de esas enormes sillas playeras de mimbre que parecen garitas y cada silla despliega un gallardete. Están las banderas de las ciudades alemanas —Hamburgo, Hannover, Dresde, Rostock y Berlín— y también los colores nacionales, los republicanos y los nazis. Cada silla se rodea de un parapeto de arena, sobre el cual los ocupantes dibujan inscripciones con piñas: *Waldesruh. Familie Walter. Stahlhelm. Heil Hitler!* La cruz gamada decora también muchos fuertes. La otra mañana vi a un niño de cinco años, desnudo, desfilando por la playa con una banderita nazi sobre el hombro mientras cantaba *Deutschland über alles*.

Allí nuestro doctor se encuentra en su elemento. Cada mañana viene a nuestro fuerte, igual que un misionero.

—Deberían venirse a la otra playa —nos dice—. Aquello es mucho más divertido. Les presentaría a unas cuantas chicas bonitas. ¡La gente joven de aquí son tipos magníficos! Yo soy doctor y puedo apreciarlo. El otro día estuve en el Hiddensee y no había más que judíos. ¡Da gusto volver aquí y ver verdaderos tipos nórdicos!

—Vamos a la otra playa —propuso en seguida Otto—. Esta es aburridísima. No hay nadie.

—Vete tú si quieres —replicó Peter furiosamente sarcástico—. Me temo que yo me sentiría un tanto fuera de lugar. Una de mis abuelas era medio española.

Pero el doctor no está dispuesto a abandonarnos. Nuestra oposición más o menos velada y nuestro desagrado parecen en realidad fascinarle. Y Otto nos pone siempre en sus manos.

Una de las veces, el doctor estaba hablándonos entusiásticamente de Hitler y Otto le dijo:

—No sirve de nada que le diga esas cosas a Christoph, Herr Doktor. ¡Es comunista!

Aquello hizo feliz al doctor. Sus inquisitivos ojos azules brillaron triunfalmente y posó una mano afectuosa en mi espalda.

—¡Pero si *no es posible* que sea comunista! *¡No es posible!*

—¿Por qué no es posible? —le pregunté fríamente, retirándome. Detesto que me toquen.

—Porque el comunismo no existe. Es una alucinación. Una enfermedad mental. Las gentes piensan que son comunistas. Pero en realidad no lo son.

—¿Qué es lo que son, entonces?

Pero no me hizo caso. Clavó en mí su sonrisa inquisitiva y triunfante.

—Hace cinco años yo pensaba como usted. Pero mi trabajo en la clínica me ha convencido de que el comunismo es una mera alucinación. Lo que la gente necesita es disciplina, autocontrol. Se lo digo como médico. Lo sé por experiencia.

Esta mañana estábamos los tres en mi cuarto, a punto de salir para la playa. La atmósfera estaba cargada, porque Otto y Peter seguían enzarzados en alguna oscura pelea iniciada en su cuarto, antes del desayuno. Yo hojeaba un libro sin fijarme mucho en ellos. De repente Peter abofeteó a Otto en ambas mejillas. Inmediatamente se echaron el uno encima del otro y empezaron a dar tumbos por el cuarto, derribando las sillas. Les miré, mientras procuraba apartarme y no estorbarles. Era divertido y a la vez desagradable, porque la ira les afeaba las caras, las hacía desconocidas. Finalmente Otto logró tumbar a Peter en el suelo y empezó a retorcerle el brazo.

—¿Tienes ya bastante? —le preguntaba a cada momento.

Se reía. La malignidad le deformaba y en aquel instante resultaba verdaderamente repulsivo. Yo sabía que se alegraba de tenerme allí: mi presencia aumentaba la humillación de Peter. Me reí, como si se tratara de una broma, y salí del cuarto. Anduve por los bosques hasta Baabe y me bañé en la playa del otro lado. No tenía ganas de volver a verles en varias horas.

Si Otto pretende humillar a Peter, Peter, a su modo, también pretende humillar a Otto, forzarle a una sumisión a la que este por instinto se rehúsa. Otto es naturalmente y saludablemente egoísta, como un animal. Si hay dos sillas en el cuarto se sentará sin vacilar en la más cómoda, porque nunca se le ocurre pensar en la comodidad del otro. El egoísmo de Peter es mucho menos honrado, más civilizado, más perverso. Si se le sabe llevar, hará cualquier sacrificio por disparatado e innecesario que sea. Pero si Otto, de entrada, se sienta en la silla mejor, Peter inmediatamente lo interpreta como un desafío que no está dispuesto a consentir. Supongo que para dos temperamentos como los suyos la situación no tiene salida. Peter no tiene más remedio que seguir forcejeando para conseguir la sumisión de Otto. Cuando deje de hacerlo será sencillamente porque Otto ha dejado de interesarle.

Lo que de verdaderamente destructivo hay en su relación es el aburrimiento inherente a ella. Resulta bastante lógico que Peter se aburra a menudo con Otto —apenas tienen un interés común—, pero Peter, por razones sentimentales, no lo admitirá jamás. Cuando Otto, que no tiene esos motivos para fingir, exclama: «¡Esto es tan aburrido!», Peter invariablemente da un respingo y su expresión es dolorosa. Y la verdad es que Otto se aburre mucho menos que Peter: la compañía de Peter le divierte y le gusta pasar con él la mayor parte del día. A veces, cuando Otto se pasa una hora hablando de bobadas, sin parar, me doy cuenta de que Peter daría algo para que se callara y se marchase. Pero admitirlo sería para Peter una derrota total, así que se limita a reír y a restregarse las manos, como si tácitamente apelase a mí para que le convenza de que, en efecto, Otto es inagotablemente encantador y divertido.

De regreso en el bosque, después del baño, vi al doctor, que me había visto y se dirigía hacia mí, rubio, diminuto e inquisitivo. Era demasiado tarde para escapar. Le di los buenos días con la mayor cortesía y

frialdad posibles. Iba vestido con pantalones de deporte y un jersey y me explicó que venía de darse un *Waldlauf*.[2]

—Pero creo que voy a volverme —añadió—. ¿No quiere usted correr conmigo un poco?

—Lo siento pero no puedo —dije imprudentemente—. Ayer me torcí un tobillo.

Vi encenderse en sus ojos el brillo del triunfo y me hubiera mordido la lengua.

—Ah, ¿se ha torcido el tobillo? Déjeme que se lo mire, por favor —con un respingo de desagrado, tuve que someterme a la presión de sus dedos—. Pero si no es nada, se lo aseguro. No tiene por qué alarmarse.

Mientras caminábamos empezó a interrogarme acerca de Peter y Otto, ladeando la cabeza, agudo y diminuto, para mirarme en la cara a cada tentativa que hacía por sonsacarme. Le consumía la curiosidad.

—Mi trabajo en la clínica me ha enseñado que es por completo inútil tratar de ayudar a esa clase de chicos. Su amigo es muy generoso y sus intenciones son excelentes, pero comete un gran error. Esa clase de chico reincide siempre en sus inclinaciones. Desde el punto de vista científico le considero extraordinariamente interesante.

Como si fuese a hacer una declaración trascendental, el doctor de pronto se detuvo en mitad del sendero, hizo una pausa para exigirme atención, y me anunció sonriente:

—¡Tiene cabeza de criminal!

—¿Y usted cree que a las personas con cabeza de criminal hay que dejarlas que se conviertan en criminales?

—Por supuesto que no. Soy partidario de la disciplina. A esos chicos habría que enviarlos a un campo de trabajo.

—¿Y qué va a hacer usted con ellos cuando los tenga allí? Usted mismo dice que es imposible cambiarles, y supongo que no va a tenerlos encerrados para toda la vida.

El doctor rio de buena gana, como un hombre capaz de apreciar una broma, aunque sea a costa suya. Posó en mi brazo una mano acariciadora.

—¡Es usted un idealista! No crea que no entiendo su punto de vista. Pero es anticientífico, por completo anticientífico. Usted y su amigo no entienden a los muchachos como Otto. Yo sí. Cada semana vienen uno o dos a mi clínica, a que les opere de vegetaciones o de mastoiditis, o a que les extirpe las amígdalas. Ya lo ve usted, ¡les conozco a fondo!

—Yo más bien diría que les conoce usted la garganta y los oídos.

Quizá mi alemán no es lo bastante bueno y el sentido de mi respuesta no quedó del todo claro. En cualquier caso, el doctor la ignoró absolutamente.

—Conozco muy bien ese tipo de muchachos —repitió—. Un tipo malo y degenerado. Invariablemente tienen las amígdalas infectadas.

Peter y Otto están siempre enzarzados en alguna escaramuza, pero no puedo decir que me resulte desagradable vivir con ellos. Precisamente ahora estoy muy metido en mi nueva novela y salgo a menudo solo a dar largos paseos, para pensar en ella. La verdad es que, cada vez con mayor frecuencia, me sorprendo a mí mismo buscando excusas para dejarles, y eso es egoísta, porque cuando estoy con ellos muchas veces consigo evitar una pelea con un chiste, o cambiando el tema de la conversación. Me doy cuenta de que a Peter le molestan mis escapadas.

—Eres un asceta —me dijo con retintín el otro día—, siempre retirándote a tus meditaciones.

Una vez que estaba sentado en el café cerca del malecón, escuchando la música, pasaron Peter y Otto.

—¿De modo que es aquí donde te escondes? —exclamó Peter.

Comprendí que en aquel momento sentía por mí verdadera antipatía.

Un anochecer íbamos por la calle mayor, atestada de veraneantes, y Otto le dijo a Peter, con su sonrisa más belicosa:

—¿Se puede saber por qué tienes que mirar siempre adonde yo miro?

Aquello era de una perspicacia inesperada, porque cada vez que Otto volvía la cabeza para echar un vistazo a una chica inevitablemente los ojos de Peter le seguían la mirada, con instintivos celos. Llegamos al escaparate del fotógrafo, donde se exhiben cada día las últimas instantáneas hechas en la playa, y Otto se paró a mirar una con mucha atención, como si le pareciera especialmente atractiva. Vi crisparse los labios de Peter. Intentaba contenerse, pero su celosa curiosidad fue más fuerte: se detuvo él también. Era la foto de un viejo gordo y barbudo enarbolando una bandera de Berlín. Otto vio que Peter había caído en la trampa y rompió a reír maliciosamente.

Todos los días, después de la cena, Otto va a bailar al Kurhaus o al café del lago. Ya no se molesta en

pedir permiso a Peter: da por sentado que sus veladas le pertenecen. Peter y yo solemos salir también, y vamos al pueblo. Acodados al pretil del malecón, nos pasamos el rato sin hablar, mirando las luces del Kurhaus centellear como bisutería en el agua negra, cada cual absorto en sus pensamientos. Algunas veces vamos al café Baviera y Peter se emborracha metódicamente —sus duros labios de puritano se contraen en una mueca de asco cada vez que levanta el vaso—. Yo estoy callado. Hay demasiadas cosas que decir. Sé que Peter está esperando que yo haga alguna provocativa alusión a Otto para poderse dar el gusto y el desahogo de perder los estribos. Yo me guardo de hacerla y los dos bebemos, mientras hablamos intermitentemente de libros, de conciertos y de playas. Después, camino de casa, Peter va acelerando gradualmente el paso hasta que, al entrar, me deja y corre escaleras arriba a su cuarto. Muchas veces no volvemos hasta las doce y media o la una menos cuarto, pero casi nunca nos encontramos con que Otto ha regresado ya.

Abajo, junto a la estación del ferrocarril, hay una residencia de verano para niños de los suburbios de Hamburgo. Otto se ha hecho amigo de una de las maestras y van juntos a bailar casi todas las noches. Algunos días la chica, con su regimiento de chiquillos, desfila por delante de nuestra casa. Los niños miran hacia las ventanas y cuando se asoma Otto hacen bromas precoces y dan codazos a la maestra o le tiran de la mano, para que mire ella también.

La chica sonríe tímidamente y le echa un vistazo a Otto por debajo de las pestañas, mientras que Peter, plantado detrás de las cortinas, musita con los dientes apretados: «Zorra… zorra… zorra». La persecución le molesta más que la relación misma. Parece como si tuviéramos que encontrarnos con los niños cada vez que salimos de paseo por el bosque. Los niños van cantando canciones patrióticas acerca de la gran Alemania con agudas voces de pájaros. Les oímos acercarse desde lejos y tenemos que dar la vuelta a toda prisa. Peter dice, y es verdad, que es como la historia del Capitán Garfio y el cocodrilo.

Peter ha hecho una escena y Otto le ha dicho a la chica que no vuelva a traer a los niños cerca de casa. Pero han empezado a bañarse en la misma playa, no muy lejos de nuestro fuerte. El primer día Otto miraba todo el tiempo hacia aquel lado. Peter se dio cuenta, naturalmente, y se encerró en un silencio tétrico.

—¿Qué es lo que te pasa hoy, Peter? —dijo Otto—. ¿Por qué estás tan odioso conmigo?

—¿Odioso *contigo*? —Peter se rio sarcásticamente.

—Bueno, está bien —Otto se levantó de un salto—. Ya veo que no quieres nada conmigo.

Salvó de un brinco el parapeto de nuestro fuerte y empezó a correr por la playa, hacia la maestra y sus chiquillos. Corría con mucha gracia, moviendo deliberadamente el cuerpo del modo más favorecedor.

Anoche era baile de gala en el Kurhaus. Con insólita generosidad, Otto le había prometido a Peter no volver más tarde de la una menos cuarto, así que Peter se sentó con un libro a esperarle. Como yo no estaba cansado y quería terminar un capítulo, le propuse que viniera a esperar a mi habitación.

Yo trabajaba y Peter leía. El tiempo pasaba despacio. De pronto miré el reloj y vi que eran las dos y cuarto. Peter se había quedado adormilado en la silla. Dudaba si despertarle cuando oí a Otto subir la escalera. Por sus pasos me figuré que venía bebido. Vio su cuarto vacío y abrió de un golpe mi puerta. Peter se irguió en su silla, sobresaltado.

Otto se recostaba sonriente contra el marco de la puerta. Me hizo una cortesía de borracho.

—¿Has estado leyendo todo este tiempo? —le preguntó a Peter.

—Sí —dijo Peter muy calmosamente.

—¿Por qué? —Otto sonreía con fatua complacencia.

—Porque no podía dormirme.

—¿Y por qué no podías dormirte?

—Lo sabes perfectamente —rezongó Peter.

Otto bostezó ofensivamente.

—Ni lo sé ni me importa… Y no empieces a armar jaleos.

Peter se incorporó, gritó:

—¡Cerdo de mierda! —y le atizó con toda el alma una bofetada de revés.

Otto no intentó defenderse. Relucía en sus ojillos una expresión extraordinariamente vengativa.

—¡Bien! —Hablaba con la lengua gorda—. Mañana me vuelvo a Berlín.

Y dio media vuelta vacilante.

—Otto, ven aquí —dijo Peter. Vi que de un momento a otro iba a llorar de rabia. Salió al descansillo detrás de Otto—. Ven aquí —repitió en tono de mando.

—Déjame ya —contestó Otto—. Estoy harto de ti y quiero acostarme. Mañana me vuelvo a Berlín.

Sin embargo, esta mañana reinaba otra vez la paz —pero no sin condiciones—. El arrepentimiento de Otto se ha expresado en forma de acceso sentimental a propósito de su familia.

—Aquí estoy yo pasándolo bien sin acordarme de ellos… Y madre, la pobre, tiene que trabajar como una negra, cuando está tan mal del pecho… Vamos a mandarle algo de dinero, ¿no te parece, Peter? Mandémosle cincuenta marcos…

Su generosidad le ha hecho pensar en sus propias necesidades. Además del dinero para Frau Nowak, Peter ha accedido a encargar un traje nuevo para Otto, que costará ciento ochenta marcos, un par de zapatos, una bata y un sombrero.

En pago de esos desembolsos, Otto ha prometido romper con la maestra (que de todas maneras se marcha mañana, según hemos descubierto luego). Después de la cena ha venido a esperarle y ha empezado a pasearse delante de la casa.

—Ya se cansará —decía Otto—. No pienso bajar a verla.

Finalmente la chica —la impaciencia la hacía decidida— empezó a silbar. Eso ha suscitado en Otto un frenético regocijo. Ha abierto la ventana de par en par y se ha puesto a bailar, moviendo los brazos y haciendo muecas a la maestra, que se ha quedado parada de asombro ante la insólita exhibición.

—¡Fuera de aquí! —aullaba Otto—. ¡Márchate!

La chica ha dado media vuelta y la hemos visto irse despacio —una figura algo patética— entre la creciente oscuridad.

—Debías de haberle dicho adiós —ha dicho Peter, que podía permitirse el lujo de ser generoso después de haber visto derrotada a su enemiga.

Pero Otto no quería ni oírlo.

—¿Para qué quiero esas mierdas de chicas? Todas las noches vienen a darme la lata para que vaya a bailar con ellas… Y tú ya sabes cómo soy, Peter. Me dejo convencer en seguida… La verdad es que me he portado mal contigo, dejándote solo, ¿pero qué iba a hacer? La culpa la tienen ellas…

Nuestra vida aquí ha entrado en una nueva fase. A Otto le duraron poco sus buenos propósitos y Peter y yo nos pasamos solos la mayor parte del día. La maestra se ha marchado, y con ella el último aliciente que Otto podía encontrar en nuestro lado de la playa. Ahora se va todas las mañanas a los baños del malecón, a jugar a la pelota y a flirtear con sus parejas de por la noche. El pequeño doctor ha desaparecido, así que Peter y yo hemos quedado en libertad para bañarnos y tumbarnos al sol de manera menos atlética posible.

Después de cenar, los preparativos de Otto para el baile empiezan siempre según el mismo rito. Sentado en mi cuarto oigo los pasos de Peter cruzar ligeros el descansillo, como si le hubieran aliviado de algún peso —porque ha llegado el único momento del día en que Peter se siente con derecho a desinteresarse por completo de las actividades de Otto—. Llama a mi puerta y yo cierro el libro. Antes he bajado al pueblo a comprar media libra de pastillas de menta. Peter le dice adiós a Otto, con la última y vana esperanza de que, después de todo, quizá esta noche sea puntual.

—Entonces, hasta las doce y media…

—Hasta la una —regatea Otto.

—Bueno —se conforma Peter—. Hasta la una. Pero no vengas más tarde.

Abrimos la puerta del jardín y atravesamos el camino para entrar en el bosque. Otto nos dice adiós desde el balcón. Yo llevo escondidas las pastillas de menta debajo de la americana, no sea que las vea. Riendo como chicos traviesos y mascando pastillas tomamos el sendero que lleva a Baabe. Ahora pasamos todas las veladas en Baabe, que nos gusta más que nuestro pueblo. Con su calle sin pavimentar y sus casas de tejados bajos entre los pinos tiene un aire romántico y colonial. Es como una destartalada factoría perdida en la espesura, adonde la gente llega en busca de una mina de oro inexistente y donde se quedan varados para el resto de sus días.

En el pequeño restaurante pedimos fresas con nata y hablamos con el joven camarero. El camarero detesta Alemania y sueña con marcharse a América. *«Hier ist nichts los.»* Durante la temporada no tiene ni un momento libre y en invierno no gana un céntimo. Casi todos los chicos de Baabe son nazis. Dos de ellos vienen a veces al restaurante y discuten jovialmente de política con nosotros. También nos cuentan cómo hacen instrucción militar y ejercicios en orden abierto.

—Se están preparando ustedes para la guerra —dice Peter indignado. Aunque en realidad la política no le interesa en absoluto, en esas ocasiones acaba siempre acalorándose.

—Dispense usted —le contradice uno de los chicos—, pero se equivoca. El Führer no quiere la guerra. Estamos por la paz con honor. De todos modos… —añade pensativamente, y se le ilumina la cara— la guerra puede ser hermosa, sabe usted. ¡Piense en los antiguos griegos!

—Los antiguos griegos —replico yo— no empleaban gases asfixiantes.

Los chicos desdeñan esas sutilezas. Uno de ellos responde altaneramente:

—Eso es una cuestión puramente técnica.

A las diez y media, como la mayoría de los habitantes del pueblo, bajamos a la estación a ver llegar el último tren. Generalmente viene vacío. Luego le vemos alejarse retumbando entre la oscuridad del bosque, pitando roncamente. Y por fin es lo bastante tarde y podemos emprender la vuelta. Esta vez cogemos por el camino. Al otro lado de los prados se ve la entrada luminosa del café de junto al lago, adonde Otto va a bailar.

—Las luces del infierno brillan más esta noche —dice siempre Peter.

Los celos le dan insomnio. Ha empezado a tomar pastillas para dormir pero dice que casi nunca le hacen efecto. Lo único que consigue es sentirse adormilado a la mañana siguiente, después del desayuno. A menudo se tumba a dormir en la playa una hora o dos.

Esta mañana hizo un día frío y desabrido y el mar estaba gris. Peter y yo alquilamos un bote, remamos hasta dejar atrás el muelle y luego nos dejamos llevar por la corriente, que nos alejaba de tierra poco a poco. Peter encendió un cigarrillo y dijo bruscamente:

—Me gustaría saber hasta cuándo puede durar esto…

—Lo que tú quieras que dure, me figuro.

—Sí… No parece que nuestra relación pueda llegar más allá, ¿no crees? Supongo que no hay ninguna razón especial para que Otto y yo dejemos de comportarnos el uno con el otro exactamente igual que ahora…

Hizo una pausa y luego añadió:

—A no ser, claro, que yo deje de darle dinero.

—¿Qué crees que haría entonces?

Peter removía distraídamente el agua con los dedos.

—Me dejaría.

El bote seguía a la deriva y yo pregunté:

—¿Crees que no le gustas nada?

—Al principio, puede que sí… Ahora no. Lo único que hay entre nosotros es mi dinero.

—¿A ti te gusta aún?

—No… No lo sé. Es posible que sí… A veces le odio… si es que eso es señal de que me importa todavía.

—Puede ser.

Hubo una larga pausa. Peter se secaba los dedos con el pañuelo. Tenía la boca torcida.

—Bien —dijo al final—, ¿qué te parece que haga?

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Peter torció otra vez la boca.

—Supongo que dejarle, en realidad.

—Entonces, déjale.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor. Hazle un buen regalo y mándale a Berlín esta misma tarde.

Peter meneó la cabeza y sonrió tristemente.

—No puede ser.

Hubo otra pausa larga. Luego Peter dijo:

—Lo siento, Christopher… Tienes toda la razón, ya lo sé. Si yo estuviera en tu lugar diría lo mismo… Pero no puede ser. La cosa seguirá lo mismo… hasta que pase algo. No puede durar mucho, de todos modos… Sí, ya sé que soy un débil…

—No necesitas disculparte —le dije sonriendo, ligeramente irritado—. Yo no soy tu analista.

Empuñé los remos y bogué hacia la orilla. Cuando llegábamos al muelle, Peter dijo:

—Resulta tan absurdo pensarlo ahora. Cuando conocí a Otto pensé que viviríamos juntos toda la vida.

—¡Dios Santo!

La perspectiva de lo que sería una vida entera con Otto me vino a la imaginación. Una especie de infierno grotesco. Me reí a carcajadas. Peter se rio también, mientras hundía las manos engarabitadas entre las rodillas. Se le subió el color y se puso rojo y luego morado. Las venas se le marcaban. Al saltar fuera del bote todavía nos reíamos.

En el jardín nos esperaba el dueño.

—¡Qué lástima! —exclamó—. Los señores llegan demasiado tarde.

Y apuntó con el dedo hacia los prados, en dirección al lago. Vimos el humo subir por encima de la hilera de álamos, mientras el trenecillo abandonaba la estación.

—Su amigo tuvo que salir de repente para Berlín, para algo urgente. Esperaba que los señores llegasen a tiempo de despedirlo. ¡Qué lástima!

Corrimos escaleras arriba. El cuarto de Peter estaba revuelto todo, con los cajones y los armarios abiertos. Puesta en medio de la mesa había una carta escrita con la caligrafía rígida y forzada de Otto:

> Querido Peter: Perdóname por favor no podía aguantar más esto así que me vuelvo a casa.
> Te quiere
> Otto
> No te enfades.

(Me fijé en que Otto, para escribirla, había arrancado la solapa de uno de los libros de psicología de Peter: *Más allá del principio de placer*).

—¡Bueno…! —Los labios de Peter empezaron a crisparse. Le miré con aprensión, esperando el estallido de un momento a otro, pero parecía completamente tranquilo. Al cabo de un momento fue al armario y empezó a registrar los cajones—. No se ha llevado mucho —anunció al fin de su búsqueda—. Solo un par de corbatas, tres camisas (¡suerte que mis zapatos no le van!) y… vamos a ver… Unos doscientos marcos… —Peter empezó a reírse histéricamente—. ¡Pues se ha conformado con poco, en realidad!

—¿Crees que la idea de marcharse se le ocurrió de repente? —pregunté por decir algo.

—Es probable. Eso le pega mucho… Ahora que lo pienso, esta mañana le dije que íbamos a salir en barca. Y me preguntó que si tardaríamos mucho en volver.

—Ya veo…

Me senté en la cama de Peter y por primera vez pensé en Otto con cierto respeto.

La euforia histérica de Peter le sostuvo durante el resto de la mañana. A la hora del almuerzo estaba deprimido y no dijo una palabra.

—Tengo que hacer las maletas —me dijo al terminar.

—¿Te vas también?

—Claro.

—¿A Berlín?

Peter sonrió.

—No, Christopher. No te asustes. A Inglaterra nada más.

—Oh…

—Hay un tren que llega a Hamburgo a última hora de la noche. Lo más probable es que siga viaje… Creo que no pararé hasta haber salido de esta mierda de país…

No había más que decir. Le ayudé a hacer las maletas en silencio. Iba a guardar su espejillo de afeitarse cuando me preguntó:

—¿Te acuerdas cuando Otto lo rompió, haciendo una vertical?

—Sí, claro que me acuerdo.

Cuando hubimos terminado Peter se asomó al balcón.

—Esta noche vas a tener muchos silbidos ahí fuera —dijo. Sonreí.

—Tendré que bajar a consolarlas.

Peter se rio.

—¡Sí, seguro que lo harás!

Le acompañé a la estación. Por suerte, el maquinista tenía prisa. El tren solo paró dos minutos.

—¿Qué piensas hacer en Londres? —pregunté.

Los labios se le curvaron hacia abajo, en una especie de sonrisa al revés.

—Supongo que buscarme otro analista.

—¡Bájale un poco los precios esta vez!

—Sí.

El tren arrancó y Peter agitó la mano.

—Bueno, Christopher, adiós. ¡Y gracias por todo!

Se ha guardado muy bien de decirme que le escriba, o que le vaya a ver cuando vuelva yo a Inglaterra. Me figuro que quiere olvidar este sitio y todo lo que tiene que ver con él. La verdad es que me lo explico.

Esta noche, al volver las páginas de un libro que estoy leyendo, he encontrado metida entre ellas otra carta de Otto.

> Querido Christopher por favor no te enfades tú no eres un idiota como Peter. Cuando vuelvas a Berlín iré a verte porque sé donde vives. Lo vi en las señas de una carta tuya ya verás que pasamos un buen rato charlando.
>
> Tu amigo que te quiere
>
> Otto.

Pienso que no va a ser tan fácil quitárselo de encima.

Me marcho a Berlín dentro de dos o tres días. Pensaba quedarme aquí hasta fines de agosto y probar a terminar mi novela, pero de pronto me he encontrado demasiado solo. Echo de menos a Peter y a Otto y sus peleas, mucho más de lo que hubiera imaginado. Hasta las chicas de Otto han dejado de esperar tristemente al anochecer, bajo mi ventana.

Los Nowak

A la Wassertorstrasse se entraba por un gran arco de piedra, resto del antiguo Berlín, pintarrajeado de hoces y martillos y cruces gamadas y empastado con desgarrados carteles anunciadores de subastas o de crímenes. Era una calle empedrada, destartalada y honda en la que se revolcaba un ejército de chiquillos llorones. Muchachos con jerseys de lana circulaban en bicicleta, haciendo eses y jaleando a las chicas que pasaban con sus cántaras de leche. El pavimento estaba marcado con tiza para jugar al aeroplano. Al final de la calle, como una herramienta oxidada, larga y peligrosamente aguda, se levantaba una iglesia.

Me abrió la puerta Frau Nowak. Tenía ojeras y mucha peor cara que la última vez que la vi. Llevaba el mismo sombrero y el mismo abrigo negro y traspillado. Al principio no me reconoció.

—Buenas tardes, Frau Nowak.

La expresión de inquiridora sospecha dio paso poco a poco a una tímida y casi infantil sonrisa de bienvenida.

—Pero si es Herr Christoph. ¡Pase, Herr Christoph! Pase y siéntese.

—Me temo que iba usted a salir, ¿no?

—No, no, Herr Christoph. Acabo de llegar, ahora mismo —se restregó apresuradamente la mano en el abrigo antes de dármela—. Hoy era mi día de faena y no termino hasta las dos y media, así que comemos muy tarde.

Se apartó para dejarme pasar. Al empujar la puerta di con ella en el mango de la sartén, que estaba justamente detrás, sobre el hornillo. La cocina era diminuta y apenas cabíamos los dos. El piso apestaba a patatas fritas con margarina.

—Pase y siéntese, Herr Christoph —repitió aturullándose para hacerme los honores—. Y usted dispense la poca limpieza. Salgo tan temprano y mi Grete es un pedazo de zángana, y eso que ya cumplió los doce. No hay forma de que haga nada si una no está encima todo el tiempo.

El techo inclinado del cuarto de estar estaba manchado de humedad. Había una mesa grande, seis sillas, un aparador y dos camas de matrimonio. La habitación estaba tan atestada de muebles que uno tenía que andar de costadillo.

—¡Grete! —chilló Frau Nowak—. ¿Dónde estás? ¡Ven inmediatamente!

—Ha salido.

Era la voz de Otto desde el otro cuarto.

—Otto. ¡Ven a ver quién está aquí!

—Déjame en paz. Estoy arreglando el gramófono. —Arreglando, ¿eh? ¡Para lo que sirves! ¡Bonita manera de contestar a tu madre! Sal de ahí, ¿me oyes?

Se había puesto furiosa instantáneamente, automáticamente, con una asombrosa violencia. Su cara era toda nariz: esquelética, rabiosa y congestionada. Le temblaba el cuerpo.

—Si no importa, Frau Nowak —dije yo—. Déjele que salga cuando quiera. La sorpresa será mayor.

—Bonito hijo tengo. ¡Hablarme así!

Se había quitado el sombrero y estaba sacando envoltorios grasientos de una bolsa de malla.

—Ya me gustaría saber dónde ha ido esa cría —murmuró—, siempre en la calle. Se lo he dicho cien veces. Los hijos no tienen consideración.

—¿Cómo está del pulmón, Frau Nowak?

—A veces me parece que peor que nunca —suspiró—. Me da una punzada aquí. Y cuando acabo de trabajar estoy demasiado cansada para comer. Vengo de tan mal humor… Y el doctor tampoco está contento; dice que este invierno me mandará al sanatorio. Ya estuve allí, sabe. Pero hay siempre tantos en turno para entrar… Y el piso es tan húmedo en este tiempo del año. ¿Ve usted esas señales en el techo? Hay

veces que tenemos que poner un barreño debajo para recoger el agua. Claro que en realidad no tienen derecho a alquilar estas buhardillas para viviendas. El inspector lo prohíbe cada vez que viene. Pero qué le vamos a hacer. En algún sitio hay que vivir. Hace un año que solicitamos un piso y dicen que nos lo darán. Pero hay tantos todavía peor que nosotros, digo yo… Mi marido leía el otro día en la prensa de los ingleses y su libra. Dicen que sigue bajando, aunque yo no entiendo de eso. Espero que no haya perdido usted dinero, Herr Christoph.

—En realidad, Frau Nowak, es una de las razones por las que he venido a verles hoy. Quiero mudarme a un cuarto más barato y quería saber si usted sabe de algo por aquí.

—¡Sí que lo siento, Herr Christoph!

Lo sentía verdaderamente.

—Pero si no puede vivir en este barrio… un caballero como usted. No. Estoy segura que no le convendría.

—Quizá no sea tan especial como usted se cree. Lo único que quiero es un cuarto, limpio y tranquilo por veinte marcos al mes. No me importa que sea pequeño: estoy fuera casi todo el día.

Cabeceó perpleja.

—Bueno, Herr Christoph, miraré si sé de alguien…

—¿Todavía no está la comida, madre? —Otto en mangas de camisa apareció en la puerta del otro cuarto —. ¡Estoy muerto de hambre!

—Cómo quieres que esté si tengo que pasarme la mañana entera matándome por ti, so zángano —chilló Frau Nowak a todo pulmón. Y mudando inmediatamente a su voz convencional, añadió—: ¿No ves quién está aquí?

—¡Pero… si es Christoph! —Como siempre, Otto estaba ya en escena. Su cara se iluminó gradualmente con una expresión de ideal felicidad. Todo hoyuelos y sonrisa vino hacia mí de un brinco, me pasó un brazo por la espalda mientras me estrujaba la mano—. Christoph, viejo, ¿dónde has estado escondido todo este tiempo? —Su voz se hizo lánguida y quejosa—. Con lo que te hemos echado de menos. ¿Por qué no venías nunca a vernos?

—Herr Christoph es un caballero muy ocupado —intervino Frau Nowak severamente—, y no tiene tiempo para perderlo con un inútil como tú.

Otto sonrió y me hizo un guiño; luego se volvió hacia Frau Nowak en tono de reproche:

—¿Pero en qué estás pensando, madre? ¿Vas a tener a Christoph ahí sentado sin ofrecerle siquiera una taza de café? ¡Debe de estar sediento después de haber subido todas esas escaleras!

—Lo que quieres decir es que tú estás sediento, ¿verdad? No, gracias, Frau Nowak, no quiero tomar nada, de veras. Y no quiero estar aquí más tiempo sin dejarla guisar. Oye, Otto, ¿por qué no te vienes conmigo y me ayudas a buscar una habitación? Estaba diciéndole a tu madre que me vengo a vivir a este barrio. Ya tomaremos el café por ahí.

—¡Qué dices, Christoph, que vas a vivir aquí, en Hallesches Tor! —Otto empezó a bailar de alegría—. ¡Madre, qué estupendo! ¡Estoy tan contento!

—Ya te estás yendo a dar esa vuelta con Herr Christoph —dijo Frau Nowak—. La comida no estará hasta dentro de una hora. Y aquí no haces más que estorbar. Usted no, desde luego, Herr Christoph. Volverá después a comer con nosotros, ¿verdad?

—Es usted muy amable, Frau Nowak, pero hoy no puedo. Tengo que volver a casa.

—Madre, dame un pedazo de pan antes de salir —gimoteó Otto—. Tengo el estómago tan vacío que la cabeza me da vueltas.

—Bueno —dijo Frau Nowak; cortó una rebanada de pan y casi se la arrojó, en su impaciencia—, pero no te quejes luego si no hay nada en casa por la noche, cuando quieras hacerte un bocadillo… Adiós, Herr Christoph. Ha sido usted muy amable en venir a vernos. Si se decide a vivir aquí espero que vendrá a menudo…, aunque ya sé que no encontrará nada de su gusto. Usted no está acostumbrado a esto.

Otto iba a seguirme cuando le llamó. Les oí discutir; luego se cerró la puerta. Bajé despacio los cinco pisos y salí al patio, que estaba oscuro y húmedo aunque el sol destellaba en un jirón de nube, justamente encima. Cubos rotos, ruedas de coches de niño y tubulares de bicicleta yacían esparcidos en el suelo como objetos caídos en un pozo.

Al cabo de uno o dos minutos Otto bajó estrepitosamente las escaleras y se reunió conmigo.

—Madre no quería decírtelo —empezó, jadeante—. Tenía miedo de que te molestases… Le dije que estaba seguro que preferirías mucho más estar con nosotros, que podrás hacer lo que te dé la gana y sabes que todo está limpio, mucho mejor que en cualquier casa por ahí llena de chinches… Por favor, di que sí, Christoph. ¡Ya verás qué divertido! Tú y yo dormiremos en el cuarto de atrás. Puedes usar la cama de

Lothar: a él no le importa. Dormirá con Grete en la cama grande… Y por las mañanas yo te traeré el desayuno… ¿Verdad que vendrás?

Dije que sí.

Mi primera velada como huésped de los Nowak fue ceremoniosa. Llegué a las cinco recién dadas con mis dos maletas y me encontré con que Frau Nowak ya estaba preparando la cena. Otto me susurró que íbamos a tener picadillo, un plato especial.

—Temo que nuestra comida no le gustará mucho —dijo Frau Nowak—. Usted está acostumbrado a otras cosas. Pero se hará lo que se pueda.

Sonreía continuamente y no se tenía quieta de excitación. También yo sonreía y sonreía, con la azarante sensación de estar estorbando. Finalmente me abrí camino entre los muebles del cuarto de estar y me senté en mi cama. No había espacio para deshacer las maletas, ni tampoco ropero en que colgar mi ropa. En la mesa del cuarto de estar, Grete se entretenía con sus cromos de anuncio de cigarrillos y sus calcomanías. Era una niña de doce años, grande para su edad y empalagosamente linda, con los hombros caídos y demasiado gorda, demasiado consciente de mí en aquel momento. Continuamente cambiaba de postura, sonreía y llamaba, con un afectado sonsonete de muchacha mayor:

—Mami. ¡Ven a ver qué flores tan bonitas!

—Déjame en paz con tus flores bonitas —acabó por chillar Frau Nowak exasperada—. Aquí me tiene, con una hija como un elefante y teniéndomelo que hacer yo todo, hasta preparar la cena.

—Tienes razón, madre —intervino alegremente Otto. Y se volvió hacia Grete en tono de virtuosa indignación—. ¿Se puede saber por qué no la ayudas? Bastante gorda estás ya para pasarte el día sentada. ¡Levántate, me oyes! Y deja esos asquerosos cromos o te los quemaré.

Se los arrebató y le dio un revés con la otra mano. No le hizo daño, pero inmediatamente lanzó un gemido teatral y agudo.

—¡Me has hecho *daño*, Otto! —Se cubrió la cara con las manos y me atisbaba por entre los dedos.

—¡Quieres dejar tranquila a la chica! —chilló Frau Nowak desde la cocina—. ¡Bueno estás tú para hablar de zánganos! Y tú, Grete, cállate ya o le digo a Otto que te dé una buena, para que tengas de qué llorar. ¡Es que la volvéis a una loca entre los dos!

—¡Madre! —Otto corrió a la cocina, la cogió por la cintura y empezó a besuquearla—. ¡Pobre mamaíta, pobrecita Mutti, pobrecina Müttchen! —zureó con dulzona solicitud—. Tienes que trabajar tanto y Otto se porta horriblemente mal contigo. Pero lo hace sin querer, sabes; es que es tonto… ¿Quieres que te vaya a buscar el carbón mañana, mamá? ¿Te gustaría que fuese?

—¡Quita de ahí, embustero! —voceó Frau Nowak, forcejeando y riéndose—. ¡Pues no conozco yo tu jarabe de pico! ¡Pues sí que quieres mucho a tu pobre vieja! Déjame trabajar tranquila.

»Otto no es mal chico —me confesó luego, cuando por fin la dejó en paz—, pero es tan atolondrado. Todo lo contrario de mi Lothar (¡ese sí que es un hijo modelo!). Ningún trabajo le parece mal y en cuanto ahorra unos cuantos *groschen* viene y me dice: «Aquí tienes, madre, cómprate unos zapatos de abrigo para este invierno».

Frau Nowak me alargaba la mano con el gesto de quien ofrece dinero. Lo mismo que Otto, no podía contar una historia sin representarla.

—¡Que si Lothar es esto, que si Lothar es lo otro! —Otto interrumpió molesto—. Siempre Lothar. ¡Me gustaría saber quién de los dos te dio el billete de veinte marcos el otro día! Lothar es incapaz de ganar veinte marcos ni aunque trabaje treinta domingos seguidos. Pues no esperes que te vuelva a dar nada; aunque me lo pidieses de rodillas.

—So granuja —en un instante estuvo otra vez en pie de guerra—. ¡Pero es que no te da vergüenza decirlo delante de Herr Christoph! Si supiese de dónde salió ese dinero (y mucho más) no se quedaba aquí contigo ni un minuto más. ¡Y con razón! ¡Y vaya descaro, decir que me *diste* ese dinero! Si no llega a ser por tu padre, que vio el sobre…

—¡Eso, eso! —gritó Otto haciendo muecas y empezando a bailar excitado—. ¡Eso es justamente lo que quería! ¡Confiésale a Christoph que lo robaste! ¡Eres una ladrona! ¡Ladrona!

—Otto, ¡cómo te atreves! —Con furiosa celeridad, la mano de Frau Nowak blandía ya la tapa de una olla. Di un salto atrás, para ponerme fuera de tiro, basculé sobre una silla y me quedé sentado. Grete prorrumpió en un afectado grito de alegría y de alarma. Se abrió la puerta y apareció Herr Nowak, de vuelta del trabajo.

Era un hombrecillo achaparrado y adusto, con bigotes puntiagudos, pelo al rape y pobladas cejas.

Contempló la escena con un gruñido que era casi un regüeldo. No pareció comprender lo que ocurría o quizá, sencillamente, no le importaba. Frau Nowak no hizo nada por ilustrarle. Colgó modosamente de un clavo la tapa de la olla. Grete dio un salto y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Papi! ¡Papi!

Herr Nowak sonrió y mostró dos o tres dientes mellados, sucios de nicotina. Se inclinó y la cogió en brazos, diestra y cuidadosamente, con una cierta curiosidad admirativa, como si se tratara de un valioso jarrón de gran tamaño. Trabajaba en una empresa de mudanzas. Luego me alargó la mano (calmoso, condescendiente, sin indebidas prisas de agradar).

—¡Servus, Herr!

—Papi, ¿no estás contento de que Herr Christoph venga a vivir con nosotros? —canturreó Grete con su retintín empalagoso, encaramada en el hombro de su padre. Herr Nowak pareció cobrar nuevas energías, me dio de nuevo la mano, mucho más cordialmente, mientras me daba palmadas en el hombro.

—¿Contento? ¡Sí, claro que sí! —Meneó la cabeza para expresar su vigorosa aprobación—. ¿*Englisch man? Anglais*, ¿eh? Ja, ja. ¿Se dice así? Hablo francés, sabe usted, aunque ya lo he olvidado casi todo. Lo aprendí en la guerra. Estuve de *Feldwebel*, en el frente del oeste. Hablaba mucho con los prisioneros. Buena gente. Como nosotros, mismamente…

—¡Ya estás otra vez borracho, padre! —exclamó con disgusto Frau Nowak—. ¡Qué va a pensar de ti Herr Christoph!

—A Christoph no le importa. ¿Verdad que no, Christoph? —Herr Nowak me dio una palmadita en el hombro.

—¡De modo que Christoph! ¿Te parece bien? ¡Herr Christoph! ¿Es que no sabes distinguir a un caballero?

—Yo prefiero que me llamen ustedes Christoph —dije.

—¡Claro que sí! ¡Christoph tiene razón! Todos estamos hechos de lo mismo… *Argent*, dinero, ¡lo mismo! ¡Ja, ja!

Otto me cogió del otro brazo.

—¡Christoph ya es casi de la familia!

Nos sentamos ante una copiosa cena de picadillo, pan negro, malta y patatas hervidas. En la euforia de verse con tanto dinero para la compra, Frau Nowak (a quien yo había pagado por anticipado la pensión de la semana) había hecho patatas para una docena de personas. A cada instante metía la cuchara en la olla y las depositaba en mi plato, hasta que me sentí desfallecer.

—Tome unas pocas más, Herr Christoph. No come usted nada.

—En mi vida había comido tanto, Frau Nowak.

—Lo que pasa es que a Christoph no le gusta nuestra comida —dijo Herr Nowak—. No importa. Ya verás como te acostumbras, Christoph. Otto era lo mismo cuando volvió de esa playa; se había vuelto muy finústico con su inglés…

—¡Calla la boca, padre! —le advirtió Frau Nowak—. ¿Es que no puedes dejar al chico quieto? Bastante edad ya tiene para saber lo que está bien y lo que no, ¡tanto peor para él!

Estábamos comiendo cuando entró Lothar. Tiró la gorra sobre la cama, me dio la mano cortésmente pero sin hablar, con una ligera inclinación, y se sentó a la mesa. Mi presencia no pareció sorprenderle ni interesarle en absoluto: apenas cruzó una mirada conmigo. Me habían dicho que tenía veinte años, pero igual podía haber tenido bastantes más: era ya un hombre hecho y derecho, y Otto resultaba casi infantil a su lado. Tenía una cara enjuta y huesuda de campesino, como amargada por una memoria ancestral de tierras infértiles.

—Lothar va a una academia nocturna —me dijo Frau Nowak con orgullo—. Tenía un empleo en un garaje, sabe usted, y ahora quiere estudiar para mecánico. Hoy en día no admiten a nadie en ningún sitio si no tiene algún diploma. Cuando tenga usted un rato, Herr Christoph, tiene que enseñarle a usted sus dibujos. El profesor dice que están muy bien hechos.

—Me gustaría verlos.

Lothar no contestó. Me fue simpático y me sentí estúpido. Pero Frau Nowak estaba decidida a lucirlo.

—¿Qué noches tienes tus clases, Lothar?

—Lunes y jueves —siguió comiendo, deliberadamente, obstinadamente, sin mirar a su madre. Quizá para demostrarme que no sentía por mí ninguna particular antipatía, añadió luego—: De ocho a diez y media.

En cuanto hubo terminado se levantó sin decir palabra, volvió a darme la mano con la misma ligera inclinación de cabeza, se puso la gorra y salió.

Frau Nowak le miró salir y suspiró.

—Supongo que va a reunirse con sus amigos nazis. A menudo pienso que ojalá no se hubiera metido con ellos. Le meten toda clase de locuras en la cabeza y luego está tan inquieto. Desde que se apuntó con ellos ha cambiado de modo de ser… No es que yo entienda de política. Lo que yo digo: ¿por qué no podemos tener otra vez al Kaiser? ¡Aquellos sí que eran buenos tiempos, digan lo que digan!

—Bah, al demonio con tu Kaiser —dijo Otto—. Lo que necesitamos es una revolución comunista.

—Una revolución comunista —rezongó Frau Nowak—. ¡Vaya idea! ¡Una pandilla de zánganos inútiles como tú que en su vida han hecho un trabajo honrado!

—Christoph es comunista —dijo Otto—. ¿A que sí, Christoph?

—Un verdadero comunista no, me temo.

Frau Nowak sonrió.

—¡Los disparates que llegas a decir! ¿Cómo puede Herr Christoph ser comunista? Herr Christoph es un caballero.

—Lo que yo digo —Herr Nowak dejó cuchillo y tenedor y se enjugó los bigotes meticulosamente con el dorso de la mano—. Que Dios a todos nos hizo iguales. Que usted vale tanto como yo y yo tanto como usted. Que un francés vale tanto como un inglés y un inglés tanto como un alemán. ¿Me entiende usted?

Asentí.

—Por ejemplo en la guerra —Herr Nowak empujó hacia atrás su silla—. Un día iba yo por un bosque. Solo, sabe usted. Andando solo por el bosque igual que podía haber ido por la calle… Y de pronto, delante de mí veo a un francés. Como si saliera de la tierra; no más lejos de mí de lo que está usted ahora —Herr Nowak se había incorporado mientras hablaba. Cogió de la mesa el cuchillo del pan y lo mantuvo fijo, en posición de defensa, como si fuera una bayoneta. Sus ojos centelleaban bajo las pobladas cejas, mirándome, mientras revivía la escena—: Y así estuvimos los dos, mirándonos el uno al otro, el francés más blanco que un muerto. Y de repente gritó: «¡No me mates!» Así —Herr Nowak juntó las manos en un apasionado gesto de súplica. El cuchillo del pan le estorbaba y volvió a dejarlo en la mesa—. «¡No me mates! Tengo cinco hijos» (hablaba en francés, claro: pero yo lo entendía. Yo hablaba perfectamente en francés entonces, aunque luego he olvidado algo). Bueno, yo le miro y él me mira. Y yo le digo: «*Ami*». (Eso quiere decir amigo). Y nos damos la mano —Herr Nowak cogió la mía entre las suyas en un apretón emocionado—. Y entonces empezamos a separarnos el uno del otro, andando de espaldas; no quería que me disparase por la espalda.

Aún centelleantes los ojos, Herr Nowak empezó a retirarse cautelosamente, paso a paso, hasta que chocó violentamente con el aparador. Una fotografía enmarcada cayó al suelo. El cristal se hizo añicos.

—¡Papi, papi! —gritó Grete encantada—. ¡Mira lo que has hecho!

—¡A ver si así aprendes a dejarte de pamemas, so payaso! —exclamó airada Frau Nowak.

Grete rompió en una risa impostada y estentórea hasta que Otto le dio un bofetón y entonces empezó a gemir plañideramente. Mientras tanto, Herr Nowak había apaciguado la furia de su esposa con un beso y un pellizco en la mejilla.

—¡Déjame en paz, pedazo de bruto! —protestaba entre risas, azarada y encantada de que yo estuviera delante—. ¡Déjame, apestas a cerveza!

En aquella época tenía muchas lecciones y me pasaba fuera la mayor parte del día. Mis alumnos vivían en los barrios residenciales de la parte oeste: señoras ricas y bien conservadas, de la edad de Frau Nowak pero que parecían diez años más jóvenes, a quienes gustaba matar la tarde con un poco de conversación inglesa mientras sus maridos estaban en la oficina. Reclinado en cojines de seda, frente a una gran chimenea, hablaba con ellas de *Contrapunto* y de *El amante de lady Chatterley*. Un criado traía el té con tostadas y mantequilla. A veces, cuando se cansaban de literatura, las entretenía con historias de la familia Nowak. Tenía buen cuidado, sin embargo, en callar que yo vivía con ellos: confesar que era pobre de verdad hubiese perjudicado el negocio. Las señoras me pagaban a tres marcos la hora, no sin vacilación y después de haberse esforzado por hacerme rebajar el precio a dos marcos cincuenta. Deliberada o inconscientemente, la mayoría de ellas intentaban también robarme un poco de tiempo después de la hora. Tenía siempre que andar mirando el reloj.

Como a la mayoría de la gente no le gusta tener clases por la mañana yo solía levantarme mucho más tarde que los Nowak. Aún dormía cuando Frau Nowak salía a hacer faenas y Herr Nowak marchaba a su trabajo en una agencia de mudanzas. Lothar, que estaba sin empleo, ayudaba a un amigo suyo en un puesto de periódicos. Grete iba a la escuela. Así que Otto era el único que me hacía compañía, menos en las

mañanas en que su madre, después de una inacabable discusión, conseguía arrastrarle a la Oficina de Trabajo a que le sellaran la cartilla.

Era él quien preparaba el café y el pan con margarina de nuestro desayuno. Luego se quitaba el pijama y hacía gimnasia. Le encantaba exhibir sus músculos para admiración mía. Acababa por espatarrarse en mi cama y contarme historias.

—Christoph, ¿te he contado ya lo de la mano?

—No. Creo que no.

—¿No? Verás… Cuando era pequeño, una noche estaba en la cama a oscuras. Y de pronto me desperté y vi una mano negra muy grande justo encima de mí. Tuve tanto miedo que no pude ni gritar. Me quedé allí quieto sin dejar de mirarla, hecho un ovillo, hasta que desapareció y empecé a chillar y madre vino corriendo. Cuando le dije que había visto una mano no se lo creyó y se echó a reír.

La cara inocente de Otto, con sus dos hoyuelos igual que los de un bollo suizo, se puso seria. Absorto en su propia historia, me miraba fijamente con sus ojos brillantes y diminutos.

—Y otra vez, Christoph, cuando trabajaba de aprendiz de tapicero, estaba sentado en mi taburete a media mañana. Y de repente todo se pone oscuro y levanto la cabeza y allí estaba la mano, lo mismo que tú estás ahora. Te juro que me quedé frío y no podía ni respirar. Me puse tan blanco que hasta el patrón se dio cuenta y me preguntó que qué me pasaba y si no me encontraba bien. Y mientras él me decía eso la mano fue desapareciendo, poco a poco, haciéndose cada vez más pequeña, hasta que se convirtió en un puntito negro. Entonces miré alrededor y todo estaba iluminado igual que antes y en el sitio del punto había una mosca negra corriendo por el techo. Me puse tan malo aquel día que el jefe tuvo que mandarme a casa.

Había palidecido mientras hablaba. Por un instante, una expresión de auténtico miedo cruzó por sus facciones: con los ojillos relucientes de lágrimas, estaba dramático.

—Un día volveré a ver la mano y me moriré.

—Qué tontería —dije riéndome—. Te protegeremos entre todos.

Otto meneó la cabeza tristemente.

—Gracias, Christoph, pero no podréis hacer nada. La mano acabará atrapándome.

—¿Cuánto tiempo estuviste con el tapicero?

—Bah, muy poco. Unas semanas… El patrón me daba siempre los trabajos más pesados. Y yo era un chaval entonces… Un día llegué cinco minutos tarde y no sabes la que armó. Me dijo que era un *verfluchter Hund*. ¿Qué te crees? ¿Que me iba a aguantar? —Acercó su cara contraída como la de un mono rabioso, fijando en mí los ojillos irritados—: *Nee, nee! Bei mir nicht* —era una mirada intensa, de un odio simiesco y la expresión de su cara resultaba repelente. De pronto se calmó. A sus ojos, dejé de ser el tapicero. Se rio, echando hacia atrás la cabeza y enseñándome los dientes—. Hice que iba a pegarle y le entró pánico… —imitó el gesto asustado de un hombre mayor que intenta esquivar un puñetazo. Y volvió a reírse.

—¿Te echó a la calle?

Asintió. Su expresión cambió y otra vez se puso melancólico.

—¿Qué dijeron tus padres?

—Bah, siempre la han tomado conmigo, desde pequeño. Si había dos cachos de pan, madre le daba siempre el más grande a Lothar. Y en cuanto me quejaba ya me estaban diciendo: «Pues trabaja, que para eso eres mayorcito. Anda, anda, gánate el pan… ¿O es que piensas vivir toda la vida a costa nuestra?» —Los ojos de Otto se empañaron, en un éxtasis de compasión de sí mismo—. No me comprenden. Me odian. Querrían que me muriese.

—¡No digas tonterías, Otto! Y tu madre, ¡qué! ¿También te odia?

—Pobre madre —había cambiado de tono, olvidado ya de lo que acababa de decir—: Es terrible. No soporto verla todo el día trabajando de ese modo. ¿Sabes que está muy enferma? Por la noche se pasa horas y horas tosiendo. Y escupe sangre. No duermo pensando que se puede morir.

Asentí, sin poder evitar una sonrisa. No es que dudase de sus palabras, pero tal como le veía en aquel momento, con el cuerpo desnudo y moreno espatarrado en la cama, respiraba tal vitalidad, tanta fuerza animal, que oírle hablar de la muerte resultaba tan incongruente como escuchar una descripción de un entierro de labios de un payaso. Debió de darse cuenta porque sonrió también, sin sentirse herido en lo más mínimo por mi insensibilidad. Estiró las piernas y se incorporó sin esfuerzo con los brazos extendidos, hasta tocar con las manos las puntas de sus pies.

—¿Tú eres capaz de hacerlo?

De repente una idea le encantó.

—Oye, si te enseño algo, ¿me prometes que te callarás como un muerto?

—Te lo prometo.

Se levantó y hurgó debajo de su cama. Cerca de la ventana había un tablón del piso que estaba suelto: tiró de él y sacó de debajo una vieja caja de galletas. Estaba repleta de cartas y fotos que desparramó sobre la cama.

—Si las encuentra madre me las quema… Mira, ¿te gusta? Se llama Hilde. La conocí en el baile donde voy. Y esta es Marie. ¿A que tiene unos ojos preciosos? Si vieras la envidia que me tienen los otros chicos… Está loca por mí. En realidad, no es mi tipo… —Otto meneó la cabeza gravemente—. ¿Sabes? En cuanto me doy cuenta de que le gusto a una chica, deja de interesarme. Por eso quise acabar con ella. Pero un día vino aquí y me hizo una escena delante de mi madre. No tengo más remedio que ir a visitarla de vez en cuando, así me deja en paz… Y esta es Trude. De veras, Christoph, ¿a que no pensarías que tiene veintisiete años? Vaya un tipo, ¿eh? Tiene un apartamento en el Barrio Oeste y se ha divorciado dos veces. Voy a verla siempre que quiero. Esta foto se la hizo su hermano. Quería hacernos unas en la cama pero yo no quise, tenía miedo de que fuese para venderlas. Ya sabes que te pueden detener por una cosa así… —Otto sonrió satisfecho y me alargó un mazo de cartas—. Mira, léelas. Te harán reír. Esta es de un holandés. Tiene el coche más grande que he visto en mi vida. Estuve con él la primavera pasada y a veces me escribe. Padre se dio cuenta y ahora no hace más que palpar los sobres, por si tienen dinero… ¡el tío asqueroso! ¡Pero yo soy más listo! Les digo a mis amigos que me escriban a la panadería de la esquina. El hijo del dueño es amigo mío.

—¿Has vuelto a saber de Peter? —pregunté.

Otto me miró muy serio.

—¿Christoph?

—¿Sí?

—¿Querrías hacerme un favor?

—¿Cuál? —pregunté cautelosamente. Otto solía escoger los momentos más inesperados para pedir dinero.

—Por favor —dijo en tono de reproche—, por favor, no me vuelvas a hablar de Peter…

—Ah, de acuerdo —contesté bastante confuso—. Si te molesta…

—¿Sabes, Christoph? Peter me hizo mucho daño. Pensé que era mi amigo. Y luego me dejó, solo…

Abajo, en el patio deprimente, donde en los días pegajosos de otoño la niebla y el humo no acababan nunca de levantarse, los músicos callejeros solían venir a cantar. Había grupos de chicos con mandolinas, un viejo que tocaba el acordeón y un padre que cantaba acompañado de sus hijas pequeñas. La canción favorita era *Aus der Jugendzeit*. Había mañana en que la oía una docena de veces. El padre era hemipléjico y sus inarticulados aullidos sonaban como rebuznos. Pero las hijas se desgañitaban al unísono: «*Sie kommt, Sie kommt nicht mehr!*», como demonios a quienes regocijase el espectáculo de la frustración humana. De cuando en cuando, un *groschen* envuelto en un papel caía revoloteando desde alguna ventana de los últimos pisos. Chocaba contra el pavimento y rebotaba como una bala. Las chiquillas no fallaban uno.

La enfermera que venía a visitar a Frau Nowak meneaba la cabeza al ver el hacinamiento en que dormíamos, y se iba. El inspector de viviendas, un hombre joven y descolorido, con el cuello de la camisa desabrochado —por cuestión de principios, seguramente—, venía y tomaba prolijas notas y le decía a Frau Nowak que la buhardilla era insalubre y no reunía condiciones de habitabilidad. Lo decía con un cierto tono de reproche, como si nosotros tuviésemos parte de la culpa. Frau Nowak aborrecía esas visitas, que le parecían deliberadas tentativas de espionaje. Vivía aterrada por la idea de que la enfermera o el inspector llegasen en el preciso momento en que mayor era la porquería. Tanto se descomponía que acababa siempre por quitarle importancia a la gotera del techo. Así se marchaban antes.

Otro visitante asiduo era el sastre judío que vendía ropa a plazos. Bajito, servicial y persuasivo, se pasaba el día correteando de puerta en puerta, cobrando un marco aquí, cincuenta pfennigs allá, ganándose precariamente la vida, como una gallina que picotea y escarba en un corral barrido. Nunca apretaba demasiado a los clientes. Hacía dos años que Frau Nowak le había comprado un traje y un abrigo para Otto por doscientos marcos. El traje y el abrigo estaban ya inservibles pero la deuda coleaba aún. Poco antes de irme yo a vivir con ellos le había fiado a Frau Nowak setenta y cinco marcos de ropa para Grete.

Aunque todo el vecindario le debía dinero no tenía antipatías y disfrutaba de una envidiable respetabilidad. La gente le maldecía, pero sin excesivo encono.

—Puede que tenga razón Lothar —decía Frau Nowak alguna vez—. Cuando venga Hitler ya les ajustará las cuentas a esos judíos. Irán con más tiento.

Pero si se me ocurría decirle que cuando Hitler subiese al poder se llevaría por delante al sastre, lo

mismo que a los demás judíos, Frau Nowak cambiaba de tono:

—Ah, eso sí que no. Después de todo vende muy buena ropa. Además, los judíos siempre le dan a una tiempo para pagar. A ver cuántos cristianos encuentra usted que fíen como ellos. Pregunte, pregunte a la gente de por aquí. ¡Jamás se meterán con los judíos!

Otto se pasaba el día sin hacer nada, zanganeando por el piso o de charla con sus amigos a la puerta del patio. Al anochecer salía de su letargo. Casi siempre, cuando volvía de mi trabajo, le encontraba cambiando el jersey y los pantalones por su mejor traje —los hombros exageradamente anchos, chaleco cruzado, pantalones acampanados. Tenía un nutrido repertorio de corbatas y le llevaba media hora por lo menos elegir una y hacerse el nudo—. Después, petulante y satisfecho, sonreía al resquebrajado pedazo de espejo que colgaba en la cocina —la cara rosada y mofletuda, los hoyuelos en las mejillas— estorbando a Frau Nowak, sin hacer caso de sus protestas. Nada más cenar, cogía la puerta y se iba al baile.

Yo también salía casi todas las noches. No podía irme a dormir después de la cena, aunque estuviera agotado. En cambio, Grete y sus padres a las nueve ya estaban en la cama. Me iba a un cine o me sentaba bostezando a leer el periódico en un café. No tenía nada que hacer.

Al final de la calle había un local en un sótano. Se llamaba Casino Alexander. Me lo descubrió Otto una noche en que coincidimos a la hora de salir. Se bajaban cuatro escalones y luego había una puerta y una pesada cortina de cuero que servía de defensa contra las corrientes de aire. El salón era largo, bajo de techo y oscuro, alumbrado por unos farolillos chinos de color rojo y festoneado de polvorientas banderitas de papel. A lo largo de las paredes, se extendía una serie de mesas de mimbre y divanes sucios, parecidos a los de los vagones de tercera en Inglaterra. Al fondo había una galería de palcos enrejillados con falsas flores de cerezo que fingían trepar entre los alambres. El lugar entero olía a humedad y a cerveza.

Había estado allí un año antes, una de aquellas noches de sábado en que Fritz Wendel me llevaba de excursión por los tugurios de la ciudad. El Casino seguía exactamente igual, pero menos siniestro, menos pintoresco. Ya no era el símbolo de una tremenda realidad —por la sencilla razón de que yo no estaba borracho—. Pero el mismo propietario, un boxeador retirado, recostaba la misma enorme barriga sobre la barra del bar, el mismo camarero con aspecto de perro guardián corría por el salón con la chaqueta eternamente manchada. Dos chicas, quizás las mismas, bailaban juntas al prolongado lamento de los altavoces. Un grupo de muchachos con jerseys y chaquetas de cuero jugaban a las cartas, mientras los espectadores se inclinaban sobre ellos para ver los naipes. Un muchacho sentado cerca de la estufa leía absorto una novela policíaca. Llevaba la camisa abierta, y las mangas arremangadas hasta los sobacos mostraban unos brazos tatuados. Vestía pantalones cortos y calcetines, como si fuera a participar en una carrera. En el palco del fondo hablaban un hombre maduro y un chico joven. El joven tenía la cara redonda, aniñada, con los párpados hinchados, tal vez por falta de sueño. Le contaba algo al mayor, que llevaba la cabeza rapada y escuchaba de mala gana fumando un cigarro. El joven explicaba su historia con mucha atención, lentamente. De vez en cuando, para dar más énfasis a sus palabras, apoyaba una mano en la rodilla del hombre y le miraba a los ojos. Espiaba cada movimiento del otro con una extraña fijeza, como un doctor que examina a un paciente nervioso. Más tarde llegué a conocer muy bien al chico. Se llamaba Pieps. Era un gran viajero. Se fugó de su casa cuando tenía catorce años, huyendo de las palizas que le pegaba su padre, un leñador de los bosques de Turingia. Pieps marchó a pie a Hamburgo, donde se coló de polizón en un barco que zarpaba con rumbo a Amberes. De allí regresó a Alemania, a lo largo del Rhin. También había estado en Checoslovaquia y en Austria. Tenía un gran repertorio de anécdotas, canciones y chistes y era un ser lleno de vida, optimista y entusiasta. Compartía sus comidas con sus amigos sin preocuparse jamás de dónde comería al día siguiente. Era un ratero bastante hábil. Solía trabajar en un parque de atracciones en la Friedrichstrasse, no lejos del Passage, aunque últimamente le había dado a la policía por ir allí y se estaba poniendo peligroso. En el local había de todo: boxeo, tiro al blanco y máquinas tragaperras. La mayor parte de los chicos del Casino Alexander pasaban las tardes por sus alrededores, mientras sus mujeres trabajaban en la Friedrichstrasse y el Linden.

Pieps vivía con dos amigos, Gerhardt y Kurt, en un sótano a la orilla del canal, cerca de la estación del ferrocarril aéreo. El sótano era de una tía de Gerhardt, antigua prostituta de la Friedrichstrasse, cuyas piernas y brazos se hallaban totalmente cubiertos de tatuajes con serpientes, pájaros y flores. Gerhardt era alto y flaco, con una sonrisa vaga, de retrasado mental. No se dedicaba a descuidero, sino a ladrón de grandes almacenes. No le habían cogido nunca gracias probablemente al demencial descaro con que operaba. Sonreía estúpidamente mientras se metía lo que le daba la gana en los bolsillos, en las mismas narices de los dependientes. Al llegar a casa entregaba el botín a su tía, que le propinaba unas broncas

fenomenales por vago y le tenía siempre corto de dinero. Un día que estábamos solos sacó del bolsillo un cinturón de señora, vistoso por la cantidad de colores que tenía.

—Fíjate, Christoph, qué bonito es…

—¿De dónde lo has sacado?

—De Landauers —respondió Gerhardt—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te ríes?

—Nada… Los Landauer son amigos míos. Me hace gracia. Eso es todo.

Gerhardt palideció.

—¿No se lo dirás, verdad Christoph?

—No —prometí—. No se lo diré.

Kurt venía al Casino Alexander bastante menos que los otros. Yo le entendía mejor que a Gerhardt o a Pieps, porque era desgraciado y tenía conciencia de su desgracia. Había algo atormentado en su temperamento y que estallaba en arrebatos de repentina cólera contra la desesperanza de su vida. Lo que los alemanes llaman *Wut*. Solía sentarse en un rincón y beber de prisa, mientras tamborileaba con los puños en la mesa, seco y arrogante. De pronto, levantándose de un salto, exclamaba: *Ach, Scheiss!*, y salía a grandes zancadas. Cuando se encontraba en ese estado de ánimo buscaba siempre camorra. Lo hacía deliberadamente, enzarzándose con tres o cuatro a un tiempo. Acababan siempre por echarlo a la calle, inconsciente y cubierto de sangre. En aquellos momentos, incluso Gerhardt y Pieps se ponían contra él, como si se hubiera convertido de pronto en una especie de peligro público, y le sacudían tan fuerte como los otros. Después se lo llevaban entre los dos a rastras, colgado de sus hombros, sin el menor rencor, como si no hubiera ocurrido nada. Al día siguiente eran otra vez amigos.

Cuando volvía a casa, Herr Nowak y Frau Nowak llevaban ya dos o tres horas durmiendo. Otto solía volver todavía más tarde. Herr Nowak, que detestaba el género de vida de su hijo, no tenía sin embargo el menor inconveniente en levantarse a abrirle la puerta a cualquier hora de la noche. Por alguna razón que nunca llegué a comprender, nada era capaz de inducir a los Nowak a dejarnos una llave a cada uno. Les era totalmente imposible irse a dormir sin comprobar antes que la puerta estaba bien cerrada y el cerrojo echado.

En aquellos bloques no había más que un cuarto de aseo por cada cuatro apartamentos. El nuestro estaba en el piso de abajo. Muy a menudo me ocurría que antes de ir a dormir tenía que dar curso libre a la naturaleza. Tenía lugar entonces un segundo viaje en la oscuridad, a través del cuarto de estar hasta la cocina, esquivando la mesa, procurando no entrar en colisión con las sillas, evitando chocar con la cabecera de la cama de los Nowak o empujar la otra cama en que dormían Lothar y Grete. Pero por lentas y sigilosas que fueran mis pisadas, Frau Nowak parecía tener un sexto sentido que la hacía despertarse y verme y darme instrucciones en la oscuridad, avergonzándome con los detalles.

—No, Herr Christoph… ahí no, por favor. En el cubo de la izquierda, junto a la estufa.

Tendido en la cama, entre tinieblas, en mi pequeño rincón del inmenso hormiguero que eran aquellos enormes bloques, podía oír con toda precisión los ruidos exteriores. El hueco del patio servía de caja de resonancias… Alguien bajaba la escalera. Probablemente, nuestro vecino, Herr Müller. Era ferroviario y trabajaba en el turno de noche. Oía sus pasos hacerse más débiles, escalón tras escalón; luego cruzaban el patio, sonoros sobre la piedra húmeda. Aguzando el oído, me parecía oír el chasquido de la llave al girar en la cerradura. Un momento después, la inmensa mole del portalón se cerraba con un estampido hondo y hueco. Al poco tiempo, Frau Nowak rompía a toser en la habitación vecina. El lecho de Lothar crujía al revolverse en sueños, murmurando algo confuso y amenazador. Al otro lado del patio, en algún piso, un niño empezaba a llorar. Una ventana golpeaba en lo más hondo del abismo, sordamente, a intervalos regulares. Todo era extraño, misterioso, como dormir en la selva.

El domingo era en casa de los Nowak un día más largo que los otros. El tiempo era malo y no se podía salir. Había que quedarse en casa. Grete y Herr Nowak se pasaban el tiempo vigilando una trampa para gorriones que Herr Nowak había construido y colocado en la ventana. Estaban horas sentados, sin apartar la vista del artefacto, la cuerda que accionaba la trampa en manos de Grete. De vez en cuando, los dos se reían a hurtadillas y me miraban. Sentado a la mesa, yo me reconcentraba ante una cuartilla en la que había escrito: «Pero, Albert, ¿es que no te das cuenta?» Quería seguir con mi novela. Trataba de una familia que vivía en una casona aislada en el campo, rica e infeliz. Se pasaban la vida explicándose unos a otros las causas de su desgracia y algunas de las razones —al menos a mí me lo parecían— eran inteligentes. Pero mi

interés por aquella desdichada familia disminuía de día en día. La atmósfera en casa de los Nowak no era precisamente propicia a la inspiración. Otto, en el cuarto de atrás, con la puerta abierta, se divertía colocando cachivaches sobre el brazo de un viejo gramófono, al que ya le faltaba la bocina y el mando del volumen. Se quedaba fascinado con ellos hasta que las chucherías aquellas acababan por perder el equilibrio y se hacían añicos contra el suelo… Lothar limaba llaves y arreglaba cerraduras para los vecinos, con la cara pálida y adusta inclinada en obstinada concentración. Frau Nowak, sin dejar de guisar, iniciaba su habitual sermón a propósito del buen hijo y el mal hijo.

—Mira, Lothar siempre encuentra en qué ocuparse, hasta cuando no tiene trabajo. Tú, en cambio, no sirves más que para destrozarlo todo. No pareces hijo mío.

Otto la oía desdeñosamente, tumbado en la cama, escupiendo de vez en cuando alguna obscenidad o un eructo. Su voz podía llegar a ser intolerable: le hacía sentir a uno verdaderos deseos de asesinarle… y él lo sabía.

La regañina de Frau Nowak estalló en seguida en chillidos:

—Te juro que te echo de casa. ¿Qué haces por nosotros, puede saberse? Cuando hay algo que hacer estás demasiado cansado para echar una mano. En cambio, para pasarte las noches golfeando por ahí buenas fuerzas tienes, más que holgazán, vago, inútil…

Otto se puso en pie de un salto y empezó a bailar con salvajes gritos de triunfo. Frau Nowak le tiró una pastilla de jabón a la cabeza. Otto se agachó y el jabón fue a dar en el cristal de la ventana, haciéndolo añicos. Frau Nowak se dejó caer sobre una silla y rompió a llorar. Otto acudió y empezó a consolarla con ruidosos besos. Ni a Lothar ni a Herr Nowak parecía haberles preocupado la pelea. A Herr Nowak más bien le divertía: me hizo un guiño de complicidad. Todo se arregló tapando el cristal roto con un cartón. Y así quedó: una corriente de aire más entre las muchas que destemplaban el piso.

A la hora de la cena, todos estábamos contentos. Herr Nowak imitaba la forma de rezar de los católicos y los judíos. Se arrodilló y empezó a darse cabezadas contra el suelo, musitando imaginarias palabras en latín y en hebreo:

—*Kulivochka, Kulivochka, Kulivochka*. Amén.

Luego contó historias de ejecuciones, con horror y delicia de Frau Nowak y Grete:

—Guillermo I, el viejo Guillermo, nunca firmó una sentencia de muerte. ¿Y sabéis por qué? Porque una vez, poco después de subir al trono, hubo un famoso asesinato y durante mucho tiempo los jueces no se ponían de acuerdo sobre si el acusado era inocente o culpable. Al final le condenaron a muerte. Subió al cadalso y el verdugo cogió el hacha… así, la levantó… así, y la dejó caer: ¡Chas! (Claro que son gente muy experta. Ni tú ni yo podríamos cortar la cabeza a un hombre de un solo hachazo. Ni aunque nos dieran mil marcos). Y la cabeza cayó en la cesta: ¡Flop! —Herr Nowak puso los ojos en blanco, y sacó un palmo de lengua para imitar de la forma más vívida y desagradable posible una cabeza decapitada—. Y entonces, la cabeza habló y dijo: «¡Soy inocente!» (Claro que no eran más que los nervios, pero habló igual que estoy hablando yo ahora). «¡Soy inocente…!», y unos meses más tarde un hombre confesó en su lecho de muerte que él había sido el asesino. Después de aquello, Guillermo I no volvió a firmar una sentencia de muerte.

En la Wassertorstrasse una semana era exactamente igual a otra. Nuestra pequeña buhardilla, atestada y llena de goteras, olía a cocina y a desagües atascados. Si la estufa del cuarto de estar estaba encendida, casi no se podía respirar; si estaba apagada, nos helábamos. El tiempo se había puesto muy frío. Frau Nowak, cuando no trabajaba, tenía que hacer interminables caminatas del hospital a los dispensarios y de los dispensarios al hospital. Esperaba horas y horas sentada en un banco, en pasillos helados, o se rompía la cabeza tratando de cumplimentar prolijos formularios. Los médicos que la trataban no se ponían de acuerdo. Uno era partidario de enviarla a un sanatorio cuanto antes. Otro creía que era demasiado tarde para tomarse esa molestia… y así se lo dijo. Otro opinaba que no tenía nada grave: solo necesitaba unos cuantos días de reposo en los Alpes. Frau Nowak les escuchaba con el más profundo de los respetos. Nunca dejaba de recalcar, cuando me contaba esas visitas, que el médico de turno era el más sabio y más amable que se podía encontrar en toda Europa.

Volvía a casa tosiendo y tiritando como un azogue, agotada, con los zapatos empapados y medio histérica. Nada más entrar empezaba a gruñir a Grete o a Otto, automáticamente, como un polichinela.

—Fíjate en lo que te digo… ¡Acabarás en la cárcel! Ojalá te hubiera encerrado en un reformatorio cuando tenías catorce años. Allí sí que te hubieran enderezado… ¡Y pensar que en toda mi familia no ha habido nadie que no fuera decente y honrado!

—¡Tú decente! —se burlaba Otto—. ¡Si no eras más que una niña y ya salías con el primer par de pantalones que se te ponía a tiro!

—Te prohíbo que hables así. ¿Me oyes? ¡Te lo prohíbo! ¡Ojalá me hubiera muerto antes que haberte

parido, golfo, sinvergüenza!

Otto saltaba a su alrededor, esquivando los golpes, en una especie de euforia peleadora. En su agitación, hacía muecas horribles.

—¡Está loco! —gritaba Frau Nowak—. Mírele ahora, Herr Christoph. Dígame, ¿a que está delirando como si estuviera loco? Tendré que llevarle al hospital para que lo examinen.

Era una idea que seducía a la romántica imaginación de Otto. A menudo, cuando estábamos solos, me decía con lágrimas en los ojos:

—No estaré mucho tiempo aquí, Christoph. Estoy a punto de que me dé un ataque. Muy pronto vendrán a cogerme y me llevarán. Me pondrán una camisa de fuerza y me alimentarán por un tubo de goma. Y cuando vengas a visitarme, no podré reconocerte.

Frau Nowak y Otto no eran los únicos nerviosos de la casa. Lentamente, pero de una manera implacable, los Nowak iban acabando con mi resistencia. De día en día el olor de la fregadera me daba más asco, la voz de Otto me parecía más áspera y la de su madre más estridente. Los lloriqueos de Grete me hacían rechinar los dientes. Cada vez que Otto daba un portazo, me sobresaltaba irritado. Por las noches, no podía dormir si no estaba medio borracho… Por si fuera poco, empezó a preocuparme una especie de sarpullido misterioso y bastante desagradable que me estaba saliendo: tal vez se debía a la cocina de Frau Nowak o a algo peor.

Empecé a pasar casi todas mis veladas en el Casino Alexander. Me sentaba en un rincón, cerca de la estufa, escribía cartas, hablaba con Pieps o Gerhardt o me entretenía observando a los parroquianos. El local estaba casi siempre muy tranquilo. Nos sentábamos o merodeábamos por la barra, esperando siempre que ocurriera algo imprevisto. Se oía la puerta de la calle y doce pares de ojos se volvían hacia la entrada para ver al visitante emerger de detrás de la cortina de cuero. Generalmente, se trataba de un vendedor de dulces o de una chica del Ejército de Salvación con sus huchas y sus folletos de propaganda. Si el vendedor de dulces había tenido un buen día o estaba borracho, se jugaba a los dados con nosotros unos paquetes de galletas. En cuanto a la chica del Ejército de Salvación, se daba una vuelta por el local, haciendo el mayor ruido posible, no recibía un céntimo y se iba. La verdad es que se había convertido en parte de la rutina diaria; ni Gerhardt ni Pieps hacían ya chistes acerca de ella. Más tarde, entraba un tipo con aire subrepticio, le susurraba algo al camarero y ambos se retiraban a la habitación trasera. Era un cocainómano. Padecía de tics nerviosos y meneaba la cabeza todo el rato, como diciendo al universo mundo: No, no, no. Al cabo de un momento volvía a salir, se quitaba el sombrero con un gesto de vaga cortesía y desaparecía como por encanto.

De vez en cuando entraba la policía en busca de maleantes y muchachos huidos del reformatorio. Cuando iban a venir se sabía de antemano y la gente les acogía sin sorpresa. Siempre se podía salir en el último instante, según me explicó Pieps, por la ventana del lavabo, que daba al patio trasero de la casa.

—Pero tienes que ir con cuidado, Christoph —añadía—. Da un gran salto o caerás en el sótano por la tronera del carbón. A mí me pasó una vez. Y Hamburg Werner, que venía detrás de mí, se rio tanto que le pilló el toro.

Los sábados y el domingo por la noche se llenaba el Casino Alexander. Llegaban visitantes de la zona oeste, como si fueran embajadores de otro país. Venían también bastantes extranjeros: holandeses, sobre todo, e ingleses. Los ingleses hablaban a voces, en tono autoritario y excitado. Discutían de comunismo, de Van Gogh y de los mejores restaurantes de la ciudad. Algunos parecían ligeramente asustados; temían quizá morir a cuchilladas en aquella cueva de bandidos. Pieps y Gerhardt se les sentaban a la mesa, imitaban sus acentos y les gorreaban cigarrillos y bebidas. Un hombre con gafas negras de concha y aspecto recio preguntó:

—¿Estuvisteis en la fiesta estupenda que dio Bill a los cantantes negros?

Y un joven con monóculo murmuró:

—Toda la poesía del mundo está en esa expresión.

Yo sabía lo que sentía aquel hombre en ese momento. Podía simpatizar con él, incluso envidiarle. Pero era triste saber que dentro de dos semanas presumiría de sus experiencias ante un selecto grupo de amigos del club… comprensivos y sonrientes, en torno a una mesa abarrotada de histórica plata y legendario vino de Oporto. Me sentía irremisiblemente viejo.

Por fin los médicos se decidieron: Frau Nowak iría al sanatorio en seguida, antes de Navidad. Lo primero que hizo cuando lo supo fue comprarse un traje nuevo. Estaba feliz y nerviosa como si la hubieran invitado a una fiesta.

—Las enfermeras son muy especiales, sabe usted, Herr Christoph. Si no vamos limpias y arregladas nos

castigan (y tienen razón, claro). Estoy segura de que lo pasaré muy bien —Frau Nowak suspiró—. Si pudiese no pensar en la familia… No sé lo que van a hacer cuando yo me vaya, con lo desmañados que son…

De noche se pasaba las horas cosiendo camisetas de franela, sonriente, como una muchacha que espera un niño.

La tarde de mi marcha, Otto estaba muy deprimido:

—Ahora te vas tú, Christoph. No sé qué va a ser de mí. Puede que dentro de seis meses ya no esté vivo.

—Las cosas no te iban tan mal antes de que yo viniera a vivir con vosotros, ¿no crees?

—Sí… pero ahora madre se va también. Y no creo que padre me dé de comer.

—¡Qué tontería!

—Llévame contigo, Christoph. Déjame ser tu criado. Te podría ser muy útil, ya verás. Podría hacerte la comida y remendarte la ropa y podría abrirles la puerta a tus alumnos… —Los ojos de Otto empezaron a brillar, admirándose ya en su nuevo papel—. Llevaría una chaquetilla blanca… o quizá mejor azul con botones plateados…

—Me temo, Otto, que eres un lujo que no me puedo permitir en mi situación actual.

—Pero, Christoph, no cobraría sueldo, desde luego —Otto hizo una pausa y pensó que su ofrecimiento había sido demasiado generoso—. Es decir… —añadió prudentemente—, solo uno o dos marcos para ir a bailar de vez en cuando.

—Lo siento, Otto, no puede ser.

Nos interrumpió el regreso de Frau Nowak. Había vuelto a casa temprano para prepararme una comida de despedida. Traía la bolsa de la compra llena de comestibles. La pobre mujer se había agotado arrastrándola por la escalera. Cerró la puerta de la cocina tras sí con un suspiro y empezó a chillar inmediatamente.

—Vaya por Dios, hombre, ya has dejado apagarse la estufa. ¡Mira que te dejé encargado que le echaras una mirada de vez en cuando! ¿Dios mío, pero es que no se puede confiar en nadie en esta casa para que le echen a una una mano?

—Lo siento, madre —dijo Otto—, me olvidé.

—¡Claro que te olvidaste! ¿Es que te acuerdas alguna vez de lo que te digo? ¡Te *olvidaste*! —gritó Frau Nowak, con las facciones crispadas de ira, afiladas como un cuchillo—. Me enterrarán por tu culpa y esta es la manera de agradecérmelo. El día en que me muera ojalá que tu padre te eche a la calle. Veremos si te gusta. ¡Grandísimo vago, inútil! ¡Vete!, ¿me oyes? ¡Vete!

—Muy bien, de acuerdo. ¿La oyes, Christoph? —Otto se volvió hacia mí, enfurecido. En ese momento, el parecido entre ambos era sorprendente. Eran como dos criaturas poseídas por el demonio—. ¡Se va a arrepentir mientras viva!

Se volvió y entró como una tromba en su habitación, dando un portazo. Frau Nowak fue hacia la estufa y trató de reavivar las ascuas. Le temblaba el cuerpo y tosía violentamente. Traté de ayudarla pasándole trozos de carbón y madera que ella cogía sin dirigirme la palabra, sin mirarme siquiera. Pensé que no hacía más que estorbar, como siempre, me fui a la sala y me quedé estúpidamente parado junto a la ventana, deseando que me tragara la tierra. Todo aquello era excesivo. En el alféizar de la ventana había un trozo de lápiz. Lo cogí y dibujé un pequeño círculo en la madera, y pensé: yo también he dejado mi marca. De pronto, recordé que había hecho lo mismo, años atrás, antes de dejar el colegio en el norte de Gales. En la habitación de atrás hubo un silencio prolongado. Decidí arrostrar el mal humor de Otto y entrar. Aún tenía que hacer las maletas.

Abrí la puerta y vi a Otto sentado en su cama. Estaba mirando fijamente un corte en su muñeca izquierda. La sangre resbalaba por la palma abierta y caía al suelo en gruesos goterones. En la mano derecha, entre el pulgar y el índice, tenía una navaja de afeitar. Se la quité sin que se resistiera. La herida no era grave. Le vendé con su propio pañuelo. Por un momento temí que se desvaneciera. Se apoyó en mi hombro.

—¿Cómo demonios te las has arreglado para hacerte esto?

—Quería demostrarle… —dijo Otto. Estaba muy pálido. Lo único que había conseguido era llevarse un susto mortal—. No tenías que haberlo impedido, Christoph.

—Idiota —dije furioso. Me había asustado también—. Cualquier día te harás daño de verdad… sin querer.

Otto me obsequió con una mirada de reproche. Sus ojos se llenaron lentamente de lágrimas.

—¿Qué más da, Christoph? No sirvo para nada… ¿Qué será de mí cuando sea viejo?

—Encontrarás trabajo, seguramente.

—Trabajo…

La simple idea del trabajo le hizo romper a llorar. Sollozaba violentamente mientras se restregaba la nariz con el dorso de la mano.

Saqué un pañuelo del bolsillo.

—Ten. Toma esto.

—Gracias, Christoph… —se secó los ojos tristemente y se sonó. Algo en el pañuelo le llamó la atención. Empezó a examinarlo a la ligera, primero, luego, con gran interés—. Oye, Christoph —exclamó indignado —, ¡este pañuelo es mío!

Una tarde, pocos días después de Navidades, regresé a la Wassertorstrasse. Las luces estaban ya encendidas cuando pasé bajo el arco y entré en la larga y húmeda calle, manchada de nieve sucia. Pálidos reflejos amarillentos escapaban de las tiendas en los sótanos. Un lisiado vendía verduras y frutas en un carretón bajo la luz de un farol de gas. Un grupo de muchachos, la cara sucia y el gesto insultante, miraban pelearse a dos chicos en un portal: una chica gritó sobresaltada cuando uno de ellos resbaló y cayó de espaldas. Mientras cruzaba el patio embarrado, al respirar la pegajosa y familiar podredumbre de las casas, pensé: ¿Cómo es posible que haya vivido aquí alguna vez? Mi cómodo apartamento con cuarto de estar en la zona oeste y mi nuevo trabajo me hicieron de pronto sentirme un extraño en aquel suburbio.

Las luces de la escalera de los Nowak no funcionaban: estaba oscura como boca de lobo. Subí los peldaños a tientas sin mucha dificultad, después de tantas veces, y aporreé la puerta. Hice todo el ruido que pude: a juzgar por las voces, los cantos y los gritos que salían de dentro, estaban celebrando una fiesta por todo lo alto.

—¿Quién es? —vociferó Herr Nowak.

—Christoph.

—¡Ajá! ¡Christoph! ¡Inglés! *¡Englisch Man!* ¡Entra! ¡Entra!

La puerta se abrió de golpe, dejando ver a Herr Nowak, vacilante y a punto de perder el equilibrio, con los brazos abiertos. Detrás de él, Grete, temblando como un flan, lloraba de risa. No había nadie más a la vista.

—Mi querido Christoph —gritó Herr Nowak, palmoteándome la espalda—. Acababa de decirle a Grete: «Sé que vendrá, Christoph no nos abandonará».

Con un ampuloso gesto de festiva bienvenida me empujó hacia el cuarto de estar. El piso estaba horriblemente sucio. Ropa de todas clases se amontonaba en una de las camas. Encima de la otra habían desparramado tazas, platos, zapatos, cuchillos y tenedores. En la mesilla de noche había una sartén llena de manteca reseca. Tres velas iluminaban la habitación desde sus respectivas botellas vacías.

—Nos han cortado la luz —explicó Herr Nowak con un negligente gesto del brazo—. No hemos pagado el recibo… Tendremos que pagarlo, naturalmente. Pero no importa… resulta más bonito así, ¿verdad? Grete, vamos a encender el árbol de Navidad.

El árbol de Navidad era la cosa más pequeña que he visto en mi vida. Tan delgado y endeble que solo podía soportar el peso de una vela en lo alto. Una simple cinta de estaño dorado le daba unas cuantas vueltas. Herr Nowak dejó caer varias cerillas encendidas antes de conseguir encender la vela. Si yo no les hubiera dado un manotazo, probablemente hubieran acabado incendiando el mantel.

—¿Dónde están Lothar y Otto? —pregunté.

—No lo sé. Por ahí… Ahora no les vemos mucho el pelo… Parece que la casa no les gusta… No importa. Estamos muy bien solos, ¿verdad, Grete? —Herr Nowak empezó a cantar y dio unos pasos de baile con la gracia de un elefante—. *O Tannenbaum. O Tannenbaum…* ¡Vamos, Christoph, todos juntos! *Wie treu sind Deine Blätter!*

Cuando acabó aquella pantomima saqué mis regalos: puros para Herr Nowak y chocolatinas y un ratón de cuerda para Grete. Herr Nowak sacó una botella de cerveza de debajo de la cama. Después de una larga búsqueda de las gafas, que aparecieron colgando del grifo de la cocina, me leyó una carta que Frau Nowak le había escrito desde el sanatorio. Repitió cada frase tres o cuatro veces, se perdió a la mitad, juró, se sonó y se rascó la oreja. Apenas logré entender. Luego él y Grete empezaron a jugar con el ratón de cuerda, poniéndolo sobre la mesa, gritando y alborotando cada vez que se acercaba al borde. El ratón fue un éxito y me permitió despedirme sin tener que insistir.

—Adiós, Christoph, vuelve pronto —dijo Herr Nowak, volviéndose inmediatamente hacia el ratón.

Grete y él se inclinaron con ansiedad de jugadores profesionales sobre la mesa y yo aproveché para marcharme.

Poco tiempo después Otto vino a verme. Quería que fuese con él a visitar a su madre el siguiente domingo. Era día de visita en el sanatorio. Y un autobús especial salía de Hallesches Tor.

—No hace falta que me pagues el viaje, ¿sabes? —dijo Otto con ademán displicente. Estaba visiblemente satisfecho de sí mismo.

—Te lo agradezco mucho, Otto. ¿Llevas un traje nuevo?

—¿Te gusta?

—Te debe haber costado un dineral.

—Doscientos cincuenta marcos.

—¡Dios mío!, ¿te ha tocado la lotería?

Otto sonrió petulantemente.

—Veo mucho a Trude ahora. Su tío le ha dejado bastante dinero. Puede que nos casemos en primavera.

—Enhorabuena… Supongo que vives todavía en tu casa, ¿no?

—Bah, voy por allí de vez en cuando —frunció las comisuras de los labios, con gesto de lánguido desprecio—, pero padre está siempre borracho.

—Qué asco, ¿verdad? —dije, imitando su entonación. Nos echamos a reír.

—Dios mío, Christoph, ¿tan tarde es ya? Tengo que irme. Hasta el sábado. Que lo pases bien.

Era cerca del mediodía cuando llegamos al sanatorio. Después de varios kilómetros de mal camino, entre pinares nevados, desembocamos frente a una portalada gótica de ladrillo rojo, que parecía la entrada de un cementerio; detrás se alzaban varios caserones de ladrillo. El autobús se detuvo. Otto y yo fuimos los últimos en bajar. Nos paramos un rato a estirar las piernas, mientras guiñábamos los ojos cegados por el brillo de la nieve. El campo era de un blanco deslumbrante. Nos dolían los huesos. El autobús era una simple furgoneta cubierta en la que, por todo asiento, se habían dispuesto unas cuantas cajas de madera y algunos bancos. No es que se hubieran movido mucho durante el trayecto: habíamos venido apretados como libros en una estantería.

Los pacientes venían corriendo a recibirnos. Torpes, embozados en chales y mantas, tropezaban y resbalaban en la nieve helada del sendero. Llegaban tan aprisa que su desaforada carrera acabó en un resbalón general. Cayeron como catapultados por la velocidad en los brazos de sus familiares, que se tambaleaban por la violencia de la colisión. Una pareja se derrumbó estrepitosamente entre gritos y carcajadas.

—¡Otto!

—¡Madre!

—¡Por fin has venido! ¡Qué bien estás!

—¡Claro que he venido, madre! ¿Qué te creías?

Frau Nowak, desprendiéndose de los brazos de su hijo, me tendió la mano.

—¿Qué tal está, Herr Christoph?

Parecía mucho más joven. Su cara rechoncha, ovalada e inocente, con sus astutos ojillos de campesina, parecía la de una muchacha joven. Tenía coloradas las mejillas. Y sonreía como si en ello le fuera la vida.

—¡Ay, Herr Christoph, qué amable ha sido al venir! ¡Cuánto le agradezco que me haya traído a Otto!

Reía con una extraña risita nerviosa. Subimos hacia la casa. Dentro, el olor a antiséptico, a calefacción y a limpieza me dio un escalofrío de aprensión.

—Me han puesto en uno de los pabellones más pequeños —nos dijo Frau Nowak—. Estamos cuatro solamente. Nos entretenemos jugando a muchas cosas —abrió satisfecha la puerta y empezó a hacer las presentaciones—. Müttchen… ¡es la que mantiene el orden! ¡Y esta es Erna! ¡Y Erika, nuestra niña!

Erika era una menuda jovencita rubia, de dieciocho años, que rio.

—¡Así que aquí tenemos al famoso Otto! ¡Hemos estado esperando esta visita semanas y semanas!

Otto sonreía dignamente, discreto, completamente a sus anchas. Su traje marrón, recién estrenado, era indescriptiblemente vulgar, y lo mismo sus botines de color lila y sus zapatos amarillos. Lucía en el dedo una enorme sortija de sello, con una piedra cuadrada de color chocolate. Estaba constantemente pendiente de ella. No hacía más que poner las manos en posturas forzadas y mirárselas a hurtadillas para admirar el efecto. Frau Nowak no paraba de abrazarle y pellizcarle las mejillas.

—¿Verdad que está bien? —exclamó—. ¿Verdad que está maravillosamente? ¡Cómo estás, Otto, de alto y de fuerte…! Estoy segura de que podrías levantarme con una sola mano.

La vieja Müttchen había cogido frío, según nos dijeron. Llevaba una venda alrededor de la garganta, disimulada bajo el cuello de encaje de su anticuado vestido negro. Parecía una anciana agradable. Aunque había algo ligeramente obsceno en su humanidad, como en un perro sarnoso. Estaba sentada al borde de la cama, con las fotos de sus hijos y nietos desplegadas sobre la mesita de noche, igual que si se tratara de

trofeos ganados en un concurso. Parecía secretamente complacida, como si la contentase el encontrarse tan enferma. Frau Nowak nos dijo que Müttchen había estado ya tres veces en el sanatorio. Cada vez se la había dado de alta, pero al cabo de nueve meses o un año tenía una recaída y había que internarla de nuevo.

—Han venido a verla los mejores médicos de Alemania —añadió Frau Nowak, con orgullo—, pero siempre consigues engañarles, ¿verdad, Müttchen?

La anciana asintió con la cabeza, sonriendo como un niño relamido que se sabe elogiado por los mayores.

—Y esta es la segunda vez que Erna está aquí —prosiguió Frau Nowak—. Los doctores dijeron que se curaría, pero no comía lo suficiente, ha tenido que volver, ¿verdad, Erna?

—Sí, he tenido que volver —corroboró Erna.

Era una mujer delgada, de cabello corto, alrededor de los treinta y cinco, que debió ser muy femenina alguna vez, atractiva, pensativa y dulce. Extremadamente demacrada, parecía poseída por una especie de desesperada resolución, un cierto aire de desafío. Sus ojos eran inmensos, oscuros y hambrientos. Su anillo de casada le bailaba en el dedo sarmentoso. Cuando hablaba, si empezaba a agitarse, le revoloteaban incesantemente las manos, como dos trémulas polillas.

—Mi marido me pegaba y luego me abandonó. La noche que se fue me dio tal paliza que meses después todavía se me podían ver los cardenales. Era muy fuerte. Por poco me mata —hablaba de una manera pausada, con calma, pero con un cierto nerviosismo contenido, sin despegar sus ojos de los míos. Su mirada hambrienta me barrenaba el cerebro, como si quisiera leer lo que yo pensaba—. Sueño con él de vez en cuando —dijo, ligeramente divertida.

Otto y yo nos sentamos a la mesa, mientras Frau Nowak alborotaba a nuestro alrededor con café y unas pastas que había traído una enfermera. Todo lo que en aquel día me sucedía parecía no dejarme la menor impresión: mis sentidos estaban suspensos, embotados, como sumergidos en un sueño vívido. En aquella habitación blanca, silenciosa, de grandes ventanales abiertos a los pinos nevados, con el árbol de Navidad sobre la mesa, las guirnaldas sobre las camas, las fotografías sujetas con chinchetas, las bandejas con pastas de chocolate en forma de corazón, vivían y se movían aquellas cuatro mujeres. Mis ojos podían escudriñar hasta el último rincón de su mundo: los gráficos de temperatura, el extintor de incendios, el biombo de cuero ante la puerta. Vestidas con sus mejores ropas, sus limpias manos en las que ya no quedaban rastros de la aguja ni del fregadero, se echaban diariamente en la terraza, a escuchar la radio, sin poder hablar. La prolongada convivencia femenina había dejado en la habitación un aliento vagamente nauseabundo, como el que exhala un montón de ropa sucia guardado en un cajón sin ventilar. Jugueteaban entre continuos gritos como niñas de escuela un poco crecidas para su edad. Frau Nowak y Erika se permitieron un repentino acceso de cólera. Se agarraron jadeando, forcejeando en silencio. Acabaron por estallar en agudas carcajadas. Todo ello en beneficio nuestro.

—No sabe usted cuánto hemos esperado este día —dijo Erna—. ¡Ver un hombre de verdad!

Frau Nowak rio vergonzosamente.

—Erika era tan simple antes de venir aquí… No sabías nada, ¿verdad, Erika?

Erika soltó una risa.

—He aprendido bastante desde entonces…

—¡Ya lo creo que has aprendido! No se lo creerá usted, Herr Christoph, pero su tía le mandó ese muñeco por Navidad y se lo lleva cada noche a la cama. ¡Dice que quiere tener un hombre al lado!

Esta vez, Erika rio descaradamente.

—Bueno, es mejor que nada, ¿no?

Le guiñó un ojo a Otto, que puso los ojos en blanco y fingió escandalizarse.

Después del almuerzo, Frau Nowak tenía que descansar una hora. Erika y Erna se apoderaron de nosotros. Fuimos a dar un paseo por el parque.

—Les enseñaremos primero el cementerio —dijo Erna.

Yacían allí diversos animales favoritos del personal del sanatorio. Vimos una docena de cruces y lápidas con versos lacrimosos. Había enterrados pajarillas, ratones blancos, conejos y un murciélago que fue encontrado helado después de una ventisca.

—Se pone una triste cuando piensa que están enterrados aquí, ¿verdad? —dijo Erna. Apartó con el pie la nieve acumulada sobre una de las tumbas. Tenía los ojos cuajados de lágrimas.

A medida que nos alejábamos por el sendero, ella y Erika fueron alegrándose otra vez. Reíamos todos y nos tirábamos bolas de nieve unos a otros. Otro cogió a Erika en volandas y amenazó con arrojarla sobre un montón de nieve. Un poco más lejos, pasamos junto a un cenador que estaba apartado del camino, entre los árboles. Un hombre y una mujer salían en aquel momento.

—Esa es Frau Klemke —dijo Erna—. Ha venido su marido. Imagínese. Esa vieja cabaña es el único sitio de todo el sanatorio donde dos personas pueden estar solas…

—Debe hacer bastante frío con este tiempo…

—¡Claro que sí! Mañana le volverá a subir la temperatura y se tendrá que quedar en cama todo el día… ¿Qué más da? Si yo estuviera en su lugar haría lo mismo —Erna me apretó el brazo—. Tenemos que vivir mientras somos jóvenes, ¿no cree?

—Desde luego.

Erna alzó su mirada hacia mí, velozmente; sus ojos se clavaron en los míos como dos garfios; podía sentir cómo tiraban hacia abajo.

—No estoy realmente tísica, ¿sabes, Christoph? Supongo que no has creído que estoy tísica solo porque estoy en el sanatorio, ¿verdad?

—No, Erna, claro que no.

—Muchas de las chicas no están tísicas. Solo necesitan que alguien se ocupe de ellas un poco, como me pasa a mí… El doctor dice que si me cuido volveré a estar fuerte como antes… ¿Y sabes qué es lo que voy a hacer en cuanto salga?

—¿Qué?

—Primero, me divorciaré. Y después buscaré otro marido —Erna rio—. No tardaré mucho en conseguirlo… ¡te lo prometo!

Después del té regresamos a la habitación. Frau Nowak había conseguido que le prestaran un gramófono para que pudiésemos bailar. Yo hice pareja con Erna y Erika con Otto. Erika, pesada y torpe, se reía escandalosamente cada vez que resbalaba o le daba un pisotón a Otto. Él sonreía ligeramente y la hacía ondular habilidosamente entre sus brazos, mientras agitaba los hombros como un chimpancé, al estilo de Hallesches Tor. La vieja Müttchen se sentó en su cama a mirarnos bailar. Cuando tomé a Erna entre mis brazos sentí cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Había anochecido, pero nadie pensó en encender las luces.

Al cabo de un rato dejamos de bailar y nos sentamos en las camas, haciendo corro. Frau Nowak habló de su infancia, cuando vivía con sus padres en una granja de Prusia oriental.

—Teníamos un aserradero y treinta caballos. Los caballos de mi padre tenían fama de ser los mejores de la región. Llegó a ganar muchos premios en la feria…

En la oscuridad de la habitación, los ventanales abrían grandes rectángulos pálidos. Erna, sentada a mi lado, buscó a tientas mi mano. Después me cogió el brazo, haciéndome enlazarla. Temblaba violentamente.

—Christoph… —me murmuró al oído.

—… y durante el verano —decía Frau Nowak— íbamos a bailar a un granero que había junto al río…

Apreté mi boca contra los labios secos y calientes de Erna, sin experimentar la menor sensación de contacto. Todo ello formaba parte del largo y siniestro sueño que parecía dominarme aquel día.

—Soy tan feliz hoy… —murmuró Erna.

—El hijo del cartero tocaba el violín —dijo Frau Nowak—. Tocaba divinamente… la hacía llorar a una…

Unos vagos rumores de forcejeos y risitas llegaron desde la cama donde estaban tumbados Otto y Erika.

—Otto, fresco, más que fresco… ¡Si no te estás quieto, se lo diré a tu madre!

Cinco minutos después vino una enfermera a avisarnos que el autobús iba a salir.

—Te juro, Christoph —dijo Otto al ponernos los abrigos—, que hubiera podido hacer lo que me hubiera dado la gana con esa niña. La he palpado de arriba abajo… ¿Qué tal lo has pasado con la tuya? Un poco delgada, ¿verdad? ¡Pero a que es caliente!

Subimos al autobús con los demás visitantes. Los pacientes se arremolinaban alrededor de nosotros para despedirnos. Arropados hasta la cabeza en sus mantas, hubiera podido tomárseles por miembros de una tribu aborigen de los bosques.

Frau Nowak empezó a llorar mientras intentaba, sin conseguirlo, sonreír alegremente.

—Dile a tu padre que volveré pronto…

—¡Claro que volverás pronto, madre! ¡Estarás bien dentro de poco! ¡Antes de que te des cuenta estarás en casa!

—Es poco tiempo… —sollozó Frau Nowak, con las lágrimas cayéndole sobre su horrible sonrisa de rana. Empezó a toser. Igual que una pepona, parecía que se le hubiese partido el cuerpo en dos mitades. Con las

manos engarfiadas sobre el pecho, tosiendo secamente, era como un animal herido. La manta se deslizó de sus hombros. Un mechón de pelo suelto del moño se le metía en los ojos. Sacudió la cabeza ciegamente para apartarlo. Dos enfermeras intentaron llevársela dulcemente, pero empezó a forcejear como una fiera. Se negaba a entrar:

—Vete, madre —suplicaba Otto, medio llorando—. ¡Por favor vete! ¡Te vas a morir de frío!

—Escríbeme de vez en cuando, ¿lo harás, Christoph? —Erna estrujaba mi mano como si estuviera a punto de ahogarse. Sus ojos se clavaron en mí sin disimulo, intensos, terriblemente desesperados—… Aunque solo sea una postal, no importa… Pon solo tu nombre.

—Sí, lo haré…

Por un instante, los pacientes se arremolinaron fantasmalmente en torno al círculo de luz del autobús renqueante, iluminados a ráfagas entre los negros troncos de los pinos. Había llegado al punto culminante de mi sueño, el instante de pesadilla que debía ser el fin. Tuve un miedo absurdo y angustioso de que fueran a atacarnos, a arrancarnos de nuestros asientos y arrastrarnos fuera hambrientamente, en medio de un silencio mortal. Por fin, aquello pasó. Se fueron retirando inofensivamente —como fantasmas después de todo— hacia la oscuridad, mientras nuestro autobús, traqueteando, emprendía a bandazos el camino de la ciudad, a través de la nieve espesa e invisible.

Los Landauer

Una noche de octubre de 1930, un mes después de las elecciones, hubo un gran alboroto en la Leipzigerstrasse. Unas escuadras de camorristas nazis salieron a manifestarse contra los judíos. Maltrataron a algunos transeúntes de nariz larga y cabello oscuro y destrozaron los escaparates de todas las tiendas judías. En sí, el incidente no fue muy notable. No se produjeron muertes, apenas algún disparo y no se practicaron más de dos docenas de detenciones. Lo recuerdo únicamente porque fue mi primer contacto con la vida política de Berlín.

Fräulein Mayr estaba encantada, naturalmente.

—¡Que aprendan! —exclamaba—. La ciudad está infestada de judíos. Levantas una piedra y salen un par de ellos arrastrándose. Acabarán envenenando hasta el agua que bebemos. Nos ahogan, nos roban, nos chupan la sangre. Fíjese en todos los grandes almacenes: Wertheim, K. D. W., Landauer. ¿De quién son? ¡Sucios judíos ladrones!

—Los Landauer son amigos íntimos míos —le dije fríamente, y salí de la habitación antes de que Fräulein Mayr tuviera tiempo de pensar una respuesta apropiada.

No era del todo cierto. En realidad, jamás había visto a un Landauer, pero antes de salir de Inglaterra un amigo común me había dado una carta de presentación para ellos. Desconfío de las cartas de presentación. Posiblemente jamás la hubiese utilizado si no es por el comentario de Fräulein Mayr. Decidí escribir a Fräulein Landauer en seguida, por espíritu de contradicción.

Natalia Landauer, a quien conocí tres días después, era entonces una colegiala de dieciocho años. Tenía el pelo oscuro y revuelto, tal vez demasiado abundante: la cara, con sus ojos luminosos, resultaba larga y estrecha y me recordó la de un zorrito joven. Me tendió la mano con el brazo rígido, a la última moda de los estudiantes.

—Por aquí, por favor.

El tono era vivaz y autoritario.

El cuarto de estar era grande y acogedor, al estilo de antes de la guerra, un poco recargado. Natalia empezó a hablar en seguida, con un brío arrollador, en un inglés vacilante y ávido, enseñándome discos, fotos, libros, que solo me permitía ver por un momento.

—¿Le gusta Mozart? ¿Sí? A mí también. ¡Mucho!… Este cuadro está en el Kronprinz Palast. ¿No ha estado nunca? Yo se lo enseñaré un día, ¿sí?… ¿Le gusta Heine? De verdad, por favor —se volvió a mirarme, sonriendo, con una cierta severidad de maestra de escuela—. Léalo. Me parece muy hermoso.

Llevaba un cuarto de hora allí y Natalia había apartado ya cuatro libros para que me los llevara a casa: *Tonio Kröger*, los cuentos de Jacobsen, un volumen de Stefan George, las cartas de Goethe.

—Tiene que darme su sincera opinión —me advirtió.

De pronto una criada corrió las puertas de cristal del fondo de la habitación y nos encontramos en presencia de Frau Landauer. Era una mujer grande, pálida, con un lunar en la mejilla derecha, el pelo cepillado hacia atrás y recogido en un moño. Estaba sentada plácidamente a la mesa del comedor, junto a un samovar, sirviendo té en los vasos. Había bandejas de jamón y salchichón y una fuente de esas salchichas húmedas y escurridizas que salpican con agua caliente cuando uno las pincha, queso, rábanos, pan moreno y botellas de cerveza.

—Beberá usted cerveza —ordenó Natalia devolviendo uno de los vasos de té a su madre.

Miré alrededor y vi que los muros, en los escasos espacios que cuadros y aparadores dejaban a la vista, estaban decorados con extrañas figuras de tamaño natural, mujeres con el pelo al viento y ojos de gacela, recortadas en papel pintado y sujetas con chinchetas. Eran como una protesta cómica e inútil contra la pesadez burguesa de los muebles de caoba. Adiviné que los había dibujado Natalia. Sí, las había hecho para

una fiesta. Quería quitarlas, pero su madre no la dejaba. Siguió una pequeña discusión, parte de la diaria rutina, sin duda.

—Pero si son horribles —gritó Natalia en inglés.

—Yo creo que son muy bonitas —respondió en alemán Frau Landauer plácidamente, sin alzar los ojos del plato, con la boca llena de rábanos y pan.

Cuando acabamos, Natalia me insinuó que tenía que darle las buenas noches a Frau Landauer. Volvimos al cuarto de estar y me sometió a un interrogatorio en toda regla. ¿Dónde vivía? ¿Cuánto pagaba de alquiler? Se lo dije y me dijo que había elegido un mal barrio (Wilmersdorf era mucho mejor) y que me estaban estafando. Podría haber encontrado exactamente la misma habitación con agua corriente y calefacción por el mismo precio.

—Debía de haberme consultado —añadió olvidando que acabábamos de conocernos—. Yo misma se la habría buscado.

—Su amigo dice que es usted escritor —prorrumpió Natalia.

—No soy un escritor de verdad —protesté.

—Pero ha escrito un libro, ¿no?

Sí, había escrito un libro.

Natalia dijo con aire de triunfo:

—Ha escrito un libro y dice que no es escritor de verdad. Creo que está usted loco.

Tuve que contarle la historia de *Todos los conspiradores*, por qué se titulaba así, de qué trataba, cuándo se había publicado, etc.

—¿Por qué no me deja un ejemplar?

—No tengo ninguno —le dije complacido—, se ha agotado la edición.

Natalia se quedó desconcertada por unos instantes, pero no tardó en volver al ataque.

—¿Y qué es lo que va a escribir en Berlín? Ande, dígamelo.

Para dejarla contenta empecé a contarle el argumento de un cuento que había escrito unos años antes para una revista de Cambridge. Improvisé todo lo que pude para mejorarlo, y empecé a pensar que la idea, al fin y al cabo, no era tan mala y que quizá podría escribirla otra vez. A cada frase mía, Natalia apretaba los labios y asentía tan bruscamente que el pelo le ondeaba sobre la cara.

—Sí, sí —decía—. Sí, sí.

Al cabo de unos minutos me di cuenta de que no se enteraba de nada. Estaba claro que no llegaba a entender mi inglés, era demasiado rápido y además no elegía las palabras. A pesar del tremendo esfuerzo que hacía para concentrarse, se quedaba mirándome la raya del pelo o el nudo rozado de la corbata. Incluso me miró a hurtadillas los zapatos. Fingí no darme cuenta. Habría sido de muy mala educación y muy poco amable interrumpirme y echar a perder el placer que Natalia encontraba en que yo le hablara de una forma tan íntima de algo mío, como si no fuéramos dos extraños.

Acabé y me preguntó:

—¿Y cuándo estará lista?

Había decidido hacerse cargo de mi novela, como de todos mis otros asuntos. Le dije que no sabía. Que era muy perezoso.

—¿Es usted perezoso? —Natalia abrió con burla los ojos—. ¿De verdad? Pues lo siento. No puedo hacer nada por usted.

Le dije que tenía que irme. Me acompañó hasta la puerta.

—Y tráigame pronto su novela —insistió.

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana que viene —prometí débilmente.

Dos semanas después volví a ver a los Landauer. Después de cenar Frau Landauer salió del cuarto. Natalia me participó que iríamos al cine juntos.

—Nos invita mi madre.

Antes de salir cogió de pronto dos manzanas y una naranja del aparador y me las puso en el bolsillo. Había llegado a la convicción de que estaba desnutrido. Protesté débilmente.

—Si dice algo más, me enfado —advirtió—. ¿La ha traído? —me preguntó al salir.

Sabía perfectamente que se refería a la novela. Hablé con el tono más inocente que pude.

—¿Traer… qué?

—Ya sabe. Lo que prometió.

—No recuerdo haberle prometido nada.

—¿Que no se *acuerda*? —Natalia rio sarcásticamente—. Pues lo siento mucho. No puedo hacer nada por usted.

Acabó perdonándome antes de llegar al cine. La película larga era una de Pat y Patachon. Natalia comentó incisivamente:

—Supongo que no le gustará esta clase de películas… No deben ser bastante inteligentes para usted.

Negué que solo me gustaran las películas «inteligentes», pero no pude vencer su escepticismo.

—Bueno. Ya veremos.

Durante toda la película no dejó de observarme a hurtadillas para ver si me estaba riendo. Al principio, me reí exageradamente. Luego, me pareció excesivo y dejé de reír por completo. Hacia el final llegó incluso a pegarme codazos en los momentos en que tenía que reírme. Apenas se habían encendido las luces dejó caer:

—¿Lo ve? Tenía razón yo. No le ha gustado, ¿verdad?

—Me ha gustado muchísimo.

—Ah, sí, de acuerdo… Pero, ahora, dígamelo de verdad.

—Ya se lo he dicho. Me ha gustado mucho.

—Pero si no se ha reído. Estaba usted sentado todo el tiempo con una cara tan… —Natalia intentó imitar mi expresión—, y no se ha reído ni una sola vez.

—Nunca me río cuando me divierto —dije.

—Ah, ya, tal vez… ¿Qué es? ¿Una costumbre inglesa?

—Ningún inglés se ríe cuando se divierte.

—¿Quiere que me lo crea? Pues déjeme que le diga que están ustedes locos.

—Es una observación muy poco original.

—Señor mío, ¿es que mis observaciones tienen que ser siempre originales?

—Cuando esté usted conmigo, sí.

—Imbécil.

Nos sentamos un rato en un café cerca del Zoo a tomar helados. Eran grumosos y tenían un ligero sabor a patata. Natalia me hablaba de sus padres:

—No entiendo esos libros de ahora que dicen que los padres siempre discuten con los hijos. ¿Sabe? Es imposible que yo llegue a pelearme con mis padres. Imposible.

Natalia me miró con fijeza para ver si la creía. Asentí.

—Completamente imposible —repitió gravemente—. Porque sé que me quieren. Y desean lo mejor para mí, incluso olvidándose de sí mismos. Ya sabe que mi madre no está muy bien. A veces tiene unos dolores de cabeza terribles. Naturalmente, no puedo dejarla sola. A veces tengo ganas de ir al cine o a un concierto y aunque ella no diga nada, veo que no se encuentra bien y digo no, he cambiado de idea. No voy. Pero lo que es ella, no se queja nunca. Nunca.

(La siguiente vez que fui a visitar a los Landauer me gasté dos marcos y medio en rosas para la madre de Natalia. Valía la pena. Nunca volvió a tener dolor de cabeza las veces que yo propuse acompañar a Natalia).

—Mi padre siempre desea lo mejor para mí —continuó Natalia—. Mi padre quiere que diga siempre: Tengo unos padres ricos. No tengo que preocuparme por el dinero —Natalia suspiró—. Pero yo soy distinta. Siempre espero lo peor. No hay más que ver cómo están las cosas en Alemania, hoy en día. Y mi padre puede perderlo todo en un segundo. ¿Sabía usted que ya nos ha pasado una vez? Antes de la guerra mi padre tenía una gran fábrica en Posen. Viene la guerra y mi padre tuvo que irse. Mañana puede ocurrir lo mismo aquí. Pero mi padre tiene un carácter que le da lo mismo. Puede empezar con un pfennig y trabajar hasta recuperarlo todo. Por eso —siguió Natalia—, quiero dejar los estudios y empezar a aprender algo útil que me permita ganarme el pan. No sé cuánto tiempo les va a durar el dinero a mis padres. Mi padre quiere que haga la reválida para que pueda ingresar en la universidad. Pero quisiera hablarle y pedirle que me deje ir a París a estudiar Arte. Con lo que sé de dibujo y pintura tal vez pueda ganarme la vida. También puedo aprender a guisar. ¿Sabe que no sé freír ni un huevo?

—Yo tampoco.

—En un hombre no importa tanto. Pero una chica debe estar preparada para todo. Si quiero —añadió Natalia con suficiencia—, me escaparé algún día con el hombre que ame y me iré a vivir con él. Aunque no nos casemos, no me importa. Por eso debo estar preparada para hacerlo todo por mí misma, ¿comprende? No basta con decir: he pasado la reválida, me he doctorado en la universidad… Ese hombre me preguntará: «¿Dónde está la cena?»

Nos quedamos callados.

—¿No se habrá escandalizado por eso que he dicho —dijo de repente—, de que podría vivir con un

hombre aunque no estuviésemos casados?

—Claro que no.

—No me entienda mal, por favor. Yo no admiro a las mujeres que siempre van de un hombre a otro. Me parece tan… —Natalia hizo un gesto de asco—, tan degenerado.

—¿No cree que una mujer puede cambiar de sentimientos?

—No sé. No entiendo de esas cosas. Pero es degenerado.

La acompañé hasta su casa. Natalia repetía siempre el mismo juego: le dejaba subir a uno hasta la puerta y después, con una rapidez extraordinaria, le estrechaba la mano, entraba y le daba con la puerta en las narices.

—¿Me llama? ¿La semana que viene? ¿Sí?

Todavía me parece oír su voz. Cerró dando un portazo y sin esperar respuesta.

Natalia evitaba toda clase de contactos, tanto directos como indirectos. De la misma forma que nunca se permitía charlar conmigo en la puerta, me di cuenta de que prefería interponer una mesa entre nosotros cuando nos sentábamos. Detestaba que la ayudara a ponerse el abrigo.

—Señor mío, todavía no tengo sesenta años.

Si antes de salir de un café o de un restaurante me sorprendía mirando hacia la percha en donde estaba colgado su abrigo, se abalanzaba, lo cogía y se lo llevaba a un rincón, como un animal que defiende su comida.

Una noche entramos en un café y pedimos dos tazas de chocolate. Al servirnos, la camarera se olvidó de traer una cucharilla para Natalia. Yo había bebido de mi taza antes de removerla con la cucharilla. Lo más natural era ofrecérsela a Natalia. La sorpresa que me llevé al ver que la rechazaba con un gesto de asco me dejó bastante mohíno. Evitaba hasta ese contacto tan indirecto con mi boca.

Un día compró unas entradas para un concierto de Mozart. La velada no fue un éxito. La austera sala de estilo corintio estaba helada. El fulgor de la luz eléctrica me escocía en los ojos. Las relucientes sillas de madera eran duras e incómodas. El público asistía al concierto como si se tratara de una ceremonia religiosa. Su entusiasmo, tenso y lleno de fervor, me oprimía como un dolor de cabeza. Ni por un momento me pude sustraer a la idea de aquellas cabezas ciegas, ceñudas, escuchando. A pesar de Mozart no dejaba de pensar que aquella era una manera absurda de perder la noche.

A la vuelta me sentía cansado y de mal humor. Tuvimos una ligera discusión. Hablábamos de los Bernstein. Fue Natalia la que me proporcionó las clases con los Bernstein. Hippi y ella iban al mismo colegio. Un par de días antes le había dado a Hippi su primera lección de inglés.

—¿Te gusta? —me preguntó Natalia.

—Mucho. ¿A ti no?

—Sí, a mí también… Pero tiene dos grandes defectos. Claro que no te habrás dado cuenta todavía…

No me inmuté. Natalia añadió gravemente:

—¿Sabes? Me gustaría que me dijeras todos mis defectos.

Si hubiera estado de otro humor me habría parecido divertido, hasta conmovedor. Pero con el que tenía, pensé: «Quiere que la halague». Contesté secamente:

—No sé a qué te refieres al decir «defectos». No acostumbro a juzgar a la gente por la primera impresión. Harías mejor en preguntárselo a tus profesores.

Natalia se quedó atónita unos segundos. Pero no se dio por vencida. ¿Había leído alguno de los libros que me dejó?

No los había leído, pero contesté:

—Sí, he leído *Frau Marie Grubbe*.

¿Y qué me había parecido?

—Está muy bien —dije de mal talante. Me sentía culpable. Natalia me miró fijamente.

—Me temo que eres muy poco sincero. No dices lo que piensas.

De pronto, me sentí irritado como un niño.

—Naturalmente que no. ¿Por qué tengo que decir lo que pienso? Las discusiones me aburren. Y no tengo la menor intención de decir algo solo para que empieces a discutir acerca de ello.

—Si es así —dijo desalentada—, entonces es inútil que intentemos hablar en serio de nada.

—Claro que es inútil.

—Entonces será mejor que no hablemos de nada —dijo la pobre Natalia.

—Lo mejor será —dije— que imitemos ruidos de animales. Me gusta tu voz, pero me importa un pito lo que dices. Sería mucho mejor que dijéramos guau-guau y bee y miau.

Natalia se sonrojó. Estaba furiosa y profundamente herida. Después de un largo silencio dijo:

—Sí. Creo que sí.

Antes de llegar a su casa intenté arreglarlo, como si hubiese sido una broma, pero Natalia no reaccionó. Volví a casa avergonzado de mí mismo.

Sin embargo, a los pocos días, Natalia me telefoneó y me invitó a almorzar. Ella misma abrió la puerta —era obvio que me había estado esperando— y me saludó diciendo:

—¡Guau, guau!, ¡bee!, ¡miau!

Un momento creí que se había vuelto loca. Luego, me acordé de nuestra discusión. Después de su broma, Natalia no tuvo el menor inconveniente en hacer las paces.

Pasamos a la sala y empezó a distribuir tabletas de aspirina en los jarros de flores, para resucitarlas. Le pregunté qué había hecho aquellos días.

—No he ido al colegio en toda la semana —dijo—. No me encontraba muy bien. Hace tres días estaba ahí, al lado del piano y de pronto me caigo… así. ¿Cómo se dice *ohnmächtig*?

—¿Quieres decir que te desmayaste?

—Sí, eso es. *Ohnmächtig*.

—En ese caso deberías estar en la cama —me sentí masculinamente protector—. ¿Qué tal te encuentras?

Natalia rio alegremente. La verdad es que nunca la había visto con mejor aspecto.

—Bah, no es nada grave. Tengo algo que decirte —añadió—. Creo que será una agradable sorpresa para ti. Hoy vienen mi padre y mi primo Bernhard.

—Estupendo.

—¿Verdad que sí? Mi padre nos da una alegría cada vez que viene. Como está de viaje casi siempre… Tiene muchos negocios en todas partes, en París, en Viena, en Praga. Se pasa la vida en el tren. Te gustará, estoy segura.

—Yo también.

Inevitablemente, cuando se abrieron las puertas de cristal, Herr Landauer me estaba esperando. A su lado estaba Bernhard Landauer, el primo de Natalia, un joven pálido y alto, con un traje oscuro, unos cuantos años mayor que yo.

—Encantado de conocerle —dijo Bernhard al estrecharme la mano. Hablaba inglés sin el menor acento extranjero.

Herr Landauer era un hombrecillo vivaz, de tez oscura y apergaminada surcada por las arrugas, como una bota vieja y reluciente. Tenía ojos de botón, pardos, brillantes y diminutos, y cejas de cómico barato, tan espesas y tan negras que parecían retocadas con corcho quemado. Se veía que adoraba a su familia. Abrió la puerta a Frau Landauer como se la hubiera abierto a una chica joven y bonita. Su sonrisa benévola y satisfecha nos abarcaba a todos: a Natalia, radiante de alegría por la vuelta de su padre; a Frau Landauer, ligeramente congestionada, a Bernhard, tranquilo, pálido y cortésmente enigmático, e incluso a mí. Herr Landauer se me dirigía la mayor parte del tiempo, evitando cuidadosamente toda alusión a asuntos familiares que hubieran podido recordarme que yo era un extraño.

—Hace treinta y cinco años viví en Inglaterra —dijo, con fuerte acento alemán—. Estuve en su capital trabajando en mi tesis de doctorado sobre las condiciones de vida de los obreros judíos en el East End. Llegué a ver bastante más de lo que los funcionarios ingleses querían que viera. Yo era muy joven entonces, creo que más que usted ahora. Tuve unas conversaciones con cargadores y prostitutas y encargados de lo que ustedes llaman *pubs*. Muy interesante —Herr Landauer sonrió con reticencia—. Mi tesis causó una revolución. Se ha traducido a cinco idiomas, por lo menos.

—¡Cinco idiomas! —repitió Natalia en alemán—. ¿Ves? Mi padre también escribe…

—Bah, eso fue hace treinta y cinco años. Mucho antes de que tú nacieras, querida —Herr Landauer inclinó la cabeza, como desaprobando las palabras de Natalia, con sus ojillos benevolentes—. Ahora no tengo tiempo para esas cosas.

De nuevo se dirigió a mí:

—Acabo de leer un libro en francés acerca de lord Byron, ese gran poeta de ustedes. Es un libro muy interesante. Me gustaría que usted, como escritor, me diera su opinión sobre una cuestión muy importante. ¿Usted cree que lord Byron era culpable de incesto? ¿Qué cree usted, Mr. Isherwood?

Me sonrojé. Por alguna estúpida razón, la presencia de Frau Landauer, que comía plácidamente, me azaraba en aquel momento, no la de Natalia. Bernhard fijó la mirada en su plato, sonriendo levemente.

—Bueno —empecé—, es muy difícil…

—Es una cuestión muy interesante —interrumpió Herr Landauer, mirando satisfecho a su alrededor

mientras masticaba complacido—. ¿Debemos admitir que un hombre de genio es una persona excepcional a quien hay que permitir cosas excepcionales? O sería mejor decir: No, puede usted escribir una bonita poesía o pintar un bonito cuadro, pero en su vida diaria debe usted comportarse como una persona ordinaria y debe usted obedecer las leyes que hemos creado para la gente ordinaria. No se le permite ser extraordinario —Herr Landauer nos miró uno a uno, triunfante, con la boca llena de comida. De pronto, fijó sus ojos en mí —. Su autor de teatro, Oscar Wilde, es otro ejemplo… Le pongo este caso, Mr. Isherwood. Me gustaría mucho que me diera su opinión. ¿Fue justa la ley inglesa al castigarle o no lo fue? ¿Qué le parece?

Herr Landauer me miraba encantado, con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Me di cuenta de que Bernhard sonreía discretamente.

—Bueno… —empecé, rojo hasta las orejas.

Esta vez, sin embargo, fue Frau Landauer quien me salvó inesperadamente, haciendo una observación en alemán a Natalia acerca de la verdura. Hubo una pequeña discusión y Herr Landauer acabó por olvidar su pregunta. Siguió comiendo eufóricamente. Pero Natalia tenía que meter la pata.

—Dile a mi padre el nombre de tu libro. Yo no me acuerdo. Es un título tan raro…

Intenté dirigirle una velada mirada de reproche.

—*Todos los conspiradores* —contesté fríamente.

—Ah, sí. *Todos los conspiradores*…

—Ah, ¿escribe usted novelas policíacas, Mr. Isherwood? —Herr Landauer me sonreía aprobadoramente.

—La verdad es que mi novela no tiene nada que ver con la policía —contesté educadamente.

Herr Landauer se quedó confuso y decepcionado.

—¿No tiene nada que ver con la policía?

—Explíqueselo, por favor —ordenó Natalia.

Suspiré con resignación.

—El título pretende ser simbólico… Está tomado del *Julio César,* de Shakespeare…

Herr Landauer reaccionó en el acto:

—Ah, Shakespeare. ¡Espléndido! Muy interesante…

—Creo que tienen ustedes estupendas traducciones de Shakespeare… —me sonreí de mi propia astucia: le estaba brindando un desvío.

—Sí, ya lo creo. Son de las mejores obras en nuestra lengua. Gracias a ellas Shakespeare se ha convertido casi en un poeta alemán, por así decirlo…

—Pero no le has dicho —insistió Natalia maliciosamente— de qué trata tu novela.

—Trata de dos chicos. Uno de ellos es artista y el otro es estudiante de medicina —dije entre dientes.

—¿Y esos son los dos únicos personajes de tu novela? —preguntó Natalia.

—Claro que no… Me sorprende tu mala memoria. No hace mucho que te conté toda la historia.

—Imbécil, no te lo pregunto por mí. Naturalmente que recuerdo todo el asunto. Pero mi padre no lo sabe todavía. Así que haz el favor de contárselo… ¿Y qué sigue?

—El artista tiene una madre y una hermana que son muy desgraciadas.

—¿Por qué son desgraciadas? Ni mis padres ni yo somos desgraciados.

Habría querido que se la tragara la tierra.

—No todo el mundo es igual —contesté prudente, huyendo de la mirada de Herr Landauer.

—Bueno —dijo Natalia—, ¿y qué ocurre entonces?

—El artista huye de su casa y su hermana se casa con un sujeto indeseable.

Natalia se dio cuenta de que no estaba dispuesto a soportar mucho más. Me asestó la última estocada con toda deliberación:

—¿Y cuántos ejemplares has vendido?

—Cinco.

—Cinco. Qué pocos, ¿verdad?

—Sí, muy pocos.

Parecía sobreentendido que después de la comida Bernhard y sus tíos tenían que hablar de asuntos de familia.

—¿Te gustaría —preguntó Natalia— salir de paseo un rato? Herr Landauer me despidió ceremoniosamente.

—No hay que decirle que será usted siempre bienvenido bajo mi techo, Mr. Isherwood.

Nos hicimos una profunda reverencia.

—Tal vez —dijo Bernhard, dándome su tarjeta— le gustaría visitarme alguna noche para aliviar un poco mi soledad.

Le di las gracias y le dije que encantado.

—¿Qué te parece mi padre? —me preguntó Natalia en cuanto salimos.

—Creo que es el padre más encantador que he conocido.

—¿De verdad? —Natalia estaba radiante.

—Sinceramente.

—Confiésame. ¿Verdad que mi padre te chocó cuando hablaba de lord Byron? Tenías las mejillas como pimientos.

Me reí.

—Tu padre me hace sentir anticuado. Tiene una conversación tan moderna.

Natalia rio triunfante.

—¿Ves? Tenía razón. Te ha chocado. Oh, estoy tan contenta. ¿Sabes? Le digo a mi padre: Un joven muy inteligente va a venir a vernos…, y él quiere demostrarte que también puede ser moderno y hablar de todos esos temas. ¿Creías que mi padre era un estúpido? Por favor, di la verdad.

—No —protesté—, nunca creí semejante cosa.

—Bueno, pues ya ves que no es estúpido… Es muy inteligente. Lo que pasa es que no tiene mucho tiempo para leer porque siempre tiene trabajo. A veces tiene que trabajar dieciocho y diecinueve horas al día. Es terrible… es el mejor padre del inundo.

—Tu primo Bernhard es socio de tu padre, ¿no?

Natalia asintió.

—Es el que dirige los almacenes, aquí en Berlín. También es muy inteligente.

—Supongo que os veréis muy a menudo…

—No… no viene a menudo a nuestra casa. Es muy raro, ¿sabes? Me parece que le gusta mucho estar solo. Me llevé una sorpresa cuando te pidió que le visitaras… Debes tener cuidado.

—¿Cuidado? ¿Por qué demonios debo tener cuidado?

—Es muy sarcástico, ¿sabes? Puede que se ría de ti.

—Bueno, no creo que sea tan terrible… Mucha gente se ríe de mí… Tú, por ejemplo, te ríes de mí a veces.

—Ah, es diferente —Natalia movió su cabeza gravemente. Se veía que hablaba por experiencia propia, bastante desagradable—. Cuando yo me río es de broma, ¿sabes? Pero cuando Bernhard se ríe de uno, no es lo mismo.

Bernhard vivía en una calle tranquila, cerca del Tiergarten. Cuando llamé al timbre del portal, un portero con cara de gnomo se asomó a mirarme por una ventanilla del sótano y me preguntó que a quién quería ver; finalmente, después de examinarme durante unos segundos con profunda desconfianza, apretó un botón. La puerta era tan pesada que tuve que empujarla. Luego se cerró tras de mí con un pesado estampido, como un cañonazo. Seguían dos puertas más hasta el patio; después, la de la Gartenhaus; después, cinco tramos de escalera; después, la puerta del piso. Cuatro puertas para proteger a Bernhard del mundo exterior.

Llevaba puesto sobre el traje un bonito quimono bordado. No era exactamente tal como le recordaba de la primera vez: no había visto en él nada oriental. Supongo que el quimono me lo sugirió. Su bien dibujado perfil, ceremonioso, picudo, acaso demasiado civilizado, le daba el aire de un pájaro en un bordado chino. Pensé que era blando, pasivo y, al mismo tiempo, curiosamente fuerte, con la fuerza estática de una figura de marfil en un altar. Me fijé otra vez en lo bien que hablaba inglés. Y en los movimientos de sus manos al mostrarme una cabeza de Buda del siglo XII, procedente de Camboya, a los pies de la cama, «velando mis sueños». Había otras muchas cabezas en piedra arenisca y estatuillas griegas, siamesas e indochinas sobre una librería baja pintada de blanco, la mayoría adquiridas en el curso de sus viajes. Entre unos volúmenes del *Kunst-Geschichte*, reproducciones fotográficas y monografías de escultura y antigüedades, vi *La colina*, de Vachell, y *¿Qué hacer?*, de Lenin. El piso podía muy bien haber estado situado en mitad del campo: no se oía el más débil ruido exterior. Una criada nos sirvió silenciosamente la cena. Yo tomé sopa, pescado, una chuleta y postres. Bernhard solo leche, tomate y galletas.

Hablamos de Londres, que Bernhard no conocía, y de París, donde había estudiado en el taller de un escultor. De joven había querido ser escultor, «pero», dijo sonriendo suavemente, «la Providencia lo ha querido de otro modo».

Quería hablarle de los negocios de los Landauer, pero no me atreví. Temía parecer indiscreto. Fue el mismo Bernhard quien se refirió a ellos de pasada.

—Tiene que hacernos una visita cualquier día, si le interesa… Supongo que resulta interesante, aunque solo sea como fenómeno económico contemporáneo.

Sonrió, con la cara marcada por la fatiga. Por un momento, me pasó por la imaginación la idea de que estaba mortalmente enfermo.

Después de la cena pareció más animado, empezó a hablarme de sus viajes. Unos cuantos años antes había dado la vuelta al mundo discretamente curioso, ligeramente irónico, metiendo su delicada y aguda nariz en todo: las comunidades judías de Palestina, las colonias judías en el mar Negro, los comités revolucionarios de la India, los ejércitos rebeldes de México. Escogiendo cuidadosamente las palabras, me describió una vacilante conversación con un barquero chino acerca del demonio y un ejemplo, casi increíble, de la brutalidad de la policía de Nueva York.

Durante la velada sonó el teléfono cuatro o cinco veces. Cada vez me pareció que alguien le estaba pidiendo ayuda o consejo. «Ven a verme mañana», decía con su voz cansada y apaciguadora. «Sí… estoy seguro de que podremos solucionarlo… No te preocupes más, por favor. Vete a casa y trata de dormir. Tómate dos o tres aspirinas…» Sonrió irónicamente. Sin duda, iba a prestar dinero a todos los peticionarios.

—Dígame —me preguntó, antes de irme—, si no es impertinente… ¿qué le ha hecho venir a vivir a Berlín?

—Aprender alemán —dije. Después de la advertencia de Natalia, no iba a confiarle a Bernhard la historia de mi vida.

—¿Y es usted feliz?

—Muy feliz.

—Me parece estupendo… Estupendo… —Bernhard se rio con su cortés ironía—. Un espíritu poseído de tal vitalidad que puede ser feliz, incluso en Berlín. Tiene usted que enseñarme su secreto. ¿Puedo sentarme a sus pies y aprender de su sabiduría?

Su sonrisa se crispó y acabó por desaparecer. Otra vez había caído sobre su rostro, joven, la sombra de una fatiga mortal.

—Espero —dijo— que me llame siempre que no tenga nada mejor que hacer.

Poco después fui a ver a Bernhard a su despacho.

Landauers era un enorme edificio de acero y cristal, cerca de la Postdamer Platz. Tardé casi un cuarto de hora en encontrar el camino entre las secciones de ropa interior, sastrería, electrodomésticos, deportes y baterías de cocina, hasta el mundo secreto del otro lado de la escena… los despachos de ventas, compras y viajantes y la pequeña oficina de Bernhard. Un portero me llevó a una salita de espera, con los muros revestidos de madera barnizada, una suntuosa alfombra azul y una vista de Berlín en el año 1803. Al poco rato, apareció Bernhard. Aquella mañana parecía más joven, más elegante, con su corbata de lazo y su traje gris claro.

—Espero que le guste esta sala —dijo—. Como tengo que hacer esperar a mucha gente aquí, me veo obligado a proporcionarles una atmósfera sedante para calmar su impaciencia.

—Está muy bien —contesté. Estaba azarado. Por decir algo añadí—: ¿Qué clase de madera es?

—Nogal del Cáucaso —Bernhard pronunció las palabras con su precisión y limpieza características. Me sonrió. Parecía estar de mejor humor—. Venga a ver la tienda.

En la sección de artículos para cocina, una dependienta de uniforme encarecía las excelencias de un molinillo de café. Bernhard se detuvo a preguntarle que cómo iban las ventas. La mujer nos ofreció dos tazas de café. Mientras las bebíamos, Bernhard le explicó que yo era un comerciante de café muy conocido en Londres y que, por tanto, mi opinión era importante. La mujer se lo creyó al principio, pero Bernhard y yo nos reímos tanto que empezó a sospechar. Bernhard dejó caer la taza de café y se rompió. Se azaró mucho y pidió abundantes excusas.

—No importa —aseguró la mujer, como si Bernhard fuera un empleado al que su torpeza le pudiera valer un rapapolvo—, tengo más.

Luego fuimos a la sección de juguetes. Bernhard me dijo que ni él ni su tío permitían la venta de juguetes de guerra y pistolas en Landauers. Hacia poco que habían tenido una discusión en una reunión de directivos a propósito de unos tanques de juguete, y Bernhard había conseguido salirse con la suya.

—Aunque, la verdad, me parece que es hilar muy fino —añadió sombríamente, cogiendo un tractor de juguete con ruedas de oruga.

Luego me enseñó una sala en la que los niños podían jugar mientras las madres hacían sus compras. Una niñera uniformada ayudaba a dos críos a construir un castillo con ladrillos de corcho.

—Fíjese —dijo Bernhard— que la filantropía está combinada con la propaganda. Ahí enfrente exhibimos sombreros muy bonitos y bastante baratos. Las madres, al traer a sus niños, caen inmediatamente en la tentación… Temo que nos considere usted desoladoramente materialistas.

Pregunté por qué no había una sección de libros.

—Porque no nos atrevemos. Mi tío sabe que me pasaría en ella todo el día.

Me fijé que en todos los departamentos había un soporte con una hilera de bombillas de colores, roja, azul, verde y amarilla. Pregunté para qué eran y Bernhard me explicó que cada una de las luces correspondían a un jefe de la empresa.

—Yo soy la luz azul. Tal vez sea simbólico, hasta cierto punto.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle qué quería decir, la luz azul que estábamos mirando empezó a parpadear. Bernhard se dirigió al teléfono más próximo: alguien quería verle en su despacho. Nos despedimos. Antes de salir, me compré un par de calcetines.

Bernhard y yo nos vimos bastante durante los primeros meses del invierno. Pero no creo que llegara a conocerle enteramente, a pesar de las muchas veladas que pasamos juntos. Su rostro impasible y fatigado, bajo la luz tamizada de la pantalla —mientras la voz se complacía en relatar escenas y anécdotas divertidas —, seguía siendo remoto. Una vez me contó una comida que había tenido con unos amigos suyos, judíos ortodoxos. Mientras hablaban, Bernhard dijo.

—Ah, ¿conque vamos a comer hoy fuera? ¡Qué bien! La temperatura es muy buena todavía en esta época del año, ¿verdad? Y tienen ustedes un jardín tan agradable…

De pronto, tuvo la impresión de que sus anfitriones le miraban de una manera un tanto hosca. Se acordó, horrorizado, de que era la Fiesta de los Tabernáculos.

Me reí. Me estaba divirtiendo. Bernhard narraba con mucha gracia. No obstante, no podía librarme de un cierto sentimiento de impaciencia. ¿Por qué me trata como a un niño?, pensé. Nos trata a todos como si fuéramos niños… sus tíos, Natalia, y yo. Nos cuenta cuentos. Claro que es simpático y encantador… pero sus gestos, cuando ofrece un vaso de vino, un cigarrillo, tienen la arrogante humildad del oriental. Nunca dice lo que piensa y siente en realidad. Y me desprecia por no saberlo. Nunca me dirá nada de sí mismo o de las cosas que le importan. Y precisamente porque yo no soy como él, porque soy el polo opuesto y compartiría felizmente mis ideas y mis sensaciones con cuarenta millones de personas, suponiendo que les interesase, en parte admiro a Bernhard y en parte le detesto.

Raras veces llegamos a comentar la situación política en Alemania, pero una noche Bernhard me contó una historia de la guerra civil. Un estudiante amigo suyo había venido a verle. Estaba nervioso y no quería sentarse. Al cabo de un rato le confesó que le habían ordenado recoger un mensaje en el edificio de la redacción de un periódico que estaba sitiado por la policía. Para llegar hasta allí tenía que gatear por los tejados, exponiéndose al fuego de las ametralladoras. Estaba claro que no sentía el menor deseo de cumplir con su misión. Bernhard le dijo que se quitase el abrigo, demasiado grueso para el calor que hacía en el cuarto, caldeado por la calefacción. El chico tenía la cara empapada en sudor. Por fin, después de muchos titubeos, acabó por quitárselo, y Bernhard vio con la consiguiente alarma que el forro tenía unos bolsillos interiores llenos de granadas de mano.

—Lo peor era —decía Bernhard— que había decidido no arriesgarse más y dejar el abrigo en mi casa. Quería llenar la bañera de agua fría y sumergir las bombas. Por fin le convencí de que sería mejor que se las llevara por la noche y las dejara caer al canal… Y así lo hizo por fin. Ahora es uno de los profesores más sobresalientes de una de nuestras universidades de provincias. Estoy seguro de que ya habrá olvidado su fuga, bastante vergonzosa, por cierto…

—¿Ha sido comunista alguna vez, Bernhard? —le pregunté.

En un segundo vi en su expresión que estaba otra vez a la defensiva. Tardó un momento en contestarme lentamente:

—No, Christopher. Mucho me temo que mi constitución no me haya procurado jamás la energía necesaria para el entusiasmo.

De nuevo tuve una sensación de molestia. Me puse nervioso.

—¿Incluso para creer en algo?

Bernhard sonrió con aire fatigado ante mi brusquedad. Mi irritación quizá le divertía.

—Tal vez… —añadiendo luego para sí—: No… no es verdad.

—¿En qué cree, entonces? —insistí amenazante.

Bernhard guardó silencio unos segundos, considerando mi pregunta, su agudo perfil inmutable, los ojos

entornados… Por fin, dijo:

—Tal vez crea en la disciplina.

—¿En la disciplina?

—¿No lo comprende, Christopher? Intentaré explicárselo… Creo en la disciplina para mí, no necesariamente para los otros. No puedo juzgar a los demás. Solo sé que para mí existen ciertos principios a los que obedezco y sin los cuales estoy perdido… ¿Le parece muy tétrico?

—No.

Es como Natalia, pensé.

—No me condene con demasiada severidad, Christopher —de nuevo, una sonrisa burlona empezó a dibujarse en los labios de Bernhard—. Recuerde que soy el producto de un cruce de razas. Después de todo hasta es posible que en mi sangre haya una gota de pura sangre prusiana. Tal vez este dedo meñique —alzó un dedo a la luz— es el dedo de un sargento prusiano, un sargento instructor… Usted, Christopher, con sus siglos de libertad anglosajona respaldándole, con su Carta Magna grabada en el corazón, no puede entender que nosotros, pobres bárbaros, necesitemos un uniforme para mantenernos tiesos.

—¿Por qué se burla siempre de mí, Bernhard?

—¡Burlarme de usted, querido Christopher! No me atrevería.

Pero quizá aquella vez se le había escapado más de lo que pensaba decirme.

Hacía tiempo que venía pensando en un posible experimento: presentar a Sally Bowles y a Natalia. Creo que sabía de antemano cuál sería el resultado. Menos mal que tuve el sentido común de no invitar al mismo tiempo a Fritz Wendel.

Estábamos citados en un café elegante de Kurfürstendamm. Natalia fue la primera en presentarse. Llegaba con un cuarto de hora de retraso, probablemente con el deseo de reservarse el privilegio de ser la última. Pero no contaba con Sally y no había tenido el valor suficiente para llegar tarde a lo grande. ¡Pobre Natalia! Había hecho todo lo posible por parecer mayor, y lo único que había conseguido era parecer vulgar. Llevaba puesto un largo vestido de calle que le sentaba fatal. Y se había plantado un sombrerito ladeado en la cabeza, parodia inconsciente del sombrero a lo paje con el que había de presentarse Sally. Pero el pelo de Natalia era demasiado rizado y el sombrero naufragaba entre sus abundantes ondas como un bote en un mar revuelto.

—¿Qué tal estoy? —preguntó nerviosamente sentándose enfrente de mí.

—Estás muy bien.

—Por favor, dime la verdad, ¿qué impresión le causaré a Sally?

—Le gustarás mucho.

—¿Cómo puedes decir eso? —Natalia estaba indignada—. ¡Todavía no puedes saberlo!

—¡Primero quieres que te dé mi opinión y luego me dices que todavía no puedo saberlo…!

—¡Imbécil! ¡No te estoy pidiendo que me eches un piropo!

—Entonces no comprendo para qué me lo has preguntado.

—Ah, ¿no? —gritó burlonamente—. ¿No lo entiendes? Pues lo siento mucho. No se puede hacer nada…

En aquel momento llegó Sally.

—Hola, cielo —exclamó, con el acento más arrullador que pudo encontrar—. Llego terriblemente tarde… ¿me perdonáis? —Se sentó afectadamente, envolviéndonos en oleadas de perfume, mientras se quitaba los guantes con un lánguido gesto de muñeca—. Acabo de hacer el amor con un productor judío, un viejo asqueroso. Espero que me dé un contrato… aunque, la verdad…

Le pegué una patada por debajo de la mesa. Sally se calló con una expresión de absurdo desfallecimiento… pero era ya demasiado tarde. Natalia se iba helando por momentos. Todo lo que yo le había dicho y dejado entrever, disculpando de antemano la conducta de Sally, se vino abajo en un segundo. Luego de una pausa glacial, Natalia me preguntó en alemán si había visto *Sous les toits de Paris*. Estaba claro que no quería darle a Sally la menor oportunidad de reírse de su inglés.

Sally metió baza antes de que yo pudiera abrir la boca. No se había azorado lo más mínimo. Ella sí la había visto y le había parecido maravillosa, ¿y no era maravilloso Prejean? ¿Nos acordábamos de la escena en que pasa un tren por el fondo mientras ellos están luchando? —El alemán de Sally era horroroso; mucho más que de costumbre— y empecé a sospechar que lo hacía deliberadamente para burlarse de Natalia.

Pasé el resto de la entrevista en agonía. Natalia apenas musitó una palabra. Sally hablaba en su horroroso alemán, llevando lo que ella creía una conversación trivial acerca de la industria inglesa del cine. Pero como para cada anécdota era necesario contar que esta era la amante del otro, que fulano se

emborrachaba, y que mengano se drogaba, la atmósfera no era precisamente de lo más agradable. Acabé por impacientarme con las dos: con Sally, por su interminable y estúpida charla pornográfica, y con Natalia por su mojigatería. Al fin, después de lo que me pareció una eternidad —en realidad apenas había durado más de veinte minutos— Natalia anunció que tenía que marcharse.

—¡Dios mío, yo también! —gritó Sally en inglés—. Chris, cielo, me llevas hasta el Eden, ¿verdad?

Miré cobardemente a Natalia, tratando de hacerle comprender mi desamparo. Demasiado sabía que iba a considerarlo como una prueba de lealtad, y acababa de defraudarla. Natalia me miró sin compasión. Sus facciones eran impenetrables. No cabía la menor duda de que estaba hecha un basilisco.

—¿Cuándo te veré? —me aventuré a preguntar.

—No lo sé —contestó… y se marchó Kurfürstendamm abajo como si en su vida fuera a ponernos los ojos encima otra vez.

Solo teníamos que andar unas pocas manzanas, pero Sally se empeñó en coger un taxi. Dijo que no estaba bien llegar al Eden a pie.

—No le he gustado a esa chica, ¿verdad? —comentó por el camino.

—No, Sally, no mucho.

—No sé por qué… Hice todo lo que pude para caerle simpática.

—Si eso es lo que tú llamas caer simpática… —me reí, a pesar de mi enfado.

—Bueno, ¿qué es lo que tendría que haber hecho?

—Sería mejor que preguntaras qué es lo que no tendrías que haber hecho… ¿No puedes hablar de otra cosa que no sean adulterios?

—La gente me tiene que tomar como soy —dijo Sally con petulancia.

—¿Uñas incluidas? —Natalia no había dejado de fijarse en ellas, una y otra vez, con horrorizada fascinación.

Sally rio.

—Precisamente hoy no me he pintado las uñas de los pies.

—Pero Sally, ¿es que también te las pintas?

—Naturalmente que sí.

—Pero, ¿por qué demonios? Pero si nadie… —rectifiqué—, casi nadie las va a ver…

Sally rio engreída.

—Ya lo sé, cielo… pero me hace sentirme tan maravillosamente sensual…

Mi relación con Natalia empezó a declinar a partir de aquel encuentro, aunque nunca hubo entre nosotros una abierta discusión, ni mucho menos una franca ruptura. Volvimos a vernos a los tres o cuatro días. En seguida me di cuenta del cambio de temperatura. Hablamos, como siempre, de arte, de música, de libros… evitando cautelosamente cualquier tema personal. Paseamos por el Tiergarten cerca de una hora. Natalia me preguntó con brusquedad:

—¿Te gusta mucho Sally Bowles?

Sus ojos, fijos en el sendero cubierto de hojas secas, sonreían maliciosos.

—Claro… Vamos a casarnos muy pronto.

—Imbécil.

Seguimos andando en silencio.

—¿Sabes —dijo de pronto, como si acabara de hacer un sorprendente descubrimiento—, que no me gusta tu Sally Bowles?

—Ya lo sé.

Había conseguido ofenderla…

—¿No te importa lo que pienso?

—En absoluto —sonreí burlonamente.

—Solo te importa tu Sally Bowles, ¿verdad?

—Me importa muchísimo.

Natalia enrojeció, y se mordió los labios. Estaba frenética.

—Un día te darás cuenta de que tengo razón.

—No me cabe la menor duda.

Durante el regreso no nos dijimos ni una palabra. Al llegar al portal me preguntó, como siempre:

—¿Por qué no me llamas cualquier día… —hizo una pausa para preparar el efecto—; si te deja tu Sally Bowles?

Me reí.

—Me deje o no me deje, te llamaré muy pronto. —Natalia me dio con la puerta en las narices.

No cumplí mi palabra. Pasó un mes antes de que me decidiera a marcar el número de Natalia. No es que no pensara en llamarla algunas veces, pero me daba pereza. Cuando por fin nos vimos, la temperatura había bajado unos cuantos grados más. Ya casi parecíamos simples conocidos. Por lo visto, Natalia estaba convencida de que Sally era mi amante. Y yo no veía la necesidad de sacarla de su error; habría tenido que tener con ella una conversación demasiado larga y demasiado íntima y, francamente, no me sentía con ánimos. Además, es seguro que mis explicaciones la habrían dejado un poco más escandalizada y bastante más celosa. No creo que Natalia pensase jamás en mí como un posible enamorado, pero lo cierto es que había empezado a comportarse conmigo como una hermana mayor algo mandona. Y era precisamente ese papel el que Sally le había robado. Era una pena pero, después de todo, las cosas estaban mejor así. Seguí el juego, contestando a sus indirectas con alguna que otra insinuación de felicidad conyugal: «Esta mañana, mientras desayunábamos…» o «¿Te gusta esta corbata? Me la eligió Sally». La pobre Natalia las recibía en profundo silencio. Como tantas otras veces, me sentía culpable y odioso. Nos volvimos a ver dos veces más. Luego, a finales de febrero la volví a llamar y me dijeron que estaba en el extranjero.

También estuve bastante tiempo sin ver a Bernhard. Por eso me sorprendió oír su voz por teléfono una mañana. Me preguntó si quería «salir al campo» y pasar la noche fuera. Lo decía con un cierto misterio. Cuando quise sonsacarle a dónde íbamos y a qué, se echó a reír.

Me vino a buscar a las ocho en un enorme coche cerrado con chófer. El coche, según me dijo Bernhard, pertenecía a la firma. Era típico, pensé, de la sencillez patriarcal con que vivían los padres de Natalia que ni siquiera dispusieran de coche particular. Bernhard parecía incluso excusarse por la existencia de aquel. Era una sencillez complicada, la negación de una negación. Sus raíces se adentraban en la espantosa y culpable conciencia de poseer. Dios mío, pensé, ¿cuándo llegaré al fondo de esta gente? ¿Cuándo llegaré a entenderles? El mero hecho de pensar en el modo de ser de los Landauer me dejaba un sentimiento de total y derrotada fatiga.

—¿Está cansado? —me preguntó solícito.

—Oh, no —intenté animarme—, en absoluto.

—¿No le importa si vamos antes a casa de un amigo? Hay alguien que quiere venir con nosotros. Espero que no le importe…

—No, claro que no —respondí cortésmente.

—Es muy tranquilo. Se trata de un viejo amigo de la familia.

Bernhard parecía divertirse mucho por una razón que yo no acababa de entender. Sonrió silenciosamente.

El coche se detuvo ante una villa en la Fasanenstrasse. Bernhard llamó a la puerta y entró, para reaparecer al cabo de unos segundos con un skye terrier en los brazos. Me reí.

—Es usted excesivamente educado —dijo Bernhard sonriendo—. De todas formas, creo haber notado cierta impaciencia en usted… ¿Estoy en lo cierto?

—Quizá…

—Me pregunto qué es lo que usted esperaba. ¿Tal vez un viejo aburrido? —Bernhard acarició al terrier —. Me temo, Christopher, que es usted demasiado educado, incluso para confesármelo ahora.

El coche aminoró la velocidad y se detuvo en la casilla de peaje de la carretera AVUS.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. Me gustaría saberlo. Bernhard sonrió con su blanda sonrisa oriental.

—Qué misterioso soy, ¿verdad?

—Mucho.

—Ir hacia la noche, sin saber a dónde, debe ser una experiencia maravillosa para usted. Si le digo que vamos a París, o a Madrid, o a Moscú, desaparecería el misterio y habría perdido usted la mitad del placer… ¿Sabe, Christopher, que le envidio por no saber a dónde vamos?

—Es una forma de considerar el asunto, desde luego… Pero, de todas formas, sé que no vamos a Moscú. Vamos en dirección contraria.

Bernhard rio.

—Es usted tan inglés a veces, Christopher… No sé si se da usted cuenta.

—Creo que es usted el que me hace sentir inglés —contesté. Luego temí que mi respuesta hubiera sido un poco ofensiva. Bernhard pareció darse cuenta de mi temor.

—¿Debo tomarlo como una gentileza o como un reproche?

—Como una gentileza, naturalmente.

El coche rodaba por la negra AVUS entre la inmensa oscuridad del campo invernal. Enormes signos

fosforescentes destellaban un momento al resplandor de los faros para extinguirse luego igual que una cerilla. Berlín era ya un fulgor rojizo detrás de nosotros, a punto de desaparecer tras un bosque de pinos. La luz del faro de la Funkturm[3] ondeaba su rayito a través de la noche. La negra carretera corría rugiente a nuestro encuentro como si fuera hacia su destrucción. En la tapizada oscuridad del coche, Bernhard acariciaba al perro inquieto sobre sus rodillas.

—Bueno, se lo diré… Vamos a un lugar situado a la orilla del Wannsee que perteneció en otro tiempo a mi padre. Lo que llaman ustedes en inglés un *country cottage*.

—¿Un *cottage*? ¡Qué bonito!

A Bernhard pareció divertirle mi tono. Por el matiz de su voz adiviné que estaba sonriendo.

—Espero que no le parecerá demasiado incómodo.

—Me gustará mucho. Estoy seguro.

—Tal vez le parezca un poco primitivo, a primera vista… —Bernhard se sonrió—. Sin embargo, es divertido…

—Debe serlo…

Creo que de una manera inconcreta había esperado un buen hotel con luces, música y buena comida. Pensé amargamente que solo un habitante de la ciudad, decadente y supercivilizado, calificaría de «divertido» acampar en una cabaña pequeña y húmeda en medio de la noche invernal. Y qué típico resultaba que me condujera a esa cabaña en un coche de lujo. ¿Y dónde iba a dormir el chófer? Probablemente, en el mejor hotel de Potsdam… Al pasar las luces de la casilla de peaje, al final de la Avus, vi que Bernhard seguía sonriendo.

El coche torció a la derecha, cuesta abajo, por una carretera flanqueada de árboles. Se sentía la proximidad del gran lago, oculto tras el bosque, a mano izquierda. Apenas me di cuenta de que la carretera había expirado en una verja y un camino particular. Por fin, nos detuvimos ante la puerta de una gran mansión.

—¿Dónde estamos? —pregunté, suponiendo que teníamos que recoger a alguien más… quizá otro terrier.

Bernhard rio alegremente.

—Querido Christopher, ya hemos llegado a nuestro destino. ¡Salga!

Un criado con una chaquetilla rayada nos abrió la puerta. Saltamos del coche tras el perro. Bernhard me guio a través del *hall* poniéndome la mano en el hombro al subir las escaleras. Observé la suntuosa alfombra y los grabados enmarcados. Después abrió la puerta de un lujoso dormitorio rosa y blanco, con un grueso edredón de seda sobre la cama. Más allá estaba el cuarto de baño, plateado y reluciente, con esponjosas toallas blancas.

Bernhard sonrió.

—¡Pobre Christopher! ¡Me temo que le haya decepcionado nuestra cabaña! ¿No le parecerá demasiado ostentosa y demasiado grande? Usted que esperaba darse el gusto de dormir en el suelo entre escarabajos…

El recuerdo de aquella broma nos rondó durante toda la cena. Cada vez que el criado servía un nuevo plato en fuente de plata, Bernhard me miraba de reojo y sonreía maliciosamente. El comedor era de un barroco contenido, elegante, pero sin ningún sabor. Le pregunté cuándo se había construido aquella casa.

—Mi padre la construyó en 1904. Quería que se pareciera lo más posible a una casa inglesa. Mi madre era inglesa…

Después de cenar salimos a pasear al jardín, en la oscuridad. El viento, subiendo desde el lago, soplaba entre los árboles. Seguí a Bernhard, tropezando con el terrier, que no hacía más que correr entre mis piernas. Bajamos unos peldaños de piedra que desembocaban en un embarcadero. La oscura superficie del lago se rizaba de olas. Más allá, en dirección a Potsdam, unas cuantas luces diseminadas se reflejaban en el agua negra como colas de cometas. Un desmantelado farol de gas golpeaba el parapeto, mecido por el viento. Bajo nosotros, las olas se estrellaban, blandas y húmedas, contra la piedra invisible.

—Cuando era niño solía bajar esta escalera en invierno y estarme aquí horas enteras… —empezó Bernhard. Hablaba en un tono tan bajo, que a duras penas podía oír lo que decía. Ni siquiera su cara me era visible: estaba mirando hacia el otro lado, más allá del lago. De vez en cuando sus palabras sonaban más claras, como si fuera el viento quien hablase—. Era durante la guerra. Mi hermano mayor murió nada más empezar… Más tarde, algunos rivales comerciales de mi padre empezaron a hacer propaganda en contra suya, solo porque mi madre era inglesa. Lo que pretendían es que nadie viniese a vernos. Llegaron a rumorear que éramos espías. Al final, ni siquiera los comerciantes locales llamaban a la puerta… Resulta ridículo, si no fuera terrible, que los seres humanos puedan encerrar tanta maldad…

Me estremecí mientras escudriñaba la oscuridad sobre el agua. Hacía frío. La voz de Bernhard, suave y

educada, seguía sonando en mi oído.

—Me quedaba de pie aquí, en las noches de invierno y me imaginaba que yo era el único ser humano en el mundo. Supongo que debí de ser un chico raro… Nunca me llevé bien con los demás, aunque hacía todo lo posible por ser popular y tener amigos. Tal vez ese fuera mi error… tenía demasiadas ganas de tener amigos. Los chicos se daban cuenta y se volvían crueles. De una manera objetiva, no me es difícil comprender su reacción. Quizá yo mismo, en otras circunstancias, me habría comportado igual. Es difícil saberlo… Pero soportar aquello en el colegio era como soportar una tortura china… Tal vez comprenda ahora por qué me gustaba bajar aquí por la noche y estar solo. Además, estábamos en guerra… Por aquel entonces yo creía que la guerra podía durar diez, quince, hasta veinte años más. Sabía de antemano que incluso yo mismo sería llamado a filas. Es curioso, pero no recuerdo en absoluto haber experimentado sensación de miedo. Lo aceptaba sin reparos. Me parecía completamente natural tener que morir. Supongo que esa era la mentalidad de todo el mundo durante la guerra. Aunque creo que en mi caso había algo típicamente semita en mi actitud… Es muy difícil hablar imparcialmente de eso. A veces, uno se resiste a admitir ciertas cosas, por la simple razón de que repugnan a la propia autoestima…

Volvimos lentamente y empezamos a remontar la ladera del jardín. De vez en cuando, oíamos el jadeo del terrier persiguiendo algo en la oscuridad. Bernhard prosiguió con voz vacilante, rebuscando las palabras:

—Después de la muerte de mi hermano, mi madre casi no salió de la casa. Supongo que quería olvidarse de que existía Alemania. Empezó a estudiar hebreo y a dedicar todo su tiempo a la historia y la literatura judías. Tal vez sea esa una frase sintomática de la experiencia judía… ese volver la espalda a la cultura y las tradiciones europeas. Yo mismo me doy cuenta de ello a veces… recuerdo a mi madre paseando por la casa como una sonámbula. El tiempo que estaba sin estudiar se lo pasaba lamentándose. Lo terrible es que se estaba muriendo de cáncer… En cuanto supo qué era lo que tenía, se negó terminantemente a recibir a un médico. La aterrorizaba la idea de sufrir una operación… Al final, cuando el dolor se hizo irresistible, se mató…

Habíamos llegado a la casa. Bernhard abrió una puerta encristalada. A través de un pequeño invernadero llegamos a una habitación sumergida en sombras bailarinas que brotaban de una chimenea estilo inglés. Bernhard encendió tantas luces que me cegó.

—¿Es necesaria tanta luz? —pregunté—. Me parece mucho mejor la luz del fuego.

—¿Le parece mejor? —Bernhard sonrió débilmente—. A mí también… Pensé que a lo mejor prefería usted la luz eléctrica.

—¿Por qué demonios tiene que gustarme más?

Su tono me hizo desconfiar.

—No sé. Sencillamente, forma parte de la idea que tengo de usted. Qué idiota soy…

Bernhard se estaba burlando. No contesté. Se levantó y apagó todas las lámparas, excepto una pequeña situada en una mesa a mi lado. Hubo un largo silencio.

—¿Le gustaría oír la radio?

Esta vez su tono me hizo reír.

—No hace falta que haga nada para distraerme. Soy completamente feliz junto al fuego.

—Me alegro… Qué estúpido soy… Tenía la impresión contraria.

—¿Qué quiere decir?

—Me temía que se estuviera usted aburriendo…

—¡Claro que no! ¡Qué tontería!

—Es usted muy amable, Christopher. Es usted siempre muy amable. Pero puedo leer en sus ojos lo que está pensando… —nunca había oído a Bernhard hablar en aquel tono: era casi hostil—. Se está usted preguntando por qué le he traído a esta casa. Y sobre todo, se está usted preguntando por qué le he contado todo lo que acabo de contarle.

—Me alegro mucho de que me lo haya contado.

—No, Christopher, no es verdad. Está usted un poco sorprendido. Usted cree que esas cosas no deben contarse jamás. Mi sentimentalismo judío repugna un poco a su educación inglesa… Se halaga usted mismo creyéndose un hombre de mundo, pero su formación es demasiado rígida para soportar ciertas formas de debilidad. Cree que la gente no debería hablar como yo lo he hecho. No es correcto.

—Bernhard, está usted diciendo tonterías.

—¿Usted cree? Tal vez… Aunque yo no estoy de acuerdo. No importa… Ya que quiere usted saberlo, le voy a decir por qué le he traído… Quería hacer un experimento.

—¿Un experimento? ¿Quiere usted decir conmigo?

—No. Un experimento conmigo mismo. Es decir… durante diez años jamás he hablado a un ser humano en la forma en que le he hablado a usted esta noche… Dudo de que pueda usted ponerse en mi lugar… entender lo que quiero decir. Y esta noche… Tal vez sea imposible explicarlo, después de todo… Deje que se lo exponga de otro modo. Le traigo aquí, a esta casa que no representa nada para usted. No tiene usted ningún motivo para sentirse deprimido por el pasado. Entonces, yo voy y le cuento mi historia… Es posible que así, de esta forma, pueda uno librarse de sus fantasmas… Ya sé que me estoy expresando muy mal. Le parece muy absurdo lo que le estoy diciendo, ¿verdad?

—Ni lo más mínimo… Pero ¿por qué me ha elegido a mí para su experimento?

—¡Qué forma tan dura tiene de decir eso, Christopher! ¡Cuánto me debe despreciar!

—No, Bernhard, no. Precisamente estoy pensando en cuánto debe usted despreciarme a mí… A veces me pregunto por qué me trata. Incluso llego a creer que me detesta y que en lo que hace y dice se esfuerza a veces por demostrármelo. Y, sin embargo, por otro lado, también pienso que no es así. De otro modo, no me llamaría usted tan a menudo para que fuera a verle… De todas formas, empiezo a cansarme de lo que usted llama sus experimentos. El de esta noche no ha sido el primero. Le fallan sus experimentos y luego se enfada usted conmigo. Déjeme decirle que eso me parece injusto… Pero lo que no puedo soportar es que me muestre usted su resentimiento adoptando ese aire de humildad burlona… En realidad es usted la persona menos humilde que he conocido en toda mi vida.

Bernhard no contestó. Encendió un cigarrillo y echó el humo por la nariz. Al cabo de un rato, dijo:

—Creo que no está usted en lo justo. Por lo menos, no del todo. Aunque parcialmente… Sí, hay algo en usted que le envidio y que me atrae mucho, pero que, al mismo tiempo, suscita mi antagonismo… Tal vez sea porque tengo algo de inglés y usted representa algo de mi propio carácter… No, tampoco es verdad… No es tan sencillo como yo quisiera… Me temo —Bernhard se pasó una mano por la frente y los ojos, con un gesto de entristecida ironía— que soy un mecanismo innecesariamente complicado.

Hubo un momento de silencio. Luego añadió:

—Le he metido en una conversación tontamente egocéntrica. Perdóneme. No tengo ningún derecho a hablarle así.

Se levantó, cruzó la habitación en silencio y encendió la radio. Al levantarse, apoyó la mano sobre mi hombro por un momento. Seguido de los primeros compases de la música, volvió a su silla enfrente del fuego, sonriendo. Era una sonrisa apacible y curiosamente agresiva. Tenía la hostilidad de algo muy antiguo. Pensé en una de las estatuillas orientales de su piso.

—Esta noche —sonrió débilmente— están retransmitiendo el último acto de *Die Meistersinger*.

—Muy interesante —dije.

Media hora más tarde, Bernhard me acompañó a mi habitación, sonriendo, mientras mantenía la mano apoyada sobre mi hombro. A la mañana siguiente, durante el desayuno, parecía cansado pero estuvo alegre y divertido. No hizo la menor alusión a la charla de la noche anterior.

Volvimos en coche a Berlín y me dejó en la esquina de la Nollendorfplatz.

—Llámeme pronto —dije.

—Naturalmente. La semana que viene.

—Y muchas gracias.

—Querido Christopher, gracias a usted por haber venido.

No volví a verle en seis meses.

Era un domingo, a principios de agosto, y se celebraba el referéndum para decidir acerca del gobierno Brüning. Estaba tumbado en mi cama, otra vez en el apartamento de Fräulein Schroeder. Hacía mucho calor. El dolor en un dedo del pie me hacía jurar: la última vez que estuve bañándome en Rügen me había cortado con un trozo de hojalata y la herida se había infectado inesperadamente y estaba llena de pus. Me alegró que Bernhard me telefoneara.

—¿Se acuerda usted de la cabaña en la orilla del Wannsee? ¿La recuerda? Me estaba preguntando si le gustaría pasar unas horas allí esta tarde… Sí, ya me ha explicado su patrona lo que le ha sucedido. Lo siento mucho… Puedo enviar el coche a buscarle. Creo que le sentaría bien escapar un rato de la ciudad. Allí podrá hacer lo que le dé la gana… incluso echarse un rato y descansar. Estará usted en libertad.

Después de comer vino a recogerme el coche. Hacía una tarde espléndida. En el camino bendije a Bernhard por su amabilidad. Aunque el chasco que me llevé al llegar no fue pequeño: el jardín de la casa estaba atestado de gente.

Me puse furioso. Es una faena que no se hace, me dije. Allí estaba, con mi ropa vieja, un pie vendado y

un bastón, en medio de un *garden-party* en todo su apogeo. Y allí estaba Bernhard, en pantalones de franela y saltando como un niño. Era increíble lo joven que parecía. Se dirigió hacia mí inclinándose sobre la balaustrada, apoyado en una mano.

—Christopher, por fin ha llegado. ¡Póngase usted cómodo!

A pesar de mis protestas me quitó la chaqueta y el sombrero. Para colmo de mala suerte, llevaba tirantes.

La mayoría de los invitados iban vestidos con elegantes pantalones de franela estilo Riviera. Con una sonrisa forzada avancé entre la gente, mientras adoptaba instintivamente ese aire de excentricidad adusta con que se defiende uno en semejantes ocasiones. Unas parejas bailaban al son de un gramófono. Dos jóvenes se estaban peleando con almohadones, jaleados por sus respectivas mujeres. La mayor parte de los concurrentes estaban echados en alfombras sobre la hierba, charlando. Todo era muy informal. Mientras, los criados y chóferes permanecían en pie a un lado y observaban con discreción los juegos de sus amos, como niñeras de aristocrática prole.

¿Qué hacían? ¿Por qué los había invitado Bernhard? ¿Intentaba exorcizar de nuevo sus fantasmas, esta vez de una manera más complicada? Llegué a la conclusión de que no, de que se trataba simplemente de una fiesta de compromiso, de esas que se dan una vez al año para todos los amigos, parientes y conocidos de la familia. El mío era un nombre más en la lista de invitados. Bueno, era idiota enfadarse. Me dispuse a divertirme, ya que estaba allí.

Entonces, con gran sorpresa, descubrí a Natalia. Llevaba un ligero vestido amarillo con mangas abullonadas y un gran sombrero de paja en la mano. Estaba tan bonita que tardé en reconocerla. Vino cordialmente a darme la bienvenida.

—Ah, Christopher. ¡Estoy tan contenta…!

—¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—En París… ¿No lo sabías? ¿De veras? Siempre esperaba carta tuya… pero no llegó nunca.

—Pero, Natalia, si no me dejaste tus señas…

—¡Claro que te las envié!

—Pues en ese caso, tampoco yo recibí tu carta… También he estado fuera.

—Ah, ¿sí? ¿Has estado fuera? Pues lo siento… no puedo hacer nada.

Nos reímos. La risa de Natalia, como todo lo demás en ella, había cambiado. Ya no era la risa severa de la estudiante que me había ordenado leer a Goethe y a Jacobsen. Y había en su rostro una permanente sonrisa feliz, casi encantada, como si estuviera todo el tiempo escuchando una música celeste, pensé. A pesar de su alegría al verme, apenas parecía atender a nuestra conversación.

—¿Y qué es lo que haces en París? ¿Estás estudiando arte como querías?

—¡Claro!

—¿Y te gusta?

—Es maravilloso.

Natalia meneó la cabeza vigorosamente. Sus ojos estaban radiantes. Sospeché en sus palabras cierto doble sentido.

—¿Está tu madre contigo?

—Sí, sí…

—¿Habéis cogido un apartamento juntas?

—Sí… —volvió a asentir con la cabeza—. Un apartamento… ¡Oh, es maravilloso!

—¿Y vuelves pronto?

—¡Ya lo creo! ¡Naturalmente!… ¡Mañana mismo!

Parecía sorprendida por mi pregunta… sorprendida de que no lo supiera todo el mundo… ¡Qué bien conocía yo aquel sentimiento! Natalia estaba enamorada.

Estuvimos hablando un rato… Natalia sonreía todo el tiempo, escuchándome como en sueños, como si no me oyera. De pronto, le entró prisa. Es muy tarde, dijo. Tenía que hacer las maletas. Me dio la mano y la vi correr alegre sobre el césped, hacia el coche que la esperaba. Se había olvidado de pedirme que le escribiera y de darme su dirección. Mientras agitaba la mano diciéndole adiós, sentí una punzada de envidia en el dedo infectado.

Después la gente joven de la familia bajó a bañarse al lago. Bernhard se bañó también. Tenía el cuerpo blanco, inocente, con el estómago redondo y un poco abultado, como el de un niño. Reía y salpicaba y gritaba más que nadie. Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando le dio por hacer aún más ruido… Era, pensé, como si me desafiase. ¿Recordaría, como yo, lo que me había dicho en aquel mismo lugar seis meses antes?

—¡Venga con nosotros, Christopher! —gritó—. ¡Le sentará bien a su dedo!

Cuando por fin salieron del agua y empezaron a secarse, él y otros muchachos se estuvieron persiguiendo bajo los árboles entre carcajadas.

A pesar de la animación de Bernhard, la fiesta no acababa de cuajar. Se había dividido en grupos y camarillas. Hasta en los momentos de mayor bullicio, una gran parte de los invitados seguía hablando de política en voz baja y en tono grave. Probablemente muchos de ellos habían venido a la fiesta para encontrarse y tratar de sus asuntos. Ni siquiera se tomaban la molestia de intervenir en la conversación general: igual hubieran podido verse en sus despachos o en sus casas.

Se hizo de noche, y una chica empezó a cantar. Cantaba en ruso, que siempre le hace a uno pensar que debe ser algo muy triste. Los criados trajeron un gran bol de sangría. Empezó a refrescar: Había millones de estrellas. En el lago inmenso, apacible, las velas seguían su ruta en zigzag a impulsos de la brisa nocturna, como si fueran fantasmas vacilantes. El gramófono seguía sonando. Tumbado sobre unos almohadones, escuchaba a un cirujano judío que sostenía que Francia no entendería nunca a Alemania porque los franceses no habían conocido nada semejante a la vida neurótica de la posguerra alemana. Una chica rio estridentemente entre un grupo de hombres. Lejos, en la ciudad, estarían en pleno escrutinio de los votos. Pensé en Natalia: se ha escapado… tal vez no demasiado pronto. Por mucho que se tarde en tomar una decisión, toda esta gente está condenada. Esta noche es el ensayo general de una catástrofe. Es como la última noche de una época.

A las diez y media la fiesta empezó a disolverse. Todos permanecíamos en el vestíbulo o cerca de la puerta principal, mientras alguien hablaba por teléfono con Berlín. Después de unos momentos de espera susurrante, el rostro tenso que escuchaba en la oscuridad se distendió en una sonrisa. El gobierno está a salvo, dijo. Algunos aplaudieron, medio irónicos pero aliviados. Me volví y encontré a Bernhard a mi lado. «El capitalismo está salvado, una vez más.» Sonreía vagamente.

Bernhard me buscó un asiento libre en un coche. Volvimos a Berlín. Al pasar por la Tauentzienstrasse se anunciaban los periódicos con las noticias del tiroteo en la Bülowplatz. Pensé en nuestra fiesta junto al lago echados en la hierba, bebiendo sangría mientras el gramófono sonaba. Y en el policía, revólver en mano subiendo a trompicones los escalones del cine, herido para caer muerto a los pies de una figura de cartón anunciando una película cómica.

Otra pausa, ocho meses esta vez. Llamé al timbre de su piso. Sí, estaba.

—¡Qué gran honor, Christopher! ¡Desgraciadamente, un honor poco frecuente!

—Sí, lo siento. He pensado muchas veces en venir a verle… No sé por qué no lo he hecho…

—¿Ha estado usted en Berlín todo este tiempo? ¿Sabe que he llamado dos veces a Fräulein Schroeder y alguien me dijo que estaba usted en Inglaterra?

—Es lo que le dije a Fräulein Schroeder. No quería que supiera que estaba en Berlín.

—Ah, ¿sí? ¿Es que se pelearon ustedes?

—Qué va, al contrario. Le dije que me iba a Inglaterra porque si no, se habría empeñado en mantenerme. Las cosas no me han ido muy bien… Pero ya se ha arreglado todo —añadí rápidamente, al observar la expresión preocupada de Bernhard.

—¿De veras? Menos mal… ¿y qué ha estado haciendo todo este tiempo?

—Vivir con una familia de cinco personas en una buhardilla de dos habitaciones en Hallesches Tor.

Bernhard sonrió.

—Caramba, Christopher… ¡qué vida tan romántica lleva!

—Me parece estupendo que le parezca romántica. A mí no.

Nos reímos los dos.

—De todas formas —dijo Bernhard—, parece que le ha ido muy bien. Es usted la viva imagen de la salud.

No pude devolver el cumplido. Nunca le había visto tan mal. Tenía la cara pálida y la expresión cansada. Su fatiga se hacía patente incluso cuando sonreía. Unas ojeras enormes y oscuras le sombreaban los ojos. El pelo parecía más escaso. Era como si tuviera diez años más.

—Y usted, ¿qué tal? —pregunté.

—Me temo que mi existencia es triste y monótona en comparación con la suya… A pesar de todo, tengo diversiones un tanto truculentas.

—¿Qué clase de diversiones?

—Esta, por ejemplo… —Bernhard fue a su mesa, cogió una cuartilla y me la tendió—. ¡Me llegó esta

mañana por correo!

Leí estas palabras escritas a máquina:

«Bernhard Landauer, ve con cuidado. Vamos a ajustar cuentas contigo, tu tío y todos los asquerosos judíos. Os damos veinticuatro horas para dejar Alemania. Si no, sois hombres muertos.»

Bernhard rio.

—Sedientos de sangre, ¿no?

—Es increíble… ¿Quién cree que puede habérsela enviado?

—Algún empleado despedido, quizá. O algún bromista. O un loco. O algún exaltado colegial nazi.

—¿Qué piensa hacer?

—Nada.

—¿Por qué no se lo dice a la policía?

—Querido Christopher, la policía se cansaría en seguida de atender estas tonterías. Recibimos tres o cuatro cada semana.

—Es lo mismo. Esta carta puede ir en serio… Los nazis escriben como colegiales, pero son capaces de todo. Precisamente por eso son tan peligrosos. La gente se ríe de ellos y luego será demasiado tarde…

Bernhard sonrió cansadamente.

—Le agradezco mucho que se preocupe por mí. Pero no vale la pena. Mi existencia no es tan importante ni para mí ni para los demás, como para que tengan que protegerme las fuerzas de la ley… En cuanto a mi tío, está en Varsovia ahora…

Me di cuenta de que quería cambiar de tema.

—¿Sabe algo de Natalia y de Frau Landauer?

—¡Oh, sí, claro que sí! Natalia se ha casado. ¿No lo sabía? Con un chico francés, médico… Me han dicho que son muy felices.

—Me alegro mucho.

—Sí… Es agradable saber que los amigos de uno son felices, ¿verdad? —Bernhard cruzó la habitación y tiró el anónimo a la papelera—. Sobre todo cuando viven en otro país… —sonrió tristemente.

—¿Qué cree que va a ocurrir en Alemania? —pregunté—. ¿Habrá un golpe de estado nazi o una revolución comunista?

Bernhard rio.

—¡Veo que no ha perdido nada de su entusiasmo! Ojalá que esa cuestión me pareciera a mí tan importante como le parece a usted…

«Ya verá si le va a parecer importante un día de estos…» Las palabras me acudieron a los labios, pero me contuve. Ahora me alegro de no haber llegado a pronunciarlas.

Me limité a preguntar:

—¿Por qué?

—Porque sería una señal de que todavía hay algo sano en mí… Es natural que uno se interese por esas cosas hoy en día. Lo reconozco. Es sano. Es saludable… Y precisamente porque a mí me parece un poco irreal, un poco (por favor, no se ofenda, Christopher) trivial, me doy cuenta de que estoy perdiendo el contacto con la realidad. Y eso es muy malo, naturalmente… Uno debe conservar cierto sentido de las cosas… ¿Sabe?, a veces, cuando me siento aquí a solas, por la noche, entre estos libros y estas estatuillas, me entra una extraña sensación de irrealidad, como si solo esto fuera mi vida… Sí, incluso a veces me entra la duda de si nuestra empresa, ese enorme edificio abarrotado de mercancías desde el suelo al tejado, existe realmente, fuera de mi imaginación… Y a veces tengo la sensación desagradable de que ni yo mismo existo, como en los sueños. No cabe duda de que es algo morboso, desequilibrado… Christopher, le voy a confesar algo… Una noche me inquieté tanto pensando que Landauers no existía que cogí el teléfono y llamé a uno de los vigilantes nocturnos con un pretexto idiota, solo para cerciorarme de que estaba equivocado. Tuvimos una larga conversación, ¿comprende? ¿Cree que me estoy volviendo loco?

—No creo nada de eso… Le ocurre a cualquiera que haya tenido un exceso de trabajo.

—¿Qué le parece si me fuese de vacaciones? Un mes en Italia, ahora que empieza la primavera… Sí… recuerdo los días en que un mes de luz italiana solucionaba todos mis problemas. Pero esa droga ha perdido ya todo su poder. ¡Fíjese qué paradoja! Landauers ni siquiera existe para mí y sin embargo soy más esclavo que nunca de él. Es el castigo a una vida de sórdido materialismo. Quíteme usted el yugo de encima y me siento completamente desgraciado… ¡Ah, Christopher, ojalá mi destino le sirva de advertencia!

Sonreía y hablaba ligeramente, medio en broma. No quise seguir aquella conversación.

—¿Sabe —dije—, que ahora sí que voy de verdad a Inglaterra? Dentro de tres o cuatro días.

—Lo siento. ¿Cuánto tiempo va a estar allí?

—Probablemente todo el verano.

—¿Por fin se ha cansado de Berlín?

—Oh, no… Más bien tengo la impresión de que es Berlín quien se ha cansado de mí.

—¿Así que volverá?

—Sí, eso espero.

—Me parece, Christopher, que usted volverá siempre a Berlín. Pertenece a esta ciudad.

—Tal vez sí, en cierto sentido.

—Es curioso que la gente parezca siempre pertenecer a ciertos sitios: especialmente, a los sitios en que no han nacido… Cuando estuve por primera vez en China tuve la impresión de encontrarme como en casa, por primera vez en mi vida… Tal vez el día en que muera, el viento llevará mi alma a Pekín.

—¡Sería mucho mejor que el tren le llevara el cuerpo a Pekín lo antes posible!

Bernhard rio.

—¡Muy bien, seguiré su consejo! Pero con dos condiciones: primera, que venga usted conmigo; segunda, que salgamos esta misma noche.

—¿Habla usted en serio?

—Naturalmente que sí.

—¡Qué pena! Me habría gustado ir con usted… Desgraciadamente, todo el capital que poseo son ciento cincuenta marcos.

—No se preocupe, será usted mi invitado.

—¡Oh, Bernhard, es maravilloso! Nos detendríamos unos cuantos días en Varsovia para sacar los visados. Después a Moscú para tomar el transiberiano…

—Entonces, ¿viene?

—¿Esta noche?

Fingí recapacitar.

—Me temo que no podrá ser esta noche… Tendría que recoger antes la ropa de la lavandería… ¿Qué tal mañana?

—Mañana es demasiado tarde.

—¡Qué pena!

—¿Verdad que sí?

Nos reímos. Bernhard parecía muy divertido por la broma. Había algo excesivo en su risa, como si la situación tuviera una gracia especial que yo no hubiera captado. Todavía nos reíamos cuando me despedí de él.

Quizá soy algo lento en entender las bromas. Porque tardé casi dieciocho meses en verle la gracia a esta…, en adivinar que se trataba del último experimento de Bernhard, el más osado y el más cínico. Ahora tengo la absoluta certeza de que hablaba completamente en serio.

Cuando volví a Berlín, en el otoño de 1932, me sentí obligado a llamar a Bernhard. Una voz me dijo que estaba en viaje de negocios, en Hamburgo. Ahora me arrepiento —uno se arrepiente siempre demasiado tarde— de no haber insistido. Pero tenía tanta gente que ver, tantos alumnos, tanto que hacer, que los días pasaron y acabaron convirtiéndose en meses. Llegaron las Navidades y le envié una postal. No tuve respuesta. Seguramente estaba otra vez fuera de Berlín. Empezó el Año Nuevo.

Fue cuando la subida de Hitler, el incendio del Reichstag y la farsa de las elecciones. Me pregunté cómo estaría Bernhard. Tres veces le llamé por teléfono desde la calle —por nada del mundo hubiera querido crear complicaciones a Fräulein Schroeder inútilmente—. Por fin, una noche a principios de abril, me acerqué a su casa. El portero sacó la cabeza por la ventanilla y estuvo más suspicaz que nunca. Al principio parecía dispuesto a negar que conociera a Bernhard. Por fin, contestó rápidamente:

—Herr Landauer se ha marchado… Se ha ido de aquí.

—¿Es que se ha mudado de piso? —pregunté—. ¿Me puede dar su dirección?

—Se ha ido —repitió el portero, y me cerró la ventanilla de golpe.

No me preocupé más… Llegué a la conclusión, bastante natural, de que Bernhard estaba sano y salvo en el extranjero.

La mañana del boicot a los judíos me di una vuelta por Landauers. Aparentemente todo seguía igual. Dos o tres muchachos de las SA estaban apostados en cada una de las entradas. Cada vez que se acercaba un

comprador, uno de ellos decía: «Recuerde que es un negocio judío». Los chicos parecían bastante educados, sonrientes, y bromeaban entre ellos. Los transeúntes se agolpaban en corrillos para presenciar el espectáculo… interesados, divertidos, o simplemente apáticos, sin decidirse a aprobar o no. No se veía nada de lo que pude leer luego en los periódicos: en las pequeñas ciudades, los compradores tuvieron que soportar la humillación de que les estamparan un sello en la frente y en las mejillas. En Landauers entraba bastante gente. Yo mismo me decidí a entrar, compré lo primero que vi —un rallador para nuez moscada— y volví a salir tranquilamente, balanceando mi paquetito. Uno de los chicos que estaba a la salida guiñó un ojo a un compañero y le dijo algo al oído. Recordé haberle visto una o dos veces en el Casino Alexander, cuando vivía con los Nowak.

Dejé definitivamente Berlín en mayo. Mi primera parada fue Praga; y allí precisamente, sentado una noche en un restaurante, solo, supe las últimas noticias acerca de la familia Landauer.

Dos hombres hablaban en alemán en la mesa de al lado. Uno de ellos era austríaco. El otro, no podría decir de dónde era. Reluciente y gordinflón, de unos cuarenta y cinco años, podía ser propietario de cualquier pequeño negocio en cualquier capital europea, entre Belgrado y Estocolmo. Los dos eran indudablemente prósperos, técnicamente arios y políticamente neutros. El más gordo me llamó la atención al decir:

—¿Conoces Landauers? ¿Landauers de Berlín?

El austríaco asintió.

—Claro que sí… Traté mucho con ellos en otro tiempo… Bonito edificio el que tienen… Debe haber costado bastante…

—¿Has leído los periódicos esta mañana?

—No. No he tenido tiempo… Me estoy mudando a un piso nuevo… Ya sabes… La mujer vuelve uno de estos días…

—¿Vuelve? No me digas. Ha estado en Viena, ¿no?

—Eso mismo.

—¿Lo ha pasado bien?

—¡Díselo a ella! Me ha costado lo mío, de todas formas.

—Está muy caro todo en Viena.

—Es verdad.

—La comida es muy cara.

—La comida es cara en todas partes.

—Supongo que tienes razón —el gordo empezó a hurgarse los dientes—. ¿Qué te estaba diciendo?

—Estabas hablando de Landauers.

—Ah, sí… ¿No has leído los periódicos esta mañana?

—No, no los he leído.

—Decían algo de Bernhard Landauer.

—¿Bernhard? —dijo el austriaco—. Déjame pensar… pensar… es el hijo, ¿no?

—No sé…

El gordo extrajo de entre los dientes una hebra de carne con el palillo. Empezó a mirarlo atentamente mientras lo sostenía contra la luz.

—Creo que es el hijo —dijo el austríaco—. O quizá el sobrino… No, creo que es el hijo.

—Sea el que sea —el gordo dejó caer en el plato la fibra de carne, con asco—. Ha muerto.

—No me digas.

—Un ataque al corazón —el gordo frunció el entrecejo y se llevó una mano a la boca para cubrir un eructo. Llevaba tres anillos de oro—. Eso es lo que dicen los periódicos.

—¡Ataque al corazón! —El austríaco se revolvió incómodo en su asiento—. ¡No me digas!

—Hay mucho ataque al corazón —dijo el gordo— en Alemania estos días.

El austríaco asintió.

—No puede uno creer todo lo que oye. Es verdad.

—Si me lo preguntas —dijo el gordo—, cualquiera puede tener un ataque al corazón si le meten una bala dentro.

El austríaco parecía muy incómodo.

—Estos nazis —empezó.

—Van a lo suyo —el gordo parecía divertirse poniendo la carne de gallina a su amigo—. Fíjate en lo que

te digo: van a limpiar Alemania de judíos. Completamente.

El austríaco sacudió la cabeza.

—No me gusta.

—Campos de concentración —dijo el gordo encendiendo un puro—. Los meten en ellos, les hacen firmar cosas y… luego les da un ataque al corazón.

—No me gusta nada —dijo el austríaco—. Es malo para los negocios.

—Sí, todo resulta tan inseguro…

—Exactamente. Nunca sabe uno con quién está negociando —el gordo se rio. A su estilo, era más bien macabro—. Puede ser un cadáver.

El austríaco se estremeció.

—¿Qué tal el viejo, el viejo Landauer? ¿Se lo han cargado también?

—No, está perfectamente. Demasiado listo para ellos. Está en París.

—¡No me digas!

—Supongo que los nazis se apoderarán del negocio. Es lo que hacen ahora.

—Seguramente se habrá quedado en la ruina.

—¡Qué va! —El gordo sacudió desdeñosamente la ceniza del cigarro—. Ya tendrá algo escondido en algún sitio. Ya verás. Empezará con cualquier otra cosa. Estos judíos son muy listos…

—Es verdad —asintió el austríaco—. Cualquiera le pone a un judío la bota encima…

La idea pareció animarle un poco. Se iluminó su cara.

—Esto me recuerda. Sabía que tenía algo que contarte… ¿Sabes el chiste del judío y la chica que tenía una pierna de madera?

—No —el gordo sopló el puro encendido. Estaba haciendo una digestión perfecta. Se encontraba en el estado ideal para una sobremesa—. Cuenta…

Diario berlinés (Invierno, 1932-1933)

Esta noche, por vez primera este invierno, hace mucho frío. El frío glacial paraliza la ciudad en un absoluto silencio, parecido al silencio de un ardoroso mediodía de verano. En el frío parece como si la ciudad se contrajera hasta quedar reducida a un puntito negro, no mucho mayor que otros centenares de ellos, aislados y difíciles de encontrar en el enorme mapa de Europa. Fuera, en la oscuridad, más allá de los últimos bloques de viviendas, donde las calles terminan en jardines recién parcelados, rígidos de escarcha, está la llanura prusiana. Uno casi la siente esta noche, agazapada al acecho de la ciudad, como la yerma y desamparada inmensidad de un océano salpicada de negros matorrales, lagos helados y diminutos pueblos con nombres extranjeros que recuerdan batallas de guerras medio olvidadas. Berlín es un esqueleto entumecido: es mi propio y dolorido esqueleto. Yo siento en los huesos la herida aguda del hielo en las estructuras del ferrocarril aéreo, en la rejería de los balcones, en los puentes, en los tendidos del tranvía, en las farolas y en los urinarios. El hierro late y se crispa, la piedra y el ladrillo duelen sordos, el yeso se resiente.

Berlín tiene dos centros: uno es el enjambre de hoteles caros, bares, cines y tiendas que se agrupa alrededor del Templo Conmemorativo, chispeante haz de luces como un diamante falso en la penumbra dudosa de la ciudad; el otro, ese estudiado conjunto de edificios públicos cuidadosamente dispuestos alrededor de Unter den Linden, copias de copias de todos los grandes estilos, indicativos emblemas de nuestra dignidad de capital: el parlamento, un par de museos, el banco nacional, la catedral, la ópera, una docena de embajadas, un arco triunfal. No falta nada. Todo tan pomposo, tan correcto, menos la catedral, cuya arquitectura traiciona un destello de esa reprimida histeria que siempre espejea tras los graves muros grises de una fachada prusiana. Avasallada por su absurda cúpula, resulta a primera vista tan inmediatamente grotesca que uno se sorprende bautizándola con algún nombre disparatado: Iglesia de la Consunción Inmaculada.

Pero el verdadero corazón de Berlín está en un bosquecillo negro y húmedo —el Tiergarten—. En estos meses del año el frío expulsa de sus diminutos y desamparados pueblos a los mozos campesinos y los empuja hacia la ciudad, en busca de comida y trabajo. Y la ciudad, que invitadoramente centellea al fondo de la noche, sobre la llanura, es fría y cruel y está muerta. Su llamada es una ilusión, un espejismo en el desierto invernizo. No acoge a estos mozos. No tiene nada que darles. El frío les hace huir de sus calles y refugiarse en el bosquecillo, que es su corazón cruel. Allí se acurrucan sobre los bancos, a helarse y morir de hambre, mientras sueñan con la lumbre lejana de su casa en el pueblo.

Fräulein Schroeder detesta el frío. Arropada en su chaquetón de terciopelo ribeteado de piel, se sienta en un rincón y apoya en la estufa los pies embutidos en gruesas zapatillas. A veces fuma, a veces bebe un sorbo de té, pero la mayor parte del tiempo se le va en estar sentada con la mirada fija en los azulejos de la estufa, en una especie de letargo invernal. Además se siente sola. Fräulein Mayr está de gira en Holanda, así que no tiene a nadie a quien hablar más que a Bobby y a mí.

Y Bobby ha caído en la más completa desgracia. No solo está sin trabajo y con tres meses de atraso en la pensión, sino que Fräulein Schroeder tiene fundadas sospechas de que le quita dinero del bolso.

—Sabe usted, Herr Issyvoo —me dice—, que no me extrañaría nada que aquellos cincuenta marcos de Fräulein Kost los robase él… Bien capaz es, el muy sinvergüenza. Y pensar que he podido estar tan equivocada. Créame usted, Herr Issyvoo, que le trataba como un hijo, y así lo agradece. Dice que me pagará hasta el último céntimo cuando empiece a trabajar de barman en el Lady Windermere… *Cuando* empiece…

Y Fräulein Schroeder musita sarcástica:

—La semana sin jueves, digo yo…

Bobby ha perdido su antiguo cuarto y ahora vive confinado en el «pabellón sueco». Debe hacer un frío horrible, ahí arriba. A veces aparece verdaderamente lívido. Ha cambiado mucho durante el último año; su pelo es más escaso, sus ropas más dudosas, su descaro más retador, casi patético. La gente como Bobby no tiene existencia fuera de su empleo, y si se les quita dejan prácticamente de existir. A veces aparece en el cuarto de estar, con las manos en los bolsillos, sin afeitar, y merodea alrededor nuestro silboteando una musiquilla —las melodías que silba ya no están de moda—. Fräulein Schroeder le dirige de vez en cuando la palabra, como quien arroja un mendrugo, pero no le mira ni le hace sitio junto a la estufa. Las cosquillas y las palmadas en el trasero son cosa del pasado.

Ayer, cuando yo estaba fuera, vino a vernos Fräulein Kost. Cuando volví, Fräulein Schroeder aún estaba excitada.

—Figúrese, Herr Issyvoo. No la hubiese reconocido. Si parece una verdadera señora. Su amigo japonés le ha comprado un abrigo de piel: de piel auténtica, que ya me gustaría saber qué le ha costado. Y zapatos de piel de serpiente. Bueno, bueno, supongo que los tiene bien ganados. Si ese es el único negocio que todavía marcha, hoy en día… Estoy viendo que yo también tendré que dedicarme a eso.

Pero por mucho sarcasmo que afectase a costa de Fräulein Kost, me di cuenta de que Fräulein Schroeder estaba muy impresionada, y no desfavorablemente. No tanto por el abrigo de piel y los zapatos, sino por algo más importante —verdadero símbolo de la respetabilidad en el mundo de Fräulein Schroeder—, y es que le han hecho una operación en una clínica particular.

—No. No lo que usted imagina, Herr Issyvoo. Algo en la garganta. Y su amigo pagó eso también, claro… Figúrese usted, el médico le quitó algo dentro de la nariz; ahora se puede llenar la boca de agua y echarla por las narices, igual que una lavativa. Si no lo veo no lo creo. Palabra de honor, Herr Issyvoo, que lanzaba el agua de un lado de la cocina al otro. Y no puede negarse que ha mejorado mucho, desde que vivía aquí… No me extrañaría que un día de estos acabase casándose con un director de banco. Sí, sí. Recuerde lo que le digo: esa chica llegará lejos…

Herr Krampf, un joven ingeniero alumno mío, me habla de su infancia en los años de la guerra y la inflación. Dice que en los últimos meses de la guerra desaparecían las correas de las ventanillas de los trenes: la gente las cortaba para vender el cuero. Y que se veían hombres y mujeres vestidos con las tapicerías de los departamentos. Un grupo de amigos suyos del colegio entró en una fábrica una noche y se llevó todas las correas transmisoras. Todos robaban. Todos vendían lo que tuviesen para vender —incluidos ellos mismos—. Un chico de catorce, compañero de clase de Krampf, vendía cocaína por las calles, a la salida del colegio. Los labradores y los carniceros eran omnipotentes. Si uno quería conseguir verduras o carne tenía que plegarse a sus menores caprichos. La familia Krampf conocía a un carnicero, en un pueblecillo cerca de Berlín, que siempre disponía de carne. Pero el tipo tenía una particular perversión sexual: le gustaba pellizcar y dar cachetes en las mejillas de una niña o de una mujer bien educada y fina. La posibilidad de humillar a una señora como Frau Krampf le excitaba enormemente, y si no le daban ese gusto se negaba en redondo a servir carne. Cada domingo, la madre de Krampf acudía al pueblo, en compañía de sus hijos, a ofrecer dócilmente sus mejillas a cambio de un trozo de ternera.

Al final de la Potsdamerstrasse hay un ferial con tiovivos, columpios y atracciones. Una de las mayores es una caseta donde hay combates de grecorromana y boxeo. Se paga y se entra, se ven tres o cuatro combates y después el árbitro anuncia que si se quiere ver más hay que pagar diez pfennigs de suplemento. Uno de los luchadores es un hombre calvo y tripudo: lleva unos pantalones de lienzo arremangados, lo mismo que un bañero. Su adversario viste mallas negras y unas rodilleras de cuero que podrían haber pertenecido al caballo viejo de un simón. Los luchadores se derriban el uno al otro siempre que pueden y se contorsionan en el aire para divertir al público. El gordo hace siempre de perdedor, finge enfurecerse y amenaza con golpear al árbitro.

Uno de los boxeadores es un negro. Invariablemente gana. Los adversarios se golpean mutuamente con los guantes abiertos y hacen un ruido tremendo. El otro boxeador, un chico alto y bien formado, casi veinte años más joven y evidentemente más fuerte que el negro, es derribado con una facilidad ridícula. Se retuerce agónicamente sobre la lona, casi consigue levantarse a la cuenta de diez, para derrumbarse otra vez entre quejidos. Concluido el combate, el árbitro recauda otros diez pfennigs y pregunta si hay algún voluntario entre el público. Antes que nadie pueda responder, otro chico joven, que ha estado hasta ese

momento charlando y bromeando abiertamente con los luchadores, salta al ring en un abrir y cerrar de ojos, se quita la ropa y aparece vestido en calzones y botas de boxeo. El árbitro anuncia una bolsa de cinco marcos para el ganador, y esta vez el negro queda fuera de combate.

El público lo toma todo absolutamente en serio, grita animando a sus favoritos e incluso se pelea y hace apuestas. Y, sin embargo, casi todos estaban en la caseta cuando yo entré y allí seguían al marcharme. Desde el punto de vista político, la conclusión que uno saca es deprimente: a esta gente se le puede hacer creer no importa en qué o en quién.

Hoy al anochecer, pasando por la Kleiststrasse, he visto una pequeña multitud agolpada alrededor de un automóvil. Había dos chicas dentro, y en la calzada estaban dos jóvenes judíos discutiendo violentamente con un hombre rubio y corpulento, evidentemente borracho. Los judíos, según parece, recorrían la calle a poca velocidad, en busca de plan, y habían invitado a las chicas a subir al coche. Las chicas aceptaron. Pero en ese momento se había interferido el tipo rubio. Era nazi, nos dijo, y se consideraba en la obligación de defender el honor de las mujeres alemanas contra la obscena amenaza antinórdica. Los judíos, que no parecían en absoluto intimidados, contestaron decididamente al nazi que se ocupase de sus propios asuntos. Mientras tanto, las chicas aprovecharon la pelea para escurrirse fuera del coche y escapar calle abajo. El nazi intentó entonces arrastrar a uno de los judíos por el brazo, en busca del policía más próximo, pero el judío le atizó un puñetazo que lo tumbó boca arriba sobre el pavimento. Antes de que pudiera incorporarse, los dos chicos saltaron al coche y arrancaron a toda velocidad. La multitud se dispersó lentamente, entre comentarios. Muy pocos estaban abiertamente en favor del nazi y algunos defendían a los judíos, pero la mayoría se contentaba con menear dubitativamente la cabeza, mientras murmuraba: «*Allerhand!*»

Tres horas después volví a pasar por el mismo sitio. El nazi seguía de plantón allí, dispuesto a acudir una vez más en socorro de la feminidad alemana.

Ha habido carta de Fräulein Mayr y Fräulein Schroeder me ha llamado para leérmela. Dice que no le gusta Holanda. Se ha visto obligada a actuar en locales de segunda categoría en pequeñas ciudades y se queja de la falta de calefacción en los hoteles. Los holandeses, según ella, carecen de cultura y hasta ahora solo ha conocido un caballero refinado y con auténtica clase. Un viudo. El viudo le dice que es una verdadera mujer-mujer y no uno de esos chiquilicuatros de muchachitas. En testimonio de admiración por su arte le ha regalado un juego completo de ropa interior.

Además, Fräulein Mayr ha tenido dificultades con sus compañeras. En cierta ciudad una actriz rival, envidiosa de las facultades vocales de Fräulein Mayr, intentó sacarle un ojo con un alfiler de sombrero. Admiro su valor. Cuando Fräulein Mayr terminó con ella, su estado físico era tan lamentable que no pudo aparecer en escena durante una semana.

Anoche, Fritz Wendel me invitó a una vuelta por los «tugurios». Íbamos un poco en plan de despedida, porque la policía ha empezado a interesarse por esos lugares. A menudo hacen registros y toman nota de los nombres de los clientes. Incluso se habla de una limpieza general de Berlín.

Mi insistencia en visitar el Salomé, en donde nunca había entrado, le desconcertó un tanto. Fritz, en su calidad de enterado de la vida de noche, se mostró de lo más despreciativo. Ni siquiera era auténtico, me dijo. Estaba exclusivamente organizado para escándalo de provincianos.

El Salomé resultó ser muy caro y todavía más deprimente de lo que imaginaba. Unas cuantas aparatosas lesbianas y un grupo de jovencitos con las cejas depiladas revoloteaban junto al bar, y de vez en cuando prorrumpían en estentóreas carcajadas y en chillidos —simbólicos al parecer, de la risa de los réprobos—. El local entero está decorado en rojo y oro —suntuoso terciopelo carmesí y enormes espejos dorado. Estaba lleno. El público se componía sobre todo de respetables hombres de negocios y sus familias, a quienes se oía exclamar con benevolente asombro: «¿Pero de verdad?» «¡Jamás lo hubiera imaginado!» Nos marchamos a mitad del espectáculo, en el momento en que un jovencito en crinolina y sostenes bordados de pedrería ejecutaba penosa y eficientemente tres *écarts*.

A la salida tropezamos con un grupo de norteamericanos jóvenes, muy borrachos, que dudaban si entrar o no. Les capitaneaba un tipejo rechoncho con lentes de pinza y una mandíbula desagradablemente prominente.

—Oiga usted —le preguntó a Fritz—, ¿qué hay ahí dentro?

—Hombres vestidos de mujeres —sonrió Fritz.

El pequeño americano no podía creerlo.

—¿Hombres vestidos de *mujeres*? De *mujeres*, ¿eh? ¿Quiere usted decir que es un sitio *especial*?

—La verdad es que aquí todos somos un poco especiales —declaró Fritz solemnemente y en tono siniestro.

El tipo se nos quedó mirando. Había venido corriendo y todavía jadeaba. Los otros se apretujaban azoradamente tras él, dispuestos a todo, las caras inexpresivas y boquiabiertas y un poco asustadas bajo la luz verdosa.

—¿Usted también es *especial*? —me preguntó, volviéndose de repente hacia mí.

—Sí —contesté—, muy especial.

Me miraba, jadeante, con la mandíbula caída, dudoso, como si se preguntara si debía pegarme un puñetazo. Luego dio media vuelta, prorrumpió en un viejo grito de guerra de colegio y, seguido por los otros, se precipitó de cabeza en el interior del local.

—¿Has estado en ese tugurio comunista cerca del Zoo? —me preguntó Fritz cuando salíamos del Salomé —. Creo que deberíamos ir a echar un vistazo. Después de todo, es posible que en seis meses todos llevemos camisas rojas…

Le dije que de acuerdo. Tenía curiosidad por saber en qué consistía un «tugurio comunista» para Fritz.

Era un sótano pequeño y encalado. La gente se sentaba en largos bancos de madera, tras las grandes mesas de madera desnuda. Una docena por mesa, como en un comedor de colegio. En las paredes había composiciones expresionistas, *collages* hechos con papel de periódico, naipes, marcas de cerveza, cajas de cerillas, cartones de tabaco y fotografías recortadas. El sitio estaba lleno de estudiantes, casi todos vestidos con un desaliño agresivamente político: los hombres con jerseys de marinero y pantalones sucios y con rodilleras, las chicas con blusas mal cortadas, faldas milagrosamente sostenidas por imperdibles y pañolones de colorines descuidadamente anudados al cuello. La dueña fumaba un cigarrillo y el chico que hacía de camarero se paseaba con una colilla entre los labios y daba palmadas en la espalda a los parroquianos cuando le pedían las consumiciones.

Aquello era completamente falso, simpático y alegre: uno se sentía en casa inmediatamente. Como siempre, Fritz se encontró con cantidad de amigos. Me presentó a tres: un tal Martin, un estudiante de bellas artes llamado Werner y su novia, Inge. Inge era gruesa y vivaz y llevaba un sombrerito con una pluma que le daba un cómico parecido con Enrique VIII. Mientras Inge y Werner charlaban, Martin permanecía sentado en silencio: era flaco y moreno, con cara de hacha y la sonrisa de sardónica superioridad del conspirador consciente. Luego Inge y Werner dejaron nuestra mesa para juntarse a otro grupo y Martin empezó a hablar de la próxima guerra civil. Explicó que cuando estallase, los comunistas, que tienen muy pocas ametralladoras, se apoderarían de los tejados y desde allí hostigarían a la policía con bombas de mano. Sería solo cuestión de resistir tres días, porque la flota soviética zarparía inmediatamente rumbo a Swinemünde y empezaría a desembarcar tropas. «Me paso la mayor parte del tiempo fabricando bombas», añadió Martin. Asentí sonriendo y muy azarado, porque no sabía si se estaba riendo de mí o si estaba cometiendo deliberadamente una indiscreción comprometedora. Desde luego no estaba borracho, y tampoco me pareció un loco.

En aquel momento entró un chico de dieciséis o diecisiete años sensacionalmente guapo. Se llamaba Rudi. Vestía una blusa de cosaco, calzones cortos de cuero y botas altas, y se acercó a nuestra mesa con toda la heroica prosopopeya del mensajero que regresa después de cumplir una misión desesperada. Pero no tenía ningún mensaje que transmitir. Tras el vendaval de su entrada y después de una serie de breves y marciales apretones de manos, se sentó apaciblemente a nuestro lado y pidió una taza de té.

Esta tarde he ido otra vez al café «comunista». Realmente es un fascinante mundillo de intriga y contraintriga. Su Napoleón es Martin —el siniestro hacedor de bombas—, Werner su Danton, y Rudi su Juana de Arco. Todos sospechan de todos. Martin me ha prevenido contra Werner: es «políticamente inseguro» y el verano pasado distrajo los fondos de una organización comunista juvenil. Y Werner me ha prevenido contra Martin: o es un espía nazi, o es un confidente de la policía, o está a sueldo del gobierno francés. Además, tanto Martin como Werner me han aconsejado seriamente que no me trate con Rudi, y los dos se negaron a decirme por qué.

Pero es imposible no tratarse con Rudi. Se instaló a mi lado y empezó inmediatamente a hablar —un torrente de entusiasmo—. Su palabra favorita es *knorke*:

—¡Oh, *imponente*! —Es explorador. Quería saber cómo son los *boys scouts* en Inglaterra. ¿Tienen espíritu

aventurero?

—Todos los chicos alemanes tienen espíritu aventurero. La aventura es imponente. Nuestro jefe es un tipo imponente. El año pasado fue a Laponia y vivió todo el verano en una cabaña, él solo… ¿Eres comunista?

—No. ¿Y tú?

Rudi se ofendió.

—¡Pues claro! Aquí todos somos comunistas… Te prestaré libros, si quieres… Tienes que venir a ver nuestra guarida. Es imponente… Y cantamos *Bandera Roja* y todas las canciones prohibidas… ¿Por qué no me enseñas inglés? Quiero aprender todas las lenguas.

Le pregunté si había chicas en su grupo de exploradores. A Rudi le chocó, lo mismo que si hubiera dicho una indecencia.

—Las mujeres no sirven para nada —me dijo rencorosamente—. Todo lo estropean. Y no tienen espíritu de aventura. Los hombres se entienden mucho mejor entre ellos. Tío Peter (nuestro jefe) dice que las mujeres son para estar en casa y zurcir calcetines. ¡Eso es lo suyo!

—¿Tío Peter es comunista también?

—¡Pues claro! —Rudi me dirigió una mirada suspicaz—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada —repliqué apresuradamente—. Creo que le confundía con otra persona…

Esta tarde fui a un reformatorio a visitar a uno de mis alumnos, Herr Brink, que trabaja allí de maestro: Es un hombre achaparrado, con el pelo lacio y exhausto, los ojos apacibles y la frente prominente y pesada del intelectual alemán vegetariano. Lleva sandalias y una camisa de cuello abierto. Le encontré en el gimnasio, dando clase de cultura física a un grupo de niños deficientes —los reformatorios de aquí no solo albergan delincuentes juveniles sino también deficientes mentales—. Con un cierto orgullo melancólico, me iba señalando casos: un niño heredosifilítico —que bizqueaba horriblemente—; otro, hijo de alcohólicos, que no paraba de reír. Los niños trepaban por las barras igual que monos, riéndose y parloteando, aparentemente felices.

Luego estuvimos en el taller, donde los mayores —todos ellos delincuentes convictos—, vestidos de mono azul, fabrican botas. La mayoría alzaron la cabeza y sonrieron al entrar Brink, solo unos cuantos permanecían hoscos. Y, sin embargo, me sentía incapaz de mirarles a los ojos. Avergonzado y horriblemente culpable, me pareció, en aquel momento, como si yo fuese el único representante de sus carceleros, de la sociedad burguesa. Me pregunté si alguno de ellos habría sido arrestado en el Casino Alexander y, en ese caso, si me habría reconocido.

Almorzamos en el saloncito de la matrona. Herr Brink se disculpó por ofrecerme la misma comida que comían los chicos —sopa de patatas con un par de salchichas y un plato de manzanas y ciruelas asadas—. Protesté que no —como sin duda se esperaba que protestase—, que estaba muy buena. Pero la idea de que los chicos comían esta, o cualquier otra comida, en aquel edificio, hizo que se me atragantara cada cucharada. La comida de las instituciones colectivas tiene siempre un sabor peculiar, quizá puramente imaginario: uno de los recuerdos más vívidos y más repugnantes de mi vida en el colegio es el olor a pan.

—He visto que no hay rejas ni puertas cerradas —dije—. Creí que todos los reformatorios las tenían… ¿No se escapan los chicos?

—Casi nunca —dijo Brink. Sus palabras parecieron hacerle positivamente infeliz y apoyó la cansada cabeza en las manos—. ¿Adónde iban a escapar? Aquí están mal. En casa estarían peor: Y la mayoría lo sabe.

—Pero ¿no hay un deseo instintivo de libertad?

—Sí, tiene usted razón. Pero los chicos lo pierden en seguida. Y el régimen de vida aquí les ayuda a perderlo. A veces pienso que en los alemanes ese deseo nunca es muy fuerte.

—¿Así que no tienen ustedes demasiadas complicaciones?

—Oh, sí. Hay veces… Hace tres meses sucedió algo espantoso. Un chico robó el abrigo de otro. Pidió permiso para ir a la ciudad (eso les está permitido) seguramente para venderlo. Pero el dueño le siguió y tuvieron una pelea. El dueño del abrigo le tiró una piedra al otro y le hirió. Y el chico, al verse herido, se ensució la herida intencionadamente, para agravarla y escapar al castigo. La herida se infectó y a los tres días murió de un envenenamiento de sangre. Cuando el otro chico lo supo cogió un cuchillo de la cocina y se mató —Brink suspiró—. A veces me desespero —añadió—. Parece como si existiera una maldad especial, una enfermedad que hoy en día lo contamina todo.

—¿Y qué es lo que puede usted hacer por esos chicos?

—Muy poco. Les enseñamos un oficio. Después intentamos buscarles trabajo, que es casi imposible. Si trabajan en esta zona pueden venir a dormir aquí por la noche… El director cree que los preceptos

cristianos pueden cambiar sus vidas. Me temo que yo no estoy de acuerdo. El problema no es tan sencillo. Me temo que la mayoría de ellos, si no encuentran trabajo, volverán a la delincuencia. Después de todo, no se puede obligar a la gente a morirse de hambre.

—¿Y no hay otra alternativa?

Brink se levantó y me llevó a la ventana.

—¿Ve usted esos dos edificios? Aquello son unos talleres industriales y aquello es la cárcel. Para los chicos de este distrito existían dos alternativas… Pero ahora los talleres han quebrado. Cerrarán la próxima semana.

Esta mañana fui al club de Rudi, que es además la oficina de la revista de los exploradores. El redactor jefe y cabeza de escuadra, tío Peter, un jovenzuelo macilento con la piel color de pergamino, vestido con una chaqueta de pana y pantalones cortos, es el ídolo de Rudi. Las pocas veces que Rudi deja de hablar es cuando tío Peter tiene algo que decir. Me enseñaron docenas de fotografías de chicos, tomadas desde abajo para darles un aspecto de gigantes de epopeya, perfilados contra enormes nubes. La revista contiene artículos sobre caza, rastreo y alimentación, escritos todos en un tono sobreexcitado, con una latente insinuación de histeria, como si las acciones descritas fueran parte integrante de un ritual erótico o religioso. Había otra media docena de chicos en la habitación, todos en estado de heroica semidesnudez, vestidos con los más sumarios pantalones cortos y las camisas o las camisetas más delgadas, aunque hace tanto frío.

Cuando terminé con las fotos, Rudi me llevó a la sala de reuniones. Largas banderas policromas, bordadas con iniciales y misteriosos emblemas totémicos, pendían de los muros. En un extremo había una mesa baja, cubierta con un tapete carmesí también bordado. Sobre la mesa unos candelabros de latón con cirios encendidos.

—Los encendemos los jueves —me explicó Rudi—, cuando celebramos nuestra asamblea. Y nos sentamos en corro en el suelo y cantamos himnos y contamos historias.

Sobre la mesa con los candelabros estaba una especie de icono: un dibujo enmarcado de un joven explorador de irreal belleza, los ojos severos fijos en la lejanía, un estandarte en la mano. El lugar aquel me hizo sentirme profundamente incómodo. Me disculpé y salí en cuanto pude.

Oído en un café: un joven nazi sentado con su novia discute el futuro del Partido. El nazi está borracho.

—Sí, sí, ya sé que ganaremos, de acuerdo —exclama impaciente—, pero no basta —y golpea la mesa con el puño—. ¡Tiene que haber sangre!

La muchacha le tranquiliza con unos golpecitos en el brazo. Está intentando llevárselo a casa.

—Pero *claro* que la habrá, cariño —le arrulla apaciguadora—, el jefe lo ha prometido.

Hoy es domingo de Navidad y las calles están atestadas de gentes que van de compras. A lo largo de la Tauentzienstrasse, hombres, mujeres y niños rebuscan postales, flores, libros de himnos, brillantina y brazaletes. Los árboles de Navidad se amontonan para la venta en la calzada central, entre las dos líneas de tranvía. Miembros de las SA uniformados hacen sonar sus huchas. En las calles laterales hay apostadas camionetas llenas de policías, porque cualquier multitud, hoy en día, puede convertirse en una manifestación política. El Ejército de Salvación ha instalado un inmenso árbol iluminado en la Wittenbergplatz, con una estrella azul, luminosa. Un grupo de estudiantes alrededor hacía comentarios sarcásticos. Reconocí entre ellos a Werner, el del café «comunista».

—¡El próximo año, para estas fechas —dijo Werner—, habrá cambiado de color! —Rio estruendosamente, estaba excitado, ligeramente histérico. Me contó que ayer lo habían pasado en grande—. Sabes, otros tres camaradas y yo decidimos organizar una manifestación en la Lonja del Trabajo, en Neukölln. Yo tenía que hablar y los otros vigilaban para que no me interrumpieran. Fuimos allí a eso de las diez y media, cuando aquello está atestado. Claro que lo teníamos todo preparado de antemano. Mis camaradas se apostaron cada uno en una puerta, para que ningún empleado pudiese escabullirse. Así que allí les teníamos, copados como conejos. Por supuesto que no podíamos impedir que telefoneasen a la policía, eso ya lo sabíamos. Contábamos con tener seis o siete minutos… Bueno, en cuanto vi que los otros tenían las puertas cubiertas me encaramé a una mesa. Me puse a vocear y no sé lo que dije, lo primero que me vino a la cabeza. El caso es que les gustó… En cosa de medio minuto estaban todos tan excitados que

llegué a asustarme. Tenía miedo que se colaran en las oficinas y linchasen a alguien. ¡Te digo que aquello era un verdadero motín! Pero justo cuando la cosa había empezado a ponerse animada subió un camarada a decirnos que la policía ya estaba allí, saliendo de la furgoneta. Así que tuvimos que salir por pies… Creo que nos habrían cogido, pero la gente estaba de nuestra parte y no les dejó pasar hasta que nosotros salimos a la calle, por la otra puerta… —Werner concluyó jadeante—: Te lo digo, Christopher, el capitalismo no puede durar mucho más. ¡El proletariado está en marcha!

Esta noche a primera hora estaba en la Bülowstrasse. Había habido un gran mitin nazi en el Sportpalast y salían de allí grupos de hombres y de jóvenes, con sus uniformes pardos y negros. Delante de mí marchaban tres tipos de las SA, cada cual con un estandarte nazi al hombro, como si fuera un fusil, la enseña enrollada al asta, que terminaba en una aguda punta de flecha.

De repente, los tres SA se encontraron de cara con un chico de diecisiete o dieciocho años, vestido de paisano, que venía a toda prisa en dirección opuesta. Oí gritar a uno de los nazis: «¡Ahí viene!», y los tres se arrojaron sobre él. Chilló y probó a zafarse, pero los otros fueron más rápidos. Le empujaron dentro del portal de una casa y en un instante estuvieron sobre él, pateándole y alanceándole con las agudas puntas metálicas de los estandartes. Ocurrió con tan increíble rapidez que apenas pude llegar a creer lo que veía: ya los tres nazis habían abandonado a su víctima y se abrían paso entre la multitud, camino de las escaleras de la estación del ferrocarril aéreo.

Otro transeúnte y yo fuimos los primeros en alcanzar el portal donde yacía el muchacho. Estaba acurrucado en un rincón, doblado sobre sí mismo, como un saco medio vacío. Le incorporamos y tuve una angustiosa visión de su rostro: el ojo izquierdo estaba casi salido de su órbita y de la herida manaba sangre a chorros. No estaba muerto. Alguien se ofreció a llevarle al hospital en un taxi.

Nos rodeaban ya docenas de espectadores. Parecían sorprendidos pero no excesivamente indignados: estos incidentes ocurren ahora a menudo. «*Allerhand…!*», murmuraban. Veinte yardas más allá, en la esquina de la Potsdamerstrasse, estaba plantado un grupo de policías armados. Con el vientre metido y el pecho sacado, las manos descansando en las pistoleras, ignoraban tranquilamente el suceso.

Werner se ha convertido en un héroe. Su fotografía apareció hace pocos días en el *Rote Fahne*. «Otra víctima de la brutalidad policial», se decía al pie. Ayer era día de Año Nuevo y fui a verle al hospital.

Parece que después de Navidades hubo una batalla callejera cerca del Stettiner Bahnhof. Werner andaba por allí, sin saber de qué se trataba. Por si acaso fuese algo político empezó a gritar: «¡Frente Rojo!» Un policía intentó detenerle y Werner le pegó un puntapié en el vientre. El policía tiró del revólver y disparó tres veces a las piernas de Werner. Luego llamó a un compañero y entre los dos le metieron en un taxi. Camino del cuartelillo, los policías le golpearon en la cabeza con sus porras hasta que se desvaneció. Lo más probable es que sea procesado cuando le den de alta.

Me lo contó muy satisfecho, sentado en la cama y rodeado de admiradores y amigos. Estaban allí Rudi e Inge; ella con su sombrero a lo Enrique VIII. Sobre el edredón de la cama había desparramados recortes de periódicos. Alguien había subrayado cuidadosamente el nombre de Werner con un trazo rojo.

Hoy, 22 de enero, los nazis habían organizado una manifestación en la Bülowplatz, delante del Edificio Karl Liebknecht. Durante la pasada semana los comunistas han estado intentando que se prohibiese; decían que era una provocación; y, en realidad, eso era. Fui allí con Frank, el corresponsal de prensa.

Como Frank dijo luego, aquello era una manifestación de policías y no una manifestación nazi —había por lo menos dos policías por cada nazi—. Es posible que el general Schleicher la haya autorizado para demostrar quiénes son los verdaderos amos de Berlín. Todo el mundo dice que va a proclamar una dictadura militar.

Pero los verdaderos amos de Berlín no son los policías, ni el ejército, ni tampoco los nazis. Los amos de Berlín son los obreros —a pesar de toda la propaganda que he escuchado y he leído, a pesar de todas las manifestaciones a que he asistido, hasta hoy no me había dado verdadera cuenta—. De los centenares de personas que poblaban las calles próximas a la Bülowplatz relativamente pocas debían ser comunistas decididos, y sin embargo uno tenía la impresión que todas ellas estaban en contra de la manifestación. Alguien rompió a cantar la *Internacional* y, en un instante, todos le corearon, incluso las mujeres asomadas a las ventanas de los pisos altos, con sus críos en brazos. Los nazis, entre un doble cordón de policías, marchaban al paso más rápido posible, escabullidos. La mayoría llevaban los ojos bajos, otros miraban inexpresivamente al frente; solo unos pocos ensayaban una sonrisa, insegura y furtiva. Cuando la columna

hubo pasado, apareció un tipo de las SA, rechoncho y ya maduro, jadeante, que se había quedado atrás y que ahora, mortalmente asustado al encontrarse solo, se esforzaba inútilmente por dar alcance a los otros. La entera multitud estalló en carcajadas.

Durante la manifestación no se permitía a nadie la entrada en la Bülowplatz. La multitud se arremolinaba dificultosamente alrededor, y las cosas empezaron a ponerse feas. Los policías, enarbolando los fusiles, nos ordenaron retroceder, y unos cuantos —los menos experimentados— se aturullaron y encararon el arma. De pronto apareció un carro blindado que empezó a hacer girar lentamente su ametralladora en nuestra dirección. Hubo una estampida hacia los portales y los cafés, pero en cuanto el carro desapareció la gente se echó otra vez a la calle, gritando y cantando. Aquello se parecía demasiado a un juego de colegiales traviesos para resultar alarmante. Frank lo pasó en grande. Corría de un lado a otro sonriente, con sus inmensos anteojos de búho y su gabán demasiado grande, como un pájaro burlón y desgarbado.

Hace una semana que escribí lo anterior. Schleicher ha dimitido. Los tipos del monóculo y la camisa dura se salieron con la suya y Hitler ha formado gobierno con Hugenberg. Nadie cree que pueda durar mucho.

Los periódicos van pareciéndose cada vez más a un boletín escolar. No traen más que nuevos castigos, nuevas reglas y listas de gentes confinadas. Esta mañana Göring ha inventado tres variedades inéditas de alta traición.

Todas las tardes voy al inmenso y medio vacío café de los artistas, junto al Templo Conmemorativo, donde los judíos y los intelectuales de izquierda inclinan las cabezas sobre los veladores de mármol para hablar en voz baja y asustada. Muchos de ellos saben que les detendrán —hoy, o mañana, o si no la semana próxima—. Todos extreman las cortesías y la solicitud, se saludan a golpe de sombrero y se preguntan por sus familias. Viejos y conocidos piques literarios son hoy cosa olvidada.

Casi diariamente los tipos de las SA aparecen por el café. A veces es una colecta y todo el mundo se siente obligado a dar algo. Otras es una detención. La otra tarde un escritor judío corrió a la cabina telefónica para avisar a la policía. Los nazis le sacaron a rastras y se lo llevaron. Nadie movió un dedo. Uno hubiera podido oír el vuelo de una mosca, mientras estaban allí.

Los corresponsales extranjeros cenan todas las noches en un pequeño restaurante italiano, donde se sientan a una gran mesa redonda, en un rincón. El local entero les mira a hurtadillas y trata de oír lo que hablan. Si viene alguien con información —detalles de un nuevo arresto, o las señas de una víctima a cuyos parientes entrevistar—, uno de los periodistas se levanta de la mesa y sale con él a dar una vuelta por la calle.

A un conocido mío, un chico comunista, le detuvieron los SA, le llevaron a su cuartel y le dieron una paliza. Después de tres o cuatro días le soltaron y volvió a casa. A la mañana siguiente llamaron a la puerta. Mi amigo, con un brazo en cabestrillo y cojeando, fue a abrir: en el descansillo estaba un nazi con una hucha. No pudo contenerse al verle.

—¿No tenéis bastante con pegarme? —chilló—. ¡Encima venís a pedirme dinero!

El nazi sonrió.

—¡Vamos, vamos, camarada! ¡Basta de politiquerías! ¡Recuerda que vivimos en el Tercer Reich! ¡Hay que ser todos hermanos y sobreponerse a esos estúpidos rencores políticos!

Esta tarde, en el salón de té ruso de la Kleiststrasse, me encontré con D. Creí estar soñando. Me saludó radiante, como siempre.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¿Qué estás haciendo aquí? —D. sonreía.

—¿Creías que me había marchado al extranjero?

—Pues claro…

—Pero si la situación actual es tan interesante…

Rompí a reír.

—Desde luego esa es una manera de ver las cosas… Pero, ¿no es muy peligrosa para ti?

D. seguía sonriendo y se volvió hacia la chica que estaba sentada con él.

—Es Mr. Isherwood… Puedes hablar tranquilamente delante de él. Odia a los nazis tanto como nosotros. ¡Mr. Isherwood es un antifascista decidido!

Se rio y me dio una palmada en la espalda. Varias personas que estaban cerca y que le habían oído

reaccionaron curiosamente. No sé si es que no podían dar crédito a sus oídos o si estaban tan asustados que no se dieron por enterados y siguieron allí, sorbiendo su té, paralizados de mudo terror. Jamás en mi vida me había sentido tan incómodo.

(La táctica de D. no era mala, después de todo. Nunca le detuvieron y dos meses más tarde pudo escapar a Holanda).

Al pasar esta mañana por la Bülowstrasse los nazis estaban saqueando las oficinas de una pequeña editorial liberal y pacifista. Habían traído un camión en el que amontonaban los libros. El chófer leía burlonamente los títulos a la multitud.

—*Nie Wieder Krieg!* —voceó mientras exhibía un volumen con el mismo gesto de asco y cautela que si se tratase de un reptil venenoso. La gente estalló en carcajadas.

—¡No más guerras! —coreó una mujer gruesa y bien vestida, con una risa de sarcasmo bestial—. ¡Vaya idea!

Uno de mis actuales alumnos es Herr N., que fue jefe de policía con el régimen de Weimar. Viene todos los días. Quiere perfeccionar su inglés porque se marcha muy pronto a Estados Unidos, en donde le han ofrecido un empleo. Lo más curioso de nuestras clases es que tienen lugar en el enorme automóvil cerrado de Herr N. mientras circulamos por las calles. Herr N. nunca sube a recogerme: envía al chófer y en cuanto yo bajo el coche arranca. A veces paramos un rato en la linde del Tiergarten y paseamos por los senderos, con el chófer siguiéndonos a respetuosa distancia.

Herr N. me habla casi siempre de su familia. Le preocupa su hijo, que está delicado de salud, y al que tiene que dejar aquí para someterse a una operación. Su mujer también está delicada: espera que el viaje no la fatigue demasiado. Me describe sus síntomas y las medicinas que toma. Me cuenta historias de la infancia de su hijo. De una manera impersonal y plena de tacto hemos acabado por intimar bastante. Herr N., que se comporta siempre con una encantadora cortesía, escucha grave y atentamente mis explicaciones gramaticales. Bajo sus palabras uno siente latir una inmensa tristeza.

Nunca hablamos de política, pero sé que Herr N. está contra los nazis y, posiblemente, en constante peligro de detención. Una mañana, pasando por Unter den Linden, adelantamos a un grupo de hinchados y estirados SA, que marchaban hablando entre ellos y cerrando la calle. Herr N. tuvo una sonrisa vaga y triste: «Uno ve cosas raras hoy en día en las calles». Fue su único comentario.

Otras veces se inclina sobre la ventanilla y contempla pasar un edificio o una plaza con una absorta fijeza, como si quisiera grabar su imagen en la memoria, mientras le dice adiós.

Mañana salgo hacia Inglaterra. Volveré dentro de unas semanas a recoger mis cosas, antes de dejar Berlín definitivamente. Fräulein Schroeder, la pobre, está inconsolable.

—Nunca encontraré otro caballero como usted, Herr Isherwood, siempre tan puntual en el pago… La verdad es que no sé por qué se marcha usted así de Berlín, tan de repente…

No serviría de nada explicárselo ni hablar de política. Ha empezado a adaptarse al nuevo régimen, lo mismo que siempre se adaptará a cualquier otro. Esta mañana incluso la oí hablar respetuosamente del «Führer» con la portera. Si alguien le recordase que en las elecciones de noviembre votó comunista lo negaría furiosa, y con perfecta buena fe. Sumisa a una ley natural, como el animal que pelecha en invierno, Fräulein Schroeder se aclimata. Miles de personas como Fräulein Schroeder están aclimatándose. Al fin y al cabo, gobierne quien gobierne, están condenados a vivir en esta ciudad.

Hoy brilla el sol y el día es tibio y suave. Sin abrigo ni sombrero, salgo a dar por última vez mi paseo matinal. Brilla el sol y Hitler es el amo de esta ciudad. Brilla el sol y docenas de amigos míos —mis alumnos del Liceo de Trabajadores, los hombres y las mujeres con quienes me encontraba en la I. A. H.— están presos, si es que no están muertos. Pero no es en ellos en quienes voy pensando: ellos, los de ideas claras, los decididos, los heroicos, que conocían y aceptaban el riesgo. Voy pensando en el pobre Rudi y en su absurda blusa cosaca. Sus imaginaciones, sus fantasías de libro de cuentos se han convertido en un juego mortalmente serio que los nazis están perfectamente dispuestos a jugar. Los nazis no se reirán de él: le tomarán exactamente por lo que pretende ser. Quizá en este mismo momento le están atormentando a

muerte.

Capto el reflejo de mi cara en la luna de un escaparate y me horroriza ver que estoy sonriendo. Imposible dejar de sonreír, con un tiempo tan hermoso… Los tranvías pasan, Kleiststrasse arriba, como siempre. Y lo mismo los transeúntes que la cúpula en forma de tetera de la estación de la Nollendorfplarz guardan un aire curiosamente familiar, un vivo parecido con algo recordado, habitual y placentero, como en una buena fotografía.

No. Ni siquiera ahora puedo creer del todo en todo lo ocurrido…

CHRISTOPHER ISHERWOOD fue un novelista y dramaturgo británico nacionalizado estadounidense. Nacido en 1904 en el seno de una familia acomodada —era hijo de un oficial del ejército británico—, recibió una esmerada formación académica, primero en la Repton School y posteriormente en el Corpus Christi College, de la Universidad de Cambridge.

Merced a esta selecta educación, desarrolló también desde muy temprana edad su innata inclinación hacia el estudio de las Humanidades y la creación literaria, y antes de haber cumplido la treintena ya se había dado a conocer como escritor por medio de algunas narraciones primerizas de indudable interés, como las tituladas *All the Conspirators* (1928) y *The Memorial* (1932).

Inserto, a partir de entonces, en los principales foros intelectuales y artísticos de la Inglaterra de los años treinta (en los que participó tanto en su calidad de escritor como en su condición de profesor y periodista), compartió una sólida relación de amistad con otra de las grandes revelaciones de las Letras inglesas del momento, el poeta y dramaturgo W. H. Auden, con quien llegó a componer varias obras teatrales escritas en verso, en la línea de Bertolt Brecht.

Instalado en Berlín entre 1933 y 1936 (donde compartió vivienda con Auden), tuvo ocasión de asistir como testigo privilegiado al auge del nazismo, circunstancia que contribuyó poderosamente a la forja en su ideología de un firme compromiso político que, en su repudio de todas las formas de totalitarismo que se estaban apoderando de Europa, le unió por aquel entonces a otros muchos autores ingleses de su generación (entre ellos, el susodicho Auden, que en 1936 tomó parte activa en la Guerra Civil Española al lado del ejército republicano).

El tema del nazismo se apoderó, además, de la producción literaria de Christopher Isherwood, quien reflejó sus estragos en la autobiografía novelada *Lions and shadows* (*Leones y sombras*, 1938) y en algunas novelas tan brillantes como *Mr. Norris changes train* (*El Señor Norris cambia de tren*, 1935) y *Goodbye to Berlin* (*Adiós a Berlín*, 1939).

Notas

[1] En el texto original *Prairie Oysters*: un coctel a base de huevo, salsa Worcester, salsa Tabasco, sal y pimienta negra molida. El huevo se casca en un vaso cuidando de no romper la yema, lo que le da a esta bebida semejanza con la textura de una ostra. (de Wikipedia). (*Nota del Ed.*). < <

[2] *Waldlauf*: En alemán, una carrera por el bosque. (*Nota del Ed.*). < <

[3] *Funkturm*: Torre de radio. (*Nota del Ed.*). < <